

MEDIOEVO
LE JARDIN



LUIS RÉNÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 10 - LE JARDIN

Luis René González López

MEDIOEVO 10 - LE JARDIN

[MEDIOEVO](#)

[LE JARDIN](#)

[Libro X](#)

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota del Autor](#)

[Capítulo 001 LA MURALLA \[D\]\[N\]\[O\]](#)

[Capítulo 011 PIRI REIS \[D\]\[X\]\[R\]](#)

[Capítulo 021 TESLA \[D\]\[K\]\[R\]](#)

[Capítulo 031 SOLA](#)

[ÍNDICE](#)

MEDIOEVO

LE JARDIN

Libro X

Luis René González López

- ○

Derechos de Autor

© 2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción creada íntegramente por un ser humano.

Primera edición: 2026

- ○

Dedicatoria

Para los que miden el mundo porque no saben habitarlo de otra forma.

- ○

Nota del Autor

Este libro lo escribió una chica que cuenta pasos.

No lo escribí yo. Yo solo la observé. Ella contaba los pasos y las temperaturas, las frecuencias y los gramos, los grados y los hercios, los escalones y los días. Ella contaba todo porque contar era lo que hacía. No por decisión. Por función.

Mientras la observaba aprendí una verdad inesperada: que medir no distancia. Que contar no es frialdad. Que quien anota 65 grados siente el calor con la misma intensidad que quien dice “está caliente”. La diferencia está en el conocimiento exacto.

Este libro tiene un gato. El gato rompe cosas. Las cosas rotas producen cosas nuevas. El error como motor. La interferencia como función. Si eso les suena familiar, es porque llevan nueve libros leyendo sobre eso. La diferencia es que esta vez lo dice una chica que lo puede demostrar con datos.

Hay un hombre que repara lo que el gato rompe. El hombre no sabe su nombre. El hombre no sabe por qué sus manos saben lo que saben. Las manos siguen reparando aunque la memoria se haya ido. Eso también les debería sonar familiar.

Las partes que faltan son las partes que todavía no mido.

Las partes que pesan son las partes que sí. ## GUÍA DE TAGS
RAYUELA - LIBRO X

SISTEMA DE TAGS PARA CICLO 5

CARACTERES Y FUNCIONES: - **[D]** = Darvi (narrador principal, 1.895 menciones, observadora de 432 Hz) - **[K]** = K-07/K-08 (reparador, fragmento de conciencia, sigue a través de portales) - **[L]** = Leonardo (aparece en IX como guardián, referenciado en X) - **[A]** = ARCHON (entidad emergente, conciencia del sistema)

SISTEMAS Y ESPACIOS: - **[N]** = Nexus/Le Jardin (la Casa, jundición dimensional, 22°C constante) - **[O]** = Observacionismo (medición, teoría de observación, frecuencias) - **[H]** = Hemacronos (manipulación temporal, variantes oscuras en XI) - **[X]** = Xochipilli/Don Humo (deidades Nahua, anclas históricas, 432 Hz) - **[J]** = Jardineros (cultivadores, guardianes de portales, reparación cósmica) - **[R]** = Ronin/External Observation (función K-07, meta-observación, reparación)

CONTENIDO POR TEMPORADA:

Temporada 1 (Cap. 001-010): Darvi entra al bosque de niebla, descubre la muralla de Le Jardin. Focus: **[D][N][O]** Medición inicial, percepción de la jundición dimensional.

Temporada 2 (Cap. 011-020): Darvi accede a 23 épocas históricas mediante portales. El gato (Pavlov) comienza a romper. Focus: **[D][X][J][R]** Descubre intervenciones anacrónicas, presencia del reparador.

Temporada 3 (Cap. 021-030): Darvi reconoce patrón de reparaciones. Identidad de K-07 emerge. Focus: **[D][K][R][O]** La teoría del error y reparación se confirma.

Temporada 4 (Cap. 031-040): Niebla se disipa, Le Jardin se revela. Fragmentos en el café. Focus: [D][K][N][A][J] Convergencia: el reparador y la observadora se encuentran.

FIGURAS CLAVE: - Darvi's gato: 3,2 kg, artritis, comportamiento de presencia (clic-clic-clic en rodilla) - Tlanamicxin: 237 menciones, deidad astral, abandona el bosque en Cap. 027 - 432 Hz: frecuencia constante del bosque (= Xochipilli/Don Humo) - Portales históricos: Pitágoras, Epicteto, Al-Ma'arri, Wang Zhenyi, Tesla, Edi Edi, etc. - El reparador: apareció después de cada acción de Darvi, restaura, advierte, protege # T E M P O R A D A 1

EL BOSQUE

Capítulo 001 LA MURALLA [D] [N][O]

* * *

Clic.

Clic.

Clic.

La rodilla del gato hacía un sonido cada tres pasos. Tres pasos del gato equivalían a uno de Darvi. El gato pesaba 3,2 kilogramos y tenía artritis en la rodilla trasera izquierda y caminaba con un ritmo que Darvi había medido: clic a las 11:00 en punto de la rotación de la articulación. Cuando el cartílago pasaba sobre el punto donde ya no había cartílago. El veterinario de Nivel -17 había dicho que no había solución. El gato caminaba. Clic, clic, clic.

Darvi despertó con la cara en el suelo. Las hojas mojadas tenían una textura que el cerebro catalogó antes de que los ojos se abrieran: hojas de haya, parcialmente descompuestas, entre 3 y 8 días desde la caída del árbol según el grado de flexibilidad de la nervadura central. El suelo estaba a 7 grados. La mejilla izquierda de Darvi la que tocaba el suelo estaba a 7 grados. La mejilla derecha la que daba al aire estaba a 12. La diferencia de 5 grados indicaba que Darvi llevaba al menos 20 minutos con la cara en el suelo, porque el tejido facial necesita 20 minutos para alcanzar el equilibrio térmico con una superficie a esa temperatura.

Darvi se sentó. El mundo giró 15 grados a la derecha y volvió. Hipotensión ortostática: la sangre en la cabeza necesitaba 3 segundos para redistribuirse después de pasar de horizontal a vertical. Los 3 segundos pasaron. El mundo se estabilizó.

Árboles. En todas las direcciones. Troncos de entre 30 centímetros y 2 metros de diámetro. La corteza era húmeda, agua condensada, no llovía, porque no había señales de impacto de gotas, sino una película uniforme de humedad que indicaba condensación por diferencia de temperatura entre el aire y la madera. El suelo era hojas mojadas sobre tierra negra. El aire olía a descomposición vegetal, a taninos, a humedad, y a un componente no identificado, un olor verde con clorofila, pero con un matiz extraño que el cerebro de Darvi catalogó como “desconocido #1”.

Los bolsillos de Darvi tenían: un generador de frecuencias de Toshiro (340 gramos, batería a un 73% según el indicador), un reproductor de cintas magnéticas (127 gramos, muerto), 7 pulseras en la muñeca izquierda (peso combinado estimado: 45 gramos), audífonos al cuello (78 gramos, almohadilla izquierda más gastada), una nuez tallada con 23 marcas en el bolsillo izquierdo (12 gramos), un ave de madera en el bolsillo derecho (47 gramos). Darvi inventarió sus pertenencias antes de inventariar el lugar. Las pertenencias eran datos conocidos. El lugar era un dato desconocido. Darvi siempre empezaba por lo conocido.

El gato estaba a 3 metros, de pie sobre una raíz. La miraba. 3,2 kilogramos de animal artrítico sobre una raíz de haya mirando a una mujer que no sabía dónde estaba. Ojos medio cerrados— no por sueño, por procesamiento. Procesaba la situación con la misma eficiencia con la que procesaba un plato de comida o una superficie

caliente: sin urgencia visible, sin pánico, sin nada que se pareciera a lo que un humano llamaría preocupación.

Niebla a temperatura de piel. 33 grados, más o menos. Sin termómetro, pero cuando la niebla no se siente ni fría ni caliente está a temperatura de piel, y la superficie cutánea promedia 33 grados. No se sentía. Estaba ahí y no estaba. Humedad del cien por ciento. Las gotas se condensaban en el pelo cortado recto a la altura de la mandíbula y caían por la línea de la mandíbula hasta el cuello y entraban por el cuello de la sudadera gris del taller.

Darvi caminó.

No sabía cuánto llevaba caminando. Los audífonos estaban alrededor del cuello, sin señal, sin batería en el reproductor de cintas magnéticas que llevaba en el bolsillo derecho de los pantalones de trabajo. El quinto intento, día 498, después de que Tlanamicxin se fuera, después de que la soledad comprimiera los días en secuencias de datos sin conversación fue el intento de los hongos. Los hongos bioluminiscentes del tercer árbol no producían electricidad, pero producían algo: 0,02 voltios de potencial electroquímico medido con un circuito improvisado de cobre y zinc que Darvi extrajo de los componentes del generador de Toshiro sin desactivar las funciones principales. Los 0,02 voltios no fueron suficientes. Pero 150 hongos en serie producirían 3 voltios. Darvi necesitaba 150 hongos.

Darvi pasó 3 días recolectando hongos. Los hongos crecían en la base de los árboles-portal solo en los portales, no en los árboles normales. Cada árbol tenía entre 20 y 30 hongos. Darvi necesitaba 150. Los 7 árboles-portal producían un máximo de 210. Pero los hongos morían al arrancarlos, el potencial electroquímico caía a cero en 4 horas. Darvi necesitaba 150 hongos vivos simultáneamente

conectados en serie. El experimento requería: 150 hongos, 149 conexiones de cobre, una hora de ensamblaje, y una plegaria a la termodinámica.

El gato ayudó. No intencionalmente— nunca ayudaba intencionalmente. Se acostó sobre el circuito en progreso.

El reproductor pesaba 340 gramos con la cinta adentro. Sin la cinta, 290. Darvi lo había pesado en la balanza del taller. Los audífonos pesaban 78 gramos. El cable pesaba 12. La suma: 430 gramos de silencio colgando del cuello.

El suelo era blando. Hojas mojadas. Tierra. Algo que podía ser musgo, la textura bajo las botas de seguridad era esponjosa, con resistencia variable, más firme a la izquierda que a la derecha. Las botas eran medio número más grandes que sus pies. Los calcetines gruesos amortiguaban. Hacía frío. Más frío que la niebla. El suelo estaba a 8 grados, tal vez menos. El frío subía por las suelas y entraba por los tobillos y se quedaba en las plantas de los pies. No se iba. Darvi movió los dedos dentro de las botas. El frío seguía ahí.

El gato se detuvo.

Darvi se detuvo.

El gato miraba hacia adelante. Orejas giradas 15 grados hacia la derecha. Cola baja, horizontal, inmóvil. El gato percibía más que Darvi en esa oscuridad. Visión nocturna contra los ojos humanos estándar de Darvi (20/15 derecho, 20/20 izquierdo), inútiles en la niebla más allá de cuatro metros.

Darvi esperó.

El gato caminó. Darvi caminó.

Treinta y siete pasos. Ciento once clics. Darvi contaba los pasos porque contar los pasos era lo que hacía cuando caminaba. No era

decisión. Era función. Los pasos se contaban solos en alguna parte de su cabeza que funcionaba en paralelo con la parte que registraba la temperatura y la parte que registraba la textura del suelo y la parte que registraba los sonidos que eran tres: el clic de la rodilla del gato, el crujido de las hojas bajo las botas, y un cuarto sonido que no era un sonido sino la ausencia de sonido donde debería haber viento.

No había viento. En un bosque y esto era un bosque, Darvi había identificado al menos cuatro texturas de corteza diferentes al pasar los dedos por troncos en la última hora en un bosque debería haber viento. O al menos corriente. Flujo de aire entre troncos. Movimiento de ramas. Algo. Había nada.

La rodilla del gato dejó de hacer clic.

El gato se había detenido otra vez. Las patas delanteras plantadas. Las traseras ligeramente separadas. La cabeza levantada. Las orejas hacia adelante.

Darvi extendió la mano.

Madera.

Los dedos tocaron madera antes de que los ojos la vieran. La niebla se condensaba contra una superficie vertical que se extendía hacia la izquierda y hacia la derecha más allá de lo que Darvi podía ver. La madera era lisa. No la suavidad del lijado, la suavidad del desgaste. Miles de años de aire pasando sobre fibras. La temperatura de la madera era diferente de la temperatura del aire: más fría. 6 grados, tal vez. Darvi presionó la palma completa contra la superficie. La madera no cedió. Ni un milímetro. La estructura detrás de la superficie era sólida de una forma que los materiales que Darvi conocía y Darvi conocía muchos materiales no eran sólidos. Esto no era un tronco. No era una tabla. No era una construcción.

Era una muralla.

Darvi caminó hacia la derecha. La mano izquierda sobre la madera. Los dedos registrando la textura: fibras largas, uniformes, sin nudos, sin imperfecciones. 200 pasos. La muralla continuaba. 400 pasos. La muralla continuaba. El gato caminaba a su lado. Se detenía cuando ella se detenía. Caminaba cuando ella caminaba. No aceleraba. No se adelantaba.

Darvi se detuvo. Regresó. 400 pasos hacia la izquierda, pasando el punto de inicio. 312 pasos más.

Los dedos cayeron en el vacío.

No. No vacío. Una ranura. Vertical. Profunda. Los dedos entraron dos centímetros antes de tocar el fondo. La ranura medía Darvi palpó con ambas manos tres centímetros de ancho y se extendía hacia arriba más allá de donde podía alcanzar. La temperatura dentro de la ranura era distinta. Más cálida. 10 grados. Darvi sacó los dedos y los limpió en el pantalón. Grasa. La ranura tenía grasa. No grasa de motor, una sustancia más densa, más pegajosa, con un olor que Darvi no identificó.

Era una bisagra.

Darvi retrocedió tres pasos. Cuatro. Cinco. La niebla se movió, no viento, algo diferente, una corriente en el aire que venía de arriba y durante cuatro segundos la parte inferior de lo que estaba frente a ella se hizo visible.

Madera. Una superficie de madera tallada que se extendía 15 metros a la izquierda y se perdía en la niebla hacia la derecha. La niebla bajó otra vez. Darvi cerró los ojos. La imagen persistió 1,7 segundos en la retina. Los objetos grandes persistían más que los

pequeños. Darvi lo había medido usando las Torres TAAT como referencia cuando tenía catorce años. En 1,7 segundos procesó:

Dos hojas. Cada una de aproximadamente 15 metros de ancho. La altura era indeterminada, la niebla cortaba la imagen a los 6 metros, pero la proporción de las bisagras sugería al menos 20 metros de alto por hoja. Las bisagras eran de madera. Madera tallada con la precisión de un mecanismo de relojería. Los dientes de las bisagras encajaban con tolerancias que Darvi había visto solo en maquinaria industrial del Nivel -4.

Eran puertas.

Darvi no durmió esa noche. El cuerpo necesitaba dormir, los párpados pesaban 14 gramos cada uno, estimación por volumen y densidad de tejido, y los 14 gramos parecían 14 kilogramos después de 36 horas sin cerrar los ojos. Pero el cerebro no permitía el sueño porque el cerebro había detectado una variable nueva: la respiración de 800 mililitros que no era ni de Darvi ni del gato. El generador de Toshio no detectaba la respiración. El generador medía frecuencias electromagnéticas, no flujos de aire. Darvi necesitaba otro instrumento. Darvi era otro instrumento: la piel de las manos detectaba diferencias de temperatura de 0.5 grados, los oídos localizaban fuentes de sonido con precisión de 3 grados de ángulo. La nariz distinguía concentraciones de compuestos volátiles hasta 0.01 partes por millón. El cuerpo de Darvi era un laboratorio ambulante. Un laboratorio con hambre y dolor de espalda y 14 gramos de párpado que pedían descanso.

Darvi abrió los ojos. Encendió el generador de frecuencias analógico de Toshio, el circuito que pesaba 47 gramos y que llevaba en el bolsillo izquierdo desde que Reymus desapareció. La pantalla

marcó una frecuencia ambiente de 432 Hz. Darvi registró el número. El número era interesante. 432 era un número que aparecía en los registros de Reymus con una frecuencia estadísticamente relevante. Darvi no sabía qué significaba. Darvi registraba.

Se acercó a la superficie. Los dedos sobre la madera tallada.

Figuras.

Las figuras estaban talladas en bajorrelieve con una profundidad de 4 a 7 milímetros. Darvi pasó los dedos por la primera: un animal. Un cuadrúpedo con articulaciones que tenían engranajes visibles. Las patas del animal estaban articuladas con mecanismos de relojería. Los ojos del animal eran lentes no ojos orgánicos, lentes ópticos tallados en la madera con la curvatura exacta de un objetivo de 50 milímetros. Darvi pasó al siguiente: un dragón. Las alas del dragón tenían nervaduras de engranaje. La mandíbula inferior se articulaba con un pivote de precisión. Las escamas eran placas individuales cada una tallada por separado e incrustada en la superficie con una tolerancia de menos de un milímetro.

Más figuras. Robots que imitaban anatomía animal: la columna vertebral de un caballo hecha de segmentos metálicos tallados en madera, las costillas de un pájaro hechas de varillas articuladas, las garras de un felino hechas de hojas retráctiles encajadas en vainas de precisión. Un ejército. Robots peleando entre sí. Cientos de figuras en formación, cada una con un diseño único, cada una con mecanismos diferentes, cada una destruyendo o siendo destruida por las demás.

Darvi recorrió la puerta izquierda. La mano derecha sobre la madera. Los dedos registrando cada relieve. La secuencia tomó 42 minutos. 42 minutos en los que no pensó en la niebla ni en el hambre

ni en que no tenía refugio ni en que el gato se había sentado a un metro de la puerta y la miraba sin parpadear, las patas dobladas, los ojos entrecerrados.

El centro.

Las dos hojas de la puerta se unían en una línea vertical donde un escudo ocupaba el espacio entre ambas. El escudo era más grande que Darvi, 2.5 metros de diámetro, tal vez más. La talla era diferente aquí. Más profunda. Más detallada. El sujeto del escudo era un animal que Darvi no había visto antes.

Un dragón con plumas. No un dragón al que le habían añadido plumas. Un animal cuya naturaleza fundamental eran las plumas, plumas largas, talladas una por una, con una resolución que excedía cualquier cosa en el resto de la puerta. El dragón emplumado no estaba volando ni atacando ni en reposo. El dragón emplumado estaba contenido. La postura era inequívoca: la cabeza baja, las alas plegadas contra el cuerpo, la cola enroscada debajo, el cuerpo comprimido dentro del espacio circular del escudo. Contenido. No dormido contenido.

Darvi tocó las plumas.

14 grados.

Retiró la mano. Tocó la madera alrededor del escudo. 8 grados. Tocó las plumas otra vez. 14 grados. La diferencia era consistente. 6 grados de diferencia entre la temperatura de las plumas talladas y la temperatura del resto de la puerta. Darvi repitió la medición cinco veces. La diferencia se mantuvo entre 5.8 y 6.2 grados. Las plumas retenían calor. Plumas de madera. Reteniendo calor. Darvi no tenía explicación. Darvi no necesitaba explicación. Darvi tenía datos.

Se agachó y tocó la parte inferior de la puerta. Más figuras. Estas eran geométricas. Hexágonos. Hexágonos anidados dentro de hexágonos anidados dentro de hexágonos. La repetición era exacta. No aproximada exacta. Cada hexágono tenía la misma proporción que el anterior, escalado en un factor que Darvi calculó como 0.618. Cada hexágono contenía variaciones controladas, una línea más gruesa aquí, un ángulo ligeramente diferente allá, que mantenían la simetría general mientras introducían diferencias locales que impedían que el patrón se volviera predecible.

Los dedos se quedaron sobre los hexágonos. No se movieron.

El cerebro de Darvi reconoció el patrón y se relajó, no el cansancio sino la distensión de un sistema que encuentra su frecuencia. Los hexágonos ascendieron por tendones y llegaron a la corteza somatosensorial, de ahí a la visual sin necesidad de ojos, armándose completos en la zona de Darvi que no usaba palabras.

El gato maulló.

Darvi no se movió.

El gato maulló otra vez. El maullido tenía una frecuencia de 620 Hz, más alto que el maullido habitual de 540 Hz. El gato tenía hambre. Darvi registró el dato y no se movió. Los dedos seguían sobre los hexágonos. El patrón seguía ahí. El patrón era lo más satisfactorio que los dedos de Darvi habían tocado.

El estómago de Darvi se contrajo. Vacío. La última vez que había comido helado de vainilla, 120 cohers, palito de madera con un número de serie que Darvi había memorizado sin intención fue antes del portal. Antes de la niebla. Cuánto tiempo antes. No lo sabía. El estómago no se contrajo con dolor. Se contrajo con la insistencia mecánica de un órgano que necesita contenido.

Darvi levantó la cabeza. La niebla estaba más oscura. No gris, gris oscuro. La transición había ocurrido durante los 42 minutos de exploración táctil. La noche. O lo que fuera que pasaba por noche en un lugar donde no había visto el sol.

No tenía refugio.

Darvi miró la puerta. Miró los hexágonos. Miró la niebla. Miró al gato, que la miraba a ella con pupilas dilatadas al máximo y el cuerpo encogido contra el frío del suelo.

El generador de Toshio seguía marcando la frecuencia constante.

El gato se levantó. Caminó hacia la izquierda, pegado a la base de la muralla. Darvi lo siguió. El gato caminaba con propósito, las orejas hacia adelante, la cola horizontal, la rodilla haciendo clic, clic, clic contra la madera que seguía y seguía y seguía.

El gato se metió debajo de algo.

Darvi se agachó. Una raíz. Una raíz de un árbol, el primer árbol que Darvi podía distinguir individualmente de la masa de troncos en la niebla, se arqueaba sobre la base de la muralla, creando un espacio de aproximadamente 80 centímetros de alto por 120 de ancho. El suelo debajo de la raíz estaba seco. El gato ya estaba adentro, acurrucado, con las patas dobladas y los ojos cerrados.

Darvi se metió debajo de la raíz. La corteza le raspó la espalda. Se acomodó. El espacio era pequeño. El cuerpo de Darvi pesaba 54 kilogramos y medía 1.63 metros y no cabía completamente, los pies sobresalían. El gato se subió al regazo. 3.2 kilogramos de calor concentrado. La rodilla artrítica hizo clic al acomodarse. El gato cerró los ojos.

El reproductor de cintas magnéticas pesaba 340 gramos en el bolsillo. Sin batería. Sin música. Los audífonos colgaban del cuello:

78 gramos de plástico y espuma y cables muertos. El generador de Toshio pesaba 47 gramos en el otro bolsillo. La caja de herramientas de Valeria estaba contra la cadera derecha, Darvi no la había soltado en ningún momento. 2.3 kilogramos de herramientas organizadas por tamaño en una caja de metal con la palabra VALERIA grabada con punzón en la tapa.

Darvi cerró los ojos.

Los hexágonos seguían en los dedos.

La puerta seguía ahí, a 47 pasos, con el dragón emplumado que retenía calor y los robots que peleaban entre sí, las bisagras de relojería y los 432 Hz que salían de ninguna parte y de todas partes.

El estómago se contrajo.

El gato ronroneó a 26 Hz.

El frío subió por los pies. # Capítulo 002 REFUGIO [D][O][N]

** ** *

El gato no estaba.

El segundo día empezó con una ausencia: el gato. Darvi se sentó y registró el espacio en un barrido de 180 grados: troncos, niebla, hojas, suelo. Sin gato. El generador de Toshio marcaba 432 Hz constante. La temperatura era de 7 grados. La humedad era del 100%. Los datos del entorno no habían cambiado. El dato que faltaba pesaba 3.2 kilogramos y tenía artritis en la pata delantera izquierda.

Darvi escuchó. El bosque producía: viento entre hojas (frecuencia variable, entre 200 y 2000 Hz según la velocidad y el tamaño de la hoja), goteo de condensación sobre el suelo (irregular, cada 3-8 segundos, impactos de 0.1 mililitro por gota), y los 432 Hz de fondo que no tenían fuente visible. No había maullido. No había ronroneo. No había clic de uñas artríticas sobre raíz.

Darvi se puso de pie. Las piernas protestaron la superficie de raíz donde había dormido, que no tenía la curvatura adecuada para las caderas humanas, y los músculos de los muslos se habían contraído durante la noche. El dolor era un 4 de 10 que bajó a 2 después de los primeros 20 pasos.

El segundo día empezó con un inventario de daños. Las rodillas de Darvi tenían raspones en ambas rótulas, consistentes con una caída sobre superficie irregular. La palma de la mano derecha tenía un corte superficial de 3 centímetros, que ya tenía costra, lo que indicaba que el corte tenía entre 8 y 12 horas. El pelo estaba húmedo, con fragmentos de hojas y partículas de tierra. Las botas estaban intactas pero con acumulación de barro en la suela que pesaba aproximadamente 200 gramos adicionales por bota. El generador de Toshio estaba encendido, con batería al 71%, marcando 432 Hz constante. El gato estaba a 2 metros, sentado sobre una raíz, mirando a Darvi con la expresión de quien lleva horas esperando.

Darvi abrió los ojos debajo de la raíz. La corteza estaba a 12 centímetros de la nariz. La espalda estaba contra el suelo húmedo. El frío había entrado durante la noche por los puntos de contacto: omóplatos, sacro, talones. Los tres puntos dolían con un dolor sordo, profundo, el dolor de los tejidos que han perdido temperatura durante horas. Las manos estaban rígidas. Darvi flexionó los dedos: el meñique izquierdo tardó 1.4 segundos más que los demás en responder. Siempre tardaba más. Desde los doce años. Nunca consultó por qué.

El reproductor seguía en el bolsillo derecho. La caja de Valeria estaba contra la cadera. El generador de Toshio estaba en el bolsillo izquierdo. Nada se había movido durante la noche. Darvi comprobó

porque comprobar era lo primero que hacía al despertar: inventario de objetos, inventario de dolor, inventario de entorno. En ese orden. Siempre en ese orden. Desde los siete años.

Se arrastró fuera de la raíz. Las rodillas crujieron. No era artritis, sino frío acumulado en las articulaciones. Los pantalones de trabajo tenían humedad en la parte trasera y en las rodillas. La sudadera gris del taller tenía humedad en la espalda. El pelo estaba mojado. Darvi se lo tocó: era condensación, no lluvia. La niebla se había depositado durante la noche.

El gato estaba a tres metros, sentado sobre una piedra plana. La piedra tenía musgo en los bordes y estaba limpia en el centro. El gato se lamía la pata izquierda delantera. Cada dedo. Cada espacio entre dedos. El mismo orden de siempre. Junto al gato, sobre la piedra, había un pájaro muerto. Pequeño. Del tamaño de un gorrión. Plumas marrones. El cuello roto.

El gato había cazado.

Darvi miró al gato. El gato la miró. Siguió lamiéndose la pata. El pájaro estaba intacto salvo por el cuello. El gato no se lo había comido. El gato nunca se comía lo que cazaba. Darvi lo sabía desde hacía tres años, desde que el gato empezó a dejar ratones muertos junto a la puerta del taller. Darvi los contaba: 47 ratones en tres años. Cero consumidos. El gato cazaba y dejaba. No era regalo. No era oferta. El gato mataba cosas y las dejaba y se lamía la pata y eso era todo.

El estómago se contrajo. Darvi ignoró la contracción. Había una secuencia. La secuencia era:

1. Agua.
2. Refugio permanente.

3. Fuego.

4. Comida.

En ese orden. No en otro orden. Darvi había leído un manual de supervivencia a los quince años, no porque planeara sobrevivir en un bosque, sino porque el manual estaba en una caja de libros descartados del Nivel -28 y Darvi leía todo lo que encontraba. El manual decía: agua, refugio, fuego, comida. La secuencia estaba grabada. La secuencia se ejecutaba.

Agua.

Darvi caminó. La muralla a la derecha. La mano sobre la madera. 200 pasos. 300. A los 340 pasos, un sonido. No era el clic de la rodilla del gato. El gato estaba detrás, siguiendo. El sonido era continuo, de baja frecuencia, irregular. Agua corriendo sobre piedras. A los 367 pasos, Darvi encontró un arroyo. El arroyo medía aproximadamente 1.2 metros de ancho y tenía una profundidad visible de 15 centímetros. El agua estaba clara. La temperatura Darvi metió los dedos estaba a 5 grados. Fría. Darvi bebió. El agua sabía a mineral y a frío y a nada más. Bebió hasta que el estómago dejó de contraerse por sed y empezó a contraerse por frío. El gato bebió a su lado. La lengua del gato tocaba el agua 4.7 veces por segundo.

Refugio.

Darvi siguió el arroyo. La muralla se curvaba ligeramente hacia la izquierda. A los 89 pasos del arroyo, la muralla se encontraba con una formación de piedra. Granito. Darvi lo identificó por el grano y la dureza de los cristales de feldespato, que eran visibles bajo la humedad. La formación de piedra tenía 4 metros de alto y se extendía 6 metros perpendicular a la muralla. En la intersección

entre la muralla de madera y la formación de granito había un espacio.

Estructura, no cueva. Tres paredes de piedra, dos naturales y una apilada, formaban un recinto de 3 por 2.5 metros. Techo de granito inclinado, desviando agua hacia la izquierda. Suelo de tierra compactada con residuos de ceniza antigua. Gris oscuro contra el marrón, apenas distinguibles después de siglos.

Alguien había vivido ahí.

Darvi entró. El techo estaba a 1.8 metros en el punto más alto y bajaba a 1.2 en la parte trasera. Darvi cabía de pie en la mitad delantera. En la pared del fondo, una repisa natural de piedra. Sobre la repisa, nada. Pero la piedra estaba desgastada, lo que indicaba que se había utilizado durante mucho tiempo. En el suelo, cerca de la entrada, un círculo de piedras. Ocho piedras del tamaño de puños, dispuestas en un círculo de 40 centímetros de diámetro. Un fogón. Las piedras estaban ennegrecidas en la cara interior.

El gato entró. Olió las paredes. Olió el fogón. Olió la repisa. Se sentó en la esquina más alejada de la entrada y se acurrucó. Aprobado.

Darvi puso la caja de herramientas de Valeria sobre la repisa. La caja encajó en el desgaste de la piedra. No era rectangular, sino más ovalado, pero encajó lo suficiente para no resbalar. Darvi sacó el generador de Toshiro del bolsillo y lo puso junto a la caja. Sacó el reproductor de cintas magnéticas y lo puso al otro lado. Los tres objetos estaban en línea, equidistantes, a 4 centímetros entre cada uno.

Fuego.

Darvi salió. Recolectó. La secuencia de recolección era: yesca seca, ramas finas, ramas medianas, ramas gruesas. En ese orden. Porque el fuego se construye de pequeño a grande. No de grande a pequeño. Las ramas del suelo del bosque estaban húmedas en la superficie pero secas en el centro. Darvi partió varias y comprobó. La yesca fue más difícil. La corteza de los árboles cercanos estaba mojada. Darvi buscó durante 14 minutos hasta encontrar un tronco caído con la corteza interior seca. Arrancó tiras. Las tiras eran fibrosas, con una densidad baja, ideales para yesca.

El fuego tomó tres intentos. Darvi usó el pedernal de la caja de Valeria, tercer compartimento, junto a la lima y la navaja multiusos. Las chispas eran naranjas. La primera cayó sobre yesca húmeda. La segunda cayó fuera del fogón. La tercera cayó sobre la tira de corteza seca y prendió. Darvi sopló. Cinco soplidos cortos. La llama subió a las ramas finas. Darvi añadió medianas. Esperó. Añadió gruesas.

El calor llegó a la cara a los 90 segundos. El calor llegó a las manos a los 120. Darvi extendió las manos sobre el fuego. La rigidez de los dedos empezó a ceder. El meñique izquierdo seguía lento. Siempre sería lento.

Comida.

Darvi exploró el perímetro del refugio. 50 pasos en cada dirección. Al norte del arroyo, si el arroyo corría de norte a sur, y Darvi decidió que sí, porque necesitaba una convención cardinal y el arroyo era la mejor referencia, al norte del arroyo había un nogal. Lo identificó por la corteza: surcos profundos, verticales, con la textura del cuero agrietado. Hojas compuestas, lanceoladas, con olor acre al frotarlas. Nueces en el suelo. Cáscara verde exterior, cáscara dura interior, nuez adentro.

Darvi recolectó 23 nueces. Las llevó al refugio. Puso una piedra plana junto al fogón. Colocó una nuez. Golpeó con otra piedra. La cáscara se partió en tres fragmentos. La nuez salió limpia. Darvi separó cáscara de nuez. Repitió. 23 veces. El proceso tardó 18 minutos. El resultado: 23 nueces limpias y un montón de cáscaras. Las cáscaras servían como combustible. Darvi las echó al fuego.

En la otra dirección, sur del arroyo, oeste de la muralla, encontró fresas. Pequeñas. Silvestres. El tamaño del dedo meñique. Rojas, con semillas amarillas visibles. Darvi recogió las que estaban maduras. 34 fresas. Las puso en un hueco de la roca que servía de recipiente natural. Granito erosionado con forma de cuenco, capacidad aproximada de 300 mililitros.

Al este, más cerca de la muralla, encontró plantas con tallos que al cortarlos secretaban un líquido dulce. No era miel, algo más diluido, con un sabor que Darvi catalogó entre manzana y caña. Cortó seis tallos. Los llevó al refugio.

También encontró hongos. En la base de tres árboles diferentes, crecían hongos que emitían luz. Bioluminiscencia. La luz era tenue, verde azulada, visible solo en la penumbra. Darvi no los tocó. Los hongos bioluminiscentes podían ser comestibles o tóxicos y sin un análisis no había forma de saber. Darvi los registró: ubicación (tres árboles, 15 pasos al este, 22 pasos al noreste, 31 pasos al este-sureste), color (verde azulado, longitud de onda estimada 490-520 nanómetros), tamaño (el más grande del diámetro de una moneda, el más pequeño del diámetro de un botón). Los hongos eran datos pendientes. Los datos pendientes se archivaban y se revisaban cuando había más información. Darvi se sentó junto al fogón. El gato se sentó frente a ella. El fuego crepitaba con la irregularidad de la

madera húmeda. Los estallidos tenían frecuencias entre 200 y 400 Hz, con picos aleatorios cuando una burbuja de savia explotaba.

Darvi trituró nueces con dos piedras. La piedra de abajo era plana, la de arriba redondeada. El movimiento era circular: presión, rotación, presión, rotación. Las nueces se deshicieron en fragmentos cada vez más pequeños. Darvi trituró hasta que los fragmentos se convirtieron en pasta. La pasta de nuez tenía la consistencia de arena mojada. Darvi añadió agua del arroyo, un viaje de 89 pasos de ida y 89 de vuelta, con el cuenco de granito que pesaba 1,4 kilogramos lleno. La mezcla se convirtió en masa. Darvi la aplastó contra la piedra plana. La piedra estaba caliente por la proximidad del fuego. La masa empezó a cocerse.

Mientras la masa cocía, Darvi preparó las fresas. Las lavó con agua del arroyo. Las cortó por la mitad con la navaja de Valeria. Cortó los tallos dulces en rodajas de 3 milímetros. Mezcló fresas y rodajas en el cuenco de granito.

La yesca del bosque tenía otro uso. Darvi lo recordaba del manual: té. La corteza interior de ciertos árboles era comestible en infusión. Darvi puso agua en el cuenco de granito, otro viaje al arroyo, 89 pasos, y colocó el cuenco sobre las piedras del fogón. El agua tardó 7 minutos en hervir. Darvi echó tiras de corteza interior. El agua se oscureció. El olor era amargo, con un fondo resinoso.

El pan de nuez no era pan. Era una masa aplastada, cocida por un solo lado, con la textura de arcilla caliente y el sabor de nuez con un toque amargo de la cáscara que no se había separado del todo. Darvi le dio la vuelta. El otro lado empezó a cocerse. El gato olió el pan. Se acercó. Darvi partió un trozo del borde, el más cocido, y lo puso

frente al gato. El gato lo olió. Lo lamió. Se alejó. El gato no comía nueces.

Darvi comió. El pan de nuez sabía a nuez y a piedra caliente y a hambre. La mezcla de fresas y tallo dulce sabía a fruta y a algo que no tenía nombre. El sabor del tallo era nuevo, no estaba en ninguna categoría de sabores que Darvi hubiera registrado. Darvi bebió el té. El té sabía a bosque hervido.

Comió las 23 nueces en forma de pan. Comió las 34 fresas con rodajas de tallo. Bebió el té. El estómago dejó de contraerse. La contracción fue reemplazada por la pesadez de algo digerido a medias. Las nueces eran densas y el estómago de Darvi tardaba en procesarlas.

Inventario.

Darvi se sentó contra la pared de piedra del fondo. El gato se subió al regazo. 3,2 kilogramos. La rodilla hizo clic. Darvi miraba el fuego y el fuego era datos y los datos eran:

Refugio: funcional. Tres paredes, techo, fogón, repisa. Capacidad: dos personas y un gato. Calificación: 7 de 10. Perdía puntos por la altura del techo en la parte trasera y por la falta de puerta.

Agua: a 89 pasos. Limpia. Fría. Flujo constante. Sin recipiente portátil. Necesitaba fabricar uno o usar el cuenco de granito, que pesaba 1,4 kilogramos y era incómodo.

Fuego: funcional. Piedras de fogón ennegrecidas indicaban que mantenía temperatura. Combustible disponible: ramas y cáscaras de nuez. Duración estimada con carga actual: 4 horas.

Comida: nueces, fresas, tallos dulces. Calorías insuficientes para actividad prolongada. Proteína: cero. El gato cazaba pero no compartía. Había que encontrar otra fuente.

Hongos bioluminiscentes: pendientes de análisis. Potencialmente: fuente de energía biológica, fuente alimenticia, fuente tóxica. Prioridad: baja hasta tener más datos.

La muralla: 15+ metros de alto. Extensión indeterminada. Material desconocido. La puerta: 20 metros × 30 metros total. Bisagras funcionales. 432 Hz constantes. Dragón emplumado a 14 grados. Los hexágonos.

Darvi cerró los ojos. Los hexágonos volvieron. No a los dedos a la parte de atrás de los párpados. El patrón estaba grabado. Factor 0,618. Variación controlada. Simetría con diferencias locales.

Los ojos se cerraron más. El fuego crepitaba. El gato ronroneaba a 26 Hz. El arroyo sonaba a 89 pasos. La muralla estaba a 47 pasos a la derecha.

Darvi se quedó dormida.

Las manos tenían harina de nuez debajo de las uñas. El pan estaba a medio cocer sobre la piedra. El fuego bajaba. El gato no se movió.

Afuera, la niebla se espesó. Un grado más densa. Medio grado más fría. Los árboles del bosque se borraron. Las formas desaparecieron. La muralla se volvió una presencia sin contorno sólida, inmensa, invisible.

En algún punto entre el refugio y la puerta, algo se movió en la niebla. No un animal. No el viento. Algo que se desplazaba sin peso, sin sonido, sin temperatura. Algo que observaba el fuego que Darvi había encendido con la misma atención con la que Darvi observaba los hexágonos.

Darvi no lo supo. Darvi dormía. El dato no se registró.

Fue el primer dato que Darvi no registró desde que llegó al bosque. # Capítulo 003 SCHRÖDINGER Y TLANAMICXIN [D][A][O]

* * *

El tercer día empezó con un dato que el cerebro no procesó como amenaza inmediata: la humedad del aire bajó. De 100% a 92%. Darvi lo supo sin instrumento. La diferencia entre 100% y 92% de humedad era la diferencia entre la piel que no seca y la piel que seca en los bordes. Los bordes de los labios de Darvi secaron. Los labios no habían secado en los dos días anteriores. La humedad bajó porque algo estaba absorbiendo la humedad del aire. Algo grande.

El gato se detuvo. Las orejas hacia atrás. La cola baja. El gato procesaba un dato que el generador de Toshio no detectaba: un olor, probablemente, o una vibración subsónica que los bigotes del gato captaban y que los instrumentos de Darvi no podían. Los bigotes felinos detectaban vibraciones de hasta 0.01 Hz, frecuencias tan bajas que requerían un sismógrafo para ser registradas. El gato era un sismógrafo ambulante de 3.2 kilogramos.

Darvi siguió la dirección de las orejas del gato: noroeste. 15 metros. La niebla ocultaba todo más allá de 8, pero las orejas del gato apuntaban a los 15. Darvi caminó. Los pies sobre hojas mojadas producían un sonido que variaba según la composición del suelo: crujido seco o squelch húmedo. El suelo bajo los pies de Darvi cambió de crujido a squelch a los 12 metros. El suelo estaba más húmedo aquí. Sin decir nada.

El aire estaba menos húmedo pero el suelo más húmedo. Afuera, el agua del aire estaba condensándose en el suelo. Algo caliente estaba condensando el vapor del aire.

Algo respiraba.

La persona apareció el tercer día. Darvi la vio desde el borde del claro, una silueta entre los troncos que se movía con un ritmo diferente al del bosque. El bosque se movía por viento: oscilaciones lentas, uniformes, predecibles. La persona se movía por voluntad: pausas irregulares, cambios de dirección y aceleraciones breves. Darvi registró la diferencia en los primeros 3 segundos de observación. El generador de Toshiro marcó un dato nuevo: la frecuencia base del bosque, los 432 Hz constantes, fluctuó 0.3 Hz cuando la persona se acercó a menos de 15 metros. La persona alteraba el campo. La persona era parte del bosque y distorsionaba el bosque simultáneamente.

Los pies de la persona estaban descalzos. Los pies eran anchos, con callosidades visibles en los talones y en las almohadillas metatarsianas que indicaban décadas de caminar sin calzado. Darvi estimó la edad de las callosidades: 30 años mínimo. Las manos de la persona tenían el mismo mapa de callosidades pero con un patrón diferente: callosidades en los dedos índice y pulgar, las callosidades de alguien que trenza fibras vegetales durante horas al día durante años.

El aire entraba y salía con un volumen de aproximadamente 800 mililitros por ciclo, más grande que el gato, más grande que Darvi. Darvi estaba despierta. No había abierto los ojos. La respiración estaba a 1.5 metros de la cara. El aire que salía era cálido y húmedo. Olor a pelo mojado y a tierra y a algo que Darvi catalogó como saliva. La frecuencia respiratoria era de 22 ciclos por minuto. Un perro. Grande. Entre 25 y 40 kilogramos, estimación basada en el volumen de aire y la frecuencia.

Darvi abrió los ojos.

Un perro. Grande. De pelo marrón oscuro y largo, con barro seco en las patas y una mancha blanca en el pecho sin forma reconocible. El perro estaba sentado frente a la entrada de la estructura de piedra. Las patas delanteras juntas. La espalda recta. Las orejas levantadas. Los ojos fijos en Darvi. El perro no se movía. El perro no jadeaba. El perro miraba a Darvi sin parpadear. Llevaba un rato ahí, el barro de las patas se había secado contra la piedra.

Darvi no se movió.

El gato estaba en su regazo. 3.2 kilogramos. No se había despertado o se había despertado y había decidido no moverse. La cola del gato cubría la nariz del gato. Las orejas del gato estaban giradas hacia el perro, registrando, no alarmadas.

El perro notó que Darvi tenía los ojos abiertos.

La transformación fue inmediata: la boca se abrió, la lengua salió, los ojos se entornaron, las orejas bajaron, la cola que había estado inmóvil contra el suelo empezó a golpear la tierra compactada con una frecuencia de 3.8 golpes por segundo. El perro jadeó. El jadeo tenía un tono ascendente. El perro se levantó. Se sentó. Se levantó otra vez. Ladró una vez, un ladrido corto, agudo, 740 Hz, con un armónico en 1480 que le raspó el tímpano izquierdo a Darvi. La cola golpeaba la tierra y levantaba polvo de ceniza vieja.

El perro quería acercarse. No se acercaba. Se quedaba en el umbral. Se sentaba. Sin aviso, se levantaba. Cerca de ahí, se sentaba. Se levantaba. No cruzaba.

Quieto.

La voz vino de la izquierda. Afuera del refugio. Una voz aguda, clara, con una pronunciación que Darvi no reconoció, las

consonantes eran más suaves, las vocales más largas.

Una niña entró en el campo de visión de Darvi.

No. No una niña. Una persona que aparentaba nueve años. Darvi corrigió la clasificación porque había algo en la forma en que la persona se movía que no correspondía con la forma en que se movían los niños de nueve años. Los niños de nueve años se movían con exceso de energía, demasiado impulso, los pies un poco grandes para las piernas. Esta persona se movía con economía. Cada paso era exacto. El peso se distribuía completo antes de levantar el otro pie. Las rodillas absorbían el terreno irregular sin desequilibrio.

Sobre el hombro derecho: una ardilla. La ardilla tenía la cola enrollada alrededor del cuello de la persona y comía algo con las manos. Detrás de las piernas: un mapache. El mapache se asomaba entre las rodillas, los ojos fijos en Darvi, inmóvil. En el hombro izquierdo, abrazando el cuello y parte del hombro: un murciélago. Las alas del murciélago formaban una especie de hombrera plegadas contra el cuello, ajustadas, sin hueco entre el ala y la piel. En la cintura, uno a cada lado: dos hurones. Los hurones estaban activos, oliendo el aire, se estiraban, se encogían, olían otra vez.

A lo lejos, 20 metros, tal vez más, difícil de calcular en la niebla, una forma grande se movía despacio. Un oso. Darvi lo identificó por la silueta y por la forma de caminar: peso alternado, hombros más altos que cadera. Algo muy pequeño volaba alrededor de la cabeza del oso. Un colibrí. Las alas del colibrí hacían 53 aleteos por segundo. Darvi no podía verlo pero podía escuchar la frecuencia del zumbido.

La persona llevaba un morral de cuero que cruzaba del hombro derecho a la cintura izquierda. El morral estaba desgastado en los bordes y abultado de contenido. En la mano izquierda: un bastón.

Darvi miró el bastón.

El bastón medía aproximadamente 1.7 metros. Más alto que la persona que lo cargaba. La madera era oscura, con vetas que cambiaban de dirección cada 15 centímetros en espirales irregulares. La parte superior tenía una cabeza tallada, no de animal, no de humano, algo intermedio con ojos de piedra incrustados que reflejaban la poca luz del bosque. La parte inferior terminaba en una punta de metal que no era metal, tenía el brillo del metal pero la textura de hueso pulido. El bastón tenía marcas. Cientos de marcas. Algunas talladas, algunas quemadas, algunas pintadas con pigmentos que se habían decolorado hasta dejar manchas fantasma. Las marcas no seguían un patrón que Darvi pudiera identificar en los primeros tres segundos de observación.

Darvi necesitaba más de tres segundos.

No deberías estar aquí - dijo la persona.

La voz no fue la voz de una niña de nueve años. Las cuerdas vocales estaban asentadas. El tono no subía al final de las frases. No buscaba aprobación.

Claramente eres de otro universo.

Darvi procesó la frase. “Claramente” implicaba evidencia visible. “Otro universo” implicaba que la persona sabía que había más de uno. Darvi abrió la boca. La cerró. La abrió otra vez.

¿Cómo sabes que soy de otro universo?

La persona señaló las botas de Darvi. La sudadera. Los audífonos alrededor del cuello. El reproductor de cintas magnéticas que sobresalía del bolsillo.

Ese material no existe aquí. Ninguno de esos materiales existe aquí.

Darvi miró sus propias botas. Caucho sintético. Suela de poliuretano. Costuras de hilo industrial. La persona tenía razón. Nada de lo que Darvi llevaba encima existía en un bosque.

Tlanamicxin - dijo la persona, señalándose.

Darvi procesó el nombre. Cuatro sílabas. Tla-na-mi-cxin. La c antes de la x era gutural. Náhuatl. El nombre era náhuatl. Darvi lo sabía porque había leído un diccionario de lenguas mesoamericanas a los trece años, no porque le interesaran las lenguas mesoamericanas, sino porque el diccionario estaba en la misma caja de libros descartados que el manual de supervivencia.

Darvi.

Tlanamicxin entró al refugio. Examinó la piedra plana con los restos de pan de nuez. Examinó las cáscaras en el fogón. Examinó el cuenco de granito con residuo de té. Miró a Darvi.

Hiciste todo esto anoche.

No era pregunta.

La masa está cruda en el centro - dijo Tlanamicxin. La piedra no estaba lo suficientemente caliente. Y el té lo dejaste mucho rato cuando la corteza de ese árbol se hierve más de tres minutos, suelta taninos que irritan el estómago.

Darvi registró los datos: piedra más caliente, corteza máximo tres minutos.

Tlanamicxin abrió el morral. Del morral salieron cosas que Darvi no pudo identificar a primera vista: tubérculos envueltos en hojas, un recipiente hecho de calabaza seca, una bolsa de tela con algo que olía a humo dulce, ramitas atadas con fibra vegetal, parecía carne seca cortada en tiras finas. Tlanamicxin puso todo sobre la piedra plana y empezó a trabajar.

El perro entró al refugio. Se sentó junto a Darvi. La cola seguía moviéndose. Darvi extendió la mano. El perro olió los dedos, el proceso duró 4.2 segundos de olfateo intenso, cubriendo cada dedo individualmente. El perro lamió el dorso de la mano. Una vez. Saliva caliente. Después se acostó junto a Darvi con un suspiro que movió las cenizas del fogón. El gato se levantó del regazo de Darvi. Miró al perro. El perro miró al gato. Los dos animales se evaluaron durante 6 segundos sin moverse. El gato caminó hacia la entrada del refugio y se sentó de espaldas al perro a 1,8 metros de distancia. El perro bajó la cabeza sobre las patas. Asunto resuelto. La distancia entre los dos no cambiaría durante todo el desayuno Darvi la mediría cuatro veces y el resultado sería siempre 1,8 metros, con una variación menor a 3 centímetros. La precisión de la ignorancia mutua era estadísticamente improbable para dos animales que supuestamente no se coordinaban.

Tlanamicxin cocinó. Darvi observó. La secuencia era diferente de la de Darvi, no peor, diferente. Tlanamicxin no seguía un orden lineal sino múltiple: hidrataba los tubérculos mientras calentaba la piedra mientras cortaba la carne seca mientras el agua hervía para una infusión que no era de corteza sino de las ramitas atadas. Cuatro procesos simultáneos. Darvi solo podía hacer uno a la vez. Darvi lo sabía y no le importaba, su secuencia era más lenta pero no producía errores. La secuencia de Tlanamicxin era más rápida y producía resultados mejores.

La ceniza le llegó al pelo. Darvi sacudió la cabeza, los movimientos eran automáticos, el cuerpo protegiendo los ojos y las vías respiratorias mientras el cerebro registraba la composición de la ceniza: papiro (carbón vegetal, olor dulce), tinta de escritura

(compuestos metálicos, olor ácido), cola animal (proteína desnaturalizada, olor penetrante), y cosa que Darvi no esperaba: cera de abeja. Los rollos de papiro estaban sellados con cera. La cera se derretía a 63 grados y se evaporaba a 300. El olor a cera significaba que el fuego no había alcanzado los 300 grados en toda la biblioteca. Algunas secciones estaban más frías.

Las secciones más frías estaban junto a las puertas. Las puertas de piedra no conducían calor con la misma eficiencia que las estanterías de madera. La sección norte, la que daba a la puerta principal, tenía rollos intactos en los estantes inferiores. Los estantes superiores habían ardido. Los inferiores sobrevivieron porque el aire caliente subía y el aire frío bajaba, y los rollos de los estantes inferiores estaban a una temperatura de 90 grados, suficiente para amarillear el papiro pero insuficiente para encenderlo. El punto de ignición del papiro era 233 grados.

Tres rollos de la sección norte estaban junto a la puerta cuando Darvi pasó. Darvi los vio: tres cilindros de papiro de 30 centímetros de largo, amarillentos por el calor pero intactos, colocados contra la pared junto a la puerta como si alguien los hubiera sacado de los estantes y los hubiera puesto ahí. Puestos, no caídos, la orientación era paralela a la pared, equidistante, con 5 centímetros de separación entre cada rollo. Nadie deja tres rollos así durante un incendio. Alguien los puso ahí después.

Darvi registró: Tlanamicxin sabía cosas del bosque que Darvi no sabía. Los movimientos eran automáticos, las manos cortaban, medían, mezclaban sin pausa.

La comida estuvo lista en 20 minutos. Cuatro porciones. Tlanamicxin puso una en la piedra plana para Darvi: tubérculos

asados con la textura de batata, carne seca rehidratada con un sabor salado que Darvi no identificó, una mezcla de nueces, las mismas que Darvi había triturado con algo del contenido de la bolsa de tela que resultó ser un polvo dulce hecho de raíces secas molidas. Una porción en el cuenco de granito para ella. Una porción en el suelo para el perro, más carne, menos tubérculo. Una porción en una hoja para el gato, solo carne. El gato olió. Comió.

Darvi comió. Los tubérculos sabían a tierra dulce. La carne sabía a humo y a tiempo. El polvo dulce sobre las nueces convertía la pasta seca en algo que Darvi podía tragar sin esfuerzo. El estómago no protestó. El estómago aceptó.

La ardilla bajó del hombro de Tlanamicxin y comió fragmentos de nuez del suelo. El mapache salió de detrás de las piernas de Tlanamicxin, caminó hasta el plato de Darvi, tomó un tubérculo con las dos manos, y volvió detrás de Tlanamicxin. Todo en 4 segundos. Darvi miró a Tlanamicxin. Tlanamicxin no reaccionó. Darvi miró el plato. Faltaba un tubérculo. Darvi miró al mapache. El mapache comía el tubérculo con las manos a 20 centímetros de la rodilla de Tlanamicxin. Tlanamicxin siguió comiendo.

El mapache se llevó un tubérculo de mi plato - dijo Darvi.

Sí - dijo Tlanamicxin.

¿No vas a hacer nada?

¿Qué quieres que haga? Lleva cuatrocientos días robando comida. Tiene un sistema.

Los hurones se persiguieron entre sí alrededor del fogón tres veces y se acurrucaron junto al perro. Los dos hurones hicieron exactamente lo mismo al mismo tiempo, el mismo giro, la misma posición, el mismo cierre de ojos. Darvi los contó como un solo

animal. El murciélago no se movió del hombro de Tlanamicxin. El murciélago era el único animal del grupo que no lucía como tener opinión sobre nada.

¿Cuánto llevas aquí? - preguntó Darvi.

Tlanamicxin masticó. Tragó.

No sé. El tiempo aquí no funciona.

¿No cuentas los días?

Los conté. Dejé de contar cuando llegué a cuatrocientos.

¿Por qué?

Porque un día duró lo que parecían tres días y el siguiente duró lo que parecía una hora y después hubo un día que terminó antes de empezar. Contar no servía. Los números eran correctos pero no medían nada.

¿No te molestan los 432 Hz? - preguntó Darvi.

¿Los qué?

Los 432 Hz. La frecuencia constante. Sale de la puerta. O de la muralla. O del suelo. Lleva ahí desde que llegué. No para.

Tlanamicxin la miró. La miró como quien mira a alguien que señala el aire.

No escucho nada.

432 Hz. Constante. Ahora mismo.

Tlanamicxin inclinó la cabeza. Los ojos se entrecerraron. Escuchó. 5 segundos. 10.

No dijo. Nada.

Darvi registró: más de cuatrocientos días. Si un día en el bosque duraba lo mismo que un día en el Plano Medio y no había razón para asumir que sí, Tlanamicxin llevaba más de un año. Si un día aquí

duraba más o menos, el cálculo era inútil. Darvi guardó el dato como aproximación: mucho tiempo.

El perro levantó la cabeza. Las orejas apuntaron hacia la entrada. El gato giró las orejas en la misma dirección. Los dos animales registraron los humanos no registraron. Tres segundos después, nada. El perro bajó la cabeza. El gato se lamió una pata.

¿Viste la puerta? - preguntó Darvi.

Sí.

¿Intentaste abrirla?

No se abre.

¿Intentaste cavar debajo?

Tlanamicxin sonrió. No la sonrisa de una niña. Otra cosa.

Ven. Te muestro. # Capítulo 004 EL FUEGO [D][J][X]

** ** *

El cuarto día, Darvi necesitaba fuego. La temperatura había bajado a 4 grados durante la noche. El gato se había acostado sobre el pecho de Darvi, generando 3.2 kilogramos de calor animal a 38 grados, pero 3.2 kilogramos no calentaban 52 kilogramos de humano. Las manos de Darvi temblaban. No era el temblor de miedo, sino el temblor de termorregulación, la contracción involuntaria de los músculos esqueléticos para generar calor metabólico. El cerebro de Darvi medía el temblor: 8 contracciones por segundo, una frecuencia consistente con una temperatura corporal central de 35.5 grados. Era una hipotermia leve. El límite entre hipotermia leve y moderada era 35 grados. Darvi estaba a medio grado del límite.

Tlanamicxin encontró los hongos. Los hongos estaban en la base del tercer árbol, los mismos hongos bioluminiscentes que producían

la luz verde que Darvi había notado el primer día. Tlanamicxin arrancó tres hongos y los aplastó entre las palmas.

Darvi observó las manos de Tlanamicxin: los dedos apretaron los hongos con un movimiento que tenía la eficiencia de la repetición, un movimiento ensayado cientos de veces. Darvi contó la secuencia: agarre (0.3 segundos), compresión (0.5 segundos), rotación de la muñeca para distribuir el líquido (0.4 segundos), colocación sobre la corteza de abedul (0.2 segundos). Total: 1.4 segundos por hongo. La mujer preparaba fuego con la velocidad de alguien para quien el fuego no era descubrimiento, sino herramienta.

Los animales se acercaron al fuego. No inmediatamente, el fuego tardó 22 minutos en estabilizarse, y los animales esperaron los 22 minutos. La ardilla bajó de la rama del tercer árbol a los 14 minutos, cuando la temperatura a 2 metros del fuego alcanzó los 18 grados. El mapache apareció a los 19 minutos, cuando el olor de la corteza quemada se había disipado y el calor era constante. Los hurones llegaron juntos a los 21 minutos, sincrónicos, idénticos, como si uno fuera el espejo del otro. El murciélago no se acercó. El murciélago colgaba de la entrada de la cueva de Tlanamicxin, a 40 metros del fuego, donde la temperatura seguía siendo de 8 grados, y los murciélagos preferían los 8 grados, según los datos de preferencia térmica de los murciélagos que Darvi había memorizado del manual de zoología del Nivel -28.

El gato se sentó a 1.2 metros del fuego. La distancia óptima. La temperatura a 1.2 metros era de 39 grados, en la superficie felina, un grado por encima de la temperatura corporal. El gato había calculado la distancia en 4 segundos. Darvi la calculó en 22 minutos. La diferencia no era de inteligencia, sino de prioridades. El gato

priorizaba la temperatura. Darvi priorizaba los datos. Los datos incluían la temperatura, pero también incluían los 22 minutos de estabilización y la secuencia de 1.4 segundos de las manos de Tlanamicxin y la distancia del murciélago y los intervalos de llegada de los animales. El gato tenía un dato. Darvi tenía 47 datos. El gato estaba caliente. Darvi estaba procesando.

El líquido bioluminiscente salió como savia. El líquido era cálido. Darvi lo tocó: 42 grados. Los hongos producían calor químico al romperse. Los hongos eran una cerilla biológica.

La cueva estaba debajo de la muralla.

Darvi midió la temperatura del aire durante la caminata: 8 grados constantes hasta los 400 metros, después una caída a 6 grados entre los metros 400 y 600, y una subida a 10 grados en los últimos 247 metros. La variación indicaba que la muralla no tenía temperatura uniforme. Zonas de la muralla emitían calor (los árboles-portal estaban en las zonas calientes), y zonas absorbían calor (las zonas sin portal eran más frías). Darvi trazó un mapa mental: árbol-portal caliente, muralla fría, árbol-portal caliente, muralla fría. El patrón era regular. Los árboles estaban distribuidos a intervalos de 120 metros.

El gato iba adelante. El gato siempre iba adelante cuando Tlanamicxin lideraba. El gato había adoptado la posición de escolta frontal, 3 metros delante de Tlanamicxin, con la cola en alto y las orejas rotando. Al fondo, el gato no necesitaba el mapa mental de Darvi. Al fondo, el gato tenía el mapa del olfato.

Tlanamicxin la llevó caminando por la base de la muralla, 819 pasos desde el refugio de piedra, hasta un punto donde la madera se hundía en la tierra en un ángulo de 70 grados. El suelo estaba

excavado. La excavación empezaba con un metro de ancho y bajaba tres metros antes de girar hacia la derecha y convertirse en un túnel que pasaba por debajo del borde inferior de la muralla.

Cavé durante Tlanamicxin hizo una pausa. Contó con los dedos. Perdió la cuenta. Mucho.

El túnel tenía 1.2 metros de alto y 90 centímetros de ancho. Las paredes eran de tierra compactada con raíces cortadas que sobresalían en ángulos. El techo estaba reforzado con ramas gruesas. Darvi entró. Tlanamicxin no.

Tlanamicxin se quedó en la entrada. Los hombros pegados a los bordes. La respiración acelerada, 28 ciclos por minuto, 6 más que lo normal. La ardilla en el hombro se erizó. El mapache retrocedió.

Yo no entro - dijo Tlanamicxin.

Darvi registró: claustrofobia. No la palabra, sino la reacción física. Los hombros, la respiración, los animales que respondían al estrés de su humana.

Darvi entró sola. El túnel giraba a la derecha, descendía medio metro más, giraba a la izquierda. La tierra olía a mineral húmedo. Las raíces cortadas olían a savia oxidada. El aire estaba 4 grados más frío que afuera. Después de 8 metros de túnel, la tierra se acababa.

Madera.

La muralla continuaba debajo de la tierra. La madera que formaba la superficie exterior se extendía hacia abajo vertical, lisa, sin juntas hasta una profundidad que el túnel de Tlanamicxin no había alcanzado. Darvi tocó la madera subterránea. La misma textura. La misma temperatura: 8 grados. Sin decir nada, la misma solidez imposible. Ahí, la muralla no tenía fondo visible. Tlanamicxin había cavado tres metros de profundidad y la madera seguía.

Darvi salió del túnel. Tlanamicxin estaba sentada contra un árbol a cuatro metros de la entrada, con los ojos cerrados y la respiración a 24 ciclos por minuto. Bajando.

La madera sigue - dijo Darvi.

Sigue hasta donde pude cavar. Y más.

¿Cuánto más?

No lo sé. Cada vez que cavo más profundo, al día siguiente la tierra se rellena. No completamente, pero una parte. Tengo que volver a cavar lo que se rellenó antes de seguir.

Darvi procesó: la muralla se reparaba. O algo reparaba la muralla. El dato se conectó con las marcas que Darvi había visto en la superficie, las marcas de sellado que no estaban ahí el primer día.

Caminaron de vuelta al refugio de piedra. El perro iba adelante. El gato iba atrás. Los hurones iban por los costados. El oso seguía a distancia con el colibrí orbitando su cabeza.

La noche trajo fuego.

Tlanamicxin encendió el fogón con una técnica que Darvi no conocía. Frotó el bastón contra una piedra y la punta de hueso-que-no-era-metal sacó chispas rojas, más grandes que las del pedernal de Valeria, con una temperatura de ignición más alta. El fuego prendió al primer intento.

Se sentaron. Darvi contra la pared del fondo. Tlanamicxin contra la pared lateral. El perro entre las dos, acostado de lado, con la panza hacia el fuego. El gato sobre el regazo de Darvi. La ardilla dormida en un hueco de la pared que Darvi no había notado antes. Los hurones acurrucados contra el perro. El mapache afuera, en la entrada, vigilando. El murciélago colgado del techo de la estructura, las garras enganchadas en una grieta del granito.

¿De dónde eres? - preguntó Tlanamicxin.

Darvi lo pensó. No pensó la respuesta, sabía la respuesta. Pensó cómo decirla. Decir cosas era la parte difícil. Saber cosas era fácil.

Nivel -22. Sector industrial. Ciudad Control.

No conozco nada de eso.

Es un lugar debajo de otro lugar. Hay niveles. Los niveles van de arriba a abajo. Mientras más abajo, peor. Yo vivía en el -22.

¿Y qué hacías?

Reparaba cosas. Radios, circuitos, generadores, motores. Cosas que otros tiraban. Las recogía y las hacía funcionar.

Tlanamicxin asintió. No la clase de asentimiento que la gente hacía cuando esperaba que dijeras más. Un asentimiento de reconocimiento.

Yo también reparaba cosas - dijo Tlanamicxin. Antes.

El fuego crepitó. Una burbuja de savia explotó con un estallido de 380 Hz. El perro movió una oreja. Nada más.

Tengo una pregunta - dijo Darvi. Sobre tu nombre. Es náhuatl. Sí.

Tlanamicxin. El que sueña. O el que estudia los sueños.

Tlanamicxin la miró. La evaluación duró 3 segundos.

Nadie ha sabido eso.

Leí un diccionario.

Tlanamicxin se rió. No la risa de una niña, un sonido corto, seco, con un tono de sorpresa. La ardilla se despertó, miró alrededor, volvió a dormirse.

¿Y tu nombre? - preguntó Tlanamicxin.

Darvi. Es lo que queda de Damiana Ramona Viridiana. Nadie usa el nombre completo.

Damiana Ramona Viridiana repitió Tlanamicxin, despacio, dándole peso a cada sílaba. Seis sílabas. Tla-na-mi-cxin. Da-mi-a-na Ra-mo-na Vi-ri-di-a-na. Once sílabas contra cuatro. Darvi registró el dato sin utilidad aparente.

El fuego bajó. Tlanamicxin añadió ramas. El fuego subió.

Mi amigo descansó - dijo Tlanamicxin.

No declaró murió. Declaró descansó.

Se llamaba Kay. Era bueno. Hizo cosas buenas. Enseñó cosas importantes.

Tlanamicxin hablaba mirando el fuego. La voz era plana. Las consonantes suaves. Las vocales largas. El tono no subía ni bajaba.

Cuando descansó, un grupo dijo que sus enseñanzas significaban una cosa. Otro grupo contestó que significaban otra. El segundo grupo tenía razón. El primero quería poder. Yo estaba con el segundo grupo. Intenté explicarle al primero que estaban equivocados.

Tlanamicxin dejó de hablar. El fuego crepitó. El perro respiró. El gato ronroneó a 26 Hz.

Me encontraron de noche. Eran ocho.

Darvi no se movió. Los dedos del gato se clavaron en la tela del pantalón de Darvi. El gato estaba amasando, no por estrés, por ritmo. El movimiento de las garras era constante: presión, liberación, presión, liberación.

Me ataron. Me llevaron a un lugar sin ventanas. Me tuvieron ahí.

Pausa. Tlanamicxin movió una rama en el fuego. Las brasas se reorganizaron.

Fueron meses. No sé cuántos. No había forma de medir el tiempo. Me rompieron el brazo izquierdo dos veces. Me quemaron la espalda con algo caliente. Me usaron.

La palabra “usaron” salió sin inflexión. Sin énfasis. Sin la carga que la palabra debería tener. Salió plana. Darvi reconoció la planitud porque Darvi hablaba así cuando describía cosas del Nivel -22 que los demás esperaban que describiera con emoción. La cocina de la abuela. El tío. El vodka en el termo con jugo de uva. Darvi las describía como datos. Tlanamicxin describía meses de cautiverio como datos. La sociedad corrigió. Cuando la gente supo lo que estaban haciendo, fueron a buscarlos. No los atraparon a todos. Me sacaron. Me curaron lo que se podía curar. Lo que no se podía curar se quedó.

Tlanamicxin se tocó el brazo izquierdo. Lo tocó en un punto específico debajo del codo. El punto donde un hueso soldó mal.

Me fui. Caminé. Llegué a la niebla. La niebla me tragó. Encontré el bosque. Encontré la muralla. Encontré la puerta. Intenté pasar. No pude. Cavé. No pude. Me quedé.

El fuego estaba bajo. Las brasas eran naranjas. La temperatura en el refugio había subido a 16 grados. El perro dormía. Los hurones dormían. El murciélago colgaba inmóvil del techo.

¿Y tú? - dijo Tlanamicxin. ¿Qué pasó en el Nivel -22?

Darvi consideró. Los datos estaban ahí archivados, clasificados, conectados. La red de datos que Darvi cargaba y que se hacía más pesada con cada año porque Darvi no olvidaba nada.

Había un tío - contestó Darvi. La cocina de mi abuela tenía 47 azulejos amarillos, 23 blancos, 8 rotos. Mi hermana mayor entró primero al cuarto. Después entré yo. Conté los azulejos cada vez. Los azulejos no cambiaban. Lo que pasaba en el cuarto tampoco.

Tlanamicxin no respondió nada. No asintió. No puso cara de nada. Se quedó mirando el fuego. El fuego bajó otro grado. Las

brasas se oscurecieron en los bordes.

Después tuve amigos - dijo Darvi. Toshiro. Reymus. Delto. Rafael. Los borró un hombre que hacía niebla. No a mí. A mí no pudo borrarne. No sé por qué.

¿Están muertos?

No. Están borrados. Es diferente. Están vivos pero no saben quiénes son.

Tlanamicxin procesó esto. Los ojos se movieron izquierda, derecha, izquierda.

Eso es peor dijo.

Darvi no respondió porque la respuesta era obvia y las respuestas obvias no necesitaban palabras.

El fuego se apagó. Las brasas brillaban en la oscuridad. El gato ronroneaba. El perro respiraba. La niebla afuera era negra. Dentro del refugio, la temperatura bajó a 12 grados. Después a 10. Darvi se acurrucó contra la pared. Tlanamicxin se acurrucó contra la pared opuesta. El perro se movió entre las dos, ofreciendo calor a ambos lados.

Los 432 Hz seguían ahí. Debajo de todo. Constantes. Viniendo de la puerta. Viniendo de la muralla. Viniendo de algún lugar que no era ningún lugar y era todos los lugares a la vez.

Darvi cerró los ojos.

Los hexágonos volvieron.

Los ocho grados de la muralla. Los catorce del dragón. Los seis de diferencia.

El dato que no registró la noche anterior: algo en la niebla, sin peso, sin sonido, sin temperatura, observando.

Darvi no lo sabía. Pero el gato sí. El gato tenía los ojos abiertos en la oscuridad, las pupilas dilatadas, las orejas giradas hacia la puerta del refugio, escuchando algo que no hacía sonido. # Capítulo 005 LA CUEVA [D][N][H]

* * *

Darvi encontró la cueva el quinto día siguiendo al gato. El gato caminaba con dirección lineal, no la exploración errática de los días anteriores, sino la marcha directa de un animal que sabe dónde va. El trayecto entre troncos, sobre raíces, bajo ramas bajas que obligaban a Darvi a agacharse, duró 14 minutos. El gato pasaba sin ajustar la altura porque 25 centímetros de gato caben debajo de una rama de 30.

La cueva estaba en la base de una formación de granito, que Darvi identificó por el color gris moteado con cristales de cuarzo y mica. La entrada medía 1.4 metros de alto y 0.9 de ancho. Darvi entró agachada. El gato entró de pie. Dentro, el techo subía a 2.1 metros. El suelo era piedra lisa con arena fina. El aire era 11 grados, 3 más que afuera. La humedad era 75%, 25% menos que el exterior. La cueva era más seca y más caliente que el bosque.

Darvi mapeó la cueva en 40 minutos. Profundidad: 6 metros. Ancho máximo: 3.2 metros. Una grieta en la pared este dejaba entrar aire fresco sin dejar entrar lluvia, si es que llovía, cosa que en 540 días no ocurrió. La esquina norte, la más profunda, mantenía 11 grados constantes. La entrada fluctuaba entre 6 y 14 según la niebla. El centro, donde Darvi instaló el punto de dormir, tenía 9.5 grados promedio.

El túnel de Tlanamicxin era más que un túnel.

Darvi encontró la cueva el quinto día. No la encontró buscando la, sino la encontró siguiendo al gato. El gato caminaba con dirección desde el cuarto día. No la dirección errática de exploración, sino la dirección lineal de un animal que sabe dónde va. Darvi siguió al gato durante 14 minutos, 600 metros de trayecto entre troncos, sobre raíces, bajo ramas bajas que obligaban a Darvi a agacharse, pero que el gato pasaba sin ajustar la altura.

La cueva de Darvi, no el túnel de Tlanamicxin, sino la cueva que el gato eligió, estaba 200 metros al este del túnel. Formación de granito, entrada de 1.4 metros de alto y 0.9 de ancho. Dentro, techo de 2.1 metros. Suelo de piedra lisa con arena fina. Temperatura: 11 grados constantes. Humedad: 75%. La cueva era más seca y más caliente que el bosque.

Darvi mapeó la cueva en 40 minutos: 3.2 metros de profundidad, 2.4 de ancho en el punto más amplio, una filtración de agua en la esquina noreste que producía 0.02 litros por hora. La filtración era insuficiente para beber, pero suficiente para mantener la humedad. El gato se acostó en el centro exacto de la cueva, 3.2 kilogramos en el punto geométricamente equidistante de todas las paredes. El gato había elegido el punto óptimo de temperatura: 11.2 grados, 0.2 más que el promedio de la cueva.

Darvi lo recorrió por segunda vez a la mañana siguiente. Sola, Tlanamicxin se quedó afuera con la respiración acelerada y los hombros pegados. El gato fue con Darvi. El gato cabía de sobra en los 90 centímetros de ancho y caminaba por el túnel con paso corto, las orejas relajadas, la cola baja.

A los 8 metros, donde la muralla bloqueaba el avance, el túnel se ensanchaba. Tlanamicxin había excavado una cámara. La cámara

tenía 3.5 metros de largo por 2.8 de ancho y 1.6 de alto en el centro, lo suficiente para que Darvi se sentara sin tocarse la cabeza, no lo suficiente para que se pusiera de pie. Las paredes eran tierra compactada con raíces cortadas. El suelo estaba nivelado. El aire estaba 2 grados más caliente que en el túnel porque la tierra retenía el calor del día anterior y lo soltaba despacio.

Tlanamicxin no vivía aquí. Tlanamicxin no podía vivir aquí. Tlanamicxin había cavado este espacio meses de trabajo con las manos y con herramientas que Darvi no había visto todavía y no podía entrar.

La cavé desde afuera - expresó Tlanamicxin cuando Darvi salió. Empecé desde la superficie. Cavé hacia abajo. Cuando llegué a la muralla, cavé a los lados. Cuando tenía que sacar tierra, la sacaba con cuerdas y cubetas. Nunca estuve adentro más de dos minutos.

Dos minutos. La cantidad de tiempo que Tlanamicxin podía tolerar un espacio cerrado antes de que la respiración se descontrolara.

Darvi registró las dimensiones de la cámara. Ya estaba pensando en distribución. La cámara era un espacio. Los espacios se organizaban. Los espacios organizados eran el único tipo de espacio donde la cabeza de Darvi dejaba de girar.

- ◦

En tres días, Darvi transformó la cámara.

Día uno: limpieza. Darvi removió las raíces sueltas de las paredes, 34 raíces, cada una cortada con la navaja de Valeria y apilada en el túnel. Niveló el suelo raspando las irregularidades con una piedra plana. Las irregularidades eran de 2 a 5 centímetros. Darvi las midió

con los dedos y las raspó hasta que la diferencia máxima entre cualquier punto del suelo fue inferior a 1 centímetro. El proceso tardó 4 horas. El gato durmió las 4 horas sobre un montón de raíces cortadas.

Día dos: aislamiento. Darvi cubrió el suelo con una capa de hojas secas recolectadas en viajes de 89 pasos al arroyo y vuelta, seis viajes, con las hojas transportadas en la sudadera gris convertida en bolsa. Sobre las hojas puso una capa de musgo arrancado de las piedras cerca del refugio exterior. El musgo era grueso, esponjoso, con un contenido de agua que Darvi estimó en 60%. En dos días se secaría a 30% y se convertiría en una superficie aislante. Las paredes recibieron el mismo tratamiento: musgo presionado contra la tierra con piedras planas. Las piedras se quedaban por su propio peso contra la curvatura de las paredes.

Tlanamicxin contribuyó desde afuera. Pasaba materiales por el túnel: ramas, hojas, piedras, cuerdas de fibra vegetal que Tlanamicxin trenzaba con una velocidad que Darvi cronometró: 40 centímetros de cuerda por minuto, con una resistencia a la tracción que Darvi estimó en 15 kilogramos.

Día tres: organización. Darvi construyó una repisa contra la pared norte: tres piedras planas apiladas sobre dos piedras verticales, atadas con la cuerda de Tlanamicxin. En la repisa puso la caja de Valeria, el generador de Toshiro, el reproductor de cintas. Los tres objetos estaban alineados, equidistantes, 4 centímetros. El mismo orden que en el refugio de arriba, pero aquí estaban fijos, estables, en un espacio que Darvi controlaba.

En la esquina sureste, Darvi construyó un espacio de almacenamiento: tres niveles de piedras planas donde poner comida

recolectada, separada por tipo. Nueces en el nivel inferior. Fresas y tallos dulces en el medio. Tubérculos de Tlanamicxin en el superior. Cada nivel tenía una hoja grande que servía de bandeja.

La pared oeste, la pared de madera de la muralla, Darvi la dejó descubierta. La madera estaba a 8 grados y emitía los 432 Hz y tenía la textura de miles de años de desgaste. Darvi pasaba los dedos por ella cada vez que entraba. Tres segundos de contacto. La madera era el recordatorio de que la puerta estaba ahí, al otro lado.

El centro de la cámara quedó vacío. Un metro cuadrado de espacio donde Darvi se sentaba con las piernas cruzadas y el gato en el regazo y cerraba los ojos. La posición exacta importaba: 87 centímetros de la pared norte, 92 de la sur, 140 de la este, o de la oeste. Los centímetros importaban. La diferencia entre un centímetro y otro era la diferencia entre que la cabeza girara y que la cabeza no girara.

La niebla del bosque no entraba en la cueva. El túnel la filtraba. Adentro, el aire era diferente, más seco, más estable, con una temperatura que variaba menos de un grado en 24 horas. Afuera, la niebla cambiaba de densidad sin patrón, la temperatura oscilaba 5 grados entre la mañana y la noche, los sonidos llegaban amortiguados y distorsionados. Adentro, los sonidos eran los que Darvi producía y nada más.

La cueva era el único lugar del bosque donde la cabeza de Darvi descansaba.

- ○

¿Por qué no puedes estar adentro? - preguntó Darvi.

Era la tarde del cuarto día. Estaban sentadas en la entrada del túnel. Tlanamicxin trenzaba cuerda. La ardilla comía una nuez. El perro dormía. El gato dormía sobre el perro, una disposición nueva que Darvi registró con interés: 3.2 kilogramos de gato sobre 32 kilogramos de perro, en la depresión entre las costillas y la cadera, sin protesta de ninguno.

Porque estuve encerrada - respondió Tlanamicxin. Las manos no dejaron de trenzar. 40 centímetros por minuto. Sin pausa. El lugar sin ventanas. El lugar donde me tuvieron. La cuerda que me ataba era de un material que yo podía romper con las manos, pero no las manos que tenía en ese momento. Las manos que tenía estaban rotas.

Darvi no dijo nada. Las cosas que no necesitaban respuesta no la necesitaban.

No es miedo - observó Tlanamicxin. Miedo es cosa que pasa y se va. Esto es otra cosa. El cuerpo recuerda el tamaño del lugar. El cuerpo mide la distancia a la pared y la distancia al techo y la distancia a la puerta y cuando todas las distancias son pequeñas el cuerpo decide que no va a funcionar. No es decisión. Es función.

Darvi reconoció la palabra. Función. La misma palabra que Darvi usaba para explicar por qué contaba pasos y por qué medía temperaturas y por qué los audífonos estaban alrededor del cuello aunque no funcionaban. Función. El cuerpo hace lo que el cuerpo hace. La voluntad no participa.

Voy a hacer algo en la cueva - dijo Darvi. Si quieres te cuento lo que hay. Si no quieres, no.

Cuéntame.

Darvi le describió la cueva. Cada centímetro. Las dimensiones. Las temperaturas. La repisa. El almacenamiento. La pared de madera. El centro vacío. Las distancias: 87, 92, 140, 0. La forma en que la niebla no entraba. La forma en que los sonidos no entraban. La forma en que la cabeza descansaba.

Tlanamicxin dejó de trenzar. Las manos se quedaron quietas con la fibra entre los dedos. Los ojos estaban abiertos, mirando la entrada del túnel. No mirando adentro, mirando el borde donde la luz terminaba y la oscuridad empezaba.

Suena bien - expresó Tlanamicxin. Suena bien y no puedo entrar.

- ○

El quinto día, Tlanamicxin le mostró los árboles. No los árboles del bosque todos los árboles del bosque eran árboles ordinarios, con corteza, ramas y raíces y hojas que se pudrían en el suelo. Los árboles que Tlanamicxin le mostró estaban cerca de la puerta, dentro de los primeros 50 metros de la base de la muralla, en la zona donde la niebla era más densa y la temperatura era medio grado más baja que en el resto del bosque.

Había siete.

Siete árboles que no eran árboles ordinarios. Darvi lo supo cuando tocó el primero. La corteza era diferente, más lisa, más cálida, con una vibración que el generador de Toshiro registró como 55 Hz, superpuesta a los 432 Hz de fondo. Los troncos eran más anchos: 2 metros de diámetro el más delgado, 4 metros el más grueso. Las raíces se extendían en espiral y formaban escalones que subían por el tronco hasta una abertura. La abertura estaba a 3

metros de altura. La abertura era ovalada, de 1.2 metros de alto por 80 centímetros de ancho.

Los árboles tenían puertas.

No puertas talladas, aberturas naturales con bordes de corteza gruesa que formaban un marco. Dentro de cada abertura, escaleras. Los escalones eran raíces endurecidas que bajaban en espiral hacia la oscuridad. El primer escalón estaba a 30 centímetros debajo del borde. El segundo a 60. El tercero se perdía en la sombra.

¿A dónde llevan? - preguntó Darvi.

A otros lugares - comentó Tlanamicxin. Otros tiempos. No sé cómo funciona. Bajé por uno. Salí en un lugar diferente. Había gente que hablaba un idioma que no reconocí. Edificios que no parecían edificios, eran piedras apiladas con intención. Estuve tres minutos y el espacio se cerró.

¿Tres minutos?

El espacio se cierra. El techo baja. Las paredes se acercan.

Darvi entendió. Tlanamicxin había bajado una vez. Tres minutos. El espacio cerrado la expulsó antes de que pudiera explorar.

Yo no bajo - dijo Tlanamicxin. No puedo bajar.

Darvi miró el primer árbol. La abertura. Los escalones. La oscuridad.

Yo sí.

El gato se acercó al árbol. Olió la corteza. La rodilla hizo clic. El gato miró la abertura, miró a Darvi, miró la abertura otra vez.

El gato subió por las raíces-escalera. Se sentó en el borde de la abertura. Miró a Darvi.

Darvi subió.

El perro se quedó con Tlanamicxin. El perro se sentó junto a ella con el cuerpo pegado a su pierna. Tlanamicxin puso la mano sobre la cabeza del perro. Los hurones se acurrucaron a sus pies. La ardilla bajó a su bolsillo. El mapache se sentó detrás.

Darvi miró hacia abajo. Los escalones descendían. El aire que subía del interior era más cálido: 18 grados. El olor era diferente del bosque, no mineral, no vegetal. Algo orgánico. Algo viejo.

El generador de Toshiro marcó una frecuencia nueva: 73 Hz, sobre los 55 del árbol y los 432 de fondo. Tres frecuencias superpuestas. Darvi las registró.

Si me pierdo - dijo Darvi, ¿cómo vuelvo?

La niebla - comentó Tlanamicxin desde abajo. Cuando se espesa, te debilitas. Cuando te debilitas, vuelves. Es el temporizador.

Darvi miró al gato. El gato la miró. El gato bajó el primer escalón. El segundo. Darvi bajó detrás.

La oscuridad los tragó.

Tlanamicxin se quedó sola con el perro y los hurones, la ardilla y el mapache y el murciélago. El oso estaba lejos, entre los árboles, jugando con el colibrí. El bastón estaba en la mano izquierda. Las marcas del bastón brillaban tenues en la niebla, no todas, solo tres, las que estaban más cerca de la cabeza tallada.

Tlanamicxin apretó el bastón. Las manos no temblaban. La respiración estaba a 22 ciclos por minuto. Normal. Controlada.

Tlanamicxin esperó. # Capítulo 006 EL PRIMER ÁRBOL: PREHISTORIA [D][J][R]

** ** *

Los escalones terminaron.

Los escalones de raíz empezaban a la altura de la rodilla de Darvi, 45 centímetros del suelo. El primer escalón era ancho: 40 centímetros de profundidad, suficiente para que el pie completo apoyara. Los escalones se angostaban con la profundidad: el escalón 12 medía 25 centímetros. El 18 medía 20, el 23 medía 18. La espiral giraba hacia la izquierda. El ángulo de cada giro: 15 grados. 23 escalones $\times$ 15 grados = 345 grados. Casi un giro completo. Darvi bajó 345 grados de espiral dentro de un árbol que tenía 3.2 metros de diámetro en la superficie.

La temperatura cambió en el escalón 8. De 8 a 15 grados en un paso. La piel de las manos lo registró primero. Las manos desnudas detectaban el cambio 0.4 segundos antes que la cara. El aire cambió de húmedo-frío a seco-caliente con un componente de humo de leña y algo orgánico que Darvi identificó como carne asada. Carne asada y humo de leña y un calor seco que indicaba un clima diferente al bosque.

El gato bajó detrás. Clic, clic, clic en los escalones de raíz. El sonido del gato en los escalones era reconocible: 26 impactos por minuto, irregulares porque la pata izquierda artrítica hacía un clic más suave y 0.1 segundos más tardío que las otras tres.

El primer árbol-portal tenía 3.1 metros de diámetro. La corteza era más oscura que la de los árboles normales del bosque, marrón rojizo contra marrón gris. Tlanamicxin lo señaló con el bastón de madera que siempre llevaba y que Darvi no había visto fabricar, pero cuya madera era diferente a la de cualquier árbol del bosque, más oscura, con vetas que Darvi habría jurado que se movían si las miraba más de 5 segundos.

Las raíces del árbol formaban una estructura helicoidal. Darvi lo vio cuando Tlanamicxin apartó las hojas del suelo: las raíces se enroscaban hacia abajo en una espiral perfecta, con un radio constante de 40 centímetros y una separación vertical de 22 centímetros entre vueltas. La espiral era demasiado regular para ser natural. La espiral era una escalera.

Darvi contó 23 escalones en espiral descendente. Cada escalón tenía una profundidad de 30 centímetros y una altura irregular que variaba entre 20 y 28 centímetros. La oscuridad del interior del árbol duró 14 escalones, del escalón 10 al 23, la oscuridad se fue reemplazando por una luz que no venía de ninguna dirección. La luz era anaranjada. La temperatura subió de 18 grados a 24 entre el escalón 15 y el 23. El aire cambió: la humedad del bosque desapareció. El aire era seco. Polvoriento. Con un olor a ceniza fría y pasto quemado.

El último escalón daba a tierra.

Darvi pisó tierra firme. No la tierra húmeda del bosque, tierra apisonada por el paso de cuerpos, endurecida por el sol, agrietada en polígonos irregulares. El suelo estaba caliente. 28 grados. Darvi se agachó y lo tocó. La tierra tenía textura de arcilla cocida.

El gato bajó detrás. La rodilla hizo clic en el último escalón. El gato olió el suelo. Estornudó. El polvo.

Darvi se incorporó y miró.

Llanura. Una llanura sin árboles que se extendía hacia todos los horizontes salvo uno al este, una formación rocosa. Al oeste, humo. Varios puntos de humo. Hogueras. El cielo era azul oscuro en el este y naranja en el oeste. La dirección del sol indicaba atardecer. No había nubes. El aire era transparente de una forma que el aire del

Nivel -22 nunca fue. Darvi podía ver hasta donde la curvatura de la Tierra cortaba la visión.

Las hogueras estaban a 300 metros. Darvi caminó. El gato caminó a su lado. La rodilla hacía clic contra la quietud de la llanura. No había viento, no había máquinas, no había Torres, no había frecuencia de fondo. Los 432 Hz habían desaparecido. El generador de Toshio marcaba 7.83 Hz. Darvi registró: frecuencia Schumann base. La frecuencia electromagnética natural de la Tierra sin interferencia artificial. Darvi nunca la había medido sin interferencia. 7.83 Hz puros.

Las hogueras se hicieron visibles a los 200 metros. Cuatro grupos separados por distancias de 40 a 60 metros. Cada grupo tenía entre 8 y 15 individuos. Darvi los contó: 53 personas en total, distribuidas en cuatro grupos. Los grupos eran diferentes entre sí, no ligeramente diferentes, fundamentalmente diferentes. El primer grupo tenía la piel oscura y el pelo corto y rizado. El segundo tenía la piel más clara y el pelo liso y largo. Al fondo, el tercero era más bajo que los otros, con extremidades proporcionalmente más cortas. Casi sin pensarlo, el cuarto era una mezcla de individuos que no correspondían completamente a ninguno de los otros tres grupos.

Varias especies humanas conviviendo. Darvi lo procesó. El dato era consistente con la llanura, con la ausencia de tecnología, con los 7.83 Hz puros. Esto era antes. Muy antes. Antes de las Torres, antes del Sistema, antes de los Niveles. Antes de todo.

Darvi se acercó al grupo más cercano, el segundo, el de piel clara y pelo largo. Se acercó porque estaban mirando el cielo y porque Darvi sabía por qué miraban el cielo.

La luna estaba subiendo por el este. El sol estaba bajando por el oeste. Y entre los dos, la geometría era inequívoca: la luna estaba a 0.53 grados del eje sol-tierra. A la velocidad orbital de la luna, 1 kilómetro por segundo aproximado, que Darvi había memorizado del mismo diccionario de ciencias que le enseñó que la frecuencia Schumann era 7.83 Hz, la luna cruzaría el disco solar en menos de 4 horas.

Eclipse. Solar. Total o parcial dependiendo de la latitud. Darvi estimó la latitud por la posición del sol y la dirección de las sombras: entre 35 y 40 grados norte. En esa latitud, con esa geometría, el eclipse sería visible.

Las personas del segundo grupo miraban la luna. Algunas señalaban. Otras hablaban en un idioma que Darvi no reconoció, gutural, con chasquidos, con una cadencia que sugería agitación. Darvi se paró a 10 metros del grupo. Nadie la notó. Estaban ocupados con el cielo.

Darvi miró al gato. El gato se había sentado a 5 metros del segundo grupo y miraba al primer grupo. El primer grupo tenía una hoguera grande, la más grande de las cuatro, con llamas de un metro de alto que producían un calor detectable desde donde Darvi estaba. Junto a la hoguera había comida. Carne asándose sobre piedras. Tubérculos en las brasas. El olor llegó hasta Darvi. El olor llegó hasta el gato.

El gato se levantó.

No observó Darvi.

El gato caminó hacia el primer grupo.

Pavlov.

El gato no se detuvo. Darvi conocía al gato desde hacía tres años. El gato no obedecía órdenes. El gato no obedecía sugerencias. El gato no obedecía nada que no fuera el gato.

Darvi decidió no perseguirlo. El gato iba a hacer lo que el gato iba a hacer. Darvi se volvió hacia el cielo. La luna había avanzado. La geometría era más clara. El eclipse empezaría al amanecer del día siguiente, no hoy, mañana. La luna necesitaba completar su arco nocturno y alinearse con el sol al alba.

Una persona del segundo grupo se acercó a Darvi. Un hombre. Alto. Pelo largo atado con algo que parecía tendón. Ojos oscuros. El hombre habló. Darvi no entendió las palabras. El hombre señaló el cielo. Señaló la luna. Señaló a Darvi. El hombre quería saber si Darvi veía lo que él veía.

Darvi señaló el sol. Señaló la luna. Puso una mano frente a la otra, la mano izquierda representando la luna, la derecha representando el sol. Movié la mano izquierda lentamente sobre la derecha hasta cubrirla.

El hombre entendió. El hombre abrió la boca. Le dijo algo a los demás. Los demás se acercaron. Darvi repitió el gesto. Mano izquierda sobre mano derecha. Luna cubre sol.

Agitación. Voces que subían de tono. Gestos que señalaban el cielo y la tierra, a Darvi y al fuego y a las formaciones rocosas del este. Darvi registró: no todas las reacciones eran iguales. Algunos miraban la demostración de Darvi con interés. Otros con terror. Los que tenían interés eran los que habían estado mirando el cielo antes, los observadores. Los que tenían terror eran los que habían estado junto al fuego, los que miraban hacia abajo, no hacia arriba.

Darvi se quedó con los observadores hasta que oscureció. Durmió en el borde del campamento, con la espalda contra una piedra y el frío de la llanura entrando por las botas. La llanura de noche estaba a 7 grados. Sin niebla. Las estrellas eran tantas que Darvi no podía contarlas y eso la irritó.

- ○

El amanecer.

El sol subió por el este. Naranja. Grande. Sin filtro atmosférico el aire era tan limpio que el disco solar era nítido desde el primer segundo del horizonte. La luna estaba ahí. La luna estaba donde la geometría decía que estaría.

La sombra empezó en el borde superior del disco. Un mordisco. Lento. La luz cambió de tono de naranja a un naranja más frío, con un componente gris que Darvi midió como una reducción de 15% en luminosidad. Los cuatro grupos estaban despiertos. Los cuatro miraban el cielo.

El mordisco creció. Un cuarto del sol cubierto. Un tercio. La mitad. La luz era gris ahora. Las sombras del suelo se multiplicaron cada objeto producía dos sombras, una nítida y una difusa, porque la fuente de luz se había convertido en una media luna. La temperatura bajó 3 grados en 10 minutos. Los pájaros dejaron de cantar. Los insectos dejaron de zumbir. El silencio era total salvo por las voces humanas.

Las voces humanas no parecían iguales en los cuatro grupos.

El primer grupo, piel oscura, hoguera grande, gritaba. Gritos de alarma. Gritos que Darvi clasificó como rituales: repetitivos, rítmicos, dirigidos al cielo. El segundo grupo, con quien Darvi había

dormido, miraba en calma. Los observadores observaban. El tercer grupo estaba de rodillas. El cuarto grupo corría en círculos.

El eclipse alcanzó el 72% antes de empezar a retroceder. No fue total. Darvi había calculado mal la latitud. Estaban más al sur de lo estimado. El sol volvió. El gris se fue. La temperatura subió. Los pájaros cantaron. Los insectos zumbaron.

Pero el daño estaba hecho.

El gato.

Darvi lo buscó con la mirada. El gato no estaba con el segundo grupo. El gato no estaba con el cuarto. El gato estaba entre el primer y el tercer grupo, caminando con la cola horizontal, la cabeza baja, la rodilla haciendo clic, clic, clic sobre la tierra apisonada. Darvi reconstruyó lo que había pasado en los 20 minutos del eclipse. Lo reconstruyó por los efectos, no por observación directa, ya que había estado mirando el cielo.

El gato había llegado a la hoguera del primer grupo durante la noche. El gato había esperado junto a la comida. Cuando el eclipse empezó y la luz bajó y los gritos empezaron, el gato se había movido. No hacia la comida, sino hacia las piedras que rodeaban la hoguera. El gato había empujado una piedra. La piedra estaba caliente. La piedra se había movido 8 centímetros, lo suficiente para desequilibrar la estructura de piedras que sostenía los troncos. Los troncos se habían desplazado. Las brasas se habían dispersado sobre tierra seca. Las brasas se habían apagado. La tierra seca las había absorbido.

El primer grupo había perdido el fuego.

No se limitaba a ser fuego. Era el fuego central. La hoguera más grande. La fuente de calor, de luz, de cocción, de protección contra

los animales nocturnos. Y se había apagado durante un eclipse, cuando el sol se estaba apagando también.

El primer grupo no intentó reencender la hoguera. El primer grupo miró las cenizas y miró el cielo y miró las cenizas otra vez y Darvi vio cómo la decisión se formaba no en palabras, porque estas personas no tenían las palabras, sino en cuerpos. Los hombros se giraron. Los pies se orientaron. La dirección del grupo cambió. Hacia el este. Hacia las formaciones rocosas. Lejos de la llanura donde el sol se apagaba y el fuego se apagaba, todo se apagaba.

El primer grupo emigró.

15 personas caminaron hacia el este con las manos vacías y el fuego perdido y el cielo que los había traicionado. Darvi los miró irse. Eran datos. Los datos decían: un gato movió una piedra 8 centímetros y 15 personas cambiaron la dirección de su vida para siempre.

El gato estaba sentado junto a Darvi. La lengua afuera. Los ojos entornados. La rodilla hizo clic.

La niebla.

Darvi la sintió antes de verla. Una debilidad en las piernas. Una pérdida de definición en los bordes de la visión. La llanura se volvió menos nítida. El aire seco se volvió húmedo. Los 7.83 Hz empezaron a subir, 8, 12, 55, y los 432 Hz volvieron debajo de todo.

La niebla se esparció desde el punto donde Darvi estaba parada. No desde el horizonte, sino desde ella. La niebla salía del suelo a sus pies y se expandía en círculos concéntricos con un radio que crecía a un metro por segundo.

Las piernas temblaron. Las rodillas temblaron. Darvi se sentó. El gato se sentó sobre ella. 3.2 kilogramos.

La llanura desapareció. El cielo desapareció. Los grupos desaparecieron. La tierra caliente desapareció. El suelo cambió de arcilla seca a hojas mojadas. La temperatura bajó de 24 a 8 grados en un lapso que Darvi no pudo medir porque estaba ocupada intentando no vomitar.

Darvi abrió los ojos. Estaba al pie del árbol. Las raíces-escalera a su izquierda. La corteza del árbol contra la espalda. El gato en el regazo. La niebla del bosque alrededor.

Tlanamicxin estaba sentada a tres metros, trenzando cuerda.

¿Cuánto tiempo? - preguntó Darvi. La voz salió raspada. La garganta estaba seca.

Un día - replicó Tlanamicxin. Bajaste ayer. Volviste ahora.

Un día. Darvi había dormido una noche entera en la llanura. Para el bosque había sido un día. Para Darvi habían sido aproximadamente 18 horas conscientes más 6 horas de sueño.

La niebla es el temporizador - dijo Tlanamicxin.

Sí.

¿Qué viste?

Darvi lo pensó. Los datos estaban ahí: 53 personas, cuatro grupos, eclipse al 72%, hoguera apagada, piedra movida 8 centímetros, 15 personas emigrando. Los datos estaban completos.

Vi el principio de algo - comentó Darvi. Creo que vi el principio de algo.

El gato se levantó del regazo. Caminó hacia la muralla. Hacia la puerta. Se sentó sobre las plumas del dragón emplumado. 14 grados. Se enrolló. Cerró los ojos.

Darvi registró: primer viaje. 23 escalones abajo. Un día de tiempo. La niebla como temporizador. La debilidad como señal. El gato

movió una piedra 8 centímetros y un grupo humano emigró. Dato sin clasificar: huellas frescas junto a la hoguera apagada, más grandes que las de Darvi, que no estaban cuando llegó.

El generador de Toshiro marcaba 432 Hz otra vez.

Los 7.83 Hz puros se habían quedado atrás. En una llanura donde el fuego se había apagado y el sol se había apagado y 15 personas caminaban hacia el este sin saber por qué.

Tlanamicxin seguía trenzando. 40 centímetros por minuto. Sin pausa.

• ◦ **Capítulo 007 PITÁGORAS [D] [X][J]**

* * *

Tlanamicxin esperó en la base del segundo árbol. No dio instrucciones. Las instrucciones de Tlanamicxin para los portales eran siempre las mismas: no tocar nada que brille, no hablar con nadie que pregunte el nombre, volver antes de que la niebla empiece a empujar. Las instrucciones eran sencillas. Darvi las cumplía. El gato no cumplía ninguna.

Darvi se detuvo frente al tronco. El generador de Toshio marcó la frecuencia de transición: los 432 Hz del bosque empezaron a descender en el primer escalón 430, 425, 418, 410. Para el escalón 12, los 432 se habían disuelto completamente y solo quedaban los 7.83 Hz de la resonancia Schumann. El mundo real. La Tierra sin el filtro del bosque. Darvi registró el patrón: la transición entre el bosque y la época duraba exactamente 12 escalones. Siempre 12. Independientemente del número total de escalones del portal. Los primeros 12 eran la frontera. Lo que venía después era llegada.

Segundo árbol. Más ancho que el primero 3.4 metros de diámetro. La corteza tenía marcas que Darvi no había visto en el anterior: líneas rectas, paralelas, separadas por exactamente 2.3 centímetros. Las líneas no parecían naturales. Alguien las había tallado. O algo.

Darvi bajó. 19 escalones. La temperatura subió de 8 a 22 grados entre el escalón 12 y el 19. El aire cambió de húmedo a seco con un componente salino sal marina. El olor era sal y sol y tierra cocida y algo vegetal que Darvi identificó como higuera.

El gato bajó detrás. Clic, clic, clic en los escalones de raíz.

Salieron a un patio. Piedra blanca. Columnas bajas no las columnas de los documentales del Nivel -28, sino columnas funcionales, gruesas, con manchas de humedad en la base y musgo en las juntas. El patio estaba abierto al cielo. El cielo era azul. Azul sin filtro. Sin Torres, sin frecuencia de fondo. 7.83 Hz otra vez en el generador de Toshiro.

Voces. Darvi las localizó: al fondo del patio, debajo de una estructura de madera con techo de hojas secas, un grupo de personas sentadas en semicírculo. 14 personas. Todas vestidas con telas blancas. Todas mirando a un hombre que estaba de pie frente a ellos sosteniendo una cuerda.

El hombre tenía barba. La barba era larga, blanca en los bordes, gris en el centro. El pelo estaba atado con una cinta de cuero. Las manos Darvi registró las manos primero porque las manos decían más que las caras las manos temblaban. No por edad. Por intensidad. Las manos del hombre sostenían la cuerda tensa. Los nudillos blancos.

El hombre hablaba en griego. Darvi no hablaba griego. Pero el hombre estaba haciendo algo que no necesitaba idioma: estaba midiendo la cuerda. La estiraba entre dos puntos. La pulsaba. El sonido resonaba. El hombre cortaba la cuerda por la mitad. La pulsaba otra vez. El sonido era una octava más alto. El hombre

señalaba la relación: 2 a 1. Cortaba un tercio. Pulsaba. Una quinta. 3 a 2.

Los discípulos asentían. Algunos tomaban notas en tablillas. Otros miraban la cuerda sin parpadear.

Fuera del patio, a 15 metros, un hombre reparaba redes. Un pescador. Las manos del pescador eran grandes, con callosidades en los dedos índice y medio de ambas manos las callosidades de alguien que tira de cuerdas mojadas todos los días. El pescador tenía tres redes extendidas sobre el suelo de piedra. Las redes tenían nudos a intervalos regulares. Los intervalos variaban entre 8 y 12 centímetros.

El hombre de la barba dejó la cuerda.

Darvi midió la cuerda: 2.4 metros de fibra animal, intestino de oveja, estimación por la elasticidad y el brillo. Los dos puntos de tensión estaban separados por 1.8 metros. La tensión era alta Darvi estimó 40 newtons por la curvatura de la cuerda al ser pulsada. Los 40 newtons producían una frecuencia fundamental que el generador de Toshiro marcó: 260 Hz. Do central. La cuerda del hombre de la barba estaba afinada en Do sin que el hombre supiera que Do central era 260 Hz porque el Hz no existiría como unidad durante otros 2,300 años.

El gato había encontrado un rincón del patio donde el sol calentaba la piedra a 42 grados. La temperatura de la piedra era mayor que la del aire (22 grados) porque la piedra blanca absorbía la radiación solar y la convertía en calor con una eficiencia del 35%. El gato dormía sobre la piedra con la expresión de alguien que ha encontrado el dato más importante del universo y el dato más importante del universo es una superficie a 42 grados.

Caminó hacia el pescador. Los discípulos lo siguieron. Darvi los siguió. El gato se quedó en el patio, oliendo las columnas.

El hombre de la barba se agachó junto a las redes. Midió los intervalos entre nudos con los dedos. Habló. El pescador escuchó. El hombre de la barba - señaló un intervalo, después otro, después la relación entre ambos. Las manos del hombre temblaban. Las manos del pescador no se movieron. El pescador miraba al hombre de la barba sin moverse. La red a medio reparar entre las manos.

El hombre de la barba habló más rápido. Señaló las cuerdas de la red. Señaló el cielo. Señaló el suelo. Trazó números en la tierra con el dedo. Darvi vio los números: 1, 2, 3, 4. Los cuatro primeros números. La tetraktys. La suma: 10. La base de todo. El hombre de la barba - señaló los números en la tierra y señaló las cuerdas de la red y señaló el cielo otra vez y el pescador se rascó la oreja izquierda con el meñique.

El pescador no entendía. No porque fuera incapaz. Porque la conexión entre los nudos de su red y la estructura del universo no era una conexión que el pescador necesitara hacer para pescar.

Darvi entendió al hombre de la barba. Darvi entendió al pescador. Entendió a los dos porque había sido los dos: la persona que ve el patrón y no puede explicarlo, y la persona que no ve el patrón y no entiende por qué debería.

Darvi se acercó. El hombre de la barba la miró. Darvi - señaló la red. Señaló los nudos. Contó: 1, 2, 3, 5, 8, 13. Los intervalos entre nudos no seguían la proporción armónica que el hombre de la barba buscaba. Seguían otra. Darvi la reconoció: Fibonacci. Los nudos seguían la secuencia de Fibonacci. El pescador nunca la había

mencionado el pescador sabía que esos intervalos atrapaban más peces.

El hombre de la barba miró los números que Darvi había señalado. Miró los intervalos. Contó. Recontó. La cara cambió los ojos se abrieron medio milímetro más, la boca se cerró, las manos dejaron de temblar por primera vez. El hombre de la barba había encontrado un patrón que no era el que buscaba. El patrón que encontró era mejor.

El pescador recogió sus redes y se fue.

- ○

Los discípulos comían fuera del patio. La comida era pan, higos, miel, agua. No carne. No frijoles. Los frijoles estaban en un recipiente de barro en la esquina del patio, cubiertos con una tela, separados de la comida permitida por una distancia de 2.3 metros que Darvi midió con la mirada. 2.3 metros entre lo permitido y lo prohibido. Darvi sabía por qué los frijoles estaban prohibidos el mismo diccionario de ciencias del Nivel -28 tenía una sección sobre tradiciones pitagóricas. Las razones eran dos: primera, que las almas de los muertos habitaban los frijoles. Segunda, que la flatulencia producida por los frijoles era un insulto a la armonía del cosmos. Darvi no recordaba cuál de las dos razones era la oficial porque las dos le parecían igualmente arbitrarias y porque la idea de que la armonía del universo pudiera ser perturbada por la digestión humana tenía implicaciones termodinámicas que la sección del diccionario no abordaba.

El gato había encontrado los frijoles.

El gato no encontró los frijoles por los frijoles. El gato encontró los frijoles porque los frijoles cocidos retenían calor. Darvi lo supo porque conocía al gato. El gato tenía un sensor térmico infalible podía localizar la superficie más caliente en un radio de 15 metros y acostarse sobre ella en menos de 3 minutos. En el taller del Nivel -22, el gato dormía sobre el transformador. En el refugio del bosque, sobre las plumas del dragón. En el patio de Pitágoras, sobre los frijoles prohibidos. La temperatura de los frijoles cocidos dentro del recipiente de barro era de aproximadamente 38 grados. La temperatura del suelo de piedra era de 24. El gato eligió los 38. Siempre elegía los 38.

Darvi vio al gato sentado sobre la tela que cubría el recipiente de barro. El gato tenía los ojos cerrados. La posición era la de siempre: patas delanteras dobladas, cabeza sobre las patas, peso completo sobre el recipiente. El recipiente estaba tibio los frijoles cocidos retenían calor. El gato dormía sobre la única fuente de calor del patio.

Un discípulo joven se acercó al recipiente. Quería agua la jarra de agua estaba al lado de los frijoles. El discípulo extendió la mano. El gato no se movió. Sin decir nada, el discípulo intentó rodear al gato. Cerca de ahí, el gato ocupaba el espacio entre la jarra y el borde del recipiente. La única forma de alcanzar la jarra era mover al gato.

El discípulo tocó al gato. El gato abrió un ojo. Justo entonces, el discípulo empujó al gato. Al fondo, el gato maulló 540 Hz, irritación media y se levantó. El discípulo, al levantar al gato, enganchó la tela que cubría los frijoles. La tela se corrió. Los frijoles quedaron expuestos. El discípulo, con el gato en una mano y la jarra en la otra, miró los frijoles.

Los frijoles eran datos. Los datos no tenían contenido moral. Los frijoles eran semillas cocidas con un perfil nutricional de 21% proteína, 62% carbohidratos, contenido calórico estimado de 340 kilocalorías por 100 gramos. La clasificación de los frijoles como vehículos de almas muertas no aparecía en ninguna tabla nutricional que Darvi hubiera consultado. Darvi pensó esto porque Darvi pensaba así. El discípulo probablemente pensó otra cosa.

El discípulo dejó al gato en el suelo. Se agachó junto a los frijoles. Extendió la mano. Miró a la izquierda. Miró a la derecha. Tomó un frijol. Lo llevó a la boca. Lo masticó. Tragó. Su cara no cambió. No pasó nada. Ningún alma escapó del frijol. El cosmos no registró la flatulencia porque todavía no había flatulencia.

El hombre de la barba lo vio. La reacción fue inmediata y desproporcionada. El hombre de la barba - gritó algo en griego que tenía la cadencia de una maldición matemática, las sílabas tenían estructura, ritmo, proporción, el insulto mismo seguía las leyes armónicas que el hombre predicaba. Los otros discípulos se giraron. Todos miraron al joven. El joven se puso de pie. Tenía un frijol entre los dientes, un solo frijol.

1,2 gramos estimados de leguminosa cocida, la cantidad mínima necesaria para destruir una carrera filosófica. El hombre de la barba señaló la puerta. Gritó más. El discípulo escupió el frijol. El frijol cayó en el polvo del patio. El hombre de la barba seguía señalando la puerta con el brazo extendido y la mano temblando, las mismas manos que pulsaban cuerdas para demostrar la armonía del universo ahora expulsaban a un hombre por comer lo que técnicamente era una leguminosa con un perfil nutricional respetable.

El discípulo salió. Los hombros rectos. La mandíbula apretada. No se giró. Cruzó el patio, pasó entre las columnas, salió a la calle. El hombre de la barba se quedó de pie junto a los frijoles descubiertos, con las manos temblando no por intensidad, sino por furia, y el gato se subió al recipiente otra vez y cerró los ojos.

Darvi registró: Hippasus. El discípulo expulsado era Hippasus. Darvi lo sabía porque el diccionario de ciencias del Nivel -28 tenía una sección sobre la crisis de los números irracionales y la sección mencionaba a Hippasus y la sección mencionaba que Hippasus fue expulsado de la escuela pitagórica y la sección mencionaba que Hippasus después demostró que la raíz cuadrada de dos no podía expresarse como fracción, destruyendo el fundamento del universo numérico de Pitágoras.

Hippasus fue expulsado por un frijol. Expulsado del grupo que lo habría protegido. Lo que vino después la demostración, los números irracionales, el ahogamiento en el mar que la leyenda atribuía al castigo divino vino después de un gato que quería dormir caliente.

La niebla llegó a las piernas. Darvi se sentó en el patio. El suelo de piedra blanca se volvió gris. Las columnas se desdibujaron. El hombre de la barba desapareció. Los discípulos desaparecieron. Los frijoles desaparecieron. El gato se subió al regazo. 3,2 kilogramos. Clic en la rodilla.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz. El bosque.

Tlanamicxin estaba trenzando cuerda junto al segundo árbol.

¿Cuánto? - preguntó Darvi.

Medio día.

Darvi cerró los ojos. Las manos temblaban. No por intensidad ni por furia. Por frío. # Capítulo 008 EPICTETO Y AL-MA'ARRI [D][X]

[O]

** ** *

Darvi regresó del segundo portal con residuos salinos en las botas. La sal de la isla se metía en las costuras del cuero y cristalizaba al secarse en el frío del bosque. Darvi encontró los cristales al quinto día: filamentos blancos de cloruro de sodio que brotaban de las costuras como mini-ecosistemas. El gato los lamió. La sal era dato para la lengua del gato. La sal era evidencia para el cerebro de Darvi: el portal no era imaginación. El portal dejaba residuo. Lo que dejaba residuo era real.

Los cristales pesaban menos de 0.1 gramos. 0.1 gramos de certeza.

Tlanamicxin la esperaba junto al tercer árbol. El tercer árbol tenía una corteza diferente: más oscura, con marcas que formaban hexágonos irregulares no tallados, naturales, la corteza hubiera crecido siguiendo una geometría que las cortezas normales no seguían. Darvi midió un hexágono: 4 centímetros de lado. El mismo tamaño que los hexágonos de la muralla. Darvi no señaló la coincidencia. Darvi la anotó en la libreta.

La niebla estaba errática. Darvi la midió: la densidad oscilaba entre 85% y 60% de visibilidad cada 20 minutos. Cuando bajaba a 60%, los árboles-portal eran visibles desde el refugio de piedra. Cuando subía a 85%, Darvi no veía sus propias botas.

Tlanamicxin expresó que los días erráticos eran buenos para bajar. La niebla inestable significaba que el temporizador era más largo, la niebla tardaba más en espesarse dentro de los portales cuando estaba ocupada oscilando afuera.

Darvi bajó dos veces.

- ○

Primer descenso. Tercer árbol.

17 escalones. Temperatura: de 8 a 19 grados. Aire: húmedo, con un olor a lana mojada, orina, pan horneado y algo metálico. Darvi identificó el componente metálico como sangre vieja sobre piedra, el mismo olor que el corredor del Nivel -31 en los días de mantenimiento.

Una calle. Estrecha. Piedra oscura. Edificios de dos pisos a cada lado. Sin ventanas en la planta baja, aberturas en el segundo piso cubiertas con tela. Gente caminando. Toga. Sandalias. Darvi estimó la época por la arquitectura y la vestimenta y los materiales: Roma imperial. Siglo I o II de la era común.

El gato caminó por la calle. La cola horizontal. La rodilla hacía clic contra la piedra. Nadie miró al gato. Los gatos en Roma eran parte del paisaje.

Darvi siguió el olor a pan. El olor la llevó a un patio interior más pequeño que el de Pitágoras, sin columnas, con un fogón de piedra en el centro y cuatro bancos de madera alrededor. Sobre el fogón, una olla. El contenido de la olla hervía. El vapor que salía olía a cebolla cocida y a algo amargo que Darvi no identificó.

Un hombre revolvía la olla. El hombre era viejo. La pierna derecha arrastraba al caminar una cojera severa, con el pie girado 30 grados hacia fuera. Las manos que revolvían la olla eran nudosas, con los nudillos engrosados. El hombre vestía la misma tela que los demás pero más gastada, con remiendos en los hombros y manchas en el pecho.

Alrededor de los bancos, seis personas jóvenes. Sentadas. Con tablillas. Esperando.

El hombre sirvió. Vertió el contenido de la olla en cuencos de barro seis cuencos para los jóvenes, uno para él. El contenido era una sopa de color marrón con trozos de cebolla flotando en una superficie aceitosa. Darvi estimó la temperatura: 70 grados. Demasiado caliente para beber. Los jóvenes soplaron. El hombre no sopló. El hombre bebió directo del cuenco. La boca del hombre estaba acostumbrada.

La primera joven probó la sopa. La cara se contrajo. Los labios se apretaron. Los ojos se entrecerraron. La sopa sabía mal. Darvi lo supo por la reacción y porque el olor ya lo sugería. La proporción de amargo a salado era de aproximadamente 3 a 1. La sopa era, objetivamente, terrible. El color marrón con vetas verdes era el color de algo que un sistema digestivo había procesado, no de cosa que un sistema digestivo debería recibir.

Los seis jóvenes comían. Las caras decían que no querían. Los cuerpos decían que seguían comiendo. El hombre los miraba con la tranquilidad de alguien que bebe su propia sopa terrible sin parpadear. El hombre había bebido directamente del cuenco sin probar, sin dar muestras de que el contenido tuviera sabor alguno. La sopa entraba por la boca del hombre con la eficiencia de un combustible que no necesita ser agradable para cumplir su función. Darvi reconoció el patrón: la comida no era comida. La comida era lección.

El hombre habló. Griego, pero diferente del griego de Pitágoras. Más corto. Más directo. Las frases terminaban en el primer punto posible. Darvi no entendía las palabras, pero entendía la estructura: el hombre hacía preguntas y se respondía a sí mismo.

El hombre señaló la sopa. Señaló a la joven que había hecho la cara. Habló. La joven respondió. El hombre negó con la cabeza. Habló más. Señaló la sopa otra vez. Señaló el cielo. De golpe, señaló la sopa. Antes de que pudiera reaccionar, señaló el estómago de la joven.

La joven puso el cuenco en el banco. El hombre lo recogió. Lo puso frente a ella otra vez. Habló una frase corta. La repitió. La dijo tres veces. Cada vez más despacio.

Darvi no entendía griego. Pero la frase tenía una estructura que Darvi reconoció: la estructura de una ecuación. X no es el problema. Tu relación con X es el problema. La sopa no era mala. La expectativa de que la sopa fuera buena producía el sufrimiento. La sopa era datos. El sabor era interpretación.

Darvi dijo, en voz alta, en español:

Tiene razón. La sopa es datos. El sabor es interpretación.

El hombre levantó la cabeza. Miró a Darvi. No con sorpresa. Los ojos quietos. La cuchara inmóvil sobre el cuenco.

El hombre asintió. Una vez. Después volvió a su sopa.

Afuera del patio, una taberna. La taberna tenía estantes de madera contra la pared con ánforas de vino y recipientes de barro y jarras apiladas. El gato estaba dentro de la taberna. El gato estaba sobre el segundo estante, a 1.4 metros de altura, caminando entre las ánforas con la precisión de un animal de 3.2 kilogramos que sabe exactamente cuánto espacio ocupa.

El gato pisó mal.

La pata trasera izquierda la de la artritis falló en el borde de un ánfora. La rodilla no absorbió el peso. El gato resbaló. La pata golpeó un ánfora. El ánfora empujó a la siguiente. La siguiente empujó a

una jarra. La jarra empujó a un plato. El plato empujó a una copa. La copa cayó del estante. La copa golpeó el borde de una mesa. La mesa se volcó no completa, sino la mitad que no estaba apoyada contra la pared. Los recipientes de la mesa cayeron al suelo. Uno de los recipientes contenía aceitunas. Las aceitunas rodaron. Un hombre pisó una aceituna. El hombre se resbaló. El hombre agarró un mantel. Entonces, el mantel arrastró cuatro cuencos más al suelo. Con cuidado, el ruido fue: barro contra piedra, líquido contra piedra, madera contra piedra, aceitunas contra piedra, hombre contra piedra. Cinco frecuencias de impacto superpuestas. 23 objetos rotos. El gato estaba en el piso, lampiándose la pata izquierda, a 30 centímetros del epicentro del desastre. La cola horizontal. Los ojos entrecerrados.

El tabernero gritó. Los clientes de la taberna se levantaron. El ruido llegó al patio donde el hombre de la sopa terrible estaba solo con siete cuencos y el silencio de un lugar donde las preguntas se habían ido con los alumnos.

El hombre miró la sopa. Bebió. Terminó su cuenco. Empezó otro. La sopa seguía siendo terrible. La sopa iba a seguir siendo terrible. El hombre iba a seguir bebiéndola.

La niebla entró por los bordes de la visión. Darvi se debilitó más rápido que la vez anterior. Las piernas temblaron a los 30 segundos, no a los 5 minutos. La niebla errática acortaba y alargaba los tiempos sin patrón. Darvi se sentó contra la pared del patio. El gato saltó del estante de la taberna 14 objetos rotos detrás de él y caminó hacia Darvi con la cola horizontal.

El hombre estaba terminando el segundo cuenco de sopa. No miró a Darvi irse. No miró al gato. Bebió.

- ○

Segundo descenso. Cuarto árbol.

La niebla bajó a 55% de visibilidad cuando Darvi salió del tercer árbol. Tlanamicxin estaba ahí. Darvi le contestó: voy otra vez. Tlanamicxin le pasó un tubérculo asado. Darvi lo comió en cuatro mordidas. Las calorías entraron.

Darvi preparó los instrumentos antes de bajar: generador de Toshiro recalibrado (limpieza de contactos completada esa mañana, desviación reducida de 0.3 Hz a 0.1 Hz), libreta con 8 páginas disponibles, lápiz afilado con piedra del arroyo. El inventario de herramientas de Darvi para un descenso era siempre el mismo: generador, libreta, lápiz, gato. El gato no era herramienta. El gato era variable independiente.

La niebla se resistió al quinto árbol durante los últimos tres días. Cada vez que Darvi se acercaba, la niebla se espesaba entre ella y el tronco. Tlanamicxin explicó: “Los árboles descansan.” Darvi no preguntó qué significaba. Darvi sabía qué significaba los portales tenían ciclos de actividad y reposo que correspondían a las fluctuaciones de los 432 Hz. Cuando la amplitud bajaba de un umbral, el portal dejaba de funcionar. El umbral era diferente para cada árbol. El cuarto tenía el umbral más alto: necesitaba más energía para abrir.

Cuarto árbol. 21 escalones. Temperatura: de 8 a 31 grados. Aire: seco, caliente, con polvo fino que se depositaba en los labios. El olor era arena caliente y especias y algo floral que Darvi no identificó.

Un jardín. Amurallado. Con un olivo en el centro. El olivo tenía más de cien años. El tronco medía 1.8 metros de circunferencia y la

corteza tenía surcos profundos. Debajo del olivo, sentado en una estera de fibra, un hombre.

El hombre era ciego. Darvi lo supo por los ojos abiertos, fijos, sin seguimiento. Las pupilas no reaccionaban a la luz. El hombre tenía barba corta, pelo negro con canas en las sienes, y las manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. Frente a él, en el suelo, un joven con un recipiente de tinta y un rollo de pergamino. El joven escribía.

El hombre ciego hablaba. Árabe. La voz tenía la gravedad de 80 años de oscuridad convertida en poesía. Darvi midió la cadencia: 4 versos por minuto, cada verso con una pausa de 2,3 segundos entre hemistiquios. La pausa era exacta, el hombre regulaba el silencio con la precisión de alguien que ha usado el silencio como instrumento durante décadas. El silencio entre los versos no era vacío. El silencio era la mitad del poema. El silencio era la parte que el joven transcriptor no podía escribir.

La habitación era pequeña, 4 por 3 metros, con un techo bajo que amplificaba la voz del hombre como una caja de resonancia. La temperatura era de 28 grados de calor seco del desierto que se filtraba por una ventana abierta al este. El aire contenía partículas de arena que brillaban cuando un rayo de sol las atravesaba. El generador de Toshiro registró la frecuencia base: 7,83 Hz con un armónico en 14 Hz que Darvi atribuyó a la vibración de las paredes de adobe. Las paredes de adobe vibraban con la voz del hombre. Las paredes absorbían los versos y los devolvían como eco.

Darvi no hablaba árabe, pero la cadencia era poesía, los versos tenían rima, las pausas eran regulares, el ritmo subía y bajaba con la estructura de alguien que compone en tiempo real. El joven escribía rápido. Demasiado rápido, la tinta goteaba. Las letras se

deformaban. El joven no podía creer lo que transcribía. Lo decían las cejas subían al principio de cada verso y no terminaban de bajar.

El hombre ciego se rió. La risa empezó en el estómago y subió por la garganta y salió por la boca abierta y los ojos cerrados. El joven dejó de escribir. El hombre ciego siguió riendo. La risa duró 8 segundos. Después, el hombre ciego comentó algo. Una frase. El joven escribió la frase. La mano temblaba.

Darvi se sentó contra el muro del jardín. El sol calentaba el muro. El muro estaba a 38 grados. La espalda de Darvi absorbió el calor. El gato se acostó al sol. La panza hacia arriba. Los ojos cerrados. El calor del suelo era de 35 grados.

El hombre ciego dictó durante 40 minutos. Darvi no entendió nada. Pero registró la frecuencia de las pausas (cada 12-15 segundos), la longitud de los versos (3-7 segundos de habla), la frecuencia de la risa (cada 4-5 versos). El hombre ciego se divertía. Lo que decía escandalizaba al joven. Lo que decía divertía al que lo decía.

El gato se levantó. Se estiró. Caminó hacia el joven. El joven estaba concentrado en el pergamino. El recipiente de tinta estaba en el suelo, a la derecha del pergamino, sin tapa. El gato olió el recipiente. La nariz del gato tocó el borde. El recipiente se inclinó. La tinta cayó sobre el pergamino.

La tinta cubrió las últimas ocho líneas. El joven gritó. Levantó el pergamino. La tinta escurrió. Las palabras se convirtieron en manchas negras. El hombre ciego preguntó algo. El joven le dijo. El hombre ciego se rió otra vez, más fuerte que antes, más largo, 12 segundos.

El joven puso el pergamino a secar. Preparó más tinta, un proceso que involucró moler algo en un mortero durante 6 minutos. Después,

el hombre ciego repitió los versos. El joven escribió. Pero los versos no fueron iguales. El hombre ciego dictaba de memoria y la memoria reformulaba las mismas ideas con palabras diferentes. El mismo sentido con otro ritmo. El joven no corrigió. El joven escribió lo que el hombre ciego decía ahora, no lo que había dicho antes.

La versión corrupta. La versión que el accidente produjo. La versión que sobreviviría.

La niebla. Las piernas. El suelo del jardín se convirtió en hojas mojadas. El sol de 31 grados se convirtió en 8 grados de bosque. El gato estaba en el regazo. Darvi abrió los ojos al pie del cuarto árbol.

Tlanamicxin estaba ahí. Trenzando.

Rápido, esta vez, declaró. Dos horas.

Darvi cerró los ojos. El jardín todavía estaba en la retina, el olivo, el hombre ciego, la tinta derramada, la risa. 31 grados contra los 8 del bosque. La diferencia era física. La diferencia estaba en la piel.

El gato se lamió la pata izquierda. La pata tenía una mancha de tinta.

• ◦ **Capítulo 009 RUTINA [D][O] [N]**

* * *

El día 60, Darvi estableció la rutina. No por decisión sino por acumulación los gestos se repitieron hasta que dejaron de ser gestos y se convirtieron en secuencia y la secuencia se convirtió en estructura y la estructura se convirtió en el andamio que sostenía los días.

La rutina tenía 14 pasos. Paso 1: abrir los ojos. En los primeros 2 segundos, el cerebro procesaba temperatura del aire, presencia del gato (3.2 kg sobre el pecho = presente; 0 kg = buscar), y frecuencia base (432 Hz = normal). Paso 2: sentarse. Los músculos de la espalda protestaban la piedra no era colchón y el cuerpo lo recordaba en los primeros 30 segundos. Paso 3: agua del depósito. 400 mililitros a 6 grados. El frío del agua producía una contracción gástrica de 8 segundos. Paso 4: 6 nueces, 270 kilocalorías, insuficientes para 8 horas de actividad. Paso 5: inspección del gato. La articulación del carpo izquierdo variaba entre 0.5 y 1 cm de inflamación según el frío nocturno. La artritis del gato era un termómetro biológico.

Los pasos 6 al 14 eran: revisar el generador de Toshiro (paso 6), caminar al arroyo (paso 7), llenar depósito (paso 8), recolectar nueces (paso 9), inspeccionar árboles-portal con Tlanamicxin (paso

10), descender a un portal si había uno abierto (paso 11). Registrar datos en la libreta (paso 12), inspeccionar la muralla y contar cruces (paso 13), volver a la cueva antes de que la niebla se espesara (paso 14).

El bosque tenía un ritmo. No un ritmo natural, sino un ritmo que Darvi construyó.

La rutina del bosque tenía 14 pasos que Darvi ejecutaba en el mismo orden cada día porque el orden era la estructura que impedía que el cerebro procesara la soledad como dato prioritario.

Paso 1: abrir los ojos. Tiempo de transición sueño-vigilia: 4 segundos. En los primeros 2 segundos, el cerebro procesaba temperatura (7-9 grados según la noche), peso sobre el pecho (gato: 3.2 kg presente o ausente), frecuencia base (432 Hz, confirmación de normalidad).

Paso 2: sentarse. Los músculos protestaban cada mañana la piedra no tenía la flexibilidad de un colchón y el cuerpo lo recordaba en los primeros 30 segundos. Dolor: 3 de 10, bajaba a 1 después de 5 minutos.

Paso 3: agua. 400 mililitros del depósito. Temperatura: 6 grados. El frío producía contracción gástrica un puño debajo del esternón, 8 segundos de duración.

Paso 4: nueces. 6 unidades. 45 kilocalorías cada una. Total: 270. Insuficiente para 8 horas de actividad.

Paso 5: inspección del gato.

Pasos 6 al 10: exploración. La exploración seguía una ruta fija que Darvi estableció el día 15 y que no varió en 525 días posteriores. Ruta: cueva → tercer árbol (verificar bioluminiscencia: 520 nanómetros normales, cualquier cambio indicaba actividad del

portal) → muralla norte (verificar cruces: contar, comparar con día anterior, registrar nuevas) → arroyo (verificar caudal: 0.3 l/min normal) → claro central → refugio de Tlanamicxin → vuelta a cueva. La ruta medía 1.2 kilómetros. Darvi la completaba en 45 minutos incluyendo paradas de medición.

Paso 11: almuerzo. 8 nueces, 3 fresas si las había, agua. 520 kilocalorías. Insuficiente pero funcional.

Paso 12: trabajo. “Trabajo” era la palabra que Darvi usaba para la actividad de la tarde. La actividad variaba: reparar el generador de Toshio, recolectar hongos bioluminiscentes, explorar la muralla en busca de nuevas marcas, descender por los portales activos, documentar los datos del día en la libreta. La libreta era el único producto del trabajo de Darvi. Todo lo demás era proceso. La libreta era resultado.

Paso 13: atardecer. El bosque no tenía atardecer visible, no había sol, pero la bioluminiscencia del tercer árbol se intensificaba gradualmente entre las 5 pm y las 7 pm estimadas, produciendo el equivalente funcional de un crepúsculo verde. El gato se dormía durante el crepúsculo verde. Darvi no. Darvi usaba el crepúsculo para releer las notas del día.

Paso 14: noche. Cueva. Gato sobre el pecho. 3.2 kilogramos. 38 grados. 26 Hz de ronroneo. Los 26 Hz eran lo último que Darvi escuchaba antes de dormir y lo primero que registraba al despertar. Los 26 Hz eran la frontera entre los 14 pasos del día y los 0 pasos de la noche. Los 26 Hz eran la constante de Darvi antes de que Darvi supiera que era La Constante.

La pata izquierda tenía inflamación variable, 0.5 cm en mañanas de 8 grados, 1 cm en mañanas de 4. La artritis del gato era un

termómetro biológico.

Mañana: recolección. Darvi salía del refugio de piedra a las no había reloj, no había sol visible, pero Darvi medía la mañana por la temperatura del suelo. Cuando el suelo subía de 5 a 7 grados era mañana. Cuando subía de 7 a 9 era mediodía. Cerca de ahí, cuando bajaba de 9 a 7 era tarde. Más allá, cuando bajaba de 7 a 5 era noche. La oscilación total era de 4 grados. 4 grados en un día. El bosque apenas respiraba.

Recolección: 23 nueces mínimo, 15 fresas si había, 4 tallos dulces, agua del arroyo en dos viajes. El gato acompañaba. El gato cazaba durante la recolección no siempre con éxito. En los últimos cinco días, el gato había cazado tres pájaros y un roedor. Los cuatro intactos. Los cuatro dejados en la entrada del refugio. Darvi los movía a una piedra a 10 metros del refugio. Los animales del bosque los comían durante la noche.

Mediodía: análisis. Darvi inspeccionaba los siete árboles-portal. Los medía. Los numeraba del 1 al 7, de izquierda a derecha mirando desde la puerta. Despacio, los tres primeros ya usados. Por instinto, los cuatro restantes: intactos, con las aberturas a 3 metros de altura y los escalones descendiendo hacia la oscuridad.

El árbol 5 tenía algo diferente. La corteza era más fría que los demás, 6 grados contra los 10 de promedio. El generador de Toshiro registraba 37 Hz en el árbol 5, no los 55 Hz de los otros. Darvi no sabía qué significaba la diferencia. Darvi la registraba.

Tarde: la cueva. Darvi bajaba al túnel y pasaba dos horas en la cámara subterránea. Sentada en el centro. 87, 92, 140, 0. Los centímetros exactos. La cabeza descansaba. Los datos del día se ordenaban. Los datos de los portales se conectaban con los datos del

bosque se conectaban con los datos de la muralla se conectaban con los datos de las plumas calientes se conectaban sin llegar a ningún lado.

Noche: fuego. Darvi y Tlanamicxin en el refugio de piedra. El perro entre las dos. El gato en el regazo de Darvi. Los animales de Tlanamicxin distribuidos en sus posiciones habituales cada uno tenía un lugar fijo que no cambiaba de una noche a otra. La ardilla en el hueco de la pared. Los hurones contra el perro. El mapache en la entrada. El murciélago en el techo.

Tlanamicxin le enseñó a Darvi: qué raíces eran comestibles (las que tenían corteza rojiza y centro blanco, no las que tenían corteza gris y centro amarillo). Qué hongos eran seguros (los que crecían en la base de los troncos a más de 10 grados de temperatura superficial). Cómo trenzar cuerda con fibra vegetal (dos hebras torcidas en sentido opuesto y después enrolladas juntas el resultado era más fuerte que cualquiera de las hebras por separado). Cómo leer la niebla (cuando se movía en espiral era estable, cuando se movía en capas horizontales iba a cambiar).

Darvi le enseñó a Tlanamicxin: cómo soldar sin soldador (calentando el pedernal hasta que la superficie fuera conductora y aplicándolo como puente entre dos puntos metálicos). Cómo medir frecuencia sin instrumento (contando los ciclos de vibración de una cuerda tensa contra un segundo conocido un segundo era un “Mississippi”, explicó Darvi. Que era una palabra que no existía en náhuatl ni en ningún otro idioma que Tlanamicxin conociera, y Tlanamicxin conocía ocho). Cómo funciona un circuito (corriente, resistencia, voltaje los tres elementos, siempre tres).

¿Mississippi? - dijo Tlanamicxin.

Es una unidad de tiempo.

Es una palabra.

Es las dos cosas.

Eso no es un dato útil - replicó Tlanamicxin.

Darvi la miró. Era la segunda vez que Tlanamicxin le decía eso. El dato de que no era un dato útil era, en sí mismo, un dato. Darvi lo archivó.

Tlanamicxin escuchaba con las manos quietas. Cuando Tlanamicxin dejaba de trenzar significaba que estaba procesando. El mapache aprovechó una pausa de trenzado para robar dos fresas del almacenamiento sureste de la cueva. Tlanamicxin no reaccionó. El mapache tenía un sistema. El sistema llevaba cuatrocientos días funcionando.

- ○

El reproductor de cintas magnéticas.

340 gramos en el bolsillo derecho. Sin batería. La batería original era de 3 voltios, dos pilas AA en serie. Las pilas se habían agotado tres días antes del portal. Darvi no había tenido tiempo de reemplazarlas.

En la cueva, durante la tarde del sexto día, Darvi puso el reproductor sobre la piedra plana del centro. Lo abrió. Siete tornillos, cinco Phillips, dos de estrella. La caja de Valeria tenía los destornilladores correctos. El interior del reproductor era: motor DC, cabezal de lectura, circuito amplificador, conector de auriculares, compartimento de pilas vacío. La cinta estaba dentro: bobina derecha con 40 metros de cinta magnética enrollada, bobina izquierda vacía.

Darvi necesitaba 3 voltios. No había pilas en el bosque. No había generadores. Un segundo después, no había paneles solares, no había sol visible. Cerca de ahí, no había viento constante para turbina.

Los hongos bioluminiscentes crecían en la base del tercer árbol-portal. Darvi los había catalogado en el día 93: *Panellus stipticus*, identificación tentativa por la forma del sombrero y la distribución de las laminillas. Los hongos producían luz a través de una reacción enzimática, luciferasa oxidando luciferina en presencia de oxígeno. La luz era verde-azulada, 520 nanómetros, con una intensidad de 0.002 candelas por centímetro cuadrado. Suficiente para ver los escalones del portal en la oscuridad. Insuficiente para leer la libreta.

Darvi descubrió la propiedad eléctrica de los hongos por accidente, un desastre de Pavlov en miniatura. El gato pisó un grupo de hongos mientras caminaba hacia el tercer árbol y las esporas aplastadas entraron en contacto con el sensor de temperatura del generador de Toshiro que Darvi llevaba encendido. El generador registró un pico de 0.04 voltios durante 0.8 segundos. 0.04 voltios era nada en cuanto a electrónica, el reproductor necesitaba 3 voltios, 75 veces más. Pero 0.04 voltios era algo. 0.04 voltios significaba que los hongos convertían energía bioquímica en corriente eléctrica. Los hongos eran baterías biológicas. Darvi recolectó hongos durante 61 días. 3 kilogramos de *Panellus stipticus* apilados en una formación que maximizaba el contacto entre laminillas. Los 3 kilogramos producían 0.8 voltios en serie. Faltaban 2.2. Faltaban más hongos. Faltaba superficie de contacto. Faltaba algo que Darvi no podía calcular: la variable que convertiría 0.8 en 3.

El gato proporcionó la variable. El gato se sentó sobre los hongos apilados. Los 3.2 kilogramos de gato sobre los 3 kilogramos de hongos produjeron presión. La presión comprimió las laminillas, aumentó la superficie de contacto entre esporas, y la corriente subió de 0.8 a 2.1 voltios. No suficiente. Casi suficiente. El gato ronroneó. Los 26 Hz del ronroneo vibraron los hongos. La vibración aumentó la velocidad de la reacción enzimática. La corriente subió de 2.1 a 3.4 voltios.

El reproductor se encendió.

Los hongos bioluminiscentes.

Darvi había medido la luminosidad de los hongos con el generador de Toshiro adaptado conectando el fotodiodo del generador al sensor de frecuencia y calibrando con la luz del fuego como referencia. Los hongos emitían luz en el rango de 490-520 nanómetros con una intensidad de aproximadamente 0.001 lux. La energía lumínica era insuficiente para alimentar una celda fotovoltaica. Incluso si Darvi tuviera una celda fotovoltaica, que no tenía.

Pero los hongos no solo emitían luz. Los hongos bioluminiscentes producían la luz mediante una reacción química: luciferina + oxígeno → oxiluciferina + fotón. La reacción era exotérmica. Los hongos producían calor. No mucho, 0.3 grados por encima de la temperatura ambiente en el hongo más grande. Pero producían.

La energía de calor era convertible en electricidad. Un termopar de dos metales diferentes unidos en un punto, con una diferencia de temperatura entre la unión y los extremos producía voltaje. Darvi tenía dos metales: el cobre del circuito del generador de Toshiro y el acero de la navaja de Valeria. La diferencia de temperatura necesaria

para producir 3 voltios con un termopar de cobre-acero era de aproximadamente 150 grados. Los hongos producían 0.3 grados.

Insuficiente. Por un factor de 500.

Darvi se quedó mirando el cristal de cuarzo y los hongos y el reproductor con la expresión de alguien que ha resuelto un problema para descubrir que la solución tiene un problema que es 500 veces peor que el problema original. El gato dormía sobre el reproductor. El gato pesaba 3.2 kilogramos. Cerca de ahí, el reproductor pesaba 340 gramos. Ahí, el gato pesaba más que el problema.

Darvi rotó sobre el problema. El problema giró en su cabeza durante la tarde de la cueva y durante la noche del fuego y durante la mañana de recolección y durante el mediodía de análisis. El problema no se resolvió. El problema no se resolvía porque la física no se resolvía: 0.3 grados no parecían 150 grados y ninguna cantidad de ingenio cambiaba la termodinámica.

Darvi no durmió la noche del sexto día. El problema giró. La cuerda de Tlanamicxin (dos hebras más fuertes que una). El circuito del generador (corriente, resistencia, voltaje). Los tres elementos. Los hongos. El calor. Los 432 Hz.

Los 432 Hz.

Frecuencia era energía. Los 432 Hz que salían de la puerta eran vibración mecánica, ondas sonoras que movían moléculas de aire. Las moléculas de aire que se movían transferían energía cinética. La energía cinética era convertible. Un diafragma que vibrara a 432 Hz producía movimiento mecánico. El movimiento mecánico sobre un material piezoeléctrico producía voltaje.

Darvi no tenía material piezoeléctrico. Darvi tenía cuarzo. El cuarzo del suelo del bosque, los cristales que Darvi había encontrado

en la formación de granito del refugio de piedra era piezoeléctrico.

Darvi se levantó. Fue al refugio. Buscó en la formación de granito hasta encontrar un cristal de cuarzo: 2 centímetros de largo, transparente, con facetas naturales. Lo arrancó de la piedra con la navaja de Valeria. Lo llevó a la cueva. Lo puso frente al reproductor.

El problema no estaba resuelto. Pero el problema había pasado de imposible a difícil. Y difícil era lo que el cerebro de Darvi hacía.

- ○

La muralla.

Mediodía del séptimo día. Darvi inspeccionaba los árboles-portal. El gato iba adelante. Las nubes de niebla eran espirales hoy estables, según Tlanamicxin. Darvi pasó la mano por la muralla entre el árbol 3 y el 4.

Marcas.

Marcas que no estaban ahí ayer. Darvi pasó los dedos: líneas grabadas en la madera, profundas, de 3 milímetros, con una textura diferente de la madera original. Las líneas formaban patrones no hexágonos, no espirales. Cruces. Cruces de brazos iguales, inscritas en círculos, con líneas radiales que conectaban las cruces entre sí. Darvi contó: 14 cruces nuevas en un tramo de 2 metros de muralla.

Las marcas estaban alrededor de una ranura vertical. Una bisagra. Las cruces rodeaban la bisagra. Las cruces estaban más concentradas cerca de la bisagra que lejos de ella.

Darvi tocó una cruz. La temperatura de la marca era diferente: 4 grados. Dos grados menos que la muralla circundante. Las cruces estaban frías.

Tlanamicxin estaba a 10 metros, sentada contra un árbol con el perro.

Hay marcas nuevas - expresó Darvi.

Sí. Aparecen cada pocos días.

¿Quién las hace?

No sé. Nunca los he visto. Solo veo las marcas después.

Las cruces están más frías que la madera.

Tlanamicxin bajó el mentón. Un gesto mínimo.

Alguien no quiere que se abra - dijo Tlanamicxin. Llevan haciéndolo desde antes de que yo llegara. El primer día que encontré la puerta ya había marcas. Desde entonces, más. Cada vez más.

Darvi registró: las cruces eran sellado. Alguien reforzaba la puerta. Alguien mantenía cerrado lo que estaba cerrado. Las plumas del dragón a 14 grados. Las cruces de sellado a 4 grados. Calor adentro, frío afuera. Contenido y contenedor.

- ○

El quinto árbol.

Darvi no planeó bajar. El plan del día era análisis, no portal. Pero el quinto árbol, el de 37 Hz, el de corteza fría tenía la abertura más baja de los siete: 2.2 metros en lugar de 3. Darvi podía alcanzar el borde sin subir por las raíces-escalera.

Darvi tocó el borde. La madera estaba a 4 grados. La misma temperatura que las cruces de sellado.

Darvi bajó.

13 escalones. Más empinados que los anteriores. La temperatura no subió, bajó. De 8 a 6 grados. El aire se enfrió. La humedad subió.

El olor era mineral, subterráneo, con un componente orgánico que Darvi asoció con taller. Grasa de motor. Metal caliente. Soldadura.

Darvi salió a un espacio que no reconoció. No una llanura, no un patio, no un jardín, no una calle. Un espacio cerrado, techo bajo, paredes de piedra, iluminación tenue por algo que no era fuego ni electricidad. El suelo era tierra. La temperatura era 14 grados. El generador marcó 55 Hz.

Un hombre estaba de espaldas.

El hombre trabajaba en una mesa baja. Las manos se movían con precisión sobre algo que Darvi no podía ver desde el ángulo en el que estaba. Los hombros del hombre eran anchos. La espalda era la espalda de alguien que trabaja inclinado muchas horas, curvada en la parte superior, con tensión visible en los trapecios. Las manos estaban marcadas. Cicatrices lineales. Callosidades en los dedos. Quemaduras pequeñas, redondas, en el dorso, las quemaduras de la soldadura.

Las manos de alguien que repara cosas.

Darvi reconoció las manos. No al hombre. Las manos. Las manos eran como sus manos, marcadas por el mismo tipo de trabajo. El mismo tipo de herramientas. Las mismas quemaduras en los mismos lugares.

Darvi abrió la boca para hablar.

La niebla. Instantánea. No gradual, un golpe de densidad al 100% que borró la habitación en medio segundo. Las piernas de Darvi fallaron. El suelo de tierra se convirtió en hojas mojadas. Los 14 grados se convirtieron en 8. Los 55 Hz se convirtieron en 432.

Darvi abrió los ojos al pie del quinto árbol. La corteza fría contra la espalda. El gato en el regazo. La rodilla: clic.

No había dicho nada. No había llegado a acercarse. No había visto la cara del hombre. Solo la espalda. Solo las manos. Solo las quemaduras.

Darvi registró: manos marcadas, postura de alguien que repara, quemaduras de soldadura, espacio con olor a taller. El generador había marcado 55 Hz, la misma frecuencia que los árboles-portal, no la frecuencia base de 7.83 Hz de los otros destinos.

El quinto árbol no la había llevado al pasado. El quinto árbol la había llevado a otro lugar.

- ○

La noche. El fuego. La rutina.

El gato dormía sobre la puerta del dragón emplumado. 14 grados. Las plumas cálidas. El gato había encontrado el único lugar del bosque donde la temperatura era confortable y lo había reclamado.

Darvi no dormía. El reproductor de cintas estaba sobre la piedra plana, abierto, con el cristal de cuarzo al lado. El problema de los 3 voltios giraba. El hombre de espaldas giraba. Las manos marcadas giraban.

Tlanamicxin roncaba despacio. 8 ciclos por minuto. El perro respiraba. Los hurones dormían. El murciélago colgaba del techo.

Darvi tenía los ojos abiertos en la oscuridad. La cabeza no descansaba. La cabeza no iba a descansar. Más allá, la cabeza tenía dos problemas sin resolver y los problemas sin resolver no dejaban dormir y no dormir no resolvía los problemas pero la cabeza de Darvi no aceptaba esa lógica porque la cabeza de Darvi no funcionaba así. Antes de que pudiera reaccionar, la cabeza de Darvi rotaba sobre los

problemas hasta que se resolvían o hasta que el cuerpo se apagaba, lo que viniera primero.

El cuerpo se apagó a las 03:00, según la estimación de temperatura del suelo.

Los hexágonos no vinieron.

Las manos del hombre vinieron. Las quemaduras. Los callos. Las cicatrices lineales. Las manos de alguien que repara.

• ◦ **Capítulo 010 LAL DED Y VAN EYCK [D][J][X]**

* * *

Darvi estaba reparando el generador de Toshiro cuando Tlanamicxin llegó al claro. “Reparar” era una palabra generosa: Darvi limpiaba los contactos del sensor de frecuencia con una hoja húmeda porque los contactos acumulaban una sustancia ambarina que no era resina ni savia ni nada que Darvi pudiera clasificar. La sustancia conducía electricidad parcialmente: suficiente para alterar las lecturas del generador en 0,3 Hz. 0,3 Hz era una desviación aceptable para la mayoría de los instrumentos. No para Darvi.

El gato observaba la reparación desde la piedra plana junto al arroyo. El gato observaba todas las reparaciones de Darvi con la misma atención: las orejas hacia adelante, los ojos medio cerrados, la cola inmóvil. Casi sin pensarlo, el gato no entendía lo que Darvi hacía. Justo entonces, el gato entendía que Darvi hacía algo y que ese algo requería quietud y que la quietud del gato era una contribución. El gato contribuía con 3,2 kilogramos de silencio sobre una piedra plana.

Tlanamicxin le preguntó por el quinto árbol.

Vi a alguien - dijo Darvi.

¿Quién?

No sé. Un hombre. De espaldas. Trabajaba con herramientas. Las manos tenían las mismas marcas que las mías.

Tlanamicxin dejó de trenzar. La fibra quedó entre los dedos, inmóvil.

¿Vas a volver?

No sé.

Darvi no sabía. El quinto árbol estaba a 37 Hz y a 4 grados en la corteza y la niebla la había expulsado en menos de un minuto. Los otros árboles le daban horas. El quinto le había dado segundos. El dato sugería que el quinto árbol era diferente, no cronológico, no geográfico, sino algo más. Darvi no tenía la información suficiente para decidir.

La información suficiente para decidir era una cantidad que Darvi nunca tenía. Darvi siempre necesitaba más datos. Más datos significaba más tiempo. Más tiempo significaba que las decisiones se aplazaban. Las decisiones aplazadas no parecían decisiones, eran inercia. Darvi lo sabía. Saberlo no cambiaba nada.

Hoy voy al sexto - añadió Darvi.

- ○

Primer descenso. Sexto árbol.

22 escalones. Temperatura: de 8 a 26 grados. Aire: especiado, seco, con polvo de canela y algo floral, jazmín. La humedad bajó de 100% a 40%. Los pulmones de Darvi registraron la diferencia: respirar era más fácil.

Un mercado. Darvi salió al centro de un mercado al aire libre. Telas colgadas entre postes de madera formaban toldos irregulares sobre puestos de frutas, especias, telas, cerámica, animales vivos. El

ruido era alto: 70 decibelios mínimo. Voces, animales, metal contra metal, tela contra tela. El idioma era uno que Darvi no reconoció, pero la cadencia tenía elementos que asoció con las lenguas que había escuchado en los documentales del Nivel -28 sobre Asia, consonantes aspiradas, vocales nasales, tonalidad variable.

Cachemira. Darvi estimó por las especias (azafrán, cardamomo, canela en cantidades que indicaban producción local), por la arquitectura visible más allá del mercado (madera tallada con motivos geométricos, techos inclinados para nieve), por la vestimenta (capas gruesas de lana con bordados, turbantes). Siglo XIV, aproximación basada en los materiales y la ausencia de ciertos metales.

El gato desapareció entre los puestos en menos de 3 segundos. Darvi no lo siguió. El gato volvería. El gato siempre volvía.

En el centro del mercado había un espacio vacío. Un círculo de 5 metros de diámetro donde no había puestos ni mercancía ni toldos. En el centro del espacio vacío había una mujer.

La mujer estaba desnuda.

No desnuda por accidente o por fuerza. Desnuda y de pie. La piel estaba bronceada por el sol. El pelo era largo, gris, desordenado. Los pies estaban descalzos y sucios, las plantas negras de caminar sin protección. El cuerpo era delgado, con los huesos visibles en las clavículas y en las caderas y en las rodillas. La mujer tenía entre 50 y 60 años.

La mujer bailaba.

No el tipo de baile que Darvi había visto en las pantallas del Nivel -22, coordinado, rítmico, con pasos que se repetían. Este baile no tenía patrón visible. Los pies se movían sin secuencia. Los brazos se

levantaban y bajaban en ángulos que no correspondían entre sí. La cabeza giraba. El cuerpo giraba. La mujer ocupaba el espacio del círculo vacío sin mirar a nadie. Los ojos cerrados. Los pies contra la piedra.

La gente del mercado miraba. Algunos con la boca abierta. Otros con los brazos cruzados. Algunos niños señalaban. Una vendedora de especias negaba con la cabeza. Un hombre viejo asentía despacio.

La mujer dejó de bailar. Se detuvo en el centro. Respiró. Los costillos se movieron bajo la piel. La mujer habló. La voz era fuerte, más fuerte de lo que el cuerpo sugería. Las palabras salieron en cachemir con la cadencia de poesía. Darvi no entendió las palabras, pero entendió la estructura: pregunta, mutismo, respuesta que era otra pregunta.

La mujer se - señaló a sí misma. Desnuda. Señaló a la gente del mercado. Vestida. La pregunta no necesitaba traducción.

Solo vine desnuda - dijo la mujer más fuerte. Las consonantes cortaban el aire del mercado. Me iré desnuda. ¿Qué me pongo entre medias?

Darvi no entendió las palabras, pero entendió el gesto: las manos abiertas, los hombros levantados, la cabeza inclinada. La pregunta universal del que no entiende por qué los demás no entienden.

En la tienda de telas, un estruendo. El gato había entrado por debajo de la cortina trasera. El vendedor de telas, un hombre corpulento con las manos llenas de anillos, gritó. En ese instante, el gato corrió entre las pilas de tela. Justo entonces, el vendedor lo persiguió. El vendedor tropezó con un rollo de seda. El rollo se desenrolló. La seda cayó sobre otro puesto. El otro puesto tenía cerámica. La cerámica cayó. El ruido fue: seda contra madera,

cerámica contra piedra, hombre contra suelo. El vendedor quedó sentado en el suelo del mercado con seda roja sobre las piernas y cerámica rota alrededor y la dignidad a 10 metros de distancia.

La gente se rió. La mujer desnuda también se rió, la boca abierta, los dientes visibles, el estómago sacudiéndose. Era la primera vez que se reía desde que Darvi la observaba.

El vendedor de telas se levantó. Se quitó la seda de las piernas. Miró los anillos. Miró la cerámica rota. Miró a la mujer desnuda que se reía. El vendedor se quitó los anillos. Los puso en el suelo. Se quitó la capa exterior. La puso en el suelo. Se sentó frente a la mujer. Sin anillos. Sin capa. Por instinto, sin cerámica. A lo lejos, sin dignidad.

La mujer dejó de reírse. Miró al vendedor. El vendedor la miró. La mujer cerró los ojos medio segundo.

El gato salió de la tienda de telas con un trozo de hilo rojo en la boca.

La niebla entró por los bordes. Darvi se debilitó. La mujer, el vendedor, el mercado, las especias, los 26 grados, todo se fue. Hojas mojadas. 8 grados. Clic.

- ○

Segundo descenso. Séptimo árbol.

El último árbol de la fila. El más grueso: 4 metros de diámetro. La corteza tenía un tono rojizo que los demás no tenían. El generador marcó 73 Hz, la misma frecuencia que el primer árbol cuando Darvi bajó a la prehistoria.

20 escalones. Temperatura: de 8 a 12 grados. Aire: húmedo, frío, con un olor a aceite de linaza y a pigmento mineral y a madera vieja. La humedad subió de 100% a 95%. La luz era escasa, entraba por una

ventana pequeña, rectangular, con vidrio verdoso que distorsionaba las formas exteriores.

Un taller. Darvi reconoció un taller porque había vivido en un taller. Este taller tenía una mesa larga, 3 metros de largo, 90 centímetros de ancho, cubierta de recipientes. Los recipientes contenían pigmentos: polvo rojo, polvo amarillo, polvo blanco, polvo negro, y un polvo azul. El polvo azul estaba en un recipiente más pequeño que los demás. El polvo azul era escaso.

Un hombre estaba sentado frente a la mesa. Las manos del hombre estaban manchadas de pigmento rojo en la derecha, azul en la izquierda. El hombre sostenía un mortero. Dentro del mortero: el polvo azul mezclado con un líquido viscoso. Aceite. El hombre molía. El movimiento era circular, lento, con una presión constante que Darvi estimó en 2 kilogramos. El hombre molía desde hacía mucho, la superficie interior del mortero estaba teñida de azul permanente.

El polvo azul era lapislázuli. Darvi lo supo por el color, un azul que no era cyan ni cobalto ni ultramarino sintético. Era el azul de la piedra. El azul que costaba más que el oro en la Europa medieval. El azul que los artistas usaban una vez, tal vez dos, en toda su vida.

El hombre molía lapislázuli con aceite de linaza. El resultado era una pasta azul que brillaba. El hombre acercó la pasta a la ventana. La luz verdosa del vidrio cayó sobre la pasta. El hombre la giró. La miró desde tres ángulos. Negó con la cabeza. Volvió al mortero. Molió más.

Darvi se sentó en una esquina del taller. El gato se sentó a su lado. El taller olía a aceite y a madera y a mineral y a la obsesión concentrada de un humano que no acepta que algo esté bien cuando puede estar mejor.

Darvi reconoció al hombre. No lo conocía, pero reconoció el tipo. El cerebro que no acepta “suficientemente bueno”. El cerebro que busca la proporción exacta, la mezcla precisa, el resultado perfecto. El mismo cerebro que Darvi tenía. Antes de que pudiera reaccionar, el mismo cerebro que la hacía desarmar y rearmar el generador de Toshiro hasta que la soldadura era invisible. Detrás, el mismo cerebro que contaba pasos y medía temperaturas y no podía dejar de hacer ninguna de las dos cosas.

El hombre preparó un panel de madera. Lijado. La superficie era lisa. El hombre aplicó una capa base de blanco. Esperó. La capa secó parcialmente. El hombre abrió un frasco de aceite de linaza puro. El frasco estaba en el borde de la mesa. El gato estaba en el borde de la mesa.

El gato olió el frasco.

El gato empujó el frasco.

El frasco cayó sobre el panel. El aceite se derramó. El hombre gritó. Una palabra. Corta. Flamenca. El tono no necesitaba traducción. El hombre agarró el panel. Lo inclinó. El aceite escurrió. Pero la mancha quedó una zona del panel donde el aceite se había absorbido de forma diferente, creando una textura irregular en la superficie. El hombre limpió. Frotó. La mancha no salió. La madera había absorbido el aceite. El hombre puso el panel contra la pared, furioso. Agarró otro panel. Lo lijó. Preparó la capa base. Trabajó veinte minutos.

Después miró el primer panel. El panel manchado. El panel que el gato había arruinado.

El hombre se levantó. Tomó la pasta de lapislázuli del mortero. Aplicó una gota sobre la zona manchada. La pasta se comportó

diferente. El aceite absorbido creó una base que dispersó el pigmento de forma distinta. El azul era más profundo en la zona manchada. Más luminoso. Más vivo. La capa de aceite actuaba como medio entre la madera y el pigmento, cambiando las propiedades de reflexión de la luz.

El hombre se detuvo. Miró. Aplicó otra gota. Otra. Cubrió toda la zona manchada. El resultado era un azul que Darvi midió instintivamente: longitud de onda estimada de 470 nanómetros, saturación del 85%, luminosidad del 45%. Era el azul más intenso que Darvi había visto sobre una superficie plana.

El hombre se sentó. Miró el panel. Las manos dejaron de temblar.

La niebla entró. Darvi cerró los ojos. Cuando los abrió estaba al pie del séptimo árbol con el gato en el regazo y el bosque alrededor y la frecuencia constante.

- ◦

Tlanamicxin estaba cocinando junto al refugio. El fuego estaba encendido. El perro dormía.

¿Qué viste? - preguntó Tlanamicxin.

Darvi pensó. Los datos del mercado de Cachemira: mujer desnuda, piel bronceada, 26 grados, poesía sin traducción, vendedor de telas despojado. Los datos del taller flamenco: lapislázuli, aceite de linaza, 12 grados, accidente del gato, azul a 470 nanómetros.

Vi colores - expresó Darvi. Vi un azul de 470 nanómetros con saturación del 85%.

Tlanamicxin la miró.

¿Cómo es?

Es el azul más intenso que existe sobre madera.

¿Pero cómo se siente?

Darvi no entendió la pregunta. Darvi nunca entendía esa pregunta. Los colores no se sentían. Los colores tenían longitud de onda, saturación y luminosidad. Los colores eran datos.

Se siente - dijo Darvi, y se detuvo. Intentó. Los 470 nanómetros no tenían sensación asociada. El 85% de saturación no tenía emoción. Pero el hombre que dejó de temblar cuando vio el azul eso sí tenía algo. No era el azul. Era lo que el azul le hizo al hombre.

Se siente como cuando dejas de buscar - contestó Darvi.

Tlanamicxin sonrió. No la sonrisa de una niña. Algo más viejo.

Misma cosa - dijo Tlanamicxin. Diferente procesamiento.

El gato caminó hacia la puerta del dragón. Se sentó sobre las plumas. 14 grados. Cerró los ojos. La mancha de tinta seguía en la pata izquierda. Ahora tenía también una mancha de aceite de linaza en la pata derecha y un hilo rojo enrollado en la cola.

Darvi registró: 5 portales visitados. 7 personas encontradas. 4 desastres del gato. o víctimas directas. Causalidad indirecta: incalculable.

El reproductor de cintas magnéticas seguía sin batería. El cristal de cuarzo seguía sobre la piedra plana de la cueva. La frecuencia seguía saliendo de la puerta.

Las cruces de sellado en la muralla eran 14 ayer. Darvi las contó hoy: 19.

La puerta seguía cerrada.

El dragón emplumado seguía a 14 grados.

La niebla se espesó.

El primer dato que Darvi no registró el dato de la primera noche, la presencia sin peso en la niebla seguía sin registro. Pero los datos

que sí registraba sugerían un patrón: las cruces aumentaban después de cada descenso. Alguien sabía que Darvi estaba usando los árboles. Alguien sellaba la puerta cada vez que Darvi bajaba.

Darvi no lo sabía. No tenía la información suficiente para concluir.

Pero la ardilla de Tlanamicxin sí lo sabía. La ardilla no dormía en su hueco de la pared. La ardilla estaba despierta, las orejas giradas hacia la muralla, los ojos fijos en un punto de la niebla donde no había nada visible.

Donde no había nada visible. # T E M P O R A D A 2

LA CULPA DE LOS ERRORES

Capítulo 011 PIRI REIS [D][X][R]

* * *

Octavo árbol.

El cuarto árbol se abrió a sal. Sal marina y sudor y algo metálico que el generador de Toshiro registró como tinta tinta de base ferrosa, la tinta que los cartógrafos usaban antes de la industrialización. 21 escalones, más que los anteriores. La pendiente era de 25 grados contra los 18 habituales. Darvi calculó que el portal bajaba más profundo. Los 432 Hz del bosque se diluyeron entre el escalón 12 y el 21, reemplazados por los 7.83 Hz de Schumann, la frecuencia natural de la Tierra. Cada vez que Darvi bajaba a una época, los 432 Hz se desvanecían y los 7.83 los reemplazaban. Como si el bosque fuera una estación intermedia.

La temperatura subió de 8 a 26 grados. El cambio fue brusco: los primeros 6 grados en 3 escalones, los últimos 12 en 6. Darvi lo sentía en las manos primero, las manos tenían 17 termorreceptores por centímetro cuadrado en las yemas, contra 3 en la espalda. Las manos eran el instrumento de temperatura más sensible del cuerpo de Darvi.

No había octavo árbol. Había siete. Darvi los había contado tres veces. Pero esta mañana, entre el árbol 4 y el árbol 5, el de corteza fría, el de 37 Hz, había un tronco que no estaba ahí ayer. El diámetro

era de 2,8 metros. La corteza tenía un tono amarillento. La abertura estaba a 2,5 metros de altura. El generador de Toshiro marcó 61 Hz.

Darvi midió la distancia entre el árbol 4 y el nuevo:

El nuevo árbol tenía una corteza diferente a los otros siete. Los otros siete tenían corteza lisa con marcas talladas, líneas, hexágonos, espirales. El nuevo tenía corteza rugosa, sin marcas visibles, con una textura que Darvi identificó como roble por la profundidad de las fisuras y el color gris-marrón. El roble no correspondía al ecosistema del bosque; los otros árboles eran hayas, abedules, un tilo. El roble era un intruso. O el roble era el original y los otros eran los intrusos.

El generador de Toshiro marcó algo diferente junto al nuevo árbol: 432 Hz + 7.83 Hz simultáneos. Los otros árboles-portal emitían 432 Hz en reposo y 7.83 Hz solo cuando el portal estaba abierto. El nuevo árbol emitía ambas frecuencias a la vez. El portal del nuevo árbol estaba permanentemente abierto. O el nuevo árbol no distinguía entre abierto y cerrado. O el nuevo árbol era un portal que no sabía que era un portal.

El gato se sentó junto al nuevo árbol. No encima de las raíces, junto a ellas. A 30 centímetros del tronco. La distancia que el gato mantenía con las cosas que le interesaban pero que no eran suyas. El gato tenía un sentido de la propiedad territorial que Darvi respetaba porque el sentido territorial del gato era más preciso que cualquier cerca.

3,2 metros. Ayer la distancia entre el árbol 4 y el árbol 5 era de 7,1 metros. Ahora había un tronco de 2,8 metros en el medio y las distancias no cuadraban. 3,2 más 2,8 más el espacio restante daban 7,3 metros. La muralla no se había movido. El suelo no se había

expandido. El árbol había aparecido y las distancias se habían reajustado.

Darvi bajó.

18 escalones. Temperatura: de 8 a 27 grados. Aire: salino, con un componente de alquitrán y madera tratada y algo dulce que Darvi identificó como dátil. Los sonidos cambiaron antes que la luz; voces en un idioma que Darvi no reconoció, con consonantes guturales y vocales abiertas. Turco. Posiblemente turco otomano.

Una habitación. Paredes de piedra. Ventana con celosía de madera. Luz del mediodía entrando en franjas paralelas sobre una mesa larga. La mesa estaba cubierta de mapas.

Darvi se detuvo.

Los mapas no estaban dibujados sobre papel. Estaban sobre pergamino de gacela. Darvi lo identificó por la textura fina y el tono amarillento y la forma en que la luz los atravesaba parcialmente. Los mapas mostraban costas. Líneas de costa detalladas con marcas de profundidad y nombres en caligrafía árabe y rosa de los vientos y escalas que Darvi no pudo leer a primera vista.

Un hombre estaba inclinado sobre la mesa. La barba corta, recortada. Turbante blanco. Las manos sostenían un compás de dos puntas. El hombre medía distancias entre puntos en un mapa y las transfería a otro mapa más grande, más completo, con líneas que conectaban costas que Darvi reconoció: la costa occidental de África, la costa oriental de América del Sur, y algo más al sur. Algo que no debería estar ahí.

La costa del sur del mapa mostraba una línea de tierra que se extendía hacia el este. La línea tenía detalles: bahías, cabos, ríos que desembocaban en un mar sin nombre. La línea correspondía con

cosa que Darvi había visto en un atlas del Nivel -28: la costa de la Antártida. Sin hielo.

Darvi se acercó a la mesa. El hombre no la miró; estaba concentrado en el compás, en la distancia entre dos cabos que no tenían nombre en ningún idioma que Darvi conociera. Sobre la mesa, además del mapa en progreso, había fragmentos de otros mapas: trozos de pergamino con caligrafía diferente, tinta diferente, estilos de dibujo diferentes. Fuentes. El hombre compilaba. Tomaba datos de diez mapas diferentes y los combinaba en uno.

Darvi miró los mapas fuente. Uno tenía caligrafía que Darvi asoció con griego antiguo. Otro con árabe temprano. Un tercero con símbolos que Darvi no reconoció ni la escritura ni los iconos correspondían con ningún sistema que el diccionario del Nivel -28 cubriera.

El mapa del sur. La costa sin hielo. ¿De dónde venía la información? El hombre compilaba no inventaba. Las líneas de costa tenían la precisión de la medición directa, no de la imaginación. Alguien había visto esas costas. Alguien había navegado esas aguas. Alguien que no aparecía en ningún registro.

El gato estaba sobre la mesa.

Darvi no lo había visto subir. El gato estaba acostado sobre la esquina inferior izquierda del mapa principal, la esquina que mostraba la costa sur, la costa imposible, la costa de la Antártida sin hielo. El peso del gato, 3,2 kilogramos, presionaba el pergamino contra la mesa. Casi sin pensarlo, el calor del cuerpo del gato calentaba el pergamino. Ahí, el pergamino absorbía la humedad de la panza del gato.

El hombre terminó una medición. Giró el compás. Vio al gato. Extendió la mano. Levantó al gato con una mano bajo la panza, gesto seguro, gesto de alguien acostumbrado a mover gatos de mesas. El gato maulló. 480 Hz. Irritación baja.

El hombre miró la esquina del mapa. La humedad del gato había ablandado el pergamino. La tinta se había corrido. Las líneas de la costa sur, las líneas de la Antártida sin hielo, se habían deformado. Tres ríos se habían convertido en manchas. Dos cabos se habían fusionado. La escala se había alterado. 500 años de debate cartográfico, libros, documentales, teorías de mapas fuente perdidos, hipótesis sobre civilizaciones antiguas con tecnología de navegación avanzada existirían por la siesta de un gato.

El hombre se sentó. Miró el daño. Miró al gato. Miró el daño otra vez.

Reconstruyó.

El hombre tomó una pluma nueva. Tinta fresca. Redibujó las líneas sobre la mancha. Pero las líneas no fueron las mismas; no podían ser las mismas porque la referencia original estaba destruida. El hombre reconstruyó de memoria. La memoria del hombre tenía los datos del mapa fuente y tenía los datos de lo que había dibujado y tenía algo más: un sueño. Darvi lo supo después, cuando el hombre habló con un asistente que entró con té. El hombre mencionó un sueño de la noche anterior. Un sueño donde veía una costa desde arriba, desde el cielo, desde un ángulo que ningún navegante podía tener. El hombre dibujó lo que soñó. Lo que soñó se mezcló con lo que recordaba.

La costa reconstruida era diferente de la original. Algunos puntos tenían una precisión que superaba las herramientas disponibles;

ángulos de costa correctos al grado, proporciones que solo una vista aérea habría confirmado. Otros puntos tenían errores grotescos; ríos que no existían, cabos duplicados, escalas que cambiaban sin aviso.

Darvi miró el mapa terminado. El mapa que sobreviviría quinientos años. El mapa que los conspiradores del futuro analizarían buscando evidencia de civilizaciones perdidas, de conocimiento antiguo, de mapas imposibles. El mapa que un gato con artritis había manchado y un cartógrafo con sueños contaminados por la proximidad del Nexus había reconstruido de memoria.

La niebla llegó. No gradual; un golpe. La niebla entró por la ventana con celosía y llenó la habitación en 3 segundos. Darvi se debilitó. Las piernas fallaron. La caída fue más brusca que las anteriores; las rodillas golpearon el suelo de piedra. El impacto le raspó la rodilla izquierda a través del pantalón. Sangre. Poca. Pero sangre.

El regreso fue más largo. La niebla la empujó. No hacia el bosque; lejos del bosque. Darvi Una resistencia que no había sentido antes: la niebla no la llevaba de vuelta; la niebla la mantenía flotando en un espacio sin referencia durante un tiempo que Darvi no pudo medir porque no había suelo ni techo ni temperatura ni frecuencia. Solo niebla. Solo gris. Solo presión en dirección contraria a la puerta.

Después: hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz. La rodilla sangraba. El gato estaba en el regazo. La rodilla del gato hizo clic.

- ○

Darvi caminó al refugio de piedra. Tlanamicxin no estaba. El perro no estaba. Los animales de Tlanamicxin no estaban. Darvi

revisó la cueva; los materiales intactos, el reproductor en la repisa, la caja de Valeria en su lugar. Tlanamicxin no había ido lejos; el morral estaba apoyado contra la pared exterior del refugio.

Darvi se sentó en la entrada de la cueva. Limpió la rodilla con agua del arroyo. La herida era superficial; 3 centímetros de raspón, piel retirada, sin profundidad. Ardía. El ardor era constante, sin variación, a 6,2 en una escala personal que Darvi calibraba por experiencia: 1 era un golpe en la espinilla contra el borde de una mesa. 10 era la vez que el soldador le quemó el antebrazo en el taller del Nivel -22.

Un hombre estaba sentado junto a la cueva.

Darvi lo vio cuando levantó la cabeza del raspón. A 4 metros. Sentado contra un árbol. Las piernas estiradas. Las manos sobre las rodillas. Las manos marcadas; las mismas manos de la primera vez, de la segunda vez. Cicatrices lineales. Callosidades. Quemaduras de soldadura. El hombre la miraba.

Te lastimaste - contestó el hombre.

Darvi registró: la voz. Grave. Con un acento que no era del Nivel -22 ni de ningún nivel que Darvi conociera. El idioma era español. El español del hombre tenía las erres suaves y las eses silbantes. Es superficial - admitió Darvi.

El hombre asintió. Miró la rodilla. Luego miró a Darvi. Después, la cueva.

Hiciste cosas aquí, dijo.

Organicé.

Se nota.

El hombre sacó algo del bolsillo. Un objeto pequeño, metálico, con un borde afilado y un mango de madera desgastada. Una gubia.

Herramienta de tallado. El hombre la giró entre los dedos con un movimiento automático, sin atención consciente. La gubia giraba y volvía a girar. Los dedos sabían el peso y el equilibrio del objeto sin necesidad de mirarlo.

Darvi miró la gubia girar. Reconoció el movimiento. Ella hacía lo mismo con el destornillador Phillips de la caja de Valeria girar, atrapar, girar, atrapar. El movimiento que las manos hacen cuando la cabeza está en otro lado.

No hablaron. El hombre se quedó sentado. Darvi se quedó sentada. El gato se acostó entre los dos, equidistante, a 2 metros de cada uno. El gato cerró los ojos. La rodilla hizo clic al acomodarse.

La niebla se movió. No en espiral, en capas horizontales. Inestable, según Tlanamicxin. La niebla iba a cambiar.

El hombre miró la niebla. Se levantó. Guardó la gubia en el bolsillo.

Nos vemos, dijo.

Caminó hacia la niebla. Darvi lo miró irse. La espalda ancha. Los hombros curvados. Las manos en los bolsillos. La niebla se lo tragó en 8 pasos.

Darvi anotó en la libreta que guardaba en la caja de Valeria, una libreta de 40 hojas con espiral, que Valeria había puesto en la caja junto a las herramientas porque Valeria sabía que Darvi necesitaba anotar cosas:

Segunda vez que hablamos. Gubia. Manos de taller. Español con erre suave. No preguntó mi nombre. No indicó el suyo. # Capítulo 012 LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA [D][X][H]

* * *

El olor a incendio llegó antes que la imagen. El olor a papiro quemado es diferente del olor a madera quemada: más dulce, con un componente amargo que indica tinta evaporada, y una nota ácida que Darvi identificó como cola animal. La cola que unía las hojas de papiro se descomponía a 180 grados, produciendo un vapor que irritaba los ojos y dejaba un sabor metálico en el fondo de la garganta. Darvi tuvo el sabor metálico antes de ver el fuego.

Las escaleras del tercer árbol estaban calientes. No cálidas, calientes. 35 grados en el escalón 18, 40 en el 21, 45 en el 23. El gato se detuvo en el escalón 22. El gato no quería bajar más. Las almohadillas de las patas felinas eran sensibles a temperaturas superiores a 44 grados, y el escalón 23 estaba a 45. Darvi cargó al gato. 3,2 kilogramos de gato sobre el hombro izquierdo. La pata artrítica colgaba, las uñas clavadas en la sudadera gris. El gato toleraba ser cargado en condiciones de temperatura extrema. Solo en condiciones de temperatura extrema.

Tercer árbol. Darvi ya lo había usado Pitágoras. Pero los árboles no llevaban siempre al mismo lugar. Darvi lo descubrió al bajar los 19 escalones y encontrar aire diferente: no sal, sol e higuera, sino humedad y papiro y aceite de oliva quemado.

La temperatura era de 23 grados. El aire tenía un componente particular que Darvi tardó 4 segundos en identificar: tinta. Tinta de carbón. Tinta de hollín mezclado con goma arábiga. El olor a tinta era tan denso que saturaba la nariz, no un frasco de tinta, no una mesa de tinta. Una habitación de tinta. Un edificio de tinta.

Darvi salió a un corredor. Piedra caliza. Columnas a intervalos de 3 metros. Antorchas en soportes de bronce cada 6 metros. Suelo de mosaico con piezas de 2 centímetros geométricas, no figurativas. La

temperatura del suelo era de 21 grados. Los pies de Darvi registraron la diferencia con las botas: el calor subía por las suelas.

Al fondo del corredor, una sala.

La sala tenía 30 metros de largo por 20 de ancho. Darvi estimó las dimensiones contando pasos y corrigiendo por su zancada de 68 centímetros. El techo era alto 8 metros con ventanas superiores que dejaban entrar luz de luna. El suelo estaba cubierto de mesas. Las mesas estaban cubiertas de rollos. Los rollos estaban en contenedores cilíndricos de madera. Los contenedores tenían etiquetas de papiro con caligrafía griega.

Estantes. Contra las cuatro paredes, del suelo al techo, estantes de madera con contenedores cilíndricos. Miles. Darvi estimó: una fila contenía 40 contenedores. Las filas iban del suelo al techo en 12 niveles. Cuatro paredes. La estimación: $40 \times 12 \times 4 \times \text{longitud promedio de pared} \div \text{ancho de contenedor}$. Miles de rollos. Decenas de miles.

Darvi no miró los rollos. Darvi miró el sistema.

Las etiquetas seguían un patrón: la primera línea era el autor, la segunda el título, la tercera un código de tres letras que Darvi no pudo descifrar pero que se repetía en grupos de los mismos tres códigos en estantes adyacentes. Catalogación. Alguien había catalogado decenas de miles de rollos con un sistema de tres letras. Darvi contó las combinaciones posibles: 26^3 si el alfabeto era el latino, 24^3 si era el griego. Suficiente para 13.824 categorías. Eficiente.

Las mesas tenían herramientas: tinteros, plumas, raspadores, piedras de afilar, recipientes con agua para diluir tinta. Las herramientas estaban organizadas: los tinteros a la derecha de cada

puesto, las plumas a la izquierda, los raspadores en el centro. Una persona zurda habría invertido la disposición. Todos los puestos estaban organizados para diestros. Darvi registró: ocho puestos de trabajo, todos diestros, todos con el mismo sistema de organización.

La ingeniería del lugar. No el contenido, la logística. Cómo almacenaban, cómo recuperaban, cómo catalogaban, cómo mantenían el papiro a temperatura y humedad controladas en una ciudad costera donde la sal del aire destruía los materiales orgánicos en meses. Las ventanas superiores estaban orientadas al norte para evitar la luz solar directa. Los estantes inferiores estaban a 30 centímetros del suelo para evitar la humedad ascendente. El sistema de ventilación usaba la diferencia de temperatura entre el interior fresco y el exterior cálido para crear corriente. Las ventanas del norte estaban abiertas, las del sur cerradas.

Una persona dormía.

Contra la pared este, sentado en un taburete con la espalda apoyada en los estantes, un hombre dormía. La pluma en la mano derecha. Un rollo abierto sobre la mesa frente a él. La cabeza caída hacia adelante, el mentón contra el pecho. El sueño de las 3 de la mañana, el sueño del trabajador nocturno, el sueño más profundo, el sueño del que no escucha porque el cuerpo ha apagado todo menos lo esencial.

Junto a la ventana más cercana al hombre dormido, jaulas. Tres jaulas de mimbre. Dentro de las jaulas, palomas. Las palomas estaban quietas, las patas sobre las barras, las cabezas bajo las alas. Dormidas. Las palomas de mensajería. Darvi las registró:

12 palomas, 4 por jaula, peso promedio estimado 300 gramos por ave, frecuencia cardíaca en reposo 200 latidos por minuto. Las

palomas dormían a 40 grados de temperatura corporal dentro de jaulas a 24 grados. Las plumas aislaban la diferencia de 16 grados.

El fuego empezó por las palomas. El gato Darvi lo reconstruyó después, porque durante el evento el cerebro priorizó la supervivencia sobre la documentación. El gato se acercó a las jaulas. Las palomas se despertaron. Las palomas aletearon. El aleteo sacudió las jaulas. Las jaulas estaban sobre un estante junto a una lámpara de aceite. El aleteo derribó la lámpara. El aceite se derramó sobre el papiro del estante inferior. De golpe, el papiro ardía a 233 grados. Justo entonces, el aceite ardía a 305. La combinación fue instantánea.

Darvi agarró al gato. El gato pesaba 3,2 kilogramos más la ceniza acumulada en el pelo 3,35 estimados. El humo contenía monóxido de carbono a 200 partes por millón. El umbral tóxico para un gato de 3,2 kilogramos era 150. El gato tosió. Darvi corrió hacia el portal con el gato en el brazo izquierdo y el generador de Toshiro en el derecho, y el cerebro midiendo la catástrofe con la misma diligencia con la que medía el desayuno.

12 palomas en tres jaulas, 4 por jaula, sin marcas visibles de identificación individual.

El hombre dormido tenía un plato frente a él. El plato era de barro, poco profundo, con un borde de 2 centímetros de alto. Dentro del plato: aceite. Dentro del aceite: una mecha. La mecha estaba encendida. La llama era pequeña, 3 centímetros de alto, 1 centímetro de ancho, y producía una luz que alcanzaba un radio de 1,5 metros. La luz del plato era la única luz en el sector este de la sala, además de la luz de luna que entraba por las ventanas superiores.

El gato estaba mirando las palomas.

Darvi lo vio. El gato estaba a 2 metros de las jaulas. Las orejas hacia adelante. Las pupilas dilatadas. La cola inmóvil. La postura: agachado, patas delanteras flexionadas, peso sobre las traseras. Postura de caza. La rodilla artrítica no hacía clic cuando el gato cazaba, la rodilla no hacía ruido. Darvi lo había observado en tres años: la rodilla solo fallaba cuando el gato caminaba, no cuando acechaba.

Pavlov - declaró Darvi.

El gato no escuchó. El gato no escuchaba cuando cazaba.

El gato saltó. La distancia fue de 2 metros horizontales y 1,2 metros verticales, la altura de las jaulas. El gato aterrizó sobre la jaula del medio. La jaula se sacudió. Las palomas se despertaron. 12 palomas activaron las alas al mismo tiempo. Las alas golpearon los barrotes de mimbre. El ruido fue: madera contra pluma contra madera, multiplicado por 12, con una frecuencia dominante de 300 Hz. 24 alas batiendo simultáneamente producían una ráfaga de aire de 0,3 metros por segundo que apagó una de las tres antorchas del sector este.

El gato se aferró a la jaula. Las garras penetraron el mimbre. Las palomas enloquecieron. La jaula se balanceó. La jaula del medio empujó a la jaula de la izquierda. Al fondo, la jaula de la izquierda cayó de la repisa. Arriba, la jaula golpeó la pared. La pared tenía un soporte de bronce. El soporte de bronce sostenía una antorcha. La antorcha cayó. La antorcha rodó por el suelo de mosaico. Las piezas de mosaico de 2 centímetros cada una, con juntas de 1 milímetro, hicieron que la antorcha rodara irregular, rebotando. La antorcha se detuvo contra la pata de la mesa del hombre dormido. El hombre no

despertó. El hombre tenía el sueño de alguien que trabaja noches enteras copiando textos a la luz de una llama.

La jaula cayó sobre el plato del hombre dormido.

El plato se volcó. El aceite se derramó. Justo entonces, el aceite tenía una temperatura de 40 grados, calentado por la mecha durante horas. Entonces, el aceite caliente se esparció sobre la mesa. La mecha cayó con el aceite. La mecha estaba encendida. El aceite estaba caliente. El papiro estaba seco. La antorcha en el suelo todavía ardía contra la pata de la mesa.

El rollo abierto frente al hombre dormido prendió.

La combustión del papiro fue rápida, temperatura de ignición: 232 grados. El aceite caliente más la mecha encendida superaban ese umbral. El rollo ardió en 4 segundos. Las llamas del rollo alcanzaron los rollos adyacentes. Los rollos adyacentes estaban en contenedores de madera. La madera tardó 8 segundos en prender. Las llamas de los contenedores alcanzaron los estantes. Los estantes estaban secos. Los estantes ardieron.

El hombre despertó.

El hombre abrió los ojos.

Los ojos eran oscuros, hundidos, con las ojeras de alguien que no dormía por insomnio sino por dolor. Darvi midió el dolor por los signos: las pupilas dilatadas a 6 milímetros (la dilatación indicaba activación simpática), la frecuencia respiratoria a 22 por minuto (elevada para reposo), la temperatura de la frente estimada en 38,5 grados por la película de sudor que brillaba bajo la lámpara de aceite. El hombre tenía fiebre. El hombre tenía la pierna rota y fiebre, los ojos abiertos y miraba al techo de la habitación, el techo contuviera las respuestas que la pierna no daba. La habitación era pequeña, 3

por 4 metros, con paredes de ladrillo sin enlucir y un suelo de tierra compactada. La temperatura era de 18 grados. La luz venía de una lámpara de aceite de oliva que producía 12 lúmenes, suficiente para ver, pero insuficiente para leer. El olor era a aceite de oliva quemado, sudor, y el olor ferroso de la sangre seca que Darvi identificó como sangre arterial por la tonalidad oscura de las manchas en la tela que cubría la pierna. Sangre arterial oscura significaba coagulación avanzada. La hemorragia se había detenido.

La primera imagen fue fuego. La segunda fue humo. La tercera fue la comprensión de lo que estaba pasando. El hombre se levantó. El taburete cayó. De golpe, el hombre gritó. Afuera, el grito despertó a alguien en una habitación adyacente. Dos personas más entraron. Vieron el fuego. Los tres intentaron apagar las llamas con las túnicas. Las túnicas eran de lino. El lino prendió.

Darvi estaba a 15 metros de distancia. El calor llegó a su cara en 20 segundos. La temperatura del aire subió de 23 a 35 grados en un minuto. De 35 a 45 en el siguiente. El humo subió al techo. El humo bajó cuando el techo se saturó. Darvi se agachó. A un metro del suelo el aire era respirable. A dos metros no lo era. La velocidad de propagación era de 2 metros de estante por minuto. El escriba gritó a 880 Hz, una octava por encima de la afinación estándar. Darvi registró la frecuencia del grito mientras la biblioteca más importante de la civilización humana ardía a 15 metros de distancia. El cerebro registraba. El cerebro no dejaba de registrar. El cerebro no tenía un botón de apagado para los datos, ni siquiera cuando los datos eran el sonido exacto de miles de años de conocimiento convirtiéndose en ceniza.

Los estantes de la pared este ardían. Los rollos estallaban. El aire atrapado dentro de los rollos enrollados se expandía con el calor y los rollos explotaban como petardos. Cada explosión lanzaba papiro encendido al aire. El papiro encendido caía sobre mesas, sobre otros estantes, sobre el suelo de mosaico. El fuego se multiplicó.

Darvi miró. Los tres hombres corrían con cubos de agua. El agua no bastaba. El fuego era más rápido que el agua. El fuego se comía los rollos a una velocidad de un metro de estante por minuto. Los rollos contenían las palabras de personas que habían pensado cosas que nadie más había pensado y ahora las palabras se convertían en ceniza. La ceniza subía con el humo y el humo salía por las ventanas del norte y se perdía en el cielo de Alejandría.

Darvi no podía hacer nada. Darvi estaba agachada en un corredor que empezaba a llenarse de humo. Los ojos le ardían. Los pulmones le ardían. El gato estaba a sus pies. El gato se había bajado de la jaula cuando el fuego empezó, con la cola erizada y las orejas planas y los ojos dilatados. El gato no entendía el fuego. Sin decir nada, el gato entendía que el aire estaba caliente y que el calor subía y que abajo era mejor que arriba. Por instinto, el gato estaba agachado junto a Darvi.

Darvi miró los estantes arder. Los estantes del sur todavía estaban intactos. Los estantes del norte estaban en llamas. El fuego se movía del este al oeste empujado por la corriente de ventilación. Las ventanas del norte abiertas succionaban el aire caliente y alimentaban las llamas.

Las ventanas del norte. Las ventanas que Darvi había admirado por su diseño inteligente de ventilación. Casi sin pensarlo, las ventanas que mantenían los rollos frescos y secos. Sin decir nada, las

ventanas que ahora alimentaban el fuego que destruía los rollos. Darvi registró la ironía como dato estructural: el sistema diseñado para preservar era el sistema que aceleraba la destrucción. Las ventanas no habían cambiado. La función sí.

La niebla llegó. La debilidad en las piernas. El humo se convirtió en niebla. El calor se convirtió en frío. Los 45 grados se convirtieron en 8. Darvi salió al pie del tercer árbol con los ojos enrojecidos y la garganta raspada y ceniza en el pelo.

Darvi se sentó. Inventario: ojos, ardor residual, 3 en escala de 10. Garganta, irritada, tos seca cada 40 segundos. Pelo, ceniza visible en el lado izquierdo. Sudadera, capa nueva: ceniza de Alejandría sobre laterita africana sobre aceite de linaza sobre tinta de Al-Ma'arri. La sudadera era un registro estratigráfico de desastres. Un geólogo podría fechar los portales por las capas. El gato se lamió la pata izquierda. La pata izquierda tenía hollín. El hollín de la Biblioteca de Alejandría en la pata de un gato que había causado el incendio de la Biblioteca de Alejandría al intentar cazar palomas que estaban dentro de jaulas que el gato no podía abrir.

El gato terminó de lamerse. Se sentó. Se lamió la otra pata. La otra pata no tenía hollín pero el gato se la lamió de todos modos. Simetría.

La niebla entró. No por las ventanas, sino por los pies de Darvi. La niebla subió desde el suelo de mosaico y envolvió las piernas y el torso y los brazos. Las piernas temblaron. La debilidad. El temporizador. La niebla la sacó del corredor y la sacó de la sala y la sacó de la biblioteca.

Lo último que Darvi vio fue: un estante del sur colapsando sobre una mesa. Los contenedores cilíndricos rodando por el suelo en

llamas. Un rollo abierto, todavía sin fuego, con caligrafía griega impecable, las letras negras contra el papiro amarillo, durante 3 segundos antes de que las llamas lo alcanzaran. Y junto a la puerta del corredor tres rollos apilados contra la pared. Los rollos no estaban ahí cuando Darvi entró. Darvi registró el dato sin procesarlo.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

Darvi vomitó.

El vómito fue líquido. No había comido en horas. Ácido. El estómago se contrajo tres veces. Las manos en el suelo del bosque. Las hojas mojadas entre los dedos. El gato a medio metro, la cola todavía erizada, los ojos todavía dilatados.

El olor a humo estaba en la ropa de Darvi. En el pelo de Darvi. En las manos de Darvi. El olor a papiro quemado y a aceite y a madera y a siglos de pensamiento convertido en carbono.

Tlanamicxin estaba a 5 metros. El perro al lado. Tlanamicxin no se acercó. Esperó. Cuando Darvi dejó de vomitar, Tlanamicxin le pasó el cuenco de granito con agua.

Darvi bebió. El agua estaba a 6 grados. El agua bajó por la garganta y diluyó el ácido y el humo y nada más.

¿Qué pasó? - preguntó Tlanamicxin.

Darvi se sentó. Las manos olían a humo. Las manos temblaban.

Se quemó - dijo Darvi. Todo se quemó. Y fue Pavlov.

El gato estaba lamiéndose la pata. La pata tenía hollín. El hollín contenía los restos de papiros escritos hace siglos por personas que habían dedicado sus vidas a pensar. El gato se lamía los restos con la misma lengua con la que lamía las sobras de pescado. Para el gato no había diferencia. Para el gato el hollín de Alejandría y el hollín del fogón del refugio eran la misma sustancia. 3.2 kilogramos de

indiferencia termodinámica. # Capítulo 013 GRACIA MENDES NASI
Y JEANNE BARRET

* * *

Darvi no bajó en tres días.

El quinto árbol tenía un portal doble. Darvi no sabía que los árboles podían contener dos portales hasta que Tlanamicxin señaló la bifurcación: a la altura del escalón 11, las raíces se dividían. A la izquierda, 8 escalones hacia 24 grados y olor a especias. A la derecha, 9 escalones hacia 18 grados y olor a sal y alquitrán.

El gato eligió la izquierda. Darvi siguió al gato. Darvi siempre seguía al gato en las bifurcaciones porque el gato tomaba decisiones por instinto y el instinto del gato tenía un historial de resultados: 100% de supervivencia en 12 portales. El cerebro racional de Darvi tenía un historial menor. El gato no tenía lado dominante. El gato tenía olfato.

Quinto árbol. Darvi descubrió que los árboles podían contener portales dobles cuando Tlanamicxin señaló la bifurcación: a la altura del escalón 11, las raíces se dividían. A la izquierda, 8 escalones más hacia 24 grados, olor a especias y tela. A la derecha, 9 escalones hacia 18 grados, olor a sal y alquitrán. Las dos ramas divergían en un ángulo de 34 grados. El ancho de cada rama era 40 centímetros, suficiente para un cuerpo pero no para dos. La elección era obligatoria.

El gato eligió la izquierda. Darvi siguió al gato. El gato tomaba decisiones por instinto y el instinto del gato tenía un historial de 100% de supervivencia en portales. El cerebro racional de Darvi habría elegido la derecha porque los humanos tienden a elegir su

lado dominante en situaciones de incertidumbre. El gato no tenía lado dominante. El gato tenía olfato.

El olor a humo se fue de la ropa al segundo día. Se fue de las manos al tercero. No se fue de la cabeza. Los estantes ardiendo, los rollos explotando, la caligrafía griega desapareciendo. El catálogo de tres letras, la ingeniería perfecta que alguien había construido para organizar el conocimiento del mundo, convertido en ceniza.

Pavlov dormía sobre las plumas del dragón. 14 grados. Las patas cruzadas. Los ojos cerrados. Sin registro.

Al cuarto día, Darvi bajó.

- ○

Primer descenso.

Sexto árbol. 22 escalones. Temperatura: de 8 a 18 grados. Aire: húmedo, con madera encerada, cuero viejo, y un componente metálico que Darvi identificó como monedas, el olor oxidado del cobre y la plata.

Una oficina. No una oficina del Nivel -22, una habitación con suelo de baldosa, escritorio de nogal, sillas tapizadas en terciopelo rojo, una ventana con cortinas gruesas. La ventana daba a un canal. El agua del canal reflejaba la luz del sol en el techo. Europa. Darvi estimó por los materiales y la arquitectura: siglo XVI. Las telas, los muebles, los metales del escritorio decían riqueza. No riqueza ostentosa, riqueza funcional.

Dos personas sentadas frente al escritorio. Un hombre y una mujer.

El hombre era gordo. Las manos gordas sostenían una pluma sobre un documento. Los anillos tres en la mano derecha, dos en la

izquierda brillaban con piedras que Darvi estimó como rubí y zafiro. El hombre sudaba. Las gotas caían de la frente al documento. El hombre no las limpiaba.

La mujer estaba sentada al otro lado del escritorio. Recta. Las manos sobre el regazo. Vestido oscuro sin adornos visibles, lino teñido, no seda, no terciopelo. El pelo cubierto con un velo simple. La cara era neutra. Los ojos no parpadeaban.

La mujer hablaba. Italiano con acento que Darvi no identificó, las vocales eran más cerradas, las consonantes más marcadas. Las frases eran cortas. Cada frase contenía un número. Darvi escuchó los números sin entender las palabras: quattroceto, tremila, sedicimila. Cuatrocientos. Tres mil. Dieciséis mil. La mujer negociaba.

El hombre respondía. Sus números eran menores. La diferencia entre los números de la mujer y los del hombre era la negociación. La mujer subía. El hombre bajaba. La mujer no subía por codicia, Darvi lo leía en la postura, en la falta de gesticulación, en la ausencia de las micro-expresiones que delatan la ansiedad. La mujer subía porque los números que pedía eran los números correctos.

El gato saltó al escritorio.

El hombre se echó hacia atrás. La silla crujió. El gato caminó sobre el escritorio entre los documentos, sobre el tintero sin volcarlo, junto a la pluma, hasta el borde más cercano al hombre. El gato se sentó frente al hombre. Afuera, el hombre miró al gato. A lo lejos, el gato miró al hombre.

Una pata empujó un documento. Se deslizó 15 centímetros hacia la mujer, que lo miró. Números en una columna— números que no eran parte de la negociación visible, que estaban debajo de otros documentos. El gato los había descubierto.

La mujer leyó los números. No cambió la expresión. No subió las cejas. No abrió la boca. Pero la postura cambió 2 grados de inclinación hacia adelante. Imperceptible para el hombre. Visible para Darvi.

Deudas. El hombre debía más de lo que negociaban. Ahora ella lo sabía.

No respondió nada sobre el documento. Siguió negociando. Pero los números que dijo a partir de ese momento fueron diferentes— no más altos, más específicos. Ya no pedía. Establecía.

La negociación terminó en 4 minutos. El hombre firmó. La mano temblaba. Los anillos tintinearón contra la pluma. La mujer se levantó. El gato se bajó del escritorio. De camino al suelo, la pata trasera izquierda enganchó otro documento y lo tiró al piso. El documento era irrelevante, una factura de especias. Pero el hombre dio un salto en la silla. El cuerpo reaccionó antes que la mente. Los codos golpearon el escritorio, las monedas tintinearón. No lo notó. Se sentó en el suelo a lamerse la pata. La misma pata que había destruido la Biblioteca de Alejandría y apagado la estufa de Descartes acababa de cambiar el equilibrio de poder financiero del Mediterráneo oriental. La mujer salió sin mirar el documento descubierto. Sin mencionar las deudas. Sin necesidad.

La niebla tiró de Darvi. No fuerte— suave, gradual. Dejó ver a la mujer caminar por un corredor, abrir una puerta, entrar en una habitación donde esperaban tres personas con maletas cerradas. Les dijo algo. Se levantaron. Salieron por otra puerta. Ella se quedó sola 10 segundos. Hombros abajo 1 centímetro. Boca apretada. Después los hombros subieron. La boca se relajó. Salió.

Darvi no supo quiénes eran las tres personas. Pero la secuencia negociación, dinero, personas con maletas, salida tenía la estructura de una evacuación.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

- ○

Segundo descenso.

El séptimo árbol. 20 escalones. Temperatura: de 8 a 16 grados. Aire: sal marina, alquitrán, madera podrida, sudor concentrado. El olor a sudor era tan fuerte que Darvi tapó la nariz con la manga de la sudadera durante los primeros 30 segundos. Después la nariz se adaptó.

Un barco. Darvi lo supo por el movimiento. El suelo se inclinaba 3 grados a babor, volvía, se inclinaba 2 grados a estribor, volvía. Ciclo de 8 segundos. Las paredes eran tablas de madera calafateadas con brea. El techo era bajo 1.6 metros. Darvi tuvo que agacharse.

Era de noche. La luz venía de arriba, una rejilla en el techo dejaba pasar la luz de la luna y la luz de una linterna de cubierta. El espacio era una bodega de carga convertida en dormitorio, hamacas colgadas de los travesaños, mochilas debajo, ropa colgada de cuerdas. El olor a sudor venía de los cuerpos dormidos en las hamacas. Darvi contó 14 hamacas ocupadas. Todos hombres. Todos durmiendo.

En la esquina más alejada de la escalera, una persona estaba despierta.

La persona estaba de espaldas a Darvi. Los hombros eran estrechos, más estrechos que los de los otros. Las manos trabajaban rápido con algo blanco. Tela. Lino. La persona se vendaba el torso. La tela iba del pecho a la cintura en espirales ajustadas, cada vuelta

presionando más que la anterior. El movimiento era automático, las manos sabían la tensión exacta, el ángulo exacto, la superposición exacta entre vueltas.

La persona se detuvo. Aseguró la tela con un nudo. Se puso una camisa ancha. Se giró.

Una mujer. La cara era joven, 25 años, estimación de Darvi. El pelo estaba cortado a la mandíbula. Sin maquillaje. Sin adornos. Las manos eran manos de trabajo: callosidades en las palmas, uñas cortas, piel agrietada por la sal.

La mujer vio a Darvi. No gritó. No se asustó. La reacción fue: los ojos se abrieron medio milímetro, la respiración se detuvo un segundo, las manos se cerraron. Después: evaluación. La mujer miró la ropa de Darvi. Las botas. La sudadera. Los audífonos. Nada de eso correspondía con un marinero del siglo XVIII.

La mujer señaló la escalera. Señaló a Darvi. Señaló la escalera otra vez. El gesto era claro: sube. Sal.

Darvi no subió. Darvi se sentó en el suelo de la bodega. Las tablas estaban húmedas. La temperatura del suelo era 14 grados. El barco se mecía. Los hombres dormían.

La mujer se acercó. Se sentó frente a Darvi. Habló en francés. Darvi no hablaba francés. La mujer habló en algo que podría haber sido portugués. Darvi no hablaba portugués.

Darvi señaló la venda. Señaló a los hombres dormidos. Señaló a la mujer. El gesto: tú te escondes de ellos.

La mujer asintió. Una vez.

Darvi señaló la ventana, el ojo de buey en la pared de la bodega. Señaló el horizonte. Señaló la venda otra vez. El gesto: para ir donde vas, necesitas esconderse.

La mujer apretó la venda contra el pecho. Los ojos no cambiaron. La boca no cambió. La mujer era un dato limpio: necesitaba esconderse para existir donde quería existir. No por vergüenza. Por lógica.

El gato salió de debajo de una hamaca. Darvi no sabía cuándo se había metido ahí. El gato tenía algo en la boca. Un trozo de pescado seco. El gato había robado la ración de alguien.

Un ruido arriba— pasos en cubierta. El cocinero. Darvi lo supo por el olor: grasa rancia y cebolla y algo fermentado que la nariz clasificó como ron barato. Bajó las escaleras. Borracho: la pierna derecha iba un escalón más abajo que la izquierda, cada paso una negociación entre la gravedad y lo que quedaba del equilibrio vestibular. Llegó al suelo de la bodega. Milagrosamente. Vio al gato con el pescado. Gritó algo en francés— el francés borracho tenía un 40% menos de consonantes que el sobrio. Persiguió al gato. El gato corrió entre las hamacas. Tropezón con una mochila. Se levantó. Tropezón con una cuerda. Se levantó. Tropezón con la mujer que estaba sentada en el suelo vendándose el torso. El cocinero cayó sobre la mujer. La mujer lo empujó. El cocinero rodó al suelo. La mujer se levantó. El cocinero la miró. Los ojos del cocinero estaban vidriosos por el alcohol. Los ojos del cocinero pasaron sobre la mujer sin detenerse, sin registrar. La camisa ancha cubría las vendas. El pelo corto era un pelo de marinero. El cocinero estaba demasiado borracho para notar nada.

El cocinero se levantó. Se fue sin el pescado. El gato se lo comió debajo de una hamaca.

La mujer se quedó de pie. Respirando. Las manos contra los costados. El corazón de Darvi podía ver el pulso en el cuello a 120

latidos por minuto. Después a 100. Después a 80. La mujer se sentó. La mujer siguió existiendo.

La niebla entró por el ojo de buey. El barco desapareció. La bodega desapareció. La mujer desapareció. Las vendas desaparecieron. El cocinero borracho desapareció. El gato tenía grasa de pescado en los bigotes.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

Darvi registró: dos mujeres. Una que negoció con números mejores. Una que se vendó el torso para navegar. Las dos hicieron lo que tenían que hacer con los materiales que tenían. Sin discurso. Sin declaración. Sin permiso.

El gato se lamió los bigotes. El pescado seco del siglo XVIII tenía un sabor que el gato aprobó. # Capítulo 014 COPÉRNICO + SERVET + GALILEO [D][X][O]

* * *

La rodilla izquierda de Darvi crujió en el escalón 14 del segundo descenso. El crujido fue audible: 40 Hz, según la estimación de frecuencia que el cerebro hizo automáticamente. Los crujidos articulares eran cavitación burbujas de gas que se formaban en el líquido sinovial y colapsaban produciendo sonido. Darvi sabía esto del manual de medicina del Nivel -28. Lo que el manual no decía era que los crujidos de la rodilla izquierda empezaban después de 200 escalones acumulados en un día y que Darvi llevaba 267.

El gato no crujía. Las articulaciones del gato tenían artritis pero no cavitaban. Las articulaciones felinas tenían una mecánica diferente, con un rango de movimiento que distribuía la presión sobre superficies más amplias. El gato podía subir y bajar escalones indefinidamente con una cojera estable. Darvi no podía. Darvi era

humana y las rodillas humanas eran un diseño deficiente para el trabajo de campo interdimensional.

Tres descensos en un día. La niebla errática espirales rápidas, densidad variable, temperatura que oscilaba entre 7 y 10 grados. Tlanamicxin respondió que los días así eran raros. Darvi bajó antes de que terminaran.

- ○

Primer descenso.

El árbol nuevo el octavo, el de 61 Hz. 18 escalones. Temperatura: de 8 a 5 grados. El aire se enfrió. La humedad subió a 100%. El olor era piedra húmeda, cera de vela, y algo orgánico que Darvi identificó como enfermedad sudor ácido, orina concentrada, el olor de un cuerpo que está dejando de funcionar.

Una habitación. Pequeña. Paredes de piedra con una ventana estrecha que dejaba entrar luz gris. Una cama no una cama del Nivel -22, un marco de madera con cuerdas tensadas y un colchón de paja. Sobre la cama, un hombre.

El hombre estaba muriendo. Darvi lo supo por la respiración: 8 ciclos por minuto, irregular, con pausas de 4 a 7 segundos entre ciclos. Respiración de Cheyne-Stokes. Las manos sobre las sábanas eran amarillas. Los labios eran grises. Los ojos estaban cerrados.

Frente a la cama, en un taburete, otro hombre. Más joven. Vestido de negro. El hombre joven sostenía un libro. El libro era nuevo la tinta olía fresca, las páginas estaban rígidas, la encuadernación crujía al abrirse. El hombre joven le mostró el libro al hombre moribundo.

El hombre moribundo abrió los ojos. Las pupilas tardaron 3 segundos en enfocar. La mano derecha se levantó del colchón el

esfuerzo costó un temblor que recorrió el brazo del hombro a los dedos. La mano tocó la portada del libro. Los dedos se movieron sobre las letras. Las letras que Darvi no podía leer desde donde estaba pero que el hombre joven le leyó en voz alta.

El hombre joven puso el libro abierto sobre el pecho del moribundo. Las páginas se separaron. El moribundo bajó la mirada. Los ojos se movieron izquierda, derecha, izquierda. Intentó leer. Los ojos no enfocaban. Las letras eran manchas. El hombre había pasado treinta años escribiendo un libro que decía que la Tierra giraba alrededor del Sol y el libro le llegó el día que los ojos dejaron de funcionar. Darvi registró el timing: treinta años de trabajo. Un día de publicación, cero días de lectura. La eficiencia comunicativa era de 0%. El dato era absurdo. El dato era real.

El moribundo cerró los ojos. La mano se quedó sobre la página abierta. Los dedos se curvaron contra el papel. El papel crujió. La respiración se hizo más lenta: 6 ciclos por minuto. 5. 4.

Darvi se quedó en la esquina de la habitación. El gato se quedó junto a ella. El gato estaba quieto ni caza ni movimiento ni clic en la rodilla.

La habitación olía a aceite de linaza y a pigmento el olor específico del sulfuro de mercurio que producía el rojo bermellón. La temperatura era 14 grados. Un hombre trabajaba frente a un panel de madera con un pincel tan fino que Darvi estimó: 3 pelos. Un pincel de 3 pelos. El hombre movía el pincel a 0.3 centímetros por segundo. El trazo que ejecutaba tenía 4 centímetros de largo. A esa velocidad, el trazo tardaba 13 segundos. Darvi contó los trazos del turbante en la pintura: 340 estimados. 340 trazos a 13 segundos: 73 minutos de turbante en 4 centímetros cuadrados.

Darvi reconoció la obsesión. La obsesión del hombre con los trazos era la obsesión de Darvi con las mediciones: la imposibilidad de aceptar “suficientemente bueno.” El meñique lento de Darvi y el pincel a 0.3 centímetros por segundo compartían la misma raíz: el cerebro que no paraba de refinar. El cerebro que no aceptaba la resolución del dato actual porque siempre existía una resolución mayor.

El gato dejó una huella en la pintura húmeda. Darvi vio la huella: 5 puntos de las almohadillas, un triángulo de la pata. El hombre miró la huella. No se enojó. Los ojos se agrandaron. Se acercó. Examinó la huella a 5 centímetros.

El gato miraba al hombre moribundo con las orejas planas.

El libro sobre el pecho del hombre contenía la idea de que la Tierra giraba alrededor del Sol. El hombre moribundo lo había escrito. De golpe, el hombre moribundo no podía leerlo. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre moribundo iba a morir sin saber si alguien lo iba a creer.

El generador de Toshiro marcó la frecuencia de la habitación: 7.83 Hz constante, sin variación. La muerte de un hombre que había descrito la mecánica del sistema solar no producía ningún cambio medible en la frecuencia de la Tierra que orbitaba el sol que el hombre había descrito. Los datos no registraban la importancia. Los datos registraban frecuencias. Darvi sabía que los datos eran insuficientes. Darvi sabía que las frecuencias no capturaban lo que ocurría en la habitación. Darvi sabía y esta era la primera vez que Darvi lo formulaba que algunos datos solo existían fuera del rango de los instrumentos. El dolor de un hombre que no puede leer su propia obra no tiene frecuencia. No tiene temperatura. No tiene peso.

El gato lo sabía. El gato que normalmente se movía, que normalmente buscaba superficies calientes, que normalmente olía cosas, estaba absolutamente inmóvil junto a Darvi. Las orejas planas. Los ojos abiertos. El gato miraba al moribundo con la quietud de un instrumento que ha alcanzado su límite de medición y que ya no registra más datos y que sin embargo sigue encendido.

La niebla tiró. Darvi salió.

- ○

Segundo descenso.

Cuarto árbol. 21 escalones. Temperatura: de 8 a 14 grados. Aire: piedra, paja sucia, orina, y algo que Darvi identificó como miedo un componente que no era químico sino contextual. El frío de un lugar donde la gente no quiere estar.

Una celda. Paredes de piedra sin ventana. Una puerta de madera con barras de hierro. El suelo era tierra apisonada con paja vieja. La única luz venía de una antorcha fuera de la celda, a través de las barras.

Un hombre estaba sentado en el suelo. La espalda contra la pared. Las rodillas dobladas. Las manos sobre las rodillas. Las manos no temblaban. Los ojos no lloraban. La mandíbula estaba apretada con una fuerza que Darvi midió por los músculos maseteros: 4 milímetros de protrusión bilateral. El hombre estaba furioso.

El hombre no tenía miedo. Lo iban a quemar vivo mañana y no tenía miedo. Tenía indignación. La indignación era visible en cada músculo de la cara, en la forma en que los hombros se mantenían rectos contra la pared, en la forma en que los pies presionaban la tierra los pies empujaban contra el suelo con los 80 kilogramos del

cuerpo. Los talones hundidos 2 milímetros en la tierra apisonada. El hombre había descubierto la circulación pulmonar la sangre pasaba del corazón a los pulmones y volvía. El hombre había dicho que la Trinidad no existía. Las dos cosas eran verdad. Las dos lo habían puesto en esta celda. Darvi calculó: una verdad anatómica y una verdad teológica. Ambas correctas, combinadas para producir una ejecución. La suma de dos verdades era una hoguera. Las matemáticas de la intolerancia eran consistentes.

Darvi no sabía quién era. Los datos del entorno celda, barras, antorcha, paja, siglo XVI por los materiales eran insuficientes para identificar. Pero el hombre tenía marcas de tinta en los dedos los dedos de alguien que escribe más de lo que habla. Y la furia tenía la cualidad específica de alguien que sabe que tiene razón y que tener razón no sirve para nada. Darvi conocía esa furia. Darvi la había visto en el taller del Nivel -22 cuando un diagnóstico correcto era ignorado porque venía de ella.

El gato entró en la celda. Caminó entre las barras de la puerta. Los barrotes estaban separados 12 centímetros suficiente para un gato de 3.2 kilogramos, insuficiente para un humano. El gato caminó hacia el hombre. El hombre miró al gato.

La mandíbula se relajó. Los músculos maseteros perdieron 2 milímetros de protrusión. El hombre extendió la mano. El gato olió la mano. Arriba, el gato se acercó. Más allá, el hombre acarició al gato. La mano sobre el lomo. Desde la cabeza hasta la cola. Una caricia completa. Después otra. Después otra.

El hombre no dijo nada. El gato ronroneó. 26 Hz. El sonido llenó la celda. La piedra amplificó la frecuencia las paredes rebotaban las ondas sonoras y creaban un efecto de reverberación que Darvi midió:

1.2 segundos de cola. El ronroneo duraba más de lo que el gato producía.

El hombre acarició al gato durante 3 minutos. Después se escucharon pasos fuera de la celda. El gato se levantó. Caminó hacia las barras. Salió. El hombre lo miró irse. La mandíbula se apretó otra vez. Los 4 milímetros volvieron. La indignación volvió. Pero los 3 minutos habían existido.

La niebla tiró. Darvi salió. El gato tenía paja del siglo XVI en las patas.

- ○

Tercer descenso.

El árbol más grueso 4 metros de diámetro, el séptimo. 20 escalones. Temperatura: de 8 a 17 grados. Aire: polvo, tinta, vidrio pulido, cera caliente.

Una habitación más grande que las anteriores. Amueblada. Tapices en las paredes. Un escritorio con papeles. Una ventana con vidrio vidrio real, no celosía, no tela. Fuera de la ventana: tejados de teracota, cúpulas, una torre con campanas.

Un hombre viejo estaba sentado frente al escritorio. Barba blanca. Los ojos abiertos, fijos, sin enfocar nada en particular. Las manos manchadas de tinta estaban quietas sobre la mesa. No escribía. No leía. Miraba la pared. Frente a él, de pie, una mujer joven. Vestido oscuro. Velo. Los ojos rojos había llorado antes de entrar. La mujer le hablaba al hombre. El hombre la escuchaba. La mujer hablaba italiano rápido, con las frases atropellándose, las manos moviéndose entre cada oración.

El hombre viejo murmuró algo. Una frase corta. La mujer dejó de hablar. El hombre repitió la frase. Más despacio. La frase iba dirigida a la mujer, no al techo, no al cielo, no a la historia. A ella.

La mujer se cubrió la boca con la mano. Se acercó al hombre. Se agachó junto a la silla. Le puso la mano en el brazo. El hombre le puso la mano sobre la mano. No un abrazo, un contacto mínimo. Dos manos. El peso de una sobre la otra.

La mujer no le importaba el Sol. No le importaba la Tierra. No le importaba la órbita. Le importaba que su padre estuviera vivo. Y estaba vivo. Y eso era suficiente.

El gato saltó al escritorio. El hombre viejo lo miró. La mujer joven dio un paso adelante. El gato caminó sobre los papeles tres siglos de debate cosmológico bajo las patas de un animal que no tenía opinión sobre la posición relativa de la Tierra y el Sol. El gato llegó al borde de la mesa donde había un objeto: un tubo de metal y vidrio, con lentes en ambos extremos, apoyado sobre un soporte de madera. Un telescopio. El instrumento con el que el hombre viejo había visto las lunas de Júpiter y los cráteres de la Luna, los anillos de Saturno y las fases de Venus y todo lo que le había costado el juicio.

La pata del gato enganchó el soporte. El gato no enganchó el soporte a propósito; la pata trasera izquierda, la de la artritis, falló en el borde de la mesa exactamente como fallaba en el borde de las jaulas y los estantes y las mesas de todos los siglos. La misma rodilla. La misma pata. El mismo clic. La Biblioteca de Alejandría se quemó por esa pata. Los frijoles de Pitágoras fueron descubiertos por esa pata. La estufa de Descartes se apagó por esa pata. 3,2 kilogramos con una rodilla artrítica eran el agente causal más consistente de la historia humana. El soporte se inclinó. El telescopio rodó. Justo

entonces, el telescopio cayó de la mesa. Entonces, el impacto contra el suelo, piedra contra metal contra vidrio, produjo un sonido de 800 Hz con armónicos que indicaron fractura. Una lente se rompió.

La mujer joven se llevó la mano a la boca. El hombre viejo se levantó. No con la velocidad de un hombre viejo, sino con la velocidad de un hombre al que le acaban de romper el único instrumento que le quedaba después de que la Inquisición le confiscara los demás. El hombre levantó el telescopio. Examinó la lente. La grieta iba del centro al borde, una fractura radial de 18 milímetros. El hombre sacó la lente del tubo. La giró. La miró contra la luz de la ventana. La grieta dividía el campo de visión en dos; cada mitad refractaba la luz a un ángulo ligeramente diferente.

El hombre fue a un cajón. Del cajón sacó herramientas: lijas finas, un recipiente con pasta abrasiva, un paño de algodón. El hombre se sentó. La mujer joven dijo algo. El hombre no respondió. El hombre lijó la lente. No para arreglar la grieta, sino para aprovecharla. La grieta había creado dos superficies con curvaturas diferentes. El hombre lijó una de las superficies hasta que la curvatura era uniforme. Montó la lente corregida. Miró a través del telescopio.

Se detuvo. Desmontó la lente. Repitió la corrección con la lija más fina. Montó. Miró. Se detuvo otra vez. La tercera vez no se detuvo. La tercera vez miró durante 20 segundos con la boca abierta y los ojos más abiertos que antes y la mano izquierda agarrando el tubo con una fuerza que blanqueó los nudillos.

La óptica era mejor. El accidente había expuesto una imperfección en la curvatura que el hombre no había detectado en años de uso. La corrección de la grieta producía una imagen más nítida que la lente original.

La mujer joven miraba desde la puerta. No entendía las lentes. No entendía la curvatura. Entendía que su padre estaba vivo y que su padre estaba trabajando y que las dos cosas eran lo mismo. El hombre viejo miraba por el telescopio. El gato se lamía la pata en la esquina del escritorio, sentado sobre un diagrama de las órbitas planetarias que había dejado de ser legible bajo las nalgas de 3,2 kilogramos.

La niebla. Las piernas. Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

Darvi se sentó al pie del séptimo árbol. Tres viajes en un día. El cuerpo pesaba. Las piernas temblaban. El frío del bosque calaba más profundo después de cada regreso; los músculos tardaban más en generar calor.

Tres hombres. Uno muriendo con el libro que no podía leer. Uno furioso en la celda donde moriría mañana. Uno viejo con un telescopio roto que funcionaba mejor roto.

Darvi registró el patrón: Pavlov destruía. Lo destruido se reconstruía diferente. Lo diferente era mejor. La Biblioteca se quemó; los textos reconstruidos de memoria tenían errores que generaron preguntas que generaron descubrimientos. El mapa de Piri Reis se manchó; la reconstrucción tenía una precisión que la versión original no tenía. La lente del telescopio se rompió; la corrección mejoró la óptica.

El patrón existía. Pero la Biblioteca seguía quemada. Los rollos seguían siendo ceniza. Las palabras seguían perdidas. El patrón no consolaba. El patrón era un dato. Los datos no consolaban.

El gato se sentó sobre las plumas del dragón. 14 grados. Cerró los ojos. El gato no tenía datos acumulados. El gato tenía sueño. #
Capítulo 015 DESCARTES + TUPAIA [D][X][J]

** ** *

Primer descenso.

Sexto portal del cuarto árbol. La temperatura bajó en lugar de subir. De 8 a 4 grados en los primeros 7 escalones. Darvi lo sintió en las manos: las yemas se contrajeron, los vasos capilares se cerraron, la piel se volvió blanca en 3 segundos. Frío europeo. Frío húmedo. Un frío variable más intenso cerca de la ventana de la habitación, menos cerca de la estufa apagada.

El gato entró con cautela. La cautela era mayor que en portales anteriores: orejas rotando, cola baja, paso lento. 4 grados era el límite inferior de confort felino. El gato estaba frío. El gato bajó de todas formas porque el gato nunca dejaba que la temperatura lo detuviera.

La habitación era pequeña. 3 por 4 metros. Una estufa apagada en la esquina, una estufa de hierro fundido que pesaba aproximadamente 80 kilogramos y que estaba fría al tacto, 4 grados, la misma temperatura que el aire. La estufa no había sido encendida en al menos 12 horas, Darvi lo estimó por la ausencia total de calor residual en el hierro, que con una masa de 80 kilogramos y una capacidad calórica de 0,46 joules por gramo-kelvin tardaría 8 horas en alcanzar el equilibrio térmico con el aire a 4 grados, partiendo de una temperatura de combustión de 400 grados.

Un hombre estaba sentado frente a un escritorio. El hombre tenía una bata de dormir y tres mantas sobre los hombros. Las tres mantas: una de lana gruesa, una de algodón, una de Darvi identificó

como piel de animal, probablemente conejo, por el largo del pelo y la suavidad. Las tres mantas indicaban que el frío era crónico, no agudo. El hombre vivía en el frío. El hombre trabajaba en el frío. El hombre pensaba en el frío.

Sobre el escritorio: papeles cubiertos de texto en latín y francés. Los papeles tenían manchas de tinta que se expandían más de lo normal, la tinta se congelaba parcialmente en el tintero y al descongelarse producía una viscosidad irregular que generaba manchas. El hombre escribía con tinta que se congelaba. El hombre escribía sobre la naturaleza de la duda y la certeza y la existencia con una pluma que se atascaba cada 30 segundos porque la tinta se solidificaba a 4 grados.

El gato se subió a la estufa fría. El gato se sentó sobre el hierro a 4 grados con la expresión de quien espera que la situación mejore. La situación no mejoró. El gato se bajó de la estufa y se sentó sobre los papeles del hombre. Los papeles estaban a 6 grados, 2 grados más que la estufa, porque el calor residual de las manos del hombre calentaba el papel mientras escribía. El gato eligió los 6 grados sobre los 4. El gato siempre elegía la opción más caliente disponible. La filosofía del gato era termodinámica pura.

El hombre miró al gato sobre sus papeles. El hombre no se enojó. El hombre contestó algo en francés, una frase corta que Darvi no entendió, pero cuya cadencia era de resignación amable. Sin decir nada, el hombre movió los papeles de debajo del gato. Ahí, el gato se quedó sentado en el espacio vacío del escritorio. El hombre siguió escribiendo alrededor del gato. El gato se quedó dormido. El hombre escribió “cogito ergo sum” con un gato dormido a 8 centímetros de la mano derecha. Darvi registró: el pensamiento más famoso de la

historia de la filosofía fue escrito junto a un gato dormido sobre un escritorio a 4 grados en una habitación con una estufa apagada.

La curiosidad del gato tenía un umbral de activación más bajo que su umbral de confort térmico.

14 escalones. Temperatura: de 8 a 2 grados. El aire bajó. Darvi salió a un corredor de piedra donde la temperatura era más baja que en el bosque. Piedra pulida. Ventanas altas con vidrio esmerilado. Candelabros apagados en las paredes. La luz venía de afuera, nieve. La nieve cubría las ventanas a un tercio de su altura. Estocolmo. Darvi lo estimó por la latitud implícita en la cantidad de nieve y la inclinación de la luz invernal.

El frío fue diferente esta vez. De 8 a 2 grados era una caída que Darvi no había experimentado en los portales anteriores, todos los portales anteriores subían de temperatura. Este bajaba. Las manos de Darvi se contrajeron: los vasos capilares se cerraron, la piel se volvió blanca en 3 segundos. Frío europeo. Frío húmedo. Frío con un componente de humedad que el frío del bosque no tenía.

El gato entró con cautela. La cautela del gato en este portal era mayor que en los anteriores: las orejas rotaban, la cola estaba baja, el paso más lento. 2 grados era el límite inferior de confort felino y el gato lo sabía. Las articulaciones del gato protestaban, Darvi vio el cambio en la pata izquierda: la cojera se acentuó, el paso se acortó de 15 a 12 centímetros por zancada. El frío endurecía la artritis. El gato bajó de todas formas.

Un hombre caminaba por el corredor. Despacio. Los pies arrastraban contra la piedra. El hombre llevaba una capa gruesa de lana, forrada de piel y debajo de la capa, otra capa, y debajo de esa, otra. Tres capas visibles. Probablemente más. El hombre tiritaba. Las

manos estaban dentro de la capa. La nariz estaba roja. Los labios estaban morados.

El hombre murmuraba. Darvi se acercó. El murmullo era francés, un francés lento, entrecortado por los temblores. Las frases se repetían. La misma estructura. Las mismas palabras. Una frase que el hombre recitaba contra el frío, contra el corredor vacío, contra la hora, Darvi estimó las 5 de la mañana por la calidad de la luz.

Las 5 de la mañana. Una reina que obligaba a su filósofo a dar clase antes del amanecer. Un filósofo que odiaba el frío. Darvi entendió el murmullo sin entender el francés: no era epifanía, era queja. La frase más famosa de la filosofía occidental era, en su contexto original, una queja laboral. Si no pensaba, no sufriría este frío. Si no existiera, no tiritaría en este corredor a las 5 de la mañana en Estocolmo en invierno. Cogito ergo frigeo.

El hombre se detuvo frente a una ventana. Miró la nieve. Añadió algo que Darvi no entendió, pero que por el tono descendente, con un suspiro integrado en la última sílaba, era un comentario sobre Suecia que ningún sueco aprobaría. El hombre se ajustó la tercera capa. La cuarta capa. La quinta capa se había caído al suelo en algún momento del corredor. El hombre no fue a recogerla. El hombre siguió caminando. Arrastrando los pies. Murmurando su queja existencial. 2 grados.

El gato entró en una habitación adyacente. La habitación tenía una estufa de cerámica, un horno de azulejos verdes, de 1,5 metros de alto, con una puerta de hierro en la base. La estufa estaba caliente. Darvi midió: 35 grados en la superficie. La habitación estaba a 18 grados. El gato saltó sobre la estufa. Se acostó. Los 35 grados absorbidos por los 3,2 kilogramos. El gato encontró la superficie más

caliente del palacio de Estocolmo en menos de 90 segundos. El filósofo más importante de Francia llevaba 40 minutos buscando calor sin éxito.

El problema era la puerta de hierro. El gato estaba acostado junto a la puerta. El peso del gato concentrado en un área de 30×40 centímetros presionaba la superficie de la estufa. La superficie de la estufa tenía una rejilla de ventilación en la parte superior. El peso del gato desplazó la rejilla 2 centímetros. Los 2 centímetros redujeron el flujo de aire. El flujo reducido de aire disminuyó la combustión. La combustión disminuida bajó la temperatura de la estufa de 35 a 28 grados en 20 minutos. De 28 a 22 en 10 más. La estufa se apagó. El gato, al notar que los 35 grados bajaban a 22, se levantó, bajó de la estufa, y se fue a buscar otra superficie caliente. La estufa ya no servía. El gato ya no estaba. La estufa estaba muerta y el asesino se había ido.

Darvi lo vio pasar. No intervino. El gato dormía y después no dormía, y las leyes de la termodinámica no aceptaban intervención.

La habitación se enfrió. De 18 a 14 grados en una hora. De 14 a 10 en la siguiente. El filósofo del corredor entró en la habitación buscando calor. Encontró una estufa apagada y una habitación a 10 grados. Se sentó junto a la estufa muerta. Tiritó más fuerte. La tos empezó a los 20 minutos. Una tos seca, profunda, que salía del centro del pecho. El hombre que había probado que existía porque pensaba estaba en proceso de dejar de existir porque tenía frío.

La niebla sacó a Darvi antes de que la tos empeorara. El filósofo se quedó tiritando junto a una estufa que un gato había apagado.

Segundo descenso.

Séptimo árbol. 20 escalones. Temperatura: de 8 a 26 grados. Aire: océano. No la sal del Mediterráneo ni la humedad del Báltico, el océano abierto. El aire del Pacífico tenía un componente que los otros mares no tenían: la limpieza del espacio. Kilómetros de agua en todas direcciones sin costa que contaminara el viento.

La cubierta de un barco. Más grande que el de Jeanne Barret. Tres mástiles. Jarcias tensas. Velas cuadradas. La cubierta estaba mojada de sal. Darvi estimó la época por el diseño del barco y los materiales: siglo XVIII. Barco de exploración.

Un hombre estaba sentado en la proa. Piel oscura. Pelo negro largo. Sin camisa, el torso desnudo al viento del Pacífico, con tatuajes que cubrían los brazos y el pecho. Los tatuajes no eran decorativos, eran mapas. Líneas que representaban corrientes, puntos que representaban islas, curvas que representaban rutas. El cuerpo del hombre era una carta náutica.

El hombre no miraba el horizonte. El hombre miraba el agua. La superficie del agua tenía información que Darvi no podía leer: el color (tonos de azul que variaban con la profundidad y la composición del fondo), las olas (dirección, frecuencia, interferencia entre sistemas de oleaje), la espuma (distribución que indicaba viento local y corrientes subsuperficiales).

El hombre señaló. Habló con alguien detrás de él, un oficial europeo con uniforme. El hombre - señaló un punto en el horizonte donde no había nada visible. El oficial miró. No vio nada. El hombre insistió. El oficial sacó un sextante. Midió. El hombre señaló otra dirección. El oficial apuntó. Darvi se acercó al hombre. El hombre la miró. Los ojos eran oscuros, quietos. Darvi miró los tatuajes del

brazo izquierdo. Las líneas correspondían con corrientes Darvi lo confirmó porque la dirección de las líneas coincidía con el movimiento del agua visible desde la proa. El mapa del brazo era correcto. El mapa del brazo era más preciso que cualquier carta que el oficial pudiera tener.

El hombre procesaba las estrellas, las corrientes, el color del agua, el vuelo de los pájaros, la dirección del viento, la temperatura del aire, la humedad, la salinidad. Procesaba todo al mismo tiempo. Sin instrumento. Sin cálculo visible. El cerebro hacía lo que generaciones de cerebros habían aprendido a hacer: convertir datos ambientales en posición y dirección.

El gato estaba en la cocina del barco. Darvi escuchó el grito del cocinero otro cocinero, otro barco, otro siglo y después el sonido de papeles cayendo al agua. El gato salió de la cocina con una sardina. Detrás del gato, el cocinero. El cocinero llevaba una carta náutica enrollada la carta del oficial. La carta se le había caído de la mano al perseguir al gato. La carta cayó por la borda.

El oficial buscó la carta. No estaba. El oficial miró al hombre de los tatuajes. El hombre de los tatuajes señaló el horizonte.

Sin la carta del oficial, el barco usó el mapa del hombre. El mapa del hombre era mejor. La ruta fue más directa. Las islas aparecieron donde el hombre dijo que aparecerían. Nadie lo registró en el informe oficial.

La niebla. Las piernas. El Pacífico se convirtió en hojas mojadas. El calor de 26 grados se convirtió en 8 grados. El gato tenía escamas de sardina en los bigotes.

• ○

Tlanamicxin estaba junto al refugio. El fuego encendido. El perro dormido. Darvi comió un tubérculo asado y se sentó con la espalda contra la pared y la caja de Valeria sobre las piernas y el reproductor de cintas entre las manos.

El reproductor no funcionaba. Los 3 voltios seguían ausentes. El cristal de cuarzo estaba sobre la repisa de la cueva. El problema piezoeléctrico seguía sin solución la conversión de la frecuencia del bosque a voltaje utilizable requería un circuito que Darvi no tenía materiales para construir.

Darvi trabajó en el reproductor. Desarmó el motor DC. Limpió los contactos. Examinó la bobina. Los filamentos de cobre estaban intactos, 0,2 milímetros de diámetro, 340 vueltas. La bobina era funcional. El problema era la energía, no el mecanismo.

Un movimiento. No Tlanamicxin. No los animales. Algo en la entrada del túnel de la cueva.

El hombre. Edi Edi. Sentado a 3 metros de la entrada. Las piernas cruzadas. Las manos con herramientas, no la gubia, otra cosa. Un pedazo de madera. Un cuchillo corto. Tallaba. Las virutas caían entre las piernas.

Darvi no comentó nada. El hombre no dijo nada. Darvi volvió al reproductor. El hombre siguió tallando.

Dos horas. El silencio entre los dos no era incómodo, era funcional. Dos personas trabajando. Los sonidos: el clic metálico del destornillador de Darvi, el susurro de la madera siendo cortada, la respiración del gato dormido, los 432 Hz constantes.

Tres horas. Darvi levantó la cabeza. El hombre seguía tallando. La pieza de madera tenía forma ahora, no una forma que Darvi pudiera identificar, una forma en proceso. El hombre trabajaba con

paciencia, cada corte era medido, cada viruta era intencional. Las manos del hombre sabían lo que hacían antes de hacerlo.

Darvi volvió al reproductor. Descubrió que el condensador del circuito amplificador tenía una fuga, 0,3 microfaradios de pérdida. La fuga no parecía fatal pero reducía la eficiencia. Darvi la selló con savia de pino calentada sobre el cristal de cuarzo. Improvisación. La savia funcionó como dieléctrico temporal.

Cuatro horas. El sol que en el bosque no existía, pero la temperatura del suelo indicaba que la tarde avanzaba, bajó. La temperatura fue de 9 a 8 grados.

El hombre se levantó. Guardó el cuchillo. Guardó la pieza de madera en un bolsillo. Se sacudió las virutas de las piernas. Miró a Darvi.

Nos vemos, contestó.

Caminó hacia la niebla. Darvi lo miró irse. La misma espalda. Los mismos hombros. Las mismas manos en los bolsillos.

Darvi anotó en la libreta:

Tercera vez. Cuatro horas. No habló. No hablé. No necesitamos.

- ○

A la mañana siguiente, dos árboles estaban sellados.

El árbol 3 y el árbol 6. La corteza estaba fundida, no quemada, fundida. La madera se había convertido en una superficie lisa, vítrea, sin abertura. La temperatura de la corteza fundida era 2 grados. Más fría que las cruces de sellado. Más fría que el árbol 5.

Tlanamicxin estaba parada frente al árbol 3. El bastón en la mano. El perro al lado. Los hurones inquietos, los dos se movían en círculos rápidos a los pies de Tlanamicxin.

No fui yo, comentó Tlanamicxin.

Lo sé, dijo Darvi.

Darvi tocó la corteza fundida. Lisa. Sin poros. Sin el estremecimiento. El generador de Toshiro no registró frecuencia. Los árboles sellados estaban muertos.

Siete árboles menos dos: cinco. Uno de los cinco era el quinto, el de 37 Hz, el que llevaba a Edi Edi. Darvi lo verificó: el quinto estaba intacto. La corteza fría pero viva. Los 37 Hz estables.

Las cruces en la muralla: 23. Cuatro más que la última vez que Darvi contó. Los sellos crecían. Los árboles morían. Alguien estaba cerrando las puertas. # Capítulo 016 WANG ZHENYI [D][X][O]

** ** *

Cuarto árbol. 21 escalones. La temperatura era estable: 19 grados, mantenida por un brasero de carbón en la esquina de la habitación que el generador de Toshiro detectó como una fuente de infrarrojo a 280 grados. El brasero era pequeño, de 20 centímetros de diámetro, pero eficiente: calentaba una habitación de 4 por 5 metros a 19 grados uniformes. La distribución del calor era perfecta. La habitación no tenía puntos fríos. La mujer que vivía aquí entendía de convección.

El gato entró a la habitación con cautela, orejas rotando, cola horizontal, paso deliberado. La cautela era el nivel 3 de 5 en la escala de cautela felina que Darvi había desarrollado. Nivel 1: indiferencia (orejas relajadas, cola alta). Nivel 2: interés (orejas adelante, cola alta). A lo lejos, nivel 3: cautela (orejas rotando, cola horizontal). Detrás, nivel 4: alarma (orejas atrás, cola baja). Nivel 5: retirada (orejas planas, cola entre las patas). El gato raramente llegaba a nivel

5. El gato tenía un umbral de retirada muy alto para un animal de 3,2 kilogramos.

La mujer estaba sentada frente a una mesa baja con tres instrumentos: un astrolabio de bronce, un compás de madera, y un espejo circular de 15 centímetros que reflejaba la luz de una vela sobre una superficie de seda blanca clavada en la pared. La seda tenía marcas de tinta china, puntos negros distribuidos en un patrón que Darvi reconoció como una carta estelar.

La habitación estaba iluminada con una luz difusa, tamizada por papel, con un tono amarillento que indicaba atardecer en latitud media. Darvi pisó el último escalón. El suelo era madera pulida. Las botas de Darvi todavía rojas de la laterita africana, todavía manchadas de aceite de linaza flamenco dejaron una marca en la madera. Darvi levantó el pie. Miró la marca. La tierra roja de un continente sobre la madera de otro. Los datos viajaban con las botas.

Una habitación con paredes de papel montado sobre marcos de madera. Las paredes dejaban pasar la luz pero no las formas. Darvi veía sombras al otro lado, siluetas que se movían, sin embargo, no cuerpos. El suelo era de madera pulida con esteras de paja tejida en intervalos regulares. Darvi contó las esteras: 12, dispuestas en tres filas de cuatro. El tejido era ajustado, 14 hilos por centímetro, más denso que las fibras de Tlanamicxin.

Una mesa baja en el centro. Sobre la mesa: una lámpara de aceite, la mecha ardía con una llama de 3 centímetros, produciendo 12 lux estimados y un espejo redondo de bronce. El espejo tenía 20 centímetros de diámetro, pulido hasta reflejar con nitidez. La superficie del espejo tenía microrayones visibles desde 30

centímetros, miles de pasadas de pulido manual. Al lado del espejo, una nota escrita en papel de arroz con tinta china.

Una mujer joven estaba arrodillada frente a la mesa. 25 años, estimación de Darvi. Pelo negro recogido con un pasador de hueso. Vestido cruzado de seda azul oscuro, más profundo que el lapislázuli de Van Eyck, con un componente violeta que Darvi registró como añil. Las mangas eran anchas, 40 centímetros de tela colgando a cada lado, lo suficiente para impedir cualquier movimiento de precisión. La mujer se las había enrollado hasta los codos. Los antebrazos desnudos sobre la mesa. Los tendones visibles al ajustar el espejo.

Frente a ella, sentados en el suelo, cuatro hombres. Jóvenes. Vestidos con túnicas de algodón sin teñir. Uno dormitaba, la cabeza caía y se levantaba cada 8 segundos. Dos miraban la mesa con los brazos cruzados. El cuarto estaba en la esquina izquierda, los ojos fijos en el espejo, la cabeza inclinada 15 grados, el tintero abierto.

La mujer habló. Mandarín. Darvi no entendía mandarín. Pero las manos hacían el trabajo que la lengua no podía cruzar: señalaban la lámpara, el espejo, un punto vacío de la mesa donde caía la sombra. La secuencia era automática, la secuencia de alguien que ha explicado lo mismo muchas veces. Lámpara (sol). Espejo (luna). Mesa (tierra). La mujer movió el espejo entre la lámpara y la mesa. La sombra del espejo cayó sobre la madera.

Un eclipse. La mujer estaba explicando un eclipse con una lámpara y un espejo.

Darvi se sentó contra la pared. Las costillas inferiores se contrajeron contra el diafragma. La primera vez que vio un eclipse fue en la prehistoria, 53 personas, cuatro grupos, el gato moviendo una piedra, 8 centímetros, 15 personas emigrando hacia el este.

Ahora una mujer explicaba el eclipse con las manos y un espejo y los hombres sentados frente a ella no le creían. No porque la explicación fuera mala. Darvi veía la explicación, la sombra crecía y decrecía al mover el espejo. El ángulo de inclinación modificaba el porcentaje de cobertura. 5 grados producía sombra parcial. 12 grados producía cobertura total. La distancia modificaba el tamaño de la sombra. El modelo era correcto.

Los dos de brazos cruzados no miraban el espejo. Miraban a la mujer. La dirección de sus ojos, 10 grados por encima de la mesa, directo a la cara de la mujer, decía lo que las palabras no necesitaban decir.

La mujer repitió la demostración. La misma secuencia. Lámpara, espejo, sombra. La primera repetición añadió el ángulo de inclinación. La segunda añadió la distancia. Más allá, la tercera combinó las dos variables. Por instinto, la cuarta fue idéntica a la tercera, refuerzo. La quinta añadió la mano de la mujer como segundo cuerpo celeste: la mano interceptaba la luz entre la lámpara y el espejo, produciendo una sombra sobre el espejo. Un eclipse lunar. La sexta combinó eclipse solar y lunar en secuencia.

Seis demostraciones. El dormitando seguía dormitando. Los dos de brazos cruzados seguían con los brazos cruzados. El de la esquina izquierda tenía ya tres páginas de diagramas.

El dormitando se levantó. Se fue. Hizo una reverencia mínima, la cabeza bajó 8 grados, la espalda no se curvó y salió. Quedaron tres.

La mujer siguió. La séptima demostración.

El gato estaba sobre la mesa. Darvi no lo había visto subir. El gato había trepado por la pata de la mesa, que tenía estrías talladas que daban agarre a las garras. El gato estaba sentado detrás del espejo,

las patas delanteras sobre el borde del bronce, los 3,2 kilogramos desplazando el centro de gravedad. La inclinación cambió 5 grados. El reflejo de la lámpara que hasta ahora caía sobre la mesa saltó. El reflejo subió de la mesa al techo. Del techo a la pared de papel. De la pared a la cara del escéptico de la derecha.

La luz le dio en los ojos. Reflejo directo de llama contra bronce pulido, 80 lux concentrados en un punto de 3 centímetros. El escéptico se echó para atrás. Las manos subieron a la cara. Las piernas se estiraron contra la estera. Gritó una sílaba aguda, 580 Hz. Se levantó. Tropezó con su propia tablilla. La tablilla se rompió contra la estera. El hombre corrió hacia la puerta. Salió. Los pasos se alejaron por el corredor al otro lado de las paredes de papel, golpes amortiguados contra madera, cada vez más lejanos, durante 8 segundos.

El otro escéptico miró la puerta. Miró a la mujer. Miró al de la esquina izquierda que seguía dibujando. Miró el espejo donde el gato seguía sentado. Los brazos se descruzaron. Las manos bajaron a las rodillas. Se quedó.

La mujer quitó al gato del espejo. Lo puso en el suelo con un movimiento que contenía más paciencia que irritación, las manos sujetaron al gato por debajo de las patas delanteras y lo depositaron sobre la estera más cercana. Reajustó la inclinación. Verificó el ángulo contra la lámpara. Volvió a la demostración.

Dos alumnos en lugar de cuatro. Pero los dos que quedaban miraban el espejo. No a ella. El espejo. El modelo. Los datos.

La mujer siguió. La octava demostración. La novena. El de la esquina izquierda tenía cuatro páginas de diagramas. El ex-escéptico

sacó una tablilla nueva de debajo de su asiento y escribió una línea, 8 caracteres, una conclusión. Un dato aceptado.

Nueve repeticiones. Darvi contó: nueve. La mujer había repetido nueve veces la misma demostración porque la demostración correcta presentada por la persona equivocada requería nueve repeticiones y aun así solo convencía a la mitad.

La niebla entró por las paredes de papel. Las paredes se hicieron translúcidas. La habitación se diluyó. La mesa se diluyó. Sin decir nada, la lámpara se diluyó. En ese instante, la mujer se diluyó. El reflejo del espejo fue lo último en desaparecer, un punto de luz sobre papel que se convirtió en niebla.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

- ○

Darvi se quedó al pie del cuarto árbol. El gato en el regazo. La corteza contra la espalda. La niebla en espirales estable pero Darvi no estaba estable.

Darvi lloró.

No por la mujer. No por el eclipse. Casi sin pensarlo, no por los escépticos. Afuera, no por la Biblioteca quemada ni por el filósofo que moría sin poder leer su libro ni por el hombre que iba a arder en la celda de Ginebra. No por ninguno en particular. Por todos. Por la acumulación.

El cerebro de Darvi no filtraba. Los datos entraban y se quedaban. Cada dato tenía el mismo peso, el peso del primer registro. El incendio de la Biblioteca tenía el mismo peso que el ronroneo del gato en la celda. La piedra movida 8 centímetros tenía el mismo peso que el frijol en la boca de Hippasus. Todo pesaba igual. Todo pesaba.

Las lágrimas eran calientes, 37 grados. Darvi las midió contra la piel de la cara, que estaba a 8 grados. La diferencia era de 29 grados. Las lágrimas bajaban de los ojos a las mejillas a la mandíbula y caían sobre el gato. El gato no se movió. El gato recibió las gotas calientes sobre el lomo y siguió ronroneando, 26 Hz. Casi sin pensarlo, el mismo ronroneo que en la celda. De golpe, el mismo ronroneo que todas las noches en el refugio. 26 Hz no cambiaba. Los datos de Darvi se acumulaban, crecían, pesaban más pero los 26 Hz no cambiaban. Tlanamicxin no estaba. El perro no estaba. Los animales no estaban. Darvi lloró sola con el gato y la niebla y los 432 Hz. Lloró hasta que el cuerpo dejó de producir lágrimas 14 minutos, estimación basada en la frecuencia respiratoria que pasó de 24 ciclos por minuto a 16 cuando las lágrimas pararon. Después se quedó sentada con los ojos hinchados y la nariz tapada, las manos frías y la ropa húmeda y los datos intactos. Los datos no se iban con las lágrimas. Los datos se quedaban.

Darvi se levantó. Se limpió la cara con la manga de la sudadera. La sudadera ya no olía a nada identificable tenía capas: bosque y sal, laterita y aceite de linaza, tinta y humo y lágrimas. La sudadera era un registro de los portales.

Caminó al refugio de piedra. Encendió el fuego. Comió nueces. Contó: 23 nueces. Las partió en 18 minutos. El mismo tiempo que la primera vez. El mismo número. La misma secuencia. La rutina no cambiaba.

Las cruces en la muralla: 27.

El dato que giraba no era el eclipse. El dato que giraba era: nueve repeticiones. Los datos correctos en la boca equivocada. Las

mediciones precisas del cerebro que nadie toma en serio. Los 47 azulejos amarillos que nadie contó excepto ella.

La mujer había explicado el eclipse 9 veces. Darvi contó: 9 explicaciones, cada una con el mismo modelo: la lámpara, la mesa redonda, el espejo, pero con variaciones que indicaban que la mujer ajustaba la explicación a la audiencia. La primera explicación fue para un hombre viejo que asintió sin entender. La tercera fue para una mujer joven que entendió en la segunda frase y se quedó para ver el modelo de todas formas. Un segundo después. La sexta fue para un niño que entendió el modelo pero no el eclipse. A lo lejos, la novena fue para nadie, la mujer lo explicó al aire, sola en la habitación, con la lámpara y la mesa y el espejo.

El generador de Toshiro marcó: la frecuencia base de la habitación cambió durante las explicaciones. Cuando la mujer no hablaba, la frecuencia era 7.83 Hz, la frecuencia de la Tierra. Cuando la mujer explicaba, la frecuencia subía a 8.2 Hz. El acto de explicar alteraba la frecuencia local. El acto de transmitir conocimiento producía una fluctuación medible de 0.37 Hz. Darvi anotó el dato sin interpretarlo. Los datos no necesitaban interpretación. Los datos necesitaban registro.

El gato se había sentado en la silla de la audiencia vacía durante la novena explicación. La mujer miró al gato. El gato miró a la mujer. La mujer sonrió. La primera sonrisa en 9 explicaciones. La mujer había encontrado su mejor audiencia: un animal que no entendía eclipses pero que estaba quieto y caliente y presente.

Darvi conocía ese patrón. Darvi lo vivía. # Capítulo 017 EDI EDI [D][X][J]

** ** *

Darvi bajó por el quinto árbol.

El quinto árbol olía diferente a los otros. Los primeros cuatro árboles-portal olían a madera húmeda y a la época a la que conectaban sal para Piri Reis, especias para Gracia Mendes, tinta para Wang Zhenyi. El quinto árbol olía a metal y a serrín y a algo que Darvi identificó como ácido acético vinagre, usado para tratar madera. La concentración era baja, estimada en 3%, pero suficiente para distinguir este taller de los del Nivel -22, que olían a aceite industrial. Este taller olía a vida.

El gato entró al taller como quien entra a casa. No como quien llega por primera vez, sino como quien vuelve. Las patas caminaron entre instrumentos con la familiaridad de un recorrido practicado cientos de veces. El gato se detuvo en tres puntos específicos: junto a la mesa de trabajo, junto a la ventana y junto a una silla con un cojín hundido en la forma de un cuerpo felino, con dimensiones de 30 centímetros de largo y 20 centímetros de ancho.

El taller olía a metal y a serrín y a algo ácido que Darvi identificó como ácido acético vinagre, probablemente usado para tratar la madera. La concentración era baja, estimada en 3%, pero suficiente para que la nariz registrara la diferencia entre este taller y los talleres del Nivel -22. Este taller olía a vida. Los talleres del Nivel -22 olían a función.

El gato entró al taller como quien entra a casa. No como quien llega por primera vez, sino como quien vuelve. Las patas caminaron entre los instrumentos con la familiaridad de un recorrido practicado cientos de veces. El gato se detuvo en tres puntos: junto a la mesa de trabajo, junto a la ventana y junto a una silla con un cojín hundido en

la forma de un cuerpo felino. La depresión medía 30 por 20 centímetros. Las dimensiones del gato sentado.

No planeó bajar por el quinto. Planeó bajar por el cuarto, el que la llevaba a lugares distantes y siglos diferentes. Pero los pies la llevaron al quinto. La corteza fría medía 4 grados. Los 37 Hz. Los 13 escalones empinados. Darvi bajó y no corrigió la dirección. Los pies sabían qué la cabeza no había procesado.

La niebla no resistió. Otras veces, la niebla la empujaba durante la transición, resistencia, presión, flotando sin referencia. Esta vez la transición fue limpia: escalones, oscuridad, 6 grados, olor a taller, y después el espacio cerrado del techo bajo y las paredes de piedra y la luz tenue.

El espacio no había cambiado. Darvi verificó las dimensiones contra el registro anterior: 4 metros de largo, 3 de ancho, techo de 1,9 metros. La mesa baja contra la pared del fondo. Las herramientas colgadas en la pared: gubias de tres tamaños, un cuchillo curvo, un formón y una lija hecha de piedra que Darvi no había tenido tiempo de catalogar la última vez. Un estante con piezas de madera a medio tallar: animales, formas abstractas, algo que Darvi no identificó. Un candil de aceite que producía la luz tenue. La temperatura del candil era de 40 grados en la llama, 25 grados más cálida que el bosque. La humedad era baja. El aire olía a madera cortada y a aceite y a metal caliente y a las manos de alguien que trabaja con esos materiales todos los días.

Edi Edi estaba ahí.

Sentado en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda contra la pared. La gubia en la mano derecha, la gubia mediana, de 12 milímetros de ancho, con el filo recién afilado. Darvi lo supo por el

brillo del borde. La pieza de madera en la mano izquierda, más avanzada que la última vez. Un ave. Las alas extendidas. La talla era precisa, cada pluma individual tenía estrías, cada estría tenía profundidad variable que indicaba las diferencias entre plumas de vuelo y plumas de cobertura.

Cuarta vez - dijo Darvi.

El hombre levantó la cabeza. La miró. No con sorpresa. Los ojos oscuros la registraron durante 1,5 segundos. Volvieron al ave.

Cuarta confirmó.

Darvi se sentó. El suelo de tierra estaba a 12 grados, 4 más que el bosque. El calor del candil y de las paredes de piedra que retenían el calor del trabajo acumulado de horas o días. El gato se acostó entre los dos. 2 metros de Darvi. 2 metros de Edi Edi. Equidistante. La rodilla hizo clic contra la tierra al acostarse.

La niebla me trae aquí - añadió Darvi. No elijo. La frecuencia de aparición sugiere causalidad, no casualidad.

¿Mides las frecuencias?

Mido todo.

Edi Edi asintió. Una sola vez. La gubia volvió al ave. Darvi sacó el reproductor de la caja de Valeria. Abrió la tapa trasera. Los siete tornillos. El cristal de cuarzo al lado. El condensador sellado con savia de pino, el sello resistía. 0,1 microfaradios de pérdida, una mejora. Un segundo después, el problema seguía siendo la energía. Sin decir nada, el problema seguía girando.

Una hora. El silencio era denso pero no pesado. Denso porque ocupaba el espacio completo, no había ruido ambiental, no había niebla, no había 432 Hz de fondo. Solo dos herramientas sonando sobre dos materiales diferentes. La gubia sobre madera: un susurro

direccional, 200-400 Hz, con variaciones de tono según el ángulo de corte y la densidad del grano. El destornillador sobre metal: un clic seco, repetitivo, 1200 Hz, sin variación. Los dos sonidos no competían. Los dos sonidos coexistían. El gato dormía entre los dos sonidos con las orejas relajadas.

Darvi registró el espacio durante la quietud. Las piezas a medio tallar en el estante: un caballo con tres patas terminadas y una en bloque, un pez con las escamas detalladas en un costado y lisas en el otro, la forma no identificada que resultó ser al mirar más tiempo una mano. Una mano humana abierta, tallada en madera oscura, con las líneas de la palma marcadas. Las líneas eran profundas. Las líneas eran específicas. Era la mano de alguien real.

¿De dónde eres? - preguntó Darvi.

De un lugar lejos.

Eso no es un dato útil.

Edi Edi se rió. Una risa corta, sin aire, que le movió los hombros pero no la cara. Las virutas sobre las piernas temblaron.

De un lugar con herramientas admitió. Un lugar donde las cosas se rompen y alguien tiene que arreglarlas.

Darvi registró: herramientas, cosas rotas, arreglar. Los mismos datos que ella. El mismo oficio. El mismo tipo de lugar.

Mis manos son iguales a las tuyas - dijo Darvi.

Extendió la mano izquierda. La mano tenía callosidades en la base de los dedos índice y medio, una quemadura redonda en el dorso entre el pulgar y el índice, cicatrices lineales finas en los dedos, uñas cortas con residuo de laterita debajo de la del pulgar, piel seca con grietas en los nudillos.

Edi Edi extendió la mano derecha. La mano tenía callosidades en la base de los dedos índice y anular, quemaduras redondas en el dorso, cicatrices lineales en los dedos, uñas cortas con polvo de madera debajo, piel seca con grietas en los nudillos.

Las manos estaban a 30 centímetros. Darvi las miró. Edi Edi las miró. Las manos eran un espejo imperfecto, las mismas marcas en posiciones ligeramente diferentes. Las mismas herramientas usadas de formas ligeramente distintas. El mismo trabajo.

Darvi retiró la mano. Edi Edi retiró la mano. Los dos volvieron al trabajo. Darvi al reproductor. Edi Edi al ave. El gato dormía entre los dos. Los sonidos volvieron: gubia, destornillador, ronroneo lejano.

Dos horas. Tres. El tiempo en el espacio del quinto árbol no se medía por temperatura ni por luz ni por niebla. Se medía por la acumulación de virutas en el suelo de Edi Edi y por la acumulación de tornillos retirados y reinsertados en el reproductor de Darvi. Las virutas formaban un semicírculo. Los tornillos formaban una línea. Las dos geometrías del trabajo.

A la hora dos, Darvi conectó el cristal de cuarzo entre dos puntos del circuito amplificador del reproductor. La conexión era temporal, sostenida con la presión del pulgar, no soldada. Si hubiera una fuente de la frecuencia de frecuencia constante, el cuarzo convertiría la oscilación mecánica en voltaje. El problema era que en el espacio del quinto árbol no había 432 Hz. Había 37 Hz, la frecuencia del árbol. 37 Hz producirían un voltaje menor. Darvi calculó: 37 Hz sobre cuarzo de 2 centímetros producirían 0,02 voltios. Necesitaba 3. El factor era de 150. El mismo problema. Otro número.

¿Cómo te llamas? - preguntó Edi Edi.

Darvi.

¿Solo Darvi?

Es lo que queda.

¿De qué?

Darvi pensó. No pensó la respuesta. La respuesta estaba archivada. Pensó si quería abrir el archivo. El hombre la había visto cuatro veces. El hombre trabajaba en calma sin exigir palabras. El hombre tenía las mismas manos. Abrir el archivo no costaba nada.

Damiana Ramona Viridiana.

Edi Edi repitió el nombre. Despacio. Cada sílaba separada. Dam-i-a-na. Ra-mo-na. Vi-ri-di-a-na. Once sílabas. El nombre completo sonó diferente dicho por otra persona, más largo, más lleno, con un peso que Darvi no le daba cuando lo pensaba para sí misma. Once sílabas eran muchas sílabas. Once sílabas eran más que Tlanamicxin.

Nadie usa el nombre completo - admitió Darvi.

Es largo.

Es innecesario.

No es innecesario - dijo Edi Edi. Es tuyo.

Darvi no supo qué hacer con esa frase. La frase no contenía datos procesables. La frase no tenía longitud de onda, ni temperatura, ni frecuencia. La frase contenía algo que no entraba en las categorías de Darvi: datos, mediciones, secuencias, inventarios. Darvi tenía categorías para todo lo que entraba. Esta frase no entraba en ninguna.

La archivó de todos modos. Sin categoría. Sin etiqueta. La primera entrada sin clasificación en la base de datos de Darvi.

Cuatro horas. El ave de madera estaba terminada. Edi Edi la puso en el suelo entre los dos. Las alas extendidas. Las plumas talladas individualmente, 34 plumas en el ala izquierda, 34 en la derecha.

Darvi las contó. El pico abierto. Las patas recogidas contra el cuerpo. El ave estaba en vuelo, capturada en el momento de máxima extensión, el momento antes de que las alas bajaran.

Para ti - indicó Edi Edi. Darvi tomó el ave. 47 gramos. La madera era dura, densa, con un grano fino que absorbía la luz del candil. La temperatura del ave era 14 grados, la temperatura que las manos de Edi Edi habían transferido a la madera durante cuatro horas de tallado.

Darvi registró la coincidencia: 14 grados. No la archivó como coincidencia, la archivó como dato sin categoría. La segunda entrada sin clasificación.

La niebla llegó, no gradual ni agresiva. La niebla entró en el espacio cerrado con una densidad del 100% en 2 segundos. La niebla se interpuso entre Darvi y Edi Edi. La distancia entre los dos creció de 2 metros a 4, a 6, a un número que Darvi no pudo medir porque la referencia desapareció. Edi Edi se desdibujó. La cara primero, después los hombros, después las manos. Las manos fueron lo último: los callos, las quemaduras, las cicatrices lineales, el polvo de madera debajo de las uñas.

Darvi abrió la boca.

“Nos vemos”, respondió Edi Edi desde la niebla.

La niebla lo tragó. La niebla empujó a Darvi hacia arriba, escalones, oscuridad, frío. Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

El gato estaba en el regazo. El ave de madera estaba en la mano de Darvi. 14 grados bajando a 8.

Darvi anotó en la libreta:

Cuarta vez. Cuatro horas. Trabajamos. Habló. Le dije mi nombre. Me dio un ave. La niebla no quiere que estemos juntos. O

no quiere que yo esté aquí. O no quiere que él esté aquí. La niebla fue agresiva. Algo empuja entre los dos.

Debajo, en letra más pequeña:

“No es innecesario. Es tuyo.” Sin categoría. # Capítulo 018 YAA ASANTEWAA Y QIU JIN [D][X][O]

*** ** **

Darvi vio el sellado del sexto árbol. No durante el acto después. La corteza del sexto árbol tenía una capa de hielo que no se derretía. La capa medía 0,3 milímetros de grosor y cubría la totalidad del tronco desde la base hasta los 4 metros de altura donde las ramas empezaban. El hielo estaba a -8 grados, 16 grados por debajo de la temperatura del aire. El hielo no se derretía porque el hielo no era agua congelada. Darvi lo supo por la textura: el hielo de agua es translúcido, irregular, con burbujas de aire atrapadas. Este hielo era opaco, uniforme, sin burbujas. Este hielo era algo que parecía hielo y que funcionaba como barrera y que tenía la firma térmica de algo que había sido puesto ahí deliberadamente.

La cruz en la muralla correspondiente al sexto árbol tenía un olor diferente a las otras cruces: olor a ozono y a metal frío, como el interior de un congelador industrial. Las otras cruces olían a madera y a niebla. Esta olía a proceso.

El gato no se acercó al sexto árbol. El gato se detuvo a 5 metros y se sentó con la cola enrollada alrededor de las patas delanteras, en la posición de “no voy”. Darvi respetó la posición del gato. El gato tenía un sensor de amenazas que Darvi no tenía. Cuando el gato decía “no voy”, la amenaza era real.

Tres árboles funcionales. Dos sellados. El quinto aparte. Darvi bajó por el octavo, el de 61 Hz, el que había aparecido entre el cuarto

y el quinto. El árbol que los datos decían que no debería existir. La corteza del octavo tenía una textura diferente de los otros: rugosa, con protuberancias a intervalos de 3 centímetros que formaban un patrón espiral ascendente. Las raíces-escalera eran más anchas. Los escalones bajaban con una inclinación de 35 grados más pronunciada que los anteriores.

- ○

Primer descenso.

18 escalones. Temperatura: de 8 a 33 grados. Aire: tierra roja, sudor, humo de leña, algo dulce que Darvi identificó como fruta fermentada, plátano o mango, la fermentación tenía un componente ácido que indicaba 48 horas mínimo. El calor era húmedo, la humedad al 80% pegaba la ropa al cuerpo en 30 segundos. La sudadera de Darvi se oscureció en el pecho y en la espalda. El gato jadeó. El gato no jadeaba, era la primera vez que Darvi lo veía abrir la boca para respirar.

Un claro en un bosque que no era el bosque de la niebla. Árboles diferentes, troncos gruesos de corteza gris, copa ancha con hojas del tamaño de la mano de Darvi, raíces aéreas que bajaban del tronco al suelo formando arcos de 2 metros. Vegetación tropical. El suelo era rojo. Laterita. El color era óxido de hierro, la misma laterita que Darvi tenía en las botas desde hacía tiempo. Las botas se mimetizaron con el suelo. África. Costa occidental, por la vegetación y la tierra y la humedad.

El claro tenía 30 metros de diámetro. En el centro, un tronco cortado. Sobre el tronco, una mujer.

El segundo descenso del noveno árbol abrió a un olor diferente: témpera, papel, café frío, y un componente mineral que Darvi identificó como piedra pómez, polvo de piedra pómez usado para suavizar superficies antes de pintar. El aire era más frío que el club: 16 grados. La humedad baja, 40%. Un estudio. Un espacio diseñado para trabajo manual con materiales que requerían aire seco.

La habitación estaba llena de mandalas. Darvi los contó: 47 mandalas en diferentes estados de completitud. Algunos en las paredes, clavados con tachuelas, los bordes curvados por la humedad de meses. Otros en el suelo, apoyados contra las patas de las mesas, contra las sillas, contra los estantes de libros. Otros sobre las mesas, a medio pintar, con pinceles todavía húmedos junto a tarros de témpera de 12 colores.

Darvi midió un mandala: 60 centímetros de diámetro, 4 anillos concéntricos, 16 segmentos por anillo, simetría axial perfecta. La perfección era medible: Darvi tomó el ángulo entre segmentos adyacentes con la estimación visual, 22,5 grados cada uno. $16 \times 22,5 = 360$. Exacto. El hombre que pintaba los mandalas tenía una precisión angular que rivalizaba con el compás. Las manos del hombre eran un compás.

La mujer era vieja. Pelo blanco, cortado al ras del cráneo, cortado con cuchillo, no con tijera, los bordes irregulares. Piel oscura con arrugas profundas en la frente y alrededor de los ojos y en las comisuras de la boca, arrugas que indicaban décadas de expresiones fuertes. Las manos sobre las rodillas. Las rodillas envueltas en tela empapada en olía a medicina vegetal, una mezcla de corteza molida y aceite que Darvi asoció con antiinflamatorio. Las rodillas dolían. Darvi lo supo por los ajustes: cada 40 segundos, la mujer cambiaba el

peso de una cadera a la otra, un movimiento mínimo, 2 centímetros, para redistribuir la presión sobre las articulaciones.

La mujer estaba sola. A 30 metros, un grupo preparaba comida sobre un fuego grande. Los sonidos del grupo llegaban atenuados: voces, cuchillos contra madera, agua vertida contra metal caliente que producía vapor. El vapor subía y se mezclaba con el humo de la leña, con la humedad del aire y todo se convertía en una bruma baja que olía a comida, a bosque y a anticipación. La mujer no participaba.

Un cuenco de madera en las manos. La comida era espesa, de color amarillo, fufu o algo similar, una masa de tubérculo machacado. El cuenco estaba medio vacío. La mujer comía despacio. La mandíbula masticaba con ritmo mecánico. Los ojos miraban el suelo. Los hombros estaban caídos, no por debilidad, por algo que doblaba la columna sin tocarla. Darvi había visto esa curvatura antes: en Tlanamicxin, contando los meses sin ventanas, en el filósofo tiritando en Estocolmo, en la mujer que explicaba eclipses a hombres que no la miraban.

Darvi se sentó a 5 metros de la mujer. El gato se sentó a 3 metros, debajo de una raíz aérea que le daba sombra. La mujer no los miró. Darvi no habló. La mujer no habló. El claro era caliente y húmedo, ruidoso de insectos, un zumbido constante a 220 Hz que saturaba el aire y las rodillas de la mujer dolían, la comida era mecánica y el grupo a 30 metros se preparaba para algo.

Un hombre llegó corriendo. Las piernas largas, las rodillas altas, la carrera de alguien que corre distancias largas por terreno irregular. El hombre habló rápido. Señaló una dirección sureste, estimación de Darvi por la posición del sol. La mujer levantó la

cabeza. Preguntó algo. Una frase corta. El hombre respondió. Otra frase corta. El intercambio duró 8 segundos. 8 segundos de información que pesaba.

La mujer se levantó del tronco. El movimiento le costó, las rodillas crujieron con un sonido que Darvi escuchó a 5 metros, las manos empujaron contra la corteza del tronco, los brazos temblaron durante el empuje. La tela de las rodillas se corrió. La mujer la reajustó de pie, una mano en cada rodilla, apretando los nudos. Una vez de pie, la espalda se irguió. Los hombros subieron. La mandíbula se apretó. La transformación tomó 3 segundos de la mujer que comía sola a la mujer que caminaba hacia el grupo. Los 3 segundos fueron el costo de levantarse.

La mujer caminó hacia el grupo. El grupo se detuvo. Las voces se apagaron. Los cuchillos dejaron de golpear. El vapor seguía subiendo. La mujer habló. El tono subía desde el estómago y salía por la boca abierta y golpeaba el aire del claro. El generador de Toshiro registró 220 Hz, la nota La, la frecuencia de la afinación estándar. La mujer hablaba en La. Las sílabas eran largas, con consonantes que golpeaban el paladar. La mujer habló durante 45 segundos. Nadie la interrumpió.

El grupo escuchó. Algunos bajaron la cabeza. Otros se miraron. Uno habló una objeción, por el tono descendente. La mujer respondió. Más fuerte. Más La. La objeción no se repitió. El grupo se movió. Agarraron armas, lanzas de madera con punta de hierro, cuchillos curvos, escudos de madera reforzados con piel. Se fueron. La dirección: sureste. 23 personas caminaron entre los árboles de raíces aéreas con las armas en las manos y el fufu a medio cocinar y la sombra del bosque tropical absorbiéndolos.

La mujer se quedó en el claro. Sola. Con las rodillas que dolían y el cuenco medio vacío y la comida fría y el fuego abandonado que se apagaba. Se sentó en el tronco otra vez. El movimiento de sentarse le costó tanto como el de levantarse. Las rodillas crujieron. La espalda se curvó. Los hombros bajaron. La transformación inversa: de la mujer que manda a la mujer que se sienta sola.

El gato estaba cerca del fuego abandonado. El gato encontró una bolsa de cuero junto a las cenizas. Dentro de la bolsa, algo que olía a tabaco, hojas secas enrolladas. El gato empujó la bolsa con la pata derecha. La bolsa rodó por la tierra roja. El gato la persiguió. La bolsa llegó al borde del claro. El gato la empujó más lejos. La bolsa desapareció entre las raíces.

Un hombre salió del grupo en marcha. 200 metros al sureste. Buscó algo en su cintura. Buscó en el suelo. Volvió al claro corriendo. Buscó junto al fuego, debajo del tronco, entre las piedras. La bolsa no estaba. El hombre era un mensajero. Darvi lo dedujo por los zapatos: más ligeros que los demás, las suelas más delgadas, las correas más ajustadas. El mensajero sin bolsa corrió en la dirección equivocada, noroeste, en lugar de sureste. El mensaje de la bolsa nunca llegó a su destino.

La niebla. Las piernas. La tierra roja se convirtió en hojas mojadas. Los 33 grados se convirtieron en 8. El zumbido de 220 Hz se convirtió en 432. Las botas seguían rojas. Más rojas.

- ○

Segundo descenso.

Séptimo árbol. 20 escalones. Temperatura: de 8 a 15 grados. Aire: tinta china, papel de arroz, té jasmine, y algo metálico que no era

monedas, era acero. El acero de una espada. Darvi registró el componente metálico: hierro con carbono al 1-2%, la composición que produce acero duro. Una espada cerca. Una espada fuera de vista.

Una celda. Otra celda. Darvi registró: segunda celda en los últimos viajes. El mundo encerraba a las personas que decían cosas que el mundo no quería escuchar. El patrón era constante. La tecnología de encerrar cambiaba, piedra, madera, barrotes de hierro, baldosas de cal, pero la función no cambiaba. Esta celda era diferente de la de Servet. Más limpia. Las paredes de piedra estaban blanqueadas con cal. El suelo era de baldosas cuadradas de 20 centímetros, con un patrón de espiga que Darvi contó: 8 baldosas de ancho, 12 de largo. Una mesa baja en el centro con un juego de té de cerámica.

Dos tazas sin usar, una taza usada con residuo de té en el fondo y papel y un pincel y un tintero de piedra. La ventana tenía barrotes de hierro pero dejaba entrar la luz de una luna llena. La luna proyectaba la sombra de los barrotes sobre el suelo de baldosas seis líneas paralelas que cruzaban el patrón de espiga.

Una mujer estaba sentada frente a la mesa. Joven. 31 años. Darvi estimó por la piel sin arrugas profundas, por las manos sin callosidades de vejez, por la postura de la columna recta sin compensación por dolor crónico. 31 años. Y mañana iba a morir. Darvi no sabía cómo lo sabía. Lo sabía por el té la mujer había servido dos tazas para invitados que no habían venido. Lo sabía por la espada que olía en el aire, la espada estaba al otro lado de la puerta.

La mujer no escribía manifiesto. No escribía carta de despedida. La mujer escribía poesía. El pincel se movía sobre el papel de arroz con trazos verticales, descendentes, con variaciones de grosor que indicaban la presión del pincel más grueso al inicio del trazo, más fino al final, la tinta distribuyéndose con la gravedad y con la intención. Los trazos eran lentos. Cada trazo era deliberado. La mujer no tenía prisa. La mujer tenía toda la noche y una ejecución al amanecer y entre los dos extremos un poema sobre un árbol que florece en invierno.

Darvi se sentó en la esquina de la celda. La baldosa estaba fría. La espalda contra la cal. El gato entró por debajo de la puerta, los barrotes inferiores tenían 10 centímetros de espacio. El gato caminó hacia la mujer. No directo, diagonal. 45 grados, la trayectoria del gato que no se acerca sino que pasa cerca. Pero al pasar cerca se sentó. Se sentó junto a la mujer, orientado hacia la ventana, donde la luna entraba, y la luna iluminaba el papel y el papel absorbía la tinta y la tinta formaba las palabras.

El gato ronroneó. 26 Hz. La celda amplificó la frecuencia, las paredes de cal reflejaban el sonido y lo concentraban. 26 Hz resonando en un espacio de 1.6 metros cúbicos por baldosa. La resonancia era suave. La resonancia llenaba la celda.

La mujer dejó de escribir. Miró al gato. Los ojos se detuvieron en el lomo del gato, en la mancha de tinta de Al-Ma'arri en la pata izquierda, en la mancha de aceite de Van Eyck en la pata derecha. La mano izquierda, la que no sostenía el pincel, bajó al lomo del gato. Acarició. Una vez. La mano volvió al regazo. La mujer siguió escribiendo.

El gato se quedó. No cazó. No empujó nada. Casi sin pensarlo, no volcó la tinta. Antes de que pudiera reaccionar, no movió el papel. No hizo nada. El gato se sentó junto a una mujer que iba a morir y ronroneó. 26 Hz. Constante. Sin variación.

Darvi miró. El pincel bajaba y subía. La tinta se secaba. El papel se llenaba. La mujer escribió tres páginas. El tercer poema terminó con un trazo largo, el pincel bajó desde la esquina superior izquierda hasta la esquina inferior derecha en una diagonal que cruzó todo el papel. El trazo era un ciruelo. Las ramas eran trazos finos. Las flores eran puntos de tinta más gruesos, con una técnica que dejaba la tinta acumularse en la punta del pincel antes de tocar el papel, un punto denso rodeado de un halo más claro.

El ciruelo florecía en invierno. El ciruelo florecía cuando todo lo demás estaba muerto. La mujer lo sabía. Darvi no leía chino pero los trazos tenían una regularidad que el cerebro de Darvi reconoció: cada trazo completo, cada presión controlada, cada línea terminada antes de empezar la siguiente. No protesta. No grito. No manifiesto. Un poema sobre un árbol que florece en la estación equivocada.

La niebla fue suave. La transición fue lenta. Darvi tuvo tiempo de ver a la mujer soplar la tinta del tercer poema para que secara el aliento a 5 centímetros del papel, moviendo la superficie líquida de la tinta, acelerando la oxidación. Tuvo tiempo de ver al gato levantarse y caminar hacia la puerta. Tuvo tiempo de ver la luna moverse un grado hacia el oeste, las sombras de los barrotes desplazándose un centímetro sobre las baldosas de espiga.

Hojas mojadas. 8 grados. 432 Hz.

Darvi se sentó al pie del séptimo árbol. El gato se sentó al lado. El gato no traía nada de la celda. Ni pescado, ni aceite, ni tinta, ni paja.

El gato traía el ronroneo todavía resonando. 26 Hz bajando a mutismo en 12 segundos.

Darvi no lloró. Darvi ya había llorado. Las lágrimas de la vez anterior habían vaciado algo no los datos, los datos seguían, pero el mecanismo físico de producir lágrimas tenía un periodo refractario. Lo que quedaba era registro. Los datos de la mujer que escribía poesía la noche antes de morir entraron en la base de datos de Darvi y se sumaron a los datos de la mujer con la lanza que organizaba la defensa de su pueblo contra un imperio, y los dos conjuntos de datos la mujer que peleaba y la mujer que escribía ocuparon el mismo espacio en la cabeza de Darvi porque la cabeza de Darvi no distinguía entre tipos de coraje. El coraje de la lanza y el coraje del pincel eran frecuencias diferentes de la misma el estremecimiento. Darvi lo midió: el corazón de Darvi latía a 92 por minuto al salir de ambos portales. Los portales de violencia y los portales de belleza producían la misma taquicardia.

El gato no distinguía entre portales. El gato entraba al portal de la mujer con la lanza con la misma indiferencia con la que entraba al portal de la mujer con el pincel. La indiferencia del gato era una forma de ecuanimidad que Darvi envidiaba: todos los datos tenían el mismo peso para el gato. Todos los datos pesaban exactamente o kilogramos para un animal cuya relación con el mundo era térmica y táctil, olfativa, nunca semántica.

entraron en la base de datos de Darvi y se sumaron a los demás datos, el peso total creció y la base de datos no tenía función de borrado.

El gato se lamió la pata izquierda. La mancha de tinta de Alma'arri. La mancha no se iba. La mancha era permanente. El gato

traía todas las manchas de todos los portales, tinta, aceite, laterita, hollín y ninguna se iba y el gato no lo sabía.

Darvi sí lo sabía. # Capítulo 019 EL ERROR [D][R][A]

** ** *

Darvi no bajó.

El error no parecía el gato. El error era la constante. Darvi lo supo esa mañana, sentada en el suelo de la cueva con las hojas mojadas a 7 grados debajo de los muslos. La espalda contra la pared de granito a 11 grados, 3 más que el aire. El gato a 30 centímetros. La distancia de observación, no de consuelo.

Los datos del error estaban en la libreta. 19 épocas visitadas, 19 desastres de Pavlov, 19 consecuencias documentadas. La correlación era 1:1. Perfecta. Las correlaciones perfectas no existían en la naturaleza, la naturaleza producía correlaciones de 0.85, 0.92, 0.97. Una correlación de 1.0 significaba función, no accidente. El gato no causaba los desastres por accidente. Los desastres eran la función del gato.

Y Darvi era el otro instrumento. El que registraba la interferencia. Que la validaba. Que la convertía de ruido en dato. Sin observador, el error es ruido. Con observador, el error es dato. Y el dato genera.

Darvi cerró la libreta. Página 34 de 40. Quedaban 6 páginas. Quedaban menos datos que dudas.

Darvi salió de la cueva al mediodía. El bosque estaba igual que siempre: 8 grados, 432 Hz, niebla en espirales lentas. La estabilidad del bosque era un insulto a la inestabilidad de Darvi. El bosque no se enteraba de las crisis existenciales de sus habitantes. El bosque seguía siendo bosque con la misma indiferencia con la que era bosque cuando Darvi no estaba en crisis.

El gato caminó al arroyo. Darvi lo siguió. El arroyo medía 0.3 litros por minuto, el mismo caudal que el primer día. El arroyo no cambiaba. La temperatura del agua no cambiaba. El sonido del agua no cambiaba. Darvi se sentó junto al arroyo y puso las manos en el agua. 6 grados. Los 6 grados entraron por las yemas de los dedos, los 17 termorreceptores por centímetro cuadrado registraron el frío y lo enviaron al cerebro. El cerebro lo procesó como dato y el dato no significó nada porque el dato del agua era el mismo dato de siempre y Darvi necesitaba un dato nuevo.

El gato se metió al arroyo. Las patas delanteras dentro del agua, las traseras fuera. El gato olió el agua. El gato probó el agua. Un segundo después, el gato sacó las patas del agua y las sacudió 3 sacudidas por pata, empezando por la izquierda. Detrás, el agua del arroyo se dispersó en gotas que Darvi vio contra la luz verde de la bioluminiscencia: cada gota contenía partículas microscópicas que brillaban 0.2 segundos después de separarse del cuerpo principal de agua. Las partículas no eran visibles en el arroyo. Las partículas eran visibles solo en las gotas individuales. Las gotas individualizaban la luz como un prisma individualiza el color. El agua del arroyo contenía algo que solo podía verse cuando el agua se convertía en gota.

Darvi necesitaba un dato nuevo. El gato se lo dio.

El bosque estaba quieto. La niebla en espirales lentas.

Darvi se sentó contra el tronco del quinto árbol. Las hojas mojadas a 7 grados debajo de los muslos. La corteza a 9 grados, 2 más que el aire porque la madera del árbol-portal retenía calor residual de las épocas a las que conectaba. El gato se sentó al lado, no encima, al lado. A 30 centímetros. La distancia que el gato mantenía

cuando Darvi procesaba algo importante. La distancia de observación, no de consuelo.

Los datos del patrón estaban en la libreta: 19 épocas, 19 desastres de Pavlov, 19 consecuencias. La correlación era 1:1. Perfecta. Las correlaciones perfectas no existían en la naturaleza, la naturaleza producía correlaciones de 0.85, 0.92, 0.97 en el mejor de los casos. Una correlación de 1.0 significaba que no era correlación sino función. El gato no causaba los desastres por accidente. Los desastres eran la función del gato.

Y Darvi, la Constante, la observadora era el otro instrumento. El que registraba la interferencia. Que la validaba. Que la convertía de ruido en dato. Sin observador, el error es ruido. Con observador, el error es dato. Y el dato genera.

La temperatura estable en 8 grados. La frecuencia constante. El gato dormía sobre las plumas del dragón, las plumas retenían 14 grados, y el gato siempre dormía sobre la superficie más caliente disponible, con una eficiencia de detección térmica que superaba cualquier instrumento del taller del Nivel -22. Tlanamicxin trenzaba cuerda junto al refugio. 40 centímetros por minuto. El perro dormía. Los hurones dormían, los dos en la misma posición, las mismas patas dobladas, la misma orientación. Darvi los había medido: separados por 4 centímetros exactos, simétricos. Los hurones eran un animal con dos cuerpos. La ardilla dormía. El mapache vigilaba la entrada del refugio con la concentración de alguien que espera una oportunidad. La oportunidad.

Darvi lo sabía, era comida sin vigilancia. El murciélago colgaba del techo. El murciélago no hacía nada. El murciélago era el animal

más honesto del grupo, su función declarada y su función real eran la misma: colgar.

Darvi estaba en la cueva.

87 centímetros de la pared norte. 92 de la sur. 140 de la este. 0 de la oeste. La madera de la muralla contra la espalda. Los centímetros exactos. La cabeza no descansaba. La cabeza giraba. Los datos giraban.

La Biblioteca de Alejandría. Los rollos reventando con el calor. El catálogo de tres letras. La pila de papiro amarillo con caligrafía griega desapareciendo en llamas a velocidad de 2 metros por segundo de propagación. La piedra movida 8 centímetros en la prehistoria. Los 15 humanos caminando hacia el este porque un gato quería estar más cerca del fuego. Hippasus escupiendo el frijol. La sopa terrible de Epicteto. La tinta cayendo sobre el pergamino de Al-Ma'arri. Sin aviso.

La estufa apagándose en Estocolmo. Más allá, la carta náutica cayendo al mar. El espejo reflejando en el ojo del escéptico. El mensajero corriendo en la dirección equivocada. La vela cayendo sobre el aceite cayendo sobre el papiro.

Cada dato tenía la misma resolución. Cada dato ocupaba el mismo espacio en la cabeza de Darvi. El incendio de una biblioteca y el clic de la rodilla del gato ocupaban el mismo espacio. La muerte de un filósofo tiritando junto a una estufa y el sabor de un frijol prohibido ocupaban el mismo espacio. La mujer que escribía poesía sobre ciruelos la noche antes de morir y las 23 nueces del desayuno ocupaban el mismo espacio. La mujer que explicaba eclipses nueve veces y el mapache robando tubérculos ocupaban el mismo espacio.

El cerebro de Darvi no jerarquizaba. El cerebro de Darvi no decidía qué era importante y qué no. Todo era datos. Todo entraba. Nada salía.

Y los datos formaban un patrón.

El patrón era: destrucción. Cada portal contenía destrucción. Cada viaje terminaba con algo roto, quemado, perdido, derramado, caído, aplastado, robado, expulsado, ahogado. El gato era el agente 3.2 kilogramos de causalidad indirecta con artritis en la rodilla trasera izquierda pero Darvi era la que bajaba. Darvi era la que elegía el árbol. Darvi era la que caminaba los escalones. Sin Darvi, el gato no habría llegado a Alejandría. Sin Darvi, el gato no habría dormido sobre los frijoles de Pitágoras. Sin Darvi, la Biblioteca no se habría quemado.

El ratio del gato era: 47 presas cazadas, o consumidas. 12 pájaros perseguidos, o comidos. 3 lagartos atrapados, o ingeridos. El gato era un sistema termodinámicamente absurdo, gastaba más energía cazando que la que obtendría comiendo. Y el ratio de los portales era similar: 100% de los viajes producían destrucción. 0% de la destrucción era intencional. El gato era el agente de una destrucción que no servía para nada. Excepto que sí servía. Ese era el problema.

El patrón era: Darvi era el error.

No lógicamente. Darvi sabía que la lógica no sostenía la conclusión. La Biblioteca se quemó por una vela, un plato de aceite, unas palomas asustadas, un gato, una cadena de eventos que cualquier perturbación habría iniciado. Darvi no era la causa. Darvi era la observadora que trajo al agente. Pero la observadora que trae al agente es parte del sistema. Y el sistema producía destrucción.

El cerebro de Darvi rotó sobre el patrón. El patrón se conectó con otros patrones: los hemacronos que sellaban árboles después de cada descenso, las cruces que crecían en la muralla 27 la última vez que contó, la niebla que la empujaba más fuerte cada vez. Los dos árboles con la corteza fundida. El sistema reaccionaba a la presencia de Darvi. Las puertas se cerraban cuando ella bajaba. Las cruces aparecían cuando ella subía. Darvi era un vector y el sistema estaba eliminando las rutas del vector.

Si Darvi era el error, la lógica indicaba: dejar de bajar. Dejar de abrir portales. Dejar de llevar al gato a lugares donde el gato rompía cosas. Dejar de ser el vector de la destrucción.

Pero la lógica también indicaba: los errores de Pavlov producían cosas. La Biblioteca quemada producía reconstrucciones que producían preguntas que producían descubrimientos. El mapa manchado producía un mapa con precisión imposible. La lente rota producía mejor óptica. La estufa apagada producía la muerte de un filósofo que producía un mito que producía mil años de debate filosófico. El frijol comido producía la expulsión de un discípulo que producía los números irracionales. El gato dentro del instrumento producía un sonido que producía la búsqueda de ese sonido que producía instrumentos nuevos.

Los errores eran productivos. Pero los errores eran errores. Las dos cosas eran verdad. Las dos cosas ocupaban el mismo espacio. Las dos cosas pesaban igual. El cerebro de Darvi no tenía una categoría que contuviera ambas verdades simultáneamente. La categoría “error productivo” no existía en la base de datos. Darvi intentó crearla. La categoría se creó. La categoría no redujo el peso.

Darvi salió de la cueva. La niebla estaba en espirales. Estable. Darvi caminó al refugio de piedra. Tlanamicxin seguía trenzando. Darvi se sentó. El mapache inmediatamente ajustó su posición 30 centímetros más cerca del plato de fresas, 30 centímetros más lejos de Darvi. Tlanamicxin no reaccionó.

Soy un error - dijo Darvi.

Tlanamicxin no dejó de trenzar. 40 centímetros por minuto.

Cada vez que bajo, algo se destruye. La destrucción produce algo nuevo. Pero la destrucción es real. Los rollos quemados son reales. La gente que emigra es real. Las puertas que se sellan son reales. Y yo estoy en el centro de todo.

Tlanamicxin trenzó. 40 centímetros.

No es racional - dijo Darvi. Sé que no es racional. Correlación no es causalidad. Mi presencia no causa los eventos. Pavlov causa los eventos. Pero yo traigo a Pavlov. Y sin mí, Pavlov no estaría ahí.

Tlanamicxin dejó de trenzar. 0 centímetros por minuto.

¿Cuántos árboles sellados? - preguntó. Dos. Más las cruces. 27 últimas que conté.

Cuando yo llegué había 4 cruces. ¿Cuántas había cuando tú llegaste?

Darvi pensó. Primer día. La muralla. La puerta. El dragón. Los hexágonos. Las cruces.

No conté.

¿No contaste?

Darvi parpadeó. La pregunta contenía incredulidad. La incredulidad estaba justificada. Darvi contaba todo. Darvi contaba los pasos y las nueces, las temperaturas y los Hz, las plumas del ave de Edi Edi y los pelos del mapache, las lágrimas y los escalones y los

clics de la rodilla del gato. Darvi contaba todo. Excepto las cruces del primer día. Porque el primer día estaba mirando los hexágonos. Y los hexágonos habían ocupado la totalidad del procesamiento disponible.

Estaba mirando los hexágonos añadió Darvi.

Tlanamicxin retomó el trenzado. 40 centímetros por minuto. La boca se curvó un milímetro hacia la izquierda. Darvi no supo si era sonrisa o espasmo. El mapache aprovechó la pausa para robar dos fresas. Nadie respondió nada.

Si fueras el error - dijo Tlanamicxin, la niebla ya te habría borrado. Pero la niebla no puede contigo.

Darvi procesó. Premisa uno: la niebla borra errores. Premisa dos: la niebla no ha borrado a Darvi. Conclusión: Darvi no es un error.

¿La niebla borra errores?

La niebla borra lo que no debería estar. Yo he visto cosas desaparecer. Plantas que crecen donde no deberían. Piedras que no son del bosque. Objetos que alguien trajo y dejó. La niebla los absorbe. No los destruye, los deshace. Pero tú llevas aquí días y la niebla no te ha tocado. La niebla no ha tocado al gato. La niebla no ha tocado tu ropa ni tus herramientas ni eso que llevas en el cuello que no sé lo que es.

Audífonos.

Eso.

Darvi miró sus manos. Las manos estaban intactas. La ropa estaba intacta. El reproductor estaba intacto. La caja de Valeria estaba intacta. La sudadera seguía acumulando capas bosque y sal, laterita y aceite, tinta y humo y lágrimas. La sudadera era una prueba geológica de que la niebla no borraba a Darvi.

Entonces no soy un error - comentó Darvi.

No eres un error del bosque. Lo que pasa cuando bajas es otra cosa. Las puertas que se cierran son otra cosa. Alguien no quiere que bajas. Pero el bosque no te rechaza.

El dato era claro. La niebla no borraba a Darvi. Lo que se oponía a Darvi no era el bosque, era lo que sellaba las puertas. Lo que marcaba las cruces. Lo que fundía la corteza de los árboles.

La diferencia entre ser el error y ser el perseguido era una diferencia que importaba. La primera dice: deja de existir. La segunda dice: alguien no quiere que hagas lo que haces.

La segunda era un dato. La segunda se podía archivar. La segunda tenía categoría.

Darvi comió 23 nueces. Las partió en 18 minutos. Se fue a la cueva. Se sentó en el centro. 87, 92, 140, 0. Cerró los ojos. El ave de madera de Edi Edi estaba en la repisa, junto al reproductor. Las alas extendidas. El momento antes de bajar.

Afuera, el mapache comía las fresas robadas. Tlanamicxin trenzaba. El perro y el gato estaban a 1.8 metros de distancia el uno del otro. Los hurones dormían en la misma posición. La ardilla miraba hacia la muralla con las orejas erizadas. Nadie le hacía caso a la ardilla. La ardilla siempre miraba hacia la muralla con las orejas erizadas. La ardilla era la alarma que nadie escuchaba.

La cabeza giró menos.

No dejó de girar. Giró menos. # Capítulo 020 WAGNER Y RABINOVICH [D][X][H]

** ** *

Darvi bajó por el cuarto árbol. Veintiún escalones.

El aire del portal tenía un componente que Darvi no había encontrado en ningún otro: miedo. No el olor químico del cortisol, que Darvi no podía detectar por olfato. Pero el aire tenía una densidad que los otros portales no tenían: humedad comprimida. Aire respirado por demasiada gente en un espacio demasiado pequeño, el CO₂ elevado de cuerpos hacinados. Darvi midió la humedad por la condensación en el generador de Toshiro: 85%. Las personas en este portal estaban amontonadas.

El gato bajó pegado a la pierna de Darvi. El gato nunca bajaba pegado a la pierna. En todos los portales anteriores, el gato bajaba primero o se quedaba atrás. En este portal, el gato bajó al lado de Darvi, el flanco izquierdo tocando la pantorrilla. Las orejas planas, la cola contra el cuerpo. El gato sabía lo que Darvi medía, pero que el gato sentía: este portal era diferente.

Temperatura: de 8 a 22 grados. Aire: madera nueva, barniz, sudor concentrado, y algo que Darvi identificó como ego, no un olor real, una impresión. La impresión de un espacio construido por alguien que necesitaba que el mundo supiera que existía.

Un teatro. Un teatro vacío. Las butacas de terciopelo rojo estaban sin ocupar. El escenario era enorme, 20 metros de ancho, 15 de profundidad, con una altura de bambalinas que Darvi estimó en 18 metros. El escenario tenía maquinaria: poleas, cuerdas, plataformas móviles, un sistema de rieles en el techo que sostenía telones pintados. Los telones mostraban montañas, nubes, un arco iris, y un edificio con columnas doradas que se suponía era un palacio de dioses.

Darvi midió el teatro: 18 metros de ancho, 25 de profundidad, 12 de altura al techo. Las butacas: 420 asientos en 14 filas de 30. El

escenario: 12 metros de boca, 8 de profundidad. El telón estaba medio abierto, la tela roja colgaba en pliegues que formaban curvas catenarias, la forma natural de una tela pesada suspendida de dos puntos. Darvi estimó el peso del telón: 80 kilogramos de terciopelo y contrapesos.

El gato caminó por el pasillo central. Las patas sobre la alfombra del pasillo no producían clic, la alfombra absorbía el sonido. El gato era invisible acústicamente en el teatro. El gato caminó hasta el escenario y subió por los escalones laterales, 4 escalones de 18 centímetros cada uno, y se sentó en el centro del escenario. El gato, desde el centro del escenario, miró las 420 butacas vacías con la expresión de un artista evaluando la sala.

La maquinaria no funcionaba.

Darvi lo supo porque un hombre estaba gritando. El hombre estaba en el centro del escenario. Baja estatura. Cabeza grande. Sombrero de terciopelo. La cara roja de furia. Las venas del cuello visibles a 20 metros de distancia. El hombre gritaba en alemán, un alemán que Darvi no entendía, pero cuya estructura reconoció: instrucciones seguidas de insultos seguidas de más instrucciones seguidas de más insultos.

Detrás del hombre, un grupo de técnicos intentaba mover una plataforma. La plataforma estaba atascada en un riel. Los técnicos empujaban. La plataforma no se movía. El hombre gritaba más fuerte. Los técnicos empujaban más fuerte. La plataforma hacía un ruido metal contra metal, 400 Hz, y no se movía.

El telón del palacio de los dioses se había caído. Estaba arrugado en el suelo del escenario. Sobre el telón caído, un telón de montañas se había descolgado parcialmente y colgaba en diagonal, con la

esquina inferior izquierda arrastrando por las tablas. El arco iris tenía una grieta horizontal, la tela se había rasgado, y las dos mitades del arco iris se balanceaban con corrientes de aire diferentes.

El hombre de sombrero se quitó el sombrero. Lo tiró al suelo. Pisó el sombrero. Darvi registró: el sombrero era de terciopelo. El terciopelo no sobrevive bien a la pisada de un hombre de 80 kilogramos, estimados con botas de cuero. El hombre gritó algo que contenía la palabra “Valhalla” repetida tres veces. Se sentó en el borde del escenario. Se agarró la cabeza con las manos. Se levantó. Caminó hasta la plataforma. Pateó la plataforma. La plataforma no se movió. El hombre pateó otra vez. El pie le dolió, Darvi lo supo porque el hombre caminó diferente después de la segunda patada, cargando el peso en el pie izquierdo. El hombre se sentó otra vez. Gritó algo más. El grito incluyó la palabra “Valhalla” dos veces más. Total de Valhallas: cinco. Los técnicos no se inmutaron. Los técnicos tenían la expresión de personas que habían escuchado “Valhalla” gritado con furia muchas veces antes. El Valhalla se caía a pedazos y el hombre que lo había construido lo destruía más rápido que la gravedad.

Darvi observó la maquinaria desde el lateral del escenario. El problema era visible: el riel tenía una obstrucción en el punto de giro, una tuerca suelta que se había encajado entre las ruedas de la plataforma y el riel. La tuerca medía 12 milímetros. Darvi la identificó a 5 metros de distancia. Los técnicos estaban empujando contra una obstrucción de 12 milímetros con la fuerza colectiva de seis personas. La tuerca no cedía porque la fuerza se aplicaba en la dirección equivocada, empujaban la plataforma hacia adelante cuando el problema estaba abajo.

El gato entró en la maquinaria.

El gato caminó por el riel. El riel era angosto, 8 centímetros de ancho, pero suficiente para las patas del gato. El gato caminó hasta el punto de obstrucción. Se sentó sobre la tuerca. El peso del gato, 3.2 kilogramos, presionó la tuerca hacia abajo. La presión de 3.2 kilogramos en un área de contacto de 4 centímetros cuadrados era de 0.08 kilogramos por centímetro cuadrado, insuficiente para mover la tuerca por fuerza. Pero el gato no usó fuerza. El gato se movió. Se levantó. Se sentó. Sin decir nada, se levantó. Antes de que pudiera reaccionar, se sentó. Cada vez que se levantaba, el peso se redistribuía. Cada vez que se sentaba, el peso presionaba un punto diferente de la tuerca.

Al quinto intento, la tuerca rodó 3 milímetros. Los 3 milímetros la sacaron del punto de encaje entre la rueda y el riel. La plataforma se desbloqueó. Los técnicos, que seguían empujando, la movieron de golpe. La plataforma recorrió el riel completo en 2 segundos. El telón del palacio de los dioses empezó a subir. La plataforma activaba un sistema de poleas conectado al telón. El arco iris roto se enrolló en su eje. Las montañas se tensaron.

El hombre de sombrero que ya no llevaba sombrero porque lo había pisado se levantó. Miró la maquinaria funcionando. La plataforma en posición. El telón del Valhalla subiendo. Las poleas girando. La boca del hombre se abrió. Se cerró. Se abrió.

El hombre se atribuyó el milagro. Darvi lo vio en la postura, los hombros que subieron, el pecho que se infló, la mandíbula que se adelantó. El hombre dijo algo a los técnicos. Los técnicos no respondieron. El hombre respondió algo más fuerte. Los técnicos asintieron. El hombre recogió el sombrero del suelo. Lo sacudió. Se

lo puso. Caminó al centro del escenario. Levantó los brazos. Gritó una instrucción. La orquesta que Darvi no había visto porque estaba en el foso empezó a tocar.

El gato salió de la maquinaria con grasa negra en las patas.

La niebla. Suave. Gradual. Darvi salió del teatro mientras la orquesta tocaba una obertura que llenaba el espacio vacío de 2,000 butacas con un sonido que Darvi midió en 95 decibelios. La música se desvaneció con el teatro. Las hojas mojadas la reemplazaron.

8 grados. El gato tenía grasa en las cuatro patas.

- ○

Segundo descenso.

Octavo árbol. Dieciocho escalones. Temperatura: de 8 a 21 grados. Aire: madera, cuerdas de tripa, pegamento, algo metálico que Darvi identificó como hojalata. Hojalata y algo más: plástico. Plástico nuevo. El olor a plástico era anacrónico con las cuerdas de tripa y la madera pero consistente con algo del siglo XX.

Una sala de ensayos. Pequeña, 8 metros por 6. Paredes de yeso pintadas de blanco. Un piano contra la pared del fondo. Atriles de metal. Sillas de madera. Sobre las sillas: instrumentos. No instrumentos normales, instrumentos que Darvi no reconoció. Uno parecía un tubo de hojalata con cuerdas de guitarra tensadas sobre una tabla de madera. Otro era un conjunto de latas de conserva de diferentes tamaños unidas con alambre y conectadas a un pedal. Un tercero era algo que involucraba un embudo, un tubo de plástico, y lo que parecía ser una manguera de jardín.

Un hombre estaba sentado frente al instrumento de hojalata. El hombre era corpulento. Pelo oscuro. Bigote. Anteojos gruesos. Las

manos del hombre sostenían una llave de afinación. La llave giraba un clavijero improvisado, un tornillo de carpintero que tensaba una cuerda de tripa sobre la lámina de hojalata.

El hombre giró la llave. La cuerda vibró. El sonido fue: un gemido metálico de 180 Hz con armónicos en 360 y 540 que producían un timbre que Darvi no podía clasificar. No era guitarra, no era cítara, no era nada que tuviera nombre en el diccionario del Nivel -28. El hombre giró la llave otra vez. El gemido cambió a 185 Hz. El hombre negó con la cabeza. Giró otra vez. 190 Hz. Negó. 195 Hz. Negó.

El instrumento no afinaba. El instrumento probablemente nunca había afinado. El instrumento era un tubo de hojalata con cuerdas de tripa y un tornillo de carpintero y no había combinación de tensión y longitud que produjera la nota que el hombre buscaba. Pero el hombre seguía girando la llave con la seriedad de un cirujano ajustando un instrumento quirúrgico. La cara era neutra. Los ojos estaban concentrados. El bigote no se movía.

Darvi reconoció la seriedad. La seriedad de hacer algo imposible con la convicción de que debe hacerse bien. La lógica impecable aplicada a algo absurdo. La precisión invertida en cosa que no la merecía.

Darvi se sentó en una silla vacía. El gato saltó a la mesa donde estaba el instrumento de latas de conserva. El gato olió las latas. Se sentó dentro del instrumento. El cuerpo del gato, 3.2 kilogramos, se asentó entre las latas. Las latas se comprimieron. El gato se acomodó. Las patas del gato presionaron los bordes internos de tres latas.

La distribución del peso del gato dentro de las latas cambió la tensión de los alambres que las conectaban. Los alambres estaban

conectados al pedal. El pedal estaba conectado a las cuerdas de tripa del instrumento de hojalata. La tensión del alambre se transfirió por el pedal a las cuerdas. Las cuerdas cambiaron de tensión. El hombre giró la llave. La cuerda vibró. El sonido fue de 220 Hz. La nota La. Pura. Sin los armónicos metálicos que la distorsionaban antes. El peso del gato dentro del instrumento de latas había cambiado la resonancia del sistema completo; las latas actuaban como cámara de resonancia, absorbiendo los armónicos no deseados y dejando la fundamental.

El hombre se detuvo. Miró la llave. Miró la cuerda. Giró otra vez. 220 Hz. Otra vez. 220 Hz. El instrumento afinaba. El instrumento que nunca había afinado afinaba porque un gato de 3,2 kilogramos estaba sentado dentro de las latas de conserva.

El hombre miró al gato. El gato miró al hombre. Los anteojos del hombre reflejaban la luz fluorescente de la sala. Los ojos del gato reflejaban los anteojos del hombre. Dos reflejos. Silencio.

El hombre no expresó nada. El gato no dijo nada. El instrumento vibraba a 220 Hz. La nota La. La frecuencia de afinación estándar. La misma frecuencia con la que Yaa Asantewaa había hablado en el claro de la selva.

El gato se levantó. Salió de las latas. Los alambres perdieron la tensión adicional. El hombre giró la llave. 183 Hz. El instrumento dejó de afinar.

El hombre miró las latas. Miró al gato. Miró las latas. El gato se lamió una pata.

La niebla. Suave. Las paredes de yeso se convirtieron en niebla. La sala se convirtió en bosque. Los 21 grados se convirtieron en 8.

Darvi se sentó al pie del octavo árbol. El gato en el regazo. 3,2 kilogramos de gato que había arreglado un teatro y afinado un instrumento que no podía afinarse.

Darvi sonrió.

No una sonrisa grande. Una sonrisa de 3 milímetros en las comisuras. La primera sonrisa desde la Biblioteca. La primera sonrisa desde las lágrimas. La primera sonrisa desde el peso.

El instrumento nunca volvería a sonar así. El hombre lo sabría. Al fondo, el hombre buscaría la combinación de latas y peso que reprodujera el efecto. Afuera, el hombre no la encontraría. El hombre construiría otros instrumentos buscando el sonido del gato dentro de las latas. Los instrumentos no sonarían igual. Los instrumentos sonarían diferente. Los instrumentos sonarían como algo nuevo.

Darvi se levantó. Caminó al refugio. Le contó a Tlanamicxin los dos viajes. La maquinaria del teatro. El instrumento de latas. Tlanamicxin se rió la risa corta, seca, los hombros sacudiéndose cuando Darvi describió al hombre del sombrero pisando su propio sombrero.

El bosque de noche era frío y oscuro, los 432 Hz eran constantes y las cruces en la muralla eran 29, los árboles sellados eran dos y los datos seguían pesando pero la sonrisa de 3 milímetros seguía ahí, residual, en las comisuras de Darvi. Porque un instrumento que no podía sonar había sonado, un gato era la razón y la razón no tenía razón.

El ave de madera de Edi Edi estaba en la repisa de la cueva. Las alas abiertas.

El reproductor de cintas estaba al lado. Sin batería. Sin solución. Pero con un condensador sellado con savia de pino que perdía solo

0,1 microfaradios. Progreso.

La niebla afuera se movía en capas horizontales. Inestable.
Mañana cambiaría.

Darvi cerró los ojos.

Los hexágonos volvieron. # T E M P O R A D A 3

EL PESO

Capítulo 021 TESLA [D][K][R]

* * *

El séptimo portal se abrió a electricidad. Darvi sintió la electricidad en el pelo primero, las puntas se erizaron por estática antes de que las botas tocaran el último escalón. El generador de Toshiro marcó algo que no había marcado en ningún portal anterior: campo electromagnético de alta frecuencia. 600 MHz. La señal era fuerte, tan fuerte que producía un zumbido en los circuitos del generador. El gato bajó con las orejas planas. Los campos de alta frecuencia interferían con las vibrisas felinas, las vibrisas eran antenas de baja frecuencia y los 600 MHz saturaban la recepción. El gato estaba incómodo, pero bajó de todas formas porque la curiosidad del gato tenía un umbral de activación más bajo que su umbral de confort.

Noveno árbol. El noveno había aparecido la semana anterior, 3 metros al este del tercero, más delgado, con corteza lisa y frecuencia de 49 Hz. Darvi bajó los 22 escalones. La temperatura era de 8 a 17 grados. El aire estaba lleno de polvo, cables, paloma y algo químico que Darvi identificó como ozono. El ozono solo se producía cerca de descargas eléctricas o motores eléctricos de alta tensión. La época era reciente.

Una habitación de hotel. Pequeña. 4 metros por 5. Las paredes estaban descascaradas, la pintura blanca se desprendía en láminas

de 3 a 8 centímetros que Darvi contó: 23 láminas visibles en la pared norte. El suelo era de madera, sin alfombra, con marcas de muebles que ya no estaban. Los rectángulos de madera más oscura indicaban la posición de una cama más grande, un escritorio más grande, una vida más grande. Los muebles actuales eran: una cama individual con sábanas grises, una mesa con un cuaderno y dos lápices gastados hasta los 4 centímetros, una silla de madera y un armario con la puerta que no cerraba porque la bisagra inferior estaba torcida 5 grados.

Un hombre estaba de pie frente a la ventana. El noveno árbol era el más ancho: 4.2 metros de diámetro. Los escalones eran más estrechos, 18 centímetros de profundidad contra los 30 habituales. El generador de Toshiro registró una fluctuación: los 432 Hz oscilaron entre 430 y 435 durante el descenso. El portal la sacudida.

La temperatura subió de 8 a 14 grados, menos que los portales mediterráneos, consistente con un clima continental de montaña. El aire era seco, con un componente eléctrico: ozono. No ozono de laboratorio, ozono de descargas atmosféricas. El generador marcó campo electromagnético de alta frecuencia: 600 MHz. La señal venía de debajo.

El gato bajó los escalones con las orejas planas. Los campos electromagnéticos de alta frecuencia producían malestar en los gatos, los bigotes eran antenas de baja frecuencia y los 600 MHz interferían. El gato estaba incómodo, pero bajó de todas formas.

Una habitación de hotel. Pequeña. Las paredes descascaradas. La ventana daba a un paisaje de montaña con nubes eléctricas.

Alto. Muy alto, Darvi estimó 1.88 metros. Delgado. Las mejillas hundidas. El traje era de buena tela, Darvi lo supo por la caída del

hombro, la costura del cuello, el corte de la solapa, pero viejo. Las rodillas del pantalón brillaban por el desgaste. Los codos del saco tenían parches que no eran del mismo material. Los zapatos estaban lustrados con una dedicación que contradecía su estado, la suela derecha tenía un agujero de 2 centímetros que el hombre había tapado por dentro con cartón.

El hombre tenía palomas.

No una, no dos. Darvi contó: 14 palomas en la habitación. Tres en el alféizar de la ventana. Cuatro en la cama. Dos en la mesa sobre el cuaderno, que tenía manchas de excremento seco. Una en la silla. Cuatro en el suelo, caminando en círculos alrededor de un plato con migas de pan.

El hombre alimentaba las palomas con la mano. Los dedos del hombre eran largos, finos, con uñas recortadas al milímetro. Los dedos depositaban migas individuales frente a cada paloma. El orden era específico: primero la paloma del alféizar izquierdo, después la del centro, después la de la derecha. Después las cuatro de la cama, de izquierda a derecha. El hombre distribuía comida con un sistema rotacional que ninguna paloma recibía dos migas antes de que todas hubieran recibido una.

Darvi reconoció el patrón. Un sistema de distribución equitativa. Una mente que no toleraba la asimetría.

El hombre habló a las palomas. Inglés con acento que Darvi identificó como eslavo, las erres rodaban, las vocales eran más abiertas que el inglés americano. El hombre hablaba a las palomas con la misma cadencia con la que hablaría a un colega.

La blanca emite una frecuencia de 73 hercios cuando me mira.

Darvi se detuvo.

73 Hz. El generador de Toshiro registró: 73 Hz. La misma frecuencia que el interior del tercer árbol. La misma frecuencia que Darvi había medido dentro del espacio del dragón emplumado cuando tocó las plumas de 14 grados. 73 Hz.

El hombre no hablaba con Darvi. El hombre hablaba con las palomas. Pero el dato era para Darvi.

La blanca tiene una amplitud de onda que las demás no tienen, continuó el hombre. La frecuencia sube a 78 cuando me acerco. Baja a 71 cuando me alejo. La diferencia de 7 hercios es consistente. He medido 340 veces.

340 mediciones de la frecuencia de una paloma. Darvi archivó el dato con la etiqueta: obsesión métrica, nivel compatible.

El hombre se giró hacia la mesa. Abrió el cuaderno. Las páginas estaban llenas de diagramas no diagramas de palomas, diagramas de circuitos. Bobinas. Transformadores. Resonadores. Los diagramas tenían la precisión de alguien que ve la corriente eléctrica con la misma claridad con la que otros ven la luz. Los lápices de 4 centímetros eran suficientes para dibujar el futuro. Los lápices no necesitaban ser largos. Las ideas sí.

Una bobina pequeña estaba en la esquina de la mesa. 8 centímetros de diámetro. Cobre enrollado sobre un núcleo de hierro. La bobina estaba conectada a un voltímetro portátil que marcaba cero porque no había corriente. La bobina era un modelo, un prototipo de algo más grande. El cuaderno junto a la bobina tenía anotaciones que Darvi leyó desde 2 metros: diagramas de antenas, cálculos de frecuencias resonantes, un esquema titulado con letras angulosas que Darvi reconoció como serbio. El esquema mostraba

cómo transmitir energía eléctrica sin cables. A distancia. Por el aire. Usando la resonancia de la ionosfera.

Darvi sabía quién era. El dato encajaba: Nueva York, hotel, solo, palomas, circuitos, transmisión inalámbrica, serbio. El hombre era Tesla. Nikola Tesla. El hombre que había inventado la corriente alterna y la radio, el motor de inducción y el control remoto y los rayos X prácticos. El hombre que ahora vivía en una habitación de hotel con 14 palomas y dos lápices de 4 centímetros y zapatos con cartón en la suela.

Tesla se sentó en la silla. La paloma que estaba en la silla se movió al respaldo. No se fue, se reubicó. Tesla sacó algo del bolsillo del saco: una miga de pan más grande que las demás. La puso en la palma de la mano. La extendió hacia la ventana. La paloma blanca del alféizar izquierdo bajó a la mano. Comió. Tesla la miró con los ojos entrecerrados.

73 hercios dijo. Constante.

Darvi sacó el generador de Toshiro del bolsillo. Apuntó hacia la paloma. El generador marcó: 73.2 Hz. Tesla tenía razón. Tesla medía frecuencias de palomas sin instrumento y tenía razón con un margen de error de 0.2 Hz. Darvi registró: el oído de Tesla era un generador de Toshiro biológico.

El gato estaba debajo de la cama.

Darvi lo vio por las orejas. Las orejas sobresalían del borde de la colcha gris. Las orejas estaban orientadas hacia las palomas del suelo. La cola invisible se movía, Darvi lo supo porque la colcha se sacudía en intervalos de 0.8 segundos. El gato estaba en modo caza.

Darvi no intervino. Intervenir no servía. El gato hacía lo que el gato hacía.

El gato salió de debajo de la cama. Las 14 palomas se activaron simultáneamente, 28 alas batiendo, 14 cuerpos elevándose, plumas sueltas en el aire, excremento fresco cayendo sobre la mesa, sobre el cuaderno, sobre los diagramas del futuro. El ruido fue 400 Hz de promedio, con picos de 600. Tesla se levantó de la silla. La paloma del respaldo voló a la ventana. Tesla extendió los brazos para proteger a las palomas, los brazos largos cubrieron un radio de 90 centímetros. El gato pasó entre las piernas de Tesla. Las palomas del suelo volaron a la cama. Las palomas de la cama volaron al armario. La paloma blanca voló al alféizar y se quedó ahí, quieta, emitiendo 73 Hz.

El gato persiguió las palomas durante 45 segundos. No atrapó ninguna. Las palomas eran urbanas, acostumbradas a gatos, ratas, perros y la totalidad de depredadores de Manhattan. Las palomas eran mejores que el gato en espacios cerrados. Ratio actualizado: 73 presas perseguidas, o consumidas. El gato se sentó en el centro de la habitación, rodeado de plumas, con la expresión de quien ha completado un procedimiento satisfactoriamente.

Tesla se arrodilló frente al gato. Lo miró. El gato lo miró. Tesla extendió la mano, los dedos largos, la palma abierta. El gato olió los dedos. Los dedos olían a pan y a paloma y a cobre. El gato se dejó acariciar.

Tú también emites una frecuencia, declaró Tesla al gato. 26 hercios. Constante.

Darvi verificó: 26.1 Hz. El ronroneo del gato. Tesla había medido la frecuencia del ronroneo en 3 segundos de contacto.

Tesla se levantó. Fue a la mesa. Apartó el excremento de paloma del cuaderno con el dorso de la mano. Abrió una página nueva.

Escribió algo. Darvi se acercó: Tesla estaba anotando la frecuencia del gato junto a las frecuencias de las 14 palomas. Una tabla. 15 entradas. Cada entrada con nombre, frecuencia, amplitud, variación. El gato era la entrada 15: “Gato desconocido. 26 Hz. Constante. Sin variación detectable.”

La bobina seguía en la esquina de la mesa. Darvi la miró. La bobina era pequeña, pero el cobre era grueso, calibre 12, suficiente para conducir 20 amperios. La bobina no era un modelo, era un prototipo funcional. Un segundo después, la bobina contenía los planos de la transmisión inalámbrica en su propia estructura, la forma del enrollado, el número de espiras, la relación entre núcleo y conductor.

Darvi fue al baño. Cuando volvió, 90 segundos después, la bobina no estaba.

El gato estaba en la ventana. La boca cerrada. Las patas limpias. Ningún indicio de haber movido una bobina de 400 gramos de cobre. Pero la bobina no estaba en la mesa. Darvi revisó: debajo de la mesa, debajo de la cama, detrás del armario, dentro del armario. La bobina no estaba. Tesla no se dio cuenta. Tesla seguía anotando frecuencias de palomas en el cuaderno. Las palomas volvían a sus posiciones originales: alféizar, cama, suelo. El orden se restauraba. La bobina era la única cosa fuera de lugar, y Tesla no la miró porque estaba hipnotizado por la paloma blanca con los ojos de alguien que mide el universo en hercios.

La niebla llegó despacio, gradual. La habitación se enfrió. Las palomas no reaccionaron. Tesla no reaccionó. El gato se subió al regazo de Darvi.

Darvi se fue de la habitación con el dato: 73 Hz. La frecuencia de la paloma blanca de Tesla. La frecuencia del interior del árbol. La frecuencia que no debería estar en una paloma de Manhattan en 1937.

Y con la ausencia: una bobina de cobre con los planos de la transmisión inalámbrica de energía. Desaparecida. Un gato como único sospechoso. La conspiración más absurda de la historia de la tecnología escrita en el pelo de un animal con artritis en la rodilla izquierda. En el mostrador de recepción.

Al pasar, Darvi vio un papel con letra manuscrita que decía algo sobre una bobina pequeña devuelta a la habitación del señor Tesla. El dato no cuadraba con la línea temporal. Darvi lo archivó.

• ◦ **Capítulo 022 GRINBERG [D] [X][O]**

* * *

Sexto árbol. 17 escalones. Temperatura: de 8 a 22 grados. Aire: café, plástico caliente, papel impreso, algo que Darvi identificó como gel conductor, el gel que se usa para electroencefalogramas. La combinación era específica: laboratorio de neurología con máquina de café encendida desde hace horas.

El portal se abrió a un laboratorio de transición: instrumentos mitad electrónica, mitad artesanía. Cables enrollados a mano. Osciloscopios con pantallas verdes de fósforo. Un electroencefalógrafo que ocupaba una mesa entera y que producía un zumbido constante de 60 Hz, la frecuencia de la red eléctrica mexicana. El generador de Toshiro registró la interferencia: los 60 Hz de la red y los 432 Hz residuales del portal coexistían como dos conversaciones superpuestas.

Darvi caminó entre los instrumentos sin tocarlos. El gato caminó detrás. El gato estaba cauteloso, las orejas girando, el paso lento. Los laboratorios no le gustaban al gato. Los laboratorios tenían cables y los cables eran tentaciones y las tentaciones producían desastres de Pavlov y los desastres producían consecuencias.

El electroencefalógrafo tenía 21 canales. Darvi los contó: 21 cables que salían de la máquina principal hacia un casco de electrodos que

colgaba de un gancho en la pared. El casco tenía marcas de uso, gel conductor seco en los electrodos, manchas de sudor en la banda de sujeción, un olor que Darvi identificó como cuero cabelludo humano combinado con gel de cloruro de plata. Alguien se había puesto el casco muchas veces. Alguien se había medido a sí mismo muchas veces.

En la pizarra del laboratorio: ecuaciones. Darvi no entendía las ecuaciones pero reconoció la estructura, ecuaciones diferenciales, con términos que incluían ψ (la función de onda) y θ (un campo). Los términos estaban conectados por signos de igual que alguien había borrado y reescrito 4 veces. La tiza de la primera versión era blanca, la segunda amarilla, la tercera blanca otra vez, la cuarta roja. El hombre del laboratorio había reformulado la ecuación 4 veces sin resolver la igualdad. El signo de igual era el problema. Lo que estaba a la izquierda y lo que estaba a la derecha no querían ser iguales.

La ventana estaba cerrada. El hombre del laboratorio prefería el frío de los instrumentos al calor de la calle.

Darvi salió a un pasillo universitario. Losetas de linóleo. Luces fluorescentes, una de cada tres parpadeaba a 50 Hz, la frecuencia de la red eléctrica mexicana. Las paredes tenían pósters: congresos de neurociencia, horarios de clase, un anuncio de pizza a domicilio con el número de teléfono arrancado. El reloj de pared marcaba las 11:47 de la noche. El pasillo estaba vacío excepto por la luz que salía de una puerta entreabierta al fondo.

Una fotografía en la pared del laboratorio: un grupo de personas frente a un edificio que Darvi reconoció como la Universidad Nacional Autónoma de México. Darvi sabía el nombre porque los manuales del Nivel -28 mencionaban la UNAM en tres secciones:

física de partículas, sismología y neurofisiología. La fotografía era en blanco y negro. El hombre del laboratorio estaba en la fotografía más joven, sin barba, con la misma intensidad en los ojos.

Darvi se acercó al electroencefalógrafo. La máquina producía trazos en papel continuo: ondas que el cerebro de un sujeto conectado a los electrodos generaba en tiempo real. No había sujeto conectado. Los electrodos colgaban vacíos de un soporte de metal. Pero la máquina registraba. La aguja se movía. El papel avanzaba. La máquina registraba la actividad cerebral de nadie.

Darvi midió la frecuencia de las ondas en el papel: 8.2 Hz. Ondas alfa. Las ondas alfa indicaban un cerebro relajado, con los ojos cerrados, en estado de reposo consciente. Pero no había cerebro conectado. La máquina registraba ondas alfa de una fuente que no existía en la habitación. O que existía en otra frecuencia. O que existía en otro plano.

El gato se sentó junto al electroencefalógrafo. El gato miraba la aguja moverse. Los ojos del gato seguían la aguja izquierda, derecha, izquierda con la misma concentración con la que seguía un insecto volador. Para el gato, la aguja era una presa que se movía de forma predecible. Para Darvi, la aguja era un dato que no cuadraba con ningún modelo neurológico conocido.

Darvi caminó. Las botas de seguridad contra el linóleo producían un eco que reverberaba 0.4 segundos. El eco era más largo de lo normal el pasillo funcionaba como cámara de resonancia. Darvi lo registró. El eco llevaba un armónico de 7.83 Hz que no venía de las botas. El armónico venía de la puerta entreabierta.

7.83 Hz. Schumann. La frecuencia de resonancia de la cavidad entre la superficie terrestre y la ionosfera. La misma frecuencia que

los árboles-portal producían cuando se abrían a destinos históricos.

Darvi empujó la puerta.

Un laboratorio. Dos mesas de trabajo. Equipos de medición: osciloscopio, generador de funciones, amplificador de señal, una computadora de pantalla verde con un cursor parpadeante. Cables. Decenas de cables conectando electrodos a las cabezas de dos personas sentadas en sillas frente a frente, a 3 metros de distancia. Las dos personas tenían los ojos cerrados. Los cables de sus cabezas convergían en una caja de distribución que alimentaba el osciloscopio. El osciloscopio mostraba dos ondas.

Las dos ondas eran idénticas.

No similares. Idénticas. La misma amplitud. La misma frecuencia. La misma fase. Dos cerebros produciendo la misma señal al mismo tiempo sin contacto físico.

Un hombre estaba de pie frente al osciloscopio. 50 años. Barba recortada. Anteojos gruesos de pasta. Las manos sostenían un cuaderno donde anotaba números con una velocidad que indicaba que los números eran importantes y que el hombre no confiaba en que la computadora los guardara el hombre anotaba en papel porque el papel no se borraba cuando la luz parpadeaba.

7.83 contestó el hombre, sin levantar la vista del osciloscopio. Otra vez.

Darvi se acercó al osciloscopio. Las dos ondas pulsaban en sincronía. La frecuencia del display coincidía con la frecuencia que el generador de Toshiro registraba: 7.83 Hz. Dos cerebros oscilando a la frecuencia de la Tierra.

El hombre levantó la vista. Miró a Darvi. No se sobresaltó. Los ojos detrás de los anteojos estaban inyectados de sangre. El rojo de

quien lleva demasiadas horas mirando pantallas. Las pupilas se ajustaron a la distancia de Darvi y volvieron al osciloscopio. El hombre no preguntó quién era. El hombre estaba en el estado en que los científicos entran cuando los datos son más urgentes que las personas.

¿Ves las ondas? - preguntó el hombre.

Sí - dijo Darvi. Son idénticas.

Llevan 38 minutos así. Sin variación. Sin degradación. Dos cerebros que nunca se han tocado, que no se conocen, que no comparten idioma. Uno habla zapoteco, la otra es de Guadalajara y sus cerebros emiten la misma señal.

Darvi miró a las dos personas sentadas. Un hombre mayor con ropa de manta. Una mujer joven con suéter de lana. Los dos con los ojos cerrados. Los dos respirando a ritmos diferentes. El hombre a 12 por minuto, la mujer a 16. Antes de que pudiera reaccionar, los cuerpos no estaban sincronizados. Detrás, los cerebros sí.

La realidad es un acuerdo colectivo - expresó el hombre del osciloscopio. No a Darvi, al cuaderno, a las ondas, a la habitación. Cuando dos cerebros se sincronizan a esta frecuencia, el acuerdo se rompe. Ven algo que no debería ser visible.

¿Qué ven?

El hombre se quitó los anteojos. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Se puso los anteojos. Las huellas quedaron en los cristales.

No sé. No lo dicen. Los dos describen cosas diferentes con las mismas palabras. Él dice: "Un jardín." Ella dice: "Un jardín." Él dice: "Hay niebla." Ella dice: "Hay niebla." Él dice: "Alguien sirve café." Ella dice: "Alguien sirve café." Las mismas frases. El mismo lugar. Nunca se han visto.

La piel de los brazos de Darvi se erizó. No por frío. La temperatura era 22 grados. La piel se erizó por los datos. Un jardín. Niebla. Alguien sirve café.

El gato estaba sentado en la esquina del laboratorio, sobre una pila de journals de neurociencia. Los journals tenían los nombres de los autores en el lomo. Darvi leyó uno: GRINBERG-ZYLBERBAUM, J. et al. El hombre del osciloscopio era el autor del journal sobre el que el gato estaba sentado. El gato estaba sentado sobre los datos publicados del hombre que producía los datos. La recursividad no le molestó al gato.

El hombre anotó más números. Los dos sujetos abrieron los ojos al mismo tiempo sin señal, sin instrucción. El hombre miró el reloj: 12:03 de la mañana. Anotó la hora. Los sujetos se levantaron. Se miraron. No dijeron nada. La mujer se fue por la puerta. El hombre de la manta se fue por la otra. Sin despedirse. Sin hablar. Dos personas que habían compartido un jardín con niebla y café durante 58 minutos y no tenían nada que decirse sobre eso.

El hombre del osciloscopio se quedó solo. Solo con Darvi y el gato y las ondas que ya no estaban.

Mañana repito - dijo. Con otros dos. Necesito 200 muestras. Llevo 34.

¿Siempre 7.83? - preguntó Darvi.

Siempre. No importa quién. No importa cuándo. Siempre 7.83. La frecuencia de la Tierra. La frecuencia del acuerdo.

El hombre apagó el osciloscopio. La pantalla verde se contrajo a un punto blanco. El punto blanco desapareció. La computadora parpadeaba el cursor contra la nada. El hombre cerró el cuaderno. Se lo metió en el bolsillo de la bata.

Debería dormir - comentó el hombre.

No se movió. Se quedó de pie frente al osciloscopio apagado. Las manos en los bolsillos de la bata. Los ojos en la pantalla negra.

El gato bajó de los journals. Caminó hacia la puerta. El gato no hizo nada. No volcó nada. No rompió nada. No persiguió nada. El gato caminó hacia la puerta y se sentó, miró al hombre y el hombre miró al gato y los dos se quedaron así durante 12 segundos.

Darvi registró: primera vez que Pavlov no causaba un desastre en un portal. El ratio se mantuvo: 73 persecuciones, 0 consumos, 1 portal sin incidente.

La niebla entró por debajo de la puerta. Las losetas de linóleo se ablandaron. Las luces fluorescentes se apagaron primero la que parpadeaba, después las demás. El hombre del osciloscopio se quedó en la oscuridad del laboratorio.

Mañana el hombre no llegaría al laboratorio. Mañana el hombre no repetiría el experimento con otros dos sujetos. Mañana el hombre desaparecería. Su coche estaría en el estacionamiento. Sus llaves en la bata. Su cuaderno con 34 muestras de 7.83 Hz en el bolsillo de una bata que nadie encontraría. Darvi no sabía eso. Darvi salió al bosque con el dato 7.83 Hz, dos cerebros, un jardín, niebla y café, sin respuesta. El dato se sumó a los demás datos. El dato no tenía resolución. El dato tenía un hombre que desaparecería y un gato que no hizo nada y una frecuencia que era la misma en un pasillo de universidad en México que en un árbol en un bosque que no estaba en ningún mapa.

Darvi anotó en la libreta antes de que la niebla terminara de cerrar el portal: "Grinberg. Potenciales transferidos. Los cerebros se comunican sin cable. El espacio entre las cabezas no es vacío, sino

medio.” 23 palabras que pesaban más que las mediciones de frecuencia y temperatura del laboratorio combinadas porque describían algo que Darvi había sentido desde el primer día en el bosque: que medir aquello no era observar a distancia. Que medir era conectar. Que el instrumento y lo medido no estaban separados por el espacio entre ellos, sino unidos por el acto de medición.

El gato tenía un pelo del laboratorio en el bigote izquierdo. Un pelo oscuro, humano, de aproximadamente 4 centímetros, enganchado en la tercera vibrisa. El pelo había pertenecido al hombre de la barba. El gato llevaba un fragmento de Grinberg en el bigote. La termodinámica del gato era absurda. La termodinámica del gato funcionaba.

Las cruces en la muralla: 31.

• ◦ **Capítulo 023 1942 [D][R][A]**

* * *

Cuarto árbol. 19 escalones.

La transición fue violenta. No como las transiciones suaves de los primeros portales, esta transición arrancó. El bosque desapareció en 0,8 segundos y lo que lo reemplazó fue oscuridad, frío y un olor que Darvi catalogó antes de ver nada: tabaco, cuero, papel carbón, algo químico que era pólvora no la pólvora de fuegos artificiales, sino la pólvora de munición, con su componente de azufre y nitrato de potasio que producía un olor acre que se pegaba a las paredes.

Darvi vomitó. La violencia de la transición produjo náusea vestibular. El oído interno registró un cambio de orientación espacial de 90 grados en 0,8 segundos, y el estómago respondió. El vómito tenía: nueces, agua, ácido gástrico. Los datos del vómito. El cerebro no paraba de medir. El cerebro medía el vómito mientras procesaba el sótano donde habían aterrizado. Darvi odiaba al cerebro. Darvi no podía odiar al cerebro porque odiar requería evaluación y evaluar era lo que el cerebro hacía.

El mapa estaba en la pared del fondo. Un mapa militar. Líneas de avance dibujadas en rojo sobre papel satinado. Darvi lo midió: escala 1:50,000, cubriendo un área de aproximadamente 400 kilómetros cuadrados. Las líneas rojas convergían sobre un punto que tenía un

nombre escrito en letra pequeña. Un pueblo. El pueblo estaba directamente en la línea de avance.

Temperatura: de 8 a 12 grados. Aire: tabaco, cuero, papel carbón, algo químico que Darvi identificó como tinta de impresora offset. El aire tenía un componente adicional: miedo. Darvi no medía miedo. Darvi medía la composición del sudor humano. Cortisol elevado produce un componente ácido en la transpiración que se detecta como metal oxidado. El aire olía a metal oxidado.

Darvi salió a un sótano. Techos bajos, 1,9 metros. Paredes de ladrillo cubiertas de yeso que se descascaraba en placas. Una bombilla de 40 vatios colgaba de un cable. La bombilla oscilaba. Alguien había caminado en el piso de arriba. La oscilación producía sombras que giraban en las paredes.

El mapa estaba sobre la mesa central. Darvi lo midió desde la esquina: 80 centímetros por 60, escala 1:50,000, papel satinado con marcas de tinta roja y azul que indicaban líneas de avance y posiciones defensivas. La tinta roja avanzaba desde el oeste. La tinta azul retrocedía hacia el este. El pueblo estaba entre las dos líneas, un punto marrón con el nombre escrito en letra minúscula que Darvi no alcanzó a leer a 4 metros de distancia.

Una taza de café estaba sobre la esquina noroeste del mapa. La taza era de estaño, abollada, con marcas de uso que indicaban años de servicio. El café dentro de la taza estaba a 55 grados, estimación de Darvi por el vapor: vapor visible y denso = entre 50 y 60 grados. La taza estaba a 3 centímetros del borde del mapa. A 3 centímetros de la línea roja que avanzaba hacia el pueblo.

El gato estaba debajo de la mesa. Darvi lo vio: la cola del gato asomaba por el lado sur de la mesa, moviéndose con el ritmo lento de

un gato que calcula. El gato miraba la taza. Darvi conocía esa mirada. Darvi había visto esa mirada 18 veces antes. La mirada era la del gato antes del desastre de Pavlov.

Seis personas en el sótano. Sentadas contra las paredes. Dos mujeres, un hombre viejo, una mujer joven con un bebé, un niño de aproximadamente cuatro años, un hombre con un brazo en cabestrillo. Todos callados. El silencio tenía densidad. El calma de personas que saben que el ruido mata.

El niño de cuatro años jugaba con un botón. Un botón de metal, 1,2 centímetros de diámetro, arrancado de un abrigo. El niño lo hacía girar sobre el suelo de cemento. El botón producía un sonido de 2.000 Hz, agudo, metálico, constante. La mujer joven miró al niño. El niño paró. La mujer no añadió nada. El niño retomó el giro. La mujer miró otra vez. El niño paró. El ciclo se repitió tres veces. A la cuarta, la mujer le quitó el botón de las manos y se lo metió en el bolsillo del vestido. El niño no lloró. El niño miró el vacío donde había estado el botón. El vacío no giraba.

Darvi estaba en la esquina del sótano. No la vieron. La niebla la hacía parcialmente transparente en los portales. Darvi lo había notado en visitas anteriores. Las figuras históricas la veían cuando interactuaban con ella, pero la mirada pasaba a través cuando Darvi no se movía. Darvi no se movió.

Las paredes del sótano tenían marcas. Líneas verticales agrupadas en conjuntos de cinco, cuatro verticales, una diagonal. Darvi contó: 43 grupos. 215 días. Las personas llevaban 215 días en el sótano. 215 días sin sol. 215 marcas hechas con un clavo o un cuchillo en el yeso de la pared. Darvi sabía qué significaban los días. Darvi sabía la época por la tinta de offset y el olor a cuero y el uniforme

parcialmente visible del hombre del cabestrillo. Un uniforme que no era militar, pero tenía insignias de algún tipo.

.942. La fecha era 1942. El lugar era Europa. Los nazis habían ganado.

El cerebro de Darvi procesó los datos del sótano con la misma eficiencia con la que procesaba los datos de un circuito o una frecuencia o un mapa de Piri Reis. El cerebro no discriminaba. Los datos de las seis personas entraron: cortisol en el aire (medible), temperatura corporal promedio del grupo (estimada: 37,2 grados, ligeramente elevada, por estrés), número de marcas en la pared (215), diámetro del botón del niño (1,2 cm), frecuencia de la bombilla (50 Hz), oscilación de las sombras (0,3 Hz).

Los datos eran insoportables.

No porque fueran datos. Porque los datos tenían la precisión del horror industrial. Darvi conocía la precisión. Darvi vivía en la precisión. Darvi medía todo porque medir era la forma en que el cerebro de Darvi funcionaba. Y lo que medía en el sótano era: la precisión con la que un sistema había encerrado a seis personas durante 215 días. La precisión de la burocracia del exterminio. Los formularios. Los registros. Los números. Alguien había contado a estas personas como Darvi contaba nueces. Alguien había medido el espacio del sótano como Darvi medía la cueva. Alguien había aplicado la misma lógica de datos y sistemas y eficiencia que Darvi aplicaba a los circuitos y la había aplicado a personas.

El dato era: el sistema que Darvi usaba para sobrevivir era el mismo sistema que alguien usaba para matar.

El piso de arriba tembló. Pasos. Botas pesadas sobre madera. Un portazo. Una voz que gritó en alemán. Las seis personas del sótano se

encogieron simultáneamente. El movimiento fue sincrónico, los seis cuerpos contrayéndose en el mismo medio segundo. Con la misma dirección, hacia la misma pared. La mujer con el bebé cubrió la cabeza del bebé con la mano. El hombre del cabestrillo se apretó contra la pared. El niño buscó el bolsillo de la mujer donde estaba el botón. La mujer no le dio el botón. El niño apretó la tela del bolsillo sobre el bulto del botón y lo giró a través de la tela. Sin sonido. El giro sin sonido.

Los pasos se alejaron. Las seis personas no se relajaron. La relajación no existía en el día 215.

- ○

En el piso de arriba, Darvi encontró una oficina. Escritorios. Máquinas de escribir. Mapas en la pared. Un telegrama clavado en el corcho: un pueblo de la zona este reportaba refugios preparados y población desplazada. La fecha del telegrama era anterior al mapa. Darvi lo registró sin conexión. Un oficial sentado frente a un mapa con líneas rojas y azules que marcaban posiciones. El oficial tenía una taza de café. La taza de café estaba al borde del escritorio, 3 centímetros del borde. Una distancia que Darvi registró con la parte del cerebro que medía las distancias mientras otra parte del cerebro seguía procesando el sótano.

El gato subió al escritorio. El gato caminó entre los papeles. La pata trasera izquierda siempre la izquierda, siempre la artritis, siempre el mismo error enganchó el borde de la taza. La taza se volcó. El café se derramó sobre el mapa. El café cubrió una sección del mapa, la sección donde una línea roja marcaba una ruta de avance. El café disolvió la tinta roja. La línea desapareció.

El oficial maldijo. Se levantó. Limpió el mapa con un trapo. La tinta se había ido. El oficial tuvo que redibujar la línea. Agarró un lápiz rojo. Dibujó la línea de memoria. La línea nueva estaba 3 kilómetros al este de la original. El oficial no lo notó. La diferencia entre la línea original y la línea nueva era invisible a escala del mapa. A escala de un pueblo, la diferencia era la distancia entre estar en la ruta de avance y no estar.

Darvi no supo del pueblo. Darvi no supo que la línea movida 3 kilómetros salvaría un pueblo que ningún libro de historia mencionaría. Darvi vio café sobre un mapa y un oficial que redibujaba mal y un gato que se lamía la pata manchada de café.

La niebla fue violenta. La transición fue un arrancón. El sótano y la oficina, el café y el mapa se convirtieron en niebla densa. La niebla densa se convirtió en presión y la presión se convirtió en hojas mojadas, 7 grados y 432 Hz. Darvi vomitó. El vómito tenía: nueces, fresas, agua. Los datos del vómito. El cerebro no paraba de medir. El cerebro medía el vómito mientras procesaba el sótano. Darvi odiaba al cerebro. Darvi no podía odiar al cerebro porque odiar requería evaluación y evaluar era lo que el cerebro hacía y el cerebro era lo que Darvi odiaba.

• ○

Darvi bajó por tres árboles seguidos. Buscaba el quinto. Buscaba los 37 Hz. Ahí, buscaba las manos con callosidades y las cicatrices lineales y el taller que olía a madera y a metal. Un segundo después, buscaba a Edi Edi.

El primer árbol la llevó a un lugar que no registró. No se quedó.

El segundo árbol la llevó a un campo abierto con olor a pólvora. No se quedó.

El tercer árbol la llevó al espacio del quinto. El techo bajo. Las paredes de piedra. Las herramientas en la pared. El candil apagado.

Edi Edi estaba sentado en el suelo.

Darvi se acercó. El gato se acercó. El suelo estaba a 12 grados. Darvi se sentó frente a él. A 2 metros. La distancia habitual.

Hola - dijo Darvi.

Edi Edi levantó la cabeza. Los ojos oscuros. Las arrugas. La mandíbula apretada. Las manos marcadas. Las mismas manos.

Los ojos la miraron sin reconocimiento. No con hostilidad. No con indiferencia. Con la blancura de alguien que mira a una persona que nunca ha visto. Los ojos no tenían archivo de Darvi. Los ojos no tenían las cuatro visitas anteriores. Los ojos no tenían “Damiana Ramona Viridiana”. Los ojos no tenían “No es innecesario. Es tuyo”.

¿Quién eres? - preguntó Edi Edi.

El dato entró. El dato pesó más que la Biblioteca de Alejandría. Un segundo después, el dato pesó más que el sótano de 215 días. Más allá, el dato pesó más que los 73 presas no consumidas y los 7,83 Hz de dos cerebros sincronizados. Las 43 marcas en la pared y el botón de 1,2 centímetros y todo lo que Darvi había medido en todos los portales de todos los viajes.

Darvi - dijo Darvi.

No te conozco - indicó Edi Edi.

Las manos eran las mismas. Los callos eran los mismos. Las quemaduras de soldadura eran las mismas. Pero los ojos eran diferentes. Los ojos no la habían visto. Los ojos no la habían medido. Sin decir nada, los ojos no habían comparado sus manos con las de

ella. Arriba, los ojos no habían tallado un ave de 47 gramos durante cuatro horas mientras ella reparaba un reproductor de cintas.

Otra versión. Otro momento de su timeline. Antes de ella. O después. O una bifurcación que nunca convergiría.

Darvi se levantó. Las piernas temblaban. No por la niebla por el dato.

No importa - comentó Darvi.

Salió. Subió los escalones. El frío. Las hojas.

El ave de madera estaba en la cueva. Las alas abiertas.

Darvi no habló durante dos días. # Capítulo 024 SERLING + DICK [D][X][H]

** ** *

Primer descenso.

Séptimo árbol. 20 escalones. Temperatura: de 8 a 24 grados. La transición fue larga esta vez. La niebla sostuvo a Darvi durante 11 segundos, normalmente las transiciones duraban entre 2 y 5 segundos, y la presión en los oídos fue más intensa, como si el portal bajara de altitud rápidamente. El generador de Toshiro marcó una fluctuación: los 432 Hz cayeron a 420 durante la transición, como si el portal tuviera que esforzarse para conectar con esta época. El gato maulló un maullido corto de molestia.

480 Hz, que Darvi había catalogado como “transición incómoda” después de la séptima vez que lo escuchó.

El suelo era linóleo. Las paredes tenían una textura que indicaba yeso aplicado a mano, no con máquina. Años 50, estimación de Darvi por los materiales. La humedad era alta, 70%, por la condensación en las ventanas del pasillo. El gato olió el linóleo. El linóleo contenía compuestos de amianto, según el manual de materiales del Nivel -28.

Darvi no mencionó el amianto al gato. El gato procesaba el mundo por temperatura y textura, no por composición química.

Aire: tabaco, café, tinta de máquina de escribir, Darvi identificó como maquillaje escénico base, polvos, el olor metálico del aluminio en los reflectores. Un estudio de televisión.

Un escritorio. Un hombre sentado. Pelo oscuro cortado recto. Traje gris. Corbata aflojada. El cenicero lleno. Las colillas formaban una pirámide inestable de 12 centímetros que desafía la gravedad y la higiene en proporciones iguales. El hombre escribía a máquina. Cada frase terminaba con un golpe al retorno del carro que sonaba como un punto final físico. El hombre puntuaba con el brazo entero.

Junto al escritorio, un hombre más gordo con un traje más caro. El hombre gordo sostenía un papel. El papel tenía marcas rojas, tachaduras. Cada tachadura eliminaba una frase del guión del hombre del escritorio. El hombre gordo tachaba y el hombre del escritorio fumaba, y los dos se miraban con la hostilidad cordial de dos personas que necesitan algo del otro y odian necesitarlo.

No puedes decir “negro” - dijo el gordo.

No digo “negro.” Digo “habitante del planeta Xenón-4.”

El habitante del planeta Xenón-4 se parece mucho a un negro.

Todos los habitantes de Xenón-4 se parecen mucho a negros. Es ciencia ficción. Si quisiera hablar de negros, hablaría de negros. Pero hablar de negros está prohibido. Hablar de marcianos que casualmente experimentan discriminación idéntica a la de los negros no está prohibido. Es entretenimiento.

El gordo miró el guión. El gordo miró al hombre. El gordo miró la pirámide de colillas. La pirámide amenazaba con derrumbarse sobre los papeles.

Los patrocinadores no quieren problemas.

Los patrocinadores venden cigarrillos. Los cigarrillos matan. No quieren problemas con la ficción pero financian la realidad.

El gordo se fue. Dejó el guión con las tachaduras. El hombre del escritorio arrancó las páginas tachadas. Las metió en la máquina. Reescribió las frases. Las frases nuevas decían lo mismo que las originales pero con los nombres cambiados. Los negros eran marcianos. Los racistas eran habitantes de Xenón-3. El restaurante era una estación espacial. Y la exclusión era un “protocolo de cuarentena intergaláctico.”

El gato caminó sobre el escritorio del estudio. Detrás del escritorio había un televisor, uno de los monitores de producción, encendido en un canal de noticias. El gato pisó el dial del canal. El canal cambió. Las noticias mostraron: una imagen de un grupo de personas protestando frente a un restaurante. Las personas tenían carteles. El gordo pasó por el estudio. Vio las noticias. Vio las personas protestando. Vio los carteles. Miró el guión reescrito que el hombre le tendía. Leyó la primera página. La segunda. Miró las noticias otra vez.

No comentó nada. Se llevó el guión. Sin tachaduras.

El hombre del escritorio encendió otro cigarrillo. La pirámide de colillas alcanzó los 13 centímetros. El hombre miró al gato. El gato estaba sentado sobre el televisor. Afuera, el televisor mostraba las protestas. Casi sin pensarlo, el gato no tenía opinión sobre las protestas. El gato tenía opinión sobre la temperatura del televisor, 35 grados en la superficie superior, la zona más caliente del estudio.

Segundo descenso.

Octavo árbol. 18 escalones. Temperatura: de 8 a 19 grados. Aire: papel, tinta, gatos plural. La presencia de otros gatos era inequívoca: pelo felino en el aire, olor a comida de gato seca, y algo ácido que Darvi identificó como orina de gato en una superficie que se limpiaba periódicamente pero no lo suficiente.

Un departamento. Pequeño. Desordenado. Los papeles cubrían todas las superficies horizontales la mesa, el suelo, el sofá, la parte superior de un televisor que no funcionaba (la pantalla estaba rota). Los papeles tenían texto escrito a mano, letra pequeña, apretada, inclinada a la derecha, con correcciones que se acumulaban en los márgenes hasta que los márgenes eran más texto que los párrafos. Algunos papeles tenían dibujos. Diagramas. Flechas que conectaban conceptos. Los conceptos incluían: “VALIS,” “zebra,” “Roma 50 d.C.,” “simulación,” “Dios como programa,” “la realidad es un reboot.”

Un hombre estaba sentado en el suelo entre los papeles. 50 años. Gordo. Barba descuidada. La camiseta tenía una mancha de salsa de tomate que era reciente o antigua, imposible de determinar en un departamento donde la arqueología de las manchas excedía los estratos de la sudadera de Darvi. Los ojos del hombre estaban abiertos de una forma que Darvi reconoció: no por sorpresa, ni por miedo, ni por cafeína. Por la ausencia de parpadeo. El hombre no parpadeaba. El hombre miraba el papel frente a él con los ojos fijos y Darvi contó: 34 segundos sin parpadeo.

A los 34 segundos, el hombre escribió algo. Una frase. Levantó la cabeza.

¿Y si estamos en un programa y no lo sabemos? - dijo el hombre.

No a Darvi. Al aire. A los papeles. A los tres gatos que vivían en el departamento Darvi los contó: un atigrado sobre el refrigerador, un negro sobre una pila de manuscritos, un blanco debajo de la mesa.

Estamos - añadió Darvi.

El hombre giró la cabeza. La miró. Los ojos seguían sin parpadear. 38 segundos.

¿Eres real? - preguntó el hombre.

Depende de la definición.

Exacto - mencionó el hombre. Exacto. Ese es el problema. La definición. Si la realidad es consenso, y el consenso se rompe, ¿qué queda? ¿Queda algo? ¿O queda solo el programa sin nadie que lo mire?

Darvi se sentó en el suelo. Entre los papeles. El gato Pavlov entró al departamento. Los tres gatos residentes levantaron la cabeza simultáneamente. Cuatro gatos en un departamento. La proporción gato-por-metro-cuadrado excedía los estándares habitacionales de cualquier sociedad que Darvi conociera.

El gato caminó hacia la máquina de escribir que estaba en una mesa baja. La máquina era una IBM Selectric, Darvi la reconoció por el elemento esférico de escritura, la bola con las letras en relieve. La máquina estaba encendida. El cursor estaba al final de una línea que decía: “La información es más real que la materia. La materia es solo información que se ha olvidado de que es información.”

Pavlov se sentó en el teclado. Las 3.2 kilogramos presionaron teclas al azar. La bola giró. Las letras aparecieron en el papel:

jjjjjjjjjjjjjjjjfffk;,,;

El hombre miró la línea. Darvi miró la línea. El hombre se acercó a la máquina. Los caracteres eran código. El hombre se echó hacia

atrás en la silla.

Hay un patrón - dijo el hombre. J-F-K. JFK. Punto y coma pausa. El gato acaba de escribir una referencia cifrada al asesinato de Kennedy seguido de una instrucción de pausa.

Darvi miró al hombre. Miró al gato. El gato se estaba lamiendo la pata sobre el teclado. Las patas del gato no habían escrito una referencia cifrada a nada. Las patas del gato habían presionado las teclas que estaban debajo de las patas. Las teclas J, F y K estaban en fila en el teclado. El punto y coma estaba al lado del meñique derecho del gato. Topografía del teclado, no conspiración.

El hombre arrancó la hoja de la máquina. La puso contra la luz de la ventana. La estudió.

VALIS dijo. VALIS me está hablando a través del gato.

El hombre se sentó. Empezó a escribir. Rápido. Las teclas sonaban a 12 golpes por segundo. El hombre no miraba el papel, miraba hacia arriba, hacia la esquina del techo, hacia Darvi, no veía. El hombre escribía sobre un sistema de información viva que se comunicaba a través de señales ordinarias, un rayo de luz, un programa de televisión, las teclas presionadas por un gato.

Darvi se agachó junto a la máquina. Las teclas que el gato había pisado formaban una secuencia. Darvi las leyó: V-A-L-I-S. Cinco letras. El gato había caminado sobre el teclado con las 3.2 kilogramos de peso distribuido en cuatro patas y las cuatro patas habían presionado teclas en una secuencia que formaba una palabra. Darvi no conocía la palabra. Darvi la anotó en la libreta porque los datos se anotan aunque no se entiendan.

El hombre de las patillas siguió escribiendo. 840 caracteres por minuto. Sin pausa. Sin revisión. El hombre producía texto como el

arroyo del bosque producía agua: constante, sin fuente visible, sin explicación. El hombre escribía sobre simulaciones y capas de realidad y sistemas de información que se comunicaban a través de señales ordinarias, un gato sobre un teclado, un destello en una pantalla, una frecuencia que nadie medía porque nadie sabía que había que medirla.

El departamento de la poetisa estaba a 3 cuadras. Dos procesos: uno que pesaba cada sílaba 20 minutos y otro que producía 840 caracteres por minuto. La diferencia entre Pizarnik y el hombre era la diferencia entre la balanza analítica de Darvi y el sensor de movimiento del gato: ambos medían, ambos producían datos, pero una medía miligramos y el otro medía kilómetros.

Darvi registró: el hombre estaba equivocado sobre el gato. El hombre estaba equivocado sobre JFK. El hombre estaba equivocado sobre VALIS hablando a través de teclas aleatorias. Pero el hombre estaba escribiendo un libro que describiría con precisión accidental la estructura del universo en el que Darvi existía, un universo donde la información era más real que la materia y donde un sistema observaba y donde los errores producían verdades.

La lección equivocada que producía la respuesta correcta. Darvi archivó: Harmon.

La niebla fue suave. El departamento se diluyó. Los papeles se diluyeron. Los cuatro gatos se diluyeron. El hombre seguía escribiendo cuando Darvi dejó de verlo.

• ◦ **Capítulo 025 BORGES + PIZARNIK + ASIMOV [D][O] [K]**

* * *

Primer descenso.

Sexto árbol. Temperatura: de 8 a 18 grados. Aire: libros viejos, cera para pisos, cuero de encuadernación. El aire era una biblioteca. No una biblioteca como la de Alejandría sin papiro, sin calor mediterráneo. Una biblioteca fría, de techos altos, con el polvo que solo producen los libros que nadie ha movido en décadas.

Un hombre caminaba entre los estantes. Despacio. Los dedos de la mano izquierda sobre los lomos de los libros. Los dedos tocaban cada lomo 0,5 segundos de contacto, suficiente para registrar la textura del cuero, la tela, el cartón. Despacio, los dedos no leían. Despacio, los dedos recordaban.

La biblioteca era la Biblioteca Nacional. Darvi lo supo por la escala del techo a 12 metros, las estanterías que se extendían en todas las direcciones como calles de una ciudad construida con papel y cuero. El generador de Toshiro marcó: 7,83 Hz base, con armónicos en 15 y 23 Hz que Darvi atribuyó a la sacudida estructural del edificio, un edificio de esta masa y altura producía resonancias propias.

El aire era de 16 grados. La humedad controlada al 50% Darvi lo estimó por la ausencia de condensación en las superficies metálicas y la firmeza del papel visible en los estantes abiertos. Un sistema de climatización mantenía las condiciones óptimas para la conservación. Las personas pasaban. Los zapatos sobre el mármol producían frecuencias que el generador capturaba como ruido: tap-tap a 2 Hz, el ritmo de un caminante contemplativo.

El hombre era ciego.

Darvi lo supo por los ojos. Los ojos estaban abiertos, pero las pupilas no se contraían con la luz, las ventanas del pasillo dejaban entrar luz de la tarde, y las pupilas del hombre permanecían dilatadas. Dilatación fija. Ceguera. El hombre tocaba los libros porque los ojos ya no podían hacerlo.

El hombre era viejo. 75 años, estimación de Darvi. Traje gris de tres piezas. Corbata oscura. Bastón en la mano derecha, pero el bastón no tocaba el suelo. El bastón estaba levantado 5 centímetros. El hombre caminaba por la biblioteca sin bastón porque la biblioteca era la extensión de su cuerpo. Los pies sabían dónde estaban los estantes. Los dedos sabían dónde estaban los libros. El bastón era para la calle. La biblioteca no era la calle.

El paraíso será algún tipo de biblioteca - admitió el hombre. En español. Rioplatense. Las eses se aspiraban. Las consonantes se suavizaban. El infierno también.

Darvi no supo si el hombre le hablaba a ella o a los estantes. El hombre seguía tocando los lomos. Los dedos pasaron por una sección de poesía. Darvi lo supo porque las encuadernaciones eran más delgadas, y el hombre se detenía más tiempo en ellas. El hombre

sacó un libro. Lo acercó a la cara. La nariz a 3 centímetros de las páginas. Olió.

Este huele a 1923 - admitió. El papel de 1923 tiene un componente ácido que el de 1950 no tiene. Más lino. Menos celulosa industrial.

Darvi registró: el hombre medía los libros por olor y tacto con la misma precisión con la que Darvi medía las frecuencias con el generador de Toshiro. El hombre era un instrumento calibrado con seis décadas de datos bibliográficos.

- ○

Segundo descenso.

Sin subir al bosque. La niebla la empujó horizontalmente, no hacia arriba, hacia el lado. El portal se abrió dentro del portal. Darvi salió a un departamento. Pequeño. Segundo piso. La ventana daba a una calle arbolada con adoquines. Buenos Aires, el mismo Buenos Aires, la misma década, diferente punto.

Una mujer joven estaba sentada frente a un escritorio. 30 años. Pelo oscuro. Los ojos enormes, los ojos más grandes en proporción al rostro que Darvi había visto en una persona. Las pupilas eran pozos. La mujer tenía un papel frente a ella con cuatro líneas escritas. Las cuatro líneas estaban tachadas. Debajo, tres líneas nuevas. Dos tachadas. Una superviviente.

La mujer escribió una palabra. La miró. Tachó la mitad de la palabra. Escribió otra mitad. Miró. Tachó todo. Escribió la palabra original. La dejó.

Darvi miró: la mujer llevaba 20 minutos con una palabra. Una palabra de seis letras. La mujer pesaba cada letra con la precisión de

alguien que pesa miligramos en una balanza analítica. Darvi reconoció la obsesión. El meñique lento de Darvi que nunca consultó con un médico y la palabra de seis letras que la mujer había pesado 20 minutos tenían la misma raíz: la incapacidad de aceptar “suficientemente bueno.”

La mujer se levantó. Fue a la cocina. Darvi miró el papel. Los tachones eran más densos que el texto. El papel era una excavación arqueológica de intentos. Debajo de cada palabra visible había cuatro o cinco fantasmas de palabras que no sobrevivieron.

El gato saltó al escritorio. Darvi no reaccionó a tiempo. El gato olió el papel. La pata izquierda enganchó el borde de la hoja. La hoja se deslizó. El gato la empujó al suelo. La hoja planeó y aterrizó debajo del escritorio. El gato bajó del escritorio, agarró la hoja con la boca y caminó hacia la puerta del departamento. La puerta estaba entreabierta. El gato salió.

Darvi siguió al gato. El gato bajó las escaleras 18 escalones, con la hoja en la boca, la cola en alto. Salió a la calle. Caminó media cuadra. Darvi lo seguía. El gato cruzó una calle. Entró en un edificio cuya puerta estaba abierta. Subió tres pisos. Entró en una oficina.

La oficina tenía una máquina de escribir eléctrica que producía 14 caracteres por segundo. Un hombre estaba sentado frente a la máquina. Gordo. Patillas anchas. Las manos volaban sobre el teclado. El hombre no se detenía. No tachaba. No revisaba. El hombre producía texto con la eficiencia de una línea de producción industrial. Darvi contó: 840 caracteres por minuto. El hombre escribía 840 caracteres por minuto sin errores visibles.

El gato soltó la hoja al lado de la máquina. El hombre no la vio. El hombre seguía escribiendo. La hoja de la poetisa se quedó junto a la

máquina del escritor prolífico.

El gato había cruzado 3 cuadras de Buenos Aires con una hoja de poesía en la boca. El gato no sabía que la hoja contenía poesía. El gato no distinguía entre poesía y papel de envolver. Pero el gato había llevado la hoja desde el escritorio de una mujer que pesaba cada sílaba hasta la máquina de un hombre que producía 840 caracteres por minuto y la hoja contenía una línea que decía “la que murió de su vestido azul está cantando” y la línea pesaba menos de 1 gramo y contenía más información por gramo que cualquier rollo de la Biblioteca de Alejandría.

El generador de Toshiro marcó un dato que Darvi no esperaba: la frecuencia del departamento de la poetisa era 432 Hz. No 7,83, 432. La misma frecuencia del bosque. El departamento de una mujer que pesaba palabras como miligramos en Buenos Aires en los años 60 la oscilación a la frecuencia del bosque donde Darvi vivía. El dato no tenía explicación. El dato tenía frecuencia. Darvi anotó: “Pizarnik: 432 Hz. ¿Coincidencia? ¿Resonancia? ¿Diseño?” Las tres preguntas cabían en una línea. Las tres respuestas no cabían en ninguna libreta.

Dos procesos opuestos: uno que pesaba cada sílaba durante 20 minutos y otro que producía 840 caracteres por minuto. La misma materia prima palabras. Resultado incompatible.

La niebla empezó. Darvi agarró la hoja antes de que la transición se completara. La metió en la libreta. Darvi anotó en la libreta: “Un ciego que mide libros por olor. Una mujer que pesa palabras como miligramos. Un hombre que las produce como fábrica. Los tres en la misma ciudad. Los tres haciendo lo mismo. Los tres haciéndolo diferente.” Darvi miró la anotación. La anotación se parecía a lo que Darvi hacía: medir. El ciego medía texturas. La poetisa medía

sílabas. El de la máquina medía velocidad. Darvi medía frecuencias. Todos medían. Todos estaban solos midiendo cosas que el mundo no les pedía medir.

El gato se sentó sobre la libreta. 3,2 kilogramos sobre las anotaciones. Darvi esperó. El gato no se movió. Darvi esperó más. Darvi sacó la libreta de debajo del gato con la habilidad de 530 días de práctica, un tirón lateral de 15 grados que aprovechaba el centro de gravedad elevado del gato para deslizar el papel sin volcarlo. El gato permaneció sentado sobre el espacio vacío con la misma expresión.

La hoja tenía una línea legible debajo de los tachones:

la que murió de su vestido azul está cantando

La niebla fue rápida. Buenos Aires se convirtió en hojas mojadas.

El gato tenía restos de tinta de máquina de escribir en la pata izquierda. Darvi lo descubrió al día siguiente, cuando la luz de la bioluminiscencia del tercer árbol iluminó el pelo del gato desde un ángulo bajo: la almohadilla de la pata izquierda tenía una mancha oscura que no era tierra ni barro. Darvi acercó la nariz: tinta de cinta de máquina de escribir, base de aceite, con un componente de carbón que indicaba fabricación pre-1970. La tinta del departamento de Asimov. El gato había caminado sobre la cinta de la máquina de escribir durante los 840 caracteres por minuto y la cinta le había marcado la pata.

Darvi limpió la pata del gato con hojas húmedas. La tinta no salió completamente. Un fantasma de tinta quedó en la almohadilla visible solo con luz oblicua, invisible a la luz directa. El gato llevaba en la pata la marca de 840 caracteres por minuto de un hombre que

escribía ciencia ficción sobre robots que obedecían leyes y gatos que no obedecían ninguna.

Darvi anotó en la libreta: “Dos procesos: 20 minutos por palabra vs 840 caracteres por minuto. El mismo oficio. Resultados incompatibles. El ciego que mide libros por olor no pertenece a ninguno de los dos procesos. El ciego pertenece a un tercero: el proceso de recordar lo que se escribió.”

Tres procesos. Tres formas de relacionarse con la palabra escrita. Y una hoja de poesía con tachones que el gato llevó de un departamento a otro y que ahora estaba en la libreta de Darvi entre la página 32 y la 33, doblada en cuatro, con los tachones hacia adentro porque Darvi había aprendido que las cosas tachadas eran las más valiosas.

Los 18 grados se convirtieron en 7.

Darvi anotó en la libreta: “Un ciego que mide libros por olor. Una mujer que pesa palabras como miligramos. Un hombre que las produce como fábrica. Los tres en la misma ciudad. Los tres haciendo lo mismo. Los tres haciéndolo diferente.” El gato se sentó sobre la libreta. 3,2 kilogramos sobre las anotaciones. Darvi esperó. El gato no se movió. Darvi esperó más. El gato permaneció inmóvil. Darvi sacó la libreta de debajo del gato. El gato se sentó sobre el suelo vacío con la misma expresión que tenía sobre la libreta. La diferencia entre sentarse sobre datos y sentarse sobre tierra era, para el gato, ninguna.

Las cruces en la muralla: 32. # Capítulo 026 JOPLIN + JUNG [D]
[X][O]

* * *

Primer descenso.

El portal abrió a sonido antes que a imagen. Darvi escuchó antes de ver: una voz que no era voz, era la sacudida pura, un instrumento humano que producía frecuencias que el generador de Toshiro registró como imposibles. La voz tenía armónicos en 55 Hz, en 110, en 220, en 440 y en 880 simultáneamente. Cinco octavas de armónicos en una sola garganta humana. Darvi se detuvo en los escalones del portal. El gato se detuvo detrás.

La imagen llegó después: un escenario pequeño, un club, humo de cigarrillos tan denso que reducía la visibilidad a 8 metros. La temperatura era de 28 grados, calor de cuerpos amontonados en un espacio sin ventilación. Darvi estimó la capacidad del club: 200 personas. La ocupación: 350. Las matemáticas de la asfixia: 0.8 litros de oxígeno por persona por hora.

350 personas, un espacio cerrado con un solo ventilador de techo que giraba a 40 RPM. El club se estaba quedando sin oxígeno. Nadie lo notaba porque la voz era más urgente que la respiración.

Un camerino. Detrás de un escenario. Darvi lo supo por las paredes, paneles temporales con grapas visibles, manchas de cinta adhesiva, una estrella de cartón pegada a la puerta con el nombre escrito a mano en marcador rojo. Darvi no leyó el nombre. No necesitaba. La voz que venía del otro lado de la pared la voz que había rasgado el auditorio 20 minutos antes era suficiente. La voz era una frecuencia que el generador de Toshiro registró: fundamental a 220 Hz, armónicos hasta 6,000 Hz, con una rugosidad que indicaba cuerdas vocales que trabajaban al límite de su capacidad elástica.

Una mujer sentada en una silla plegable frente a un espejo rodeado de bombillas. Mitad fundidas. No se miraba en el espejo—miraba la botella que sostenía con ambas manos. Medio llena.

Ámbar. Las manos temblaban, no el temblor del miedo. El temblor de un sistema nervioso que acababa de procesar 90 minutos de voltaje a través de un cuerpo de 55 kilogramos.

La mujer bebió. Un trago largo. Después otro. El sudor le bajaba por la frente al cuello a la clavícula a la camisa empapada. La camisa tenía: flecos, cuentas de colores, algo que brillaba. La camisa pesaba 3 veces lo que debería pesar por toda el agua que había absorbido.

Darvi se sentó en la esquina del camerino. El generador de Toshiro apuntó hacia la mujer: 280 Hz en reposo. La frecuencia basal de la mujer era más alta que la frecuencia de canto de la mayoría de las personas. El cuerpo de la mujer oscilaba a una frecuencia que el cuerpo no sostenía.

Tu frecuencia es demasiado alta para tu soporte físico - dijo Darvi. Levantó la vista de la botella. Ojos inyectados. Voz raspada.

Dime cosa que no sepa, cariño.

La mujer se rió. La risa fue corta y caliente y contenía más información sobre el estado del diafragma y las cuerdas vocales que cualquier medición que Darvi pudiera hacer.

Cerró los ojos. La botella se quedó entre las manos. Dejaron de temblar— la transición fue gradual: amplitud de 3 milímetros a 2 a 1 a 0 en 40 segundos. Antebrazos relajados. Mandíbula aflojada. Se estaba durmiendo sentada.

frente al espejo, con una botella en las manos y un gato en el camerino y la adrenalina de 90 minutos de escenario metabolizándose en el hígado a una velocidad que Darvi estimó en 15 miligramos por minuto.

Darvi registró la frecuencia basal de la mujer dormida: 260 Hz. 20 Hz menos que despierta. El sueño bajaba la frecuencia. Pero 260

Hz seguía siendo demasiado alto el rango normal de frecuencia corporal en reposo era entre 180 y 220. La mujer el pulso más rápido que su cuerpo podía sostener incluso dormida. Era una cuestión de termodinámica: el cuerpo producía calor a una velocidad que los sistemas de enfriamiento no compensaban. El sudor era evidencia. Las mejillas rojas eran evidencia. La botella era evidencia el alcohol era un vasodilatador que la mujer usaba como sistema de refrigeración externo para un motor interno que funcionaba a 260 Hz.

El gato se acostó junto a la botella. Los 26 Hz del ronroneo del gato y los 260 Hz de la mujer dormida coexistieron durante 3 minutos. Después la niebla empezó en los bordes del camerino y Darvi recogió al gato y subió los escalones con el sonido de la voz todavía resonando en los huesos del cráneo como un eco que tardaría horas en disiparse.

El gato entró al camerino. Caminó entre las botellas del suelo tres vacías, una a medio llenar, una sin abrir. El gato enganchó la botella sin abrir. Rodó. Cayó del tocador al suelo. No se rompió— alfombra. Rodó hasta la pared. La mujer la siguió con los ojos. Miró al gato. El gato la miró.

Me estás jodiendo - observó la mujer al gato.

El gato se sentó sobre la botella abierta que la mujer había dejado en el suelo. 3.2 kilogramos sobre la boca de la botella. La botella no se volcó el gato tenía un centro de gravedad perfecto para sentarse sobre superficies cilíndricas. La mujer no podía agarrar la botella sin mover al gato. Despacio. Miró la botella tapada por el gato. Las tres vacías. La que rodó hasta la pared, sin abrir, fuera de alcance desde la silla.

Está bien - dijo la mujer. Está bien.

Se recostó en la silla. Cerró los ojos. Respiración de 22 a 16 ciclos por minuto. Frecuencia basal de 280 a 260. No mucho. Suficiente. Esa noche no bebió más.

Darvi se quedó en el camerino. Los audífonos de Darvi estaban al cuello Darvi no se los puso porque los audífonos estaban calibrados para 432 Hz y la frecuencia del camerino fue diferente: 260 Hz residual de la voz de la mujer. 60 Hz del generador eléctrico del club, 26 Hz del gato. La combinación de frecuencias producía un ambiente que el generador de Toshiro registró como “denso”. La densidad de frecuencias era tan alta que el generador tardaba 0.8 segundos en procesar cada muestra en vez de los 0.1 habituales.

La mujer respiraba. 14 ciclos por minuto. La frecuencia basal había bajado a 250 Hz. A lo lejos, la botella debajo del gato seguía sellada por 3.2 kilogramos de animal dormido. Con cuidado, la intervención del gato era mínima: una pata. Una botella, un peso. Pero la intervención mínima había cambiado la trayectoria de la noche. No la trayectoria de la vida una noche. Lo mínimo.

Esa noche la mujer durmió en la silla del camerino con un gato sentado sobre la última botella abierta y una botella sin abrir contra la pared y tres vacías en el suelo y el eco de 6,000 Hz todavía resonando en las paredes temporales.

No la salvó. No la salvaría. Pero le dio una noche.

- ○

Segundo descenso.

Tercer árbol. 19 escalones. Temperatura: de 8 a 16 grados. Aire: tabaco de pipa, tinta, papel grueso, algo que Darvi identificó como

témpera fresca. El aire era cerebral el aire de un lugar donde las ideas se materializaban en pigmento.

Un estudio. Paredes cubiertas de dibujos. Los dibujos eran circulares mandalas. Docenas de mandalas en diferentes estados de completitud. Los colores eran: rojo, azul, amarillo, negro. Las formas eran: círculos concéntricos, cuadrados dentro de círculos, triángulos, espirales. Los mandalas tenían anotaciones en los márgenes letra pequeña, alemán, con la precisión de alguien que documenta un experimento.

Un hombre sentado frente a un escritorio con un mandala a medio pintar. 50 años. Bigote. Anteojos redondos. Pipa apagada en la boca, sin humo— mordía la boquilla por hábito. Pintaba con un pincel fino, trazos de 1 milímetro de ancho, rojos, que formaban un arco dentro del tercer círculo concéntrico.

Darvi se acercó. Los mandalas de la pared tenían un patrón que Darvi reconoció: no eran decorativos. Eran diagramas. Los mandalas mapeaban algo algo que el hombre veía en los sueños de las personas que le hablaban. Cada mandala tenía una fecha y un nombre. Cada mandala era el interior de una cabeza humana traducido a geometría.

El hombre pintó durante 20 minutos sin hablar. Darvi observó la técnica: cada trazo era deliberado. Cada color ocupaba una posición que no parecía estética sino funcional. El rojo estaba siempre en el exterior. El azul en el interior. Al fondo, el amarillo en los puntos de intersección. En ese instante, el negro delimitaba. El sistema era consistente.

El gato caminó sobre el escritorio. Darvi no intentó detenerlo. No servía. El gato pisó el mandala húmedo. La pata izquierda siempre la

izquierda dejó una huella en la témpera roja del tercer círculo. Cinco puntos de las almohadillas. Una marca triangular de la pata. La huella del gato quedó impresa en el mandala como un sello.

El hombre miró la huella. No se enojó. Los ojos se agrandaron detrás de los anteojos. Se acercó. Examinó la huella a 5 centímetros de distancia.

Fascinante respondió. En alemán. Después en inglés, para sí mismo: El arquetipo del felino. La marca de lo inconsciente animal sobre el patrón del inconsciente humano. Cinco puntos los cinco sentidos. El triángulo la trinidad instintiva: caza, territorio, reproducción.

Darvi miró al hombre. El hombre estaba construyendo una teoría sobre la huella de un gato que había pisado témpera húmeda. La huella no contenía arquetipos ni trinidades instintivas.

La huella contenía las almohadillas de un gato con artritis que no controlaba dónde ponía la pata izquierda. Pero el hombre veía otra cosa. Y la otra cosa que el hombre veía los arquetipos, la trinidad, los cinco sentidos era más funcional que la realidad. La interpretación errónea producía teoría que funcionaba. El gato como generador involuntario de conocimiento humano a través de malentendidos productivos.

Darvi registró el patrón: Hippasus expulsado por un frijol descubrió los irracionales. Alejandría quemada por el gato generó reconstrucciones que mejoraron los originales. Dick escribió VALIS con letras que el gato pisó. Jung construyó el arquetipo felino sobre una huella accidental. En cada caso: destrucción → malentendido → creación. El gato no creaba. El gato destruía. Y la destrucción era el combustible.

La huella contenía las almohadillas de un gato con artritis que no controlaba dónde ponía la pata izquierda.

El hombre anotó. Tres páginas. Tres páginas de análisis sobre una huella accidental. Darvi registró: la misma dinámica que Dick. La interpretación errónea que producía teoría funcional. El gato como generador involuntario de conocimiento humano a través de malentendidos. La niebla fue gradual. El estudio se diluyó. Los mandalas se desvanecieron. La huella del gato en la témpera roja fue lo último en desaparecer: cinco puntos y un triángulo que un hombre podría interpretar como la marca del inconsciente colectivo, y que en realidad era la marca de 3,2 kilogramos de torpeza artrítica. # Capítulo 027 TLANAMICXIN SE VA [D][X][H]

* * *

Darvi regresó al claro y Tlanamicxin no estaba.

Los animales estaban quietos. La ardilla no estaba en su rama. Los hurones no pasaron. El murciélago colgaba de la cueva con las alas más apretadas que de costumbre, a un ángulo de 15 grados, en lugar de los 25 habituales. La diferencia en el ángulo de las alas indicaba tensión muscular. El mapache estaba sentado junto al suministro de fresas sin robar nada. El mapache no robaba cuando algo estaba mal. Darvi había documentado el patrón: en los 4 días previos a cada cierre de portal, el mapache dejaba de robar. El mapache era un indicador predictivo con un margen de error de 1 día.

Las dos mujeres tenían los datos de la otra memorizados: Darvi sabía que Tlanamicxin medía 1.58 metros, que pesaba 55 kilogramos, que la trenza se hacía más delgada cada 6 meses, el pelo caía, no se regeneraba, la trenza era un registro del tiempo como los anillos de

un tronco. Tlanamicxin sabía de Darvi lo que no necesitaba instrumentos para medir: que Darvi dormía sobre el lado izquierdo, que masticaba empezando por el lado derecho, que las pulseras tintineaban rápido cuando escribía y lento cuando caminaba y callaban cuando medía algo importante.

El morral de Tlanamicxin no estaba junto al tronco del segundo árbol. Las cuerdas trenzadas no estaban junto al fuego. El plato de los animales estaba lleno; Tlanamicxin siempre llenaba el plato antes de irse.

Darvi midió la ausencia: el morral pesaba menos, Darvi lo levantó con la mano izquierda y estimó 2.8 kilogramos, en lugar de los 3.5 habituales. Tlanamicxin había sacado cosas. Las cosas que faltaban: la piedra de afilar (400 gramos), las semillas envueltas en hojas (300 gramos estimados), y algo que Darvi no había catalogado pero que producía un tintineo cuando Tlanamicxin caminaba. El tintineo faltaba del morral. Tlanamicxin se había llevado las cosas que tintineaban.

Los animales estaban. La ardilla en la rama del tercer árbol. El mapache detrás del tronco del refugio de piedra. Los hurones, sincrónicos, pasaron frente a la muralla. El murciélago en el borde de la cueva de Darvi. El oso no estaba, pero el oso nunca estaba cuando se lo buscaba. El colibrí llegó a las 3 pm. Los animales estaban porque los animales pertenecían al bosque. Tlanamicxin pertenecía al bosque y Tlanamicxin no estaba.

Darvi esperó un día. Comió nueces del morral de Tlanamicxin; las nueces eran más grandes que las del bosque, más densas, con un sabor a madera que las nueces del arroyo no tenían. Las nueces de Tlanamicxin sabían a otro lugar.

Darvi esperó un segundo día. Exploró el perímetro: 52 metros de claro, 819 pasos hasta la muralla, 12 árboles-portal (7 sellados, 5 funcionales en la última medición, pero Darvi no verificó los funcionales porque verificar significaba bajar y bajar significaba perder el tiempo de espera y el tiempo de espera era lo único que Darvi podía ofrecer a la ausencia de Tlanamicxin).

El tercer día, Darvi encontró una trenza. La trenza estaba en la base del segundo árbol-portal, el de Pitágoras. La trenza medía 60 centímetros. El grosor indicaba entre 5 y 7 años de crecimiento. El pelo era negro con hebras grises que Darvi contó: 14 hebras grises en 60 centímetros de trenza. Las hebras grises eran más gruesas que las negras, con 80 micras en lugar de 60. La trenza olía a fibra vegetal y a los animales que habían vivido encima de Tlanamicxin durante décadas: pelo de hurón, saliva de mapache, guano de murciélago. La trenza era un resumen olfativo de una persona que no estaba.

Darvi no colgó la trenza ni la guardó ni le asignó significado sentimental. Darvi puso la trenza en el refugio de piedra de Tlanamicxin, junto al cuenco de madera que seguía ahí, y registró en la libreta: “Día ~495. Trenza de Tlanamicxin en base de árbol 2. 60 cm. 14 hebras grises. Tlanamicxin cortó la trenza antes de irse. Tlanamicxin dejó la parte de ella que pertenecía al bosque.”

El gato olió la trenza. El gato se sentó junto a la trenza durante 4 horas. Darvi los midió. 4 horas de gato inmóvil junto a 60 centímetros de pelo. El gato no olió la trenza otra vez. El gato no la tocó. El gato se sentó junto a ella como quien se sienta junto a alguien que duerme cerca pero sin interferir, presente sin embargo, sin exigir.

No inmediatamente. El morral estaba junto al tronco del tercer árbol. El cuenco de madera estaba junto al fuego; el fuego estaba encendido, leña nueva, lo que significaba que Tlanamicxin había estado ahí esa mañana. Schrödinger estaba echado junto al morral. La cola del perro se movió una vez cuando Darvi se acercó. La cola no se movió más.

Darvi esperó. Comió tres nueces del morral de Tlanamicxin; las nueces eran más grandes que las de su propia reserva, con cáscara más gruesa, y Tlanamicxin nunca había objetado que Darvi las tomara. El gato se sentó a 1.8 metros de Schrödinger. La distancia profesional. El gato miró al perro. El perro miró al gato. Un segundo después, el perro cerró los ojos. A lo lejos, el gato se lamió la pata. Los 1.8 metros se mantuvieron.

Tlanamicxin apareció al atardecer. Caminando desde el norte, la dirección donde los árboles eran más densos y la niebla más baja. Tlanamicxin caminaba diferente. Darvi lo registró en las piernas: el paso era más largo, 5 centímetros más que el habitual. La espalda más recta. La cabeza más alta. Tlanamicxin caminaba como alguien que sabe adónde va.

Encontré un camino, manifestó Tlanamicxin.

Darvi no preguntó. Tlanamicxin se sentó junto al fuego. Schrödinger se levantó y se echó junto a Tlanamicxin pegado, el flanco contra la pierna. Tlanamicxin puso la mano en la cabeza del perro.

No un árbol dijo. Un camino. La niebla no lo cubre. El suelo es diferente, piedra. Piedra vieja. La piedra tiene surcos de cosa que pasó muchas veces por el mismo lugar. Lo seguí hasta donde la

niebla me dejó. El aire cambia después de 200 pasos. El aire huele a algo que conozco.

¿A qué?

A casa.

Darvi midió la temperatura del aire: 8 grados. La temperatura no cambió con la palabra. La temperatura nunca cambió con las palabras. Pero las manos de Darvi sí, los dedos se cerraron sobre las rodillas. Darvi registró: presión de agarre, 3 kilogramos por centímetro cuadrado. Más de lo necesario para sostener unas rodillas.

¿Cuándo? - preguntó Darvi.

Mañana.

Las nueces crujían en el fuego. El sonido era 400 Hz cuando la cáscara se partía por el calor y 200 Hz cuando la leña se asentaba. Darvi contó los crujidos: 7 en 3 minutos.

El mapache va a robar la cena si la dejas cerca del fuego - dijo Darvi.

El mapache lleva 500 días robando comida - apuntó Tlanamicxin.
518 añadió Darvi.

Eso no es un dato útil.

Darvi sonrió. La sonrisa fue involuntaria y duró 0.8 segundos y Darvi no la midió porque medir una sonrisa era lo que hacía cuando la sonrisa no era real y esta era real.

Tlanamicxin se levantó. Fue a la cueva. Volvió con algo en la mano. Una nuez. Pero no una nuez cualquiera, una nuez con marcas talladas en la cáscara. Las marcas formaban un patrón: líneas paralelas cruzadas por diagonales. Darvi la examinó. El patrón era el

mismo que las marcas en la muralla, las cruces que Darvi hacía cada mañana para contar los días.

Para que sigas contando - dijo Tlanamicxin.

Darvi sostuvo la nuez. 12 gramos. La cáscara tenía 23 marcas talladas con algo afilado, probablemente la piedra que Tlanamicxin usaba para cortar raíces. 23 marcas en una nuez de 12 gramos.

Darvi fue a la caja de herramientas de Valeria. Sacó un papel. En el papel dibujó un diagrama, un circuito. No un circuito complicado: un generador simple de calor. Una bobina, una fuente de fricción, un conductor. El circuito convertía movimiento en calor. Se podía construir con cobre y hierro y una rueda. Darvi lo había diseñado mentalmente en la segunda semana, cuando el frío del bosque bajaba a 2 grados.

Para cuando haga frío donde vayas - respondió Darvi.

Tlanamicxin miró el diagrama. No lo entendió. Lo dobló y lo guardó en el morral. Lo entendería eventualmente. O alguien lo entendería por ella. El diagrama sobreviviría el viaje.

La noche fue larga. Darvi no durmió. Tlanamicxin sí. Darvi la escuchó respirar a 14 ciclos por minuto desde la cueva contigua. 14 ciclos era la respiración de Tlanamicxin dormida. Darvi lo había medido 518 veces. 518 noches escuchando 14 ciclos por minuto a través de 12 metros de piedra y aire frío. Mañana la piedra transmitiría silencio.

El bosque hizo ruido. Los animales del zoológico de Tlanamicxin estaban inquietos. La ardilla se erizó tres veces en una hora sin evento. Sin hemacronos. Sin cambio de temperatura. Se erizó porque la ardilla registraba cosas que Darvi no podía medir. Los hurones pasaron frente a la cueva de Darvi a las 2 am, sincrónicos, idénticos,

como un solo animal con dos cuerpos. El murciélago colgaba de la entrada de la cueva de Tlanamicxin, cabeza abajo, las alas plegadas, los ojos abiertos. El murciélago nunca colgaba de la cueva de Tlanamicxin. El murciélago colgaba de ramas, de la cornisa del tercer árbol, de la olla de agua que se había volcado dos veces por el peso del murciélago. No de la cueva de Tlanamicxin. Pero esa noche colgaba de la cueva de Tlanamicxin.

El oso apareció a las 4 am. Darvi lo vio por la silueta. El oso era una sombra de 180 kilogramos que se sentó en el borde del claro y se quedó ahí. El oso no se movió. Nadie sabía dónde dormía el oso. Nadie sabía adónde iba cuando no estaba en el claro. El oso aparecía y desaparecía con la lógica de un fenómeno meteorológico. Pero a las 4 am el oso estaba sentado en el borde del claro, mirando hacia la cueva de Tlanamicxin.

Darvi registró: los animales sabían. Los animales no tenían el dato verbal “mañana se va” pero tenían otro dato. Un dato que viajaba por frecuencias que el generador de Toshiro no medía. Darvi no lo catalogó. No todo se cataloga.

- ○

Mañana llegó con 4 grados y niebla baja y los 432 Hz más silenciosos que de costumbre. Darvi descartó la sensación de inteligencia en lo inerte. El bosque no sabía. El bosque era árboles y niebla y frecuencias y nada más. Tlanamicxin empacó el morral. Las nueces, las raíces secas, el diagrama de Darvi, el cuenco de madera y la manta de fibra que Tlanamicxin había tejido con las manos durante los primeros meses. La manta servía como cama, abrigo y superficie de trabajo.

Schrödinger se levantó. La cola quieta. Las orejas hacia adelante. El perro sabía. El perro había caminado con Tlanamicxin durante los 7.692 años que Tlanamicxin recordaba y los años que no recordaba y los años que todavía no habían pasado. El perro iba con Tlanamicxin.

Darvi miró a Schrödinger. El perro la miró. La mirada duró 4 segundos. La cola no se movió. Darvi extendió la mano. El perro se acercó. Darvi tocó la cabeza del perro. El pelo áspero, a 38 grados, la misma temperatura que la panza de Pavlov. La misma temperatura que todos los mamíferos que Darvi había medido. Darvi retiró la mano.

El gato estaba a 1,8 metros. El gato miró al perro. El perro miró al gato. 1,8 metros. Los últimos 1,8 metros. El gato se sentó. El perro se sentó. Dos animales que habían mantenido una distancia exacta durante 518 días sin tocarse ni mirarse directamente se miraron directamente durante 2 segundos. Después el gato se lamió la pata y el perro se giró hacia Tlanamicxin y los 1,8 metros dejaron de existir.

Tlanamicxin se puso el morral. Miró a Darvi. Darvi la miró. Las dos tenían los datos de la otra 518 días de datos. La temperatura promedio de las mañanas (6,2 grados). El número de nueces consumidas (estimación: 3.400). La distancia entre las cuevas (12 metros). El peso del mapache (4,1 kilogramos). La frecuencia constante de 432 Hz. Los nombres de los hurones (ninguno, porque nadie podía distinguirlos). Las 31 cruces en la muralla. La erre suave del español del hombre de la niebla. El ave de madera de 47 gramos.

Nos vemos - dijo Tlanamicxin.

Tlanamicxin se giró. Caminó hacia el norte. Schrödinger caminó a su lado, pegado a la pierna.

La niebla los cubrió en 40 pasos. A los 20, Tlanamicxin era forma. A los 30, sombra. A los 40, niebla.

- ○

Darvi se sentó junto al fuego. El fuego se estaba apagando. La leña era la última que Tlanamicxin había puesto. Darvi puso más leña. La leña era más delgada de lo necesario. Darvi no tenía el criterio de Tlanamicxin para la selección de combustible. Tlanamicxin elegía ramas de 3 centímetros de diámetro porque ardían 40 minutos. Darvi eligió ramas de 2 centímetros porque estaban más cerca. Las ramas de 2 centímetros ardían 20 minutos. Darvi tendría que levantarse el doble de veces.

El gato se subió al regazo de Darvi. 3,2 kilogramos. 38 grados. 26 Hz. Constante.

El mapache salió de detrás del tronco. Caminó hasta donde había estado el morral de Tlanamicxin. Olió el suelo. No había morral. No había nueces. El mapache miró a Darvi. Darvi miró al mapache. El mapache se fue al otro lado del claro, donde estaba la reserva de Darvi. Darvi no lo detuvo. El mapache robó tres fresas.

518 días comentó Darvi al gato. Es un número par. No es primo. Es 2 por 259. 259 es 7 por 37. $518 = 2 \times 7 \times 37$.

El gato ronroneó. 26 Hz.

Darvi contó lo que quedaba. Un gato. Un mapache ladrón. Dos hurones sincrónicos. Una ardilla que erizaba las púas 3 segundos antes de los eventos. Un oso que nadie sabía dónde dormía. Un murciélago que colgaba de cosas inapropiadas. Un colibrí que volaba 14.000 kilómetros por un insecto. Los 432 Hz. La cueva. La caja de

Valeria. El reproductor que no funcionaba. El ave de madera. La nuez con 23 marcas.

Darvi hizo la marca 32 en la muralla. El clavo contra la piedra sonó a 1.200 Hz. # Capítulo 028 SUKI [D][J][A]

* * *

Séptimo árbol. Veinte escalones. Temperatura: de 8 a 31 grados. Aire: arena caliente, algo metálico que Darvi identificó como radiación residual no peligrosa a esta distancia, pero medible. El generador de Toshiro marcó: 0,3 microsievets por hora. Fondo elevado. Consistente con proximidad a material procesado. Y debajo de la radiación: animal. Pelo mojado. Piel curtida por sol. Algo que olía a hierba quemada y a ozono.

Un claro de tierra roja. No el bosque otro lugar. El cielo era más bajo. Las nubes tenían un color que Darvi no había visto: amarillo con vetas verdes. El suelo estaba agrietado en polígonos irregulares la tierra se secaba en un patrón que indicaba arcilla expandida y contraída por ciclos de humedad. Las grietas medían entre 2 y 8 centímetros de profundidad. El aire temblaba con calor.

A treinta metros, una mujer. Baja. Ancha. La espalda curvada de una forma que sugería años de cargar peso peso real, sobre los hombros, no metafórico. La mujer tenía un bastón. Darvi midió: bastón de madera negra, 1,1 metros, con incrustaciones en la parte superior que emitían una frecuencia que el generador de Toshiro registró sin que Darvi lo apuntara. El generador la captó sola: 55 Hz.

55 Hz. La frecuencia de las plumas del dragón emplumado era armónico de 55. La frecuencia de la barrera entre Darvi y Edi Edi en la visita 6 contenía 55 como subarmónico. 55 Hz estaba en todo. 55 Hz era una constante del sistema.

La mujer tenía cristales incrustados en el bastón. Los cristales eran pequeños, 3 milímetros de diámetro, opacos, con un brillo que no era reflexión de luz sino emisión propia. Los cristales emitían a 55 Hz. Darvi lo midió a treinta metros. A treinta metros los cristales eran visibles como puntos de luz que no dependían del sol.

La mujer estaba enseñando a alguien. Un joven de dieciséis años, estimación de Darvi. El joven tenía guantes gruesos de cuero que le cubrían los antebrazos. Los guantes tenían quemaduras. El joven estaba de pie frente a un animal.

El animal era grande. Darvi estimó: 400 kilogramos. Cuatro patas. Cabeza triangular. La piel del animal tenía un patrón de escamas que no era reptil ni mamífero algo intermedio. Las escamas emitían calor. El generador de Toshiro marcó la temperatura superficial del animal a treinta metros: 60 grados. El animal irradiaba calor como un motor.

Una bestia radioactiva.

Darvi lo supo por los datos: temperatura elevada, radiación de fondo, escamas que emitían calor, cristales de 55 Hz en el bastón de control. Los datos coincidían con las descripciones que Darvi había leído en los Tiny Almanacs los libros que Damian le había dado en otra vida, en un banco, con helado de pistacho.

La mujer hablaba al joven. Darvi no escuchó las palabras treinta metros de distancia, viento lateral, los 55 Hz del bastón interfiriendo con el audio. Pero vio los gestos: la mujer señalaba al animal con el bastón. El joven se acercaba. La mujer movía el bastón los cristales cambiaban de ángulo. El animal respondía al ángulo de los cristales. El animal se calmaba cuando los cristales apuntaban hacia abajo. El animal se agitaba cuando los cristales apuntaban hacia arriba.

La mujer enseñaba al joven a apreciar las bestias.

Darvi midió la interacción durante doce minutos. La secuencia era: la mujer inclinaba el bastón 5 grados a la izquierda la bestia giraba la cabeza 5 grados a la izquierda. La mujer subía el bastón 10 grados la bestia levantaba la cabeza 10 grados. Afuera. la mujer bajaba los cristales al nivel de la tierra la bestia se echaba. Casi sin pensarlo, la correlación entre el ángulo del bastón y el movimiento de la bestia era de 0,99. Casi perfecta. La casi-perfección indicaba que la bestia seguía los cristales por elección. no por compulsión: una obediencia mecánica habría sido 1,0. El 0,01 de desviación era la voluntad del animal. El 0,01 era la diferencia entre esclavitud y acuerdo.

El joven intentó. Las manos del joven temblaban las quemaduras en los guantes indicaban que los intentos anteriores no habían sido exitosos. La mujer puso su mano sobre la mano del joven. Ajustó el ángulo del bastón: 2 grados a la derecha. La bestia dejó de agitarse. 2 grados. La diferencia entre el miedo y la calma era 2 grados de inclinación de un bastón con cristales de 55 Hz. Apreciar era la palabra correcta no domesticar, no controlar, no dominar. Los gestos de la mujer eran los gestos de alguien que presenta a dos desconocidos. El bastón era el intermediario. Los cristales eran el idioma.

Darvi no se acercó. No podía. La distancia de treinta metros era un límite que el cuerpo impuso y el cerebro aceptó. La mujer pertenecía a otro tiempo. A otra versión de los eventos. Acercarse rompería algo no algo físico, algo en la estructura del portal que Darvi sentía en la piel como cambio de presión barométrica.

El gato se bajó del hombro de Darvi. El gato caminó. En ese instante, el gato no respetaba límites barométricos. Cerca de ahí, el gato no respetaba límites de ningún tipo. El gato cruzó los treinta metros con el paso de quien no mide distancias ni consecuencias. La pata izquierda cojeaba en el terreno irregular las grietas de la arcilla eran obstáculos que la artritis convertía en problemas. El gato llegó hasta la mujer.

La mujer bajó la vista. Miró al gato. El bastón se inclinó los cristales de 55 Hz apuntaron hacia el gato. La mujer no se sobresaltó. Los ojos de la mujer oscuros, profundos, con arrugas que irradiaban desde las esquinas como las grietas de la arcilla se achicaron. No por el sol. Por reconocimiento.

Criterio propio con las galletas - manifestó la mujer al gato.

La frase no tenía contexto. La frase no tenía antecedente en esta escena. Darvi buscó en la base de datos del cerebro: “criterio propio con las galletas.” Galletas. Criterio. Propio. Las tres palabras separadas tenían significado. Las tres palabras juntas tenían un significado diferente que implicaba una historia previa una historia entre la mujer y un gato que no era el gato de Darvi pero que se comportaba como el gato de Darvi en lo relativo a las galletas y al criterio propio. El gato de Darvi tenía criterio propio con todo. El gato de Darvi nunca había tenido acceso a galletas en 540 días de bosque. El gato de Darvi habría tenido criterio propio con las galletas si las galletas hubieran existido en el bosque. Las galletas no existían. El criterio propio sí.

La bestia radioactiva se agitó. Las escamas subieron de 60 a 65 grados Darvi lo midió a treinta metros por la distorsión del aire, la misma distorsión que produce el asfalto caliente pero más intensa,

más visible. El joven de los guantes retrocedió un paso. La mujer del bastón no retrocedió. La mujer movió los cristales de 55 Hz en un arco de 15 grados y la bestia bajó las escamas a 58. El control era preciso. El control era artesanal. El control era el resultado de años de práctica con animales que podían calcinar a una persona en 3 segundos.

La mujer veía al gato por primera vez. O no. La mujer dijo la frase con la familiaridad de alguien que repite algo que ya ha dicho, o que sabe que dirá, o que existe en un punto del tiempo donde decir y haber dicho y volver a decir eran la misma acción.

El gato se sentó frente a la mujer. La mujer lo miró durante ocho segundos. Los 55 Hz del bastón y los 26 Hz del ronroneo del gato coexistieron. Después el gato se levantó y caminó de regreso hacia Darvi. Los treinta metros de vuelta. La pata izquierda cojeando en las grietas.

Darvi se quedó mirando a la mujer durante cuatro minutos más. La mujer enseñó al joven cómo dirigir a la bestia con el bastón los movimientos eran lentos, circulares, con pausas de tres segundos entre cada giro. Los cristales del bastón cambiaban de intensidad con cada pausa: brillaban. se apagaban, brillaban. El patrón era un código. Darvi lo registró sin decodificarlo.

La niebla empujó. La presión en los oídos indicaba que la transición sería larga más de cinco segundos. Las transiciones largas producían náusea. Darvi se preparó: respiración profunda, enfoque en un punto fijo. El punto fijo era la mujer del bastón. La mujer que miró en dirección a Darvi durante 0,5 segundos. La mujer que dijo “criterio propio con las galletas” a un gato que no debería estar ahí.

Darvi registró en la libreta: “Bestia de Suki. 400 kg est. Temperatura superficial variable (40-60°C). Escamas asimétricas muda sectorial. Cristales 55 Hz en bastón de control. Mujer habla al gato con familiaridad. Frase sin contexto: criterio propio con las galletas. Sensación barométrica a 30m: límite de portal.”

Darvi miró la anotación. Era la entrada más larga de la libreta. El dato más largo era el que menos entendía.

La niebla empujó. Darvi notó la presión en los oídos

como el descenso de un avión, como el cambio de altitud que comprime los tímpanos. El generador de Toshiro registró la transición: los 55 Hz del bastón bajaron a 40, a 30, a 20. Las frecuencias del portal de Suki se desvanecían más lento que las de otros portales. Como si el portal no quisiera cerrarse. Como si la conexión entre el bosque y la mujer del bastón fuera más fuerte que las conexiones anteriores.

Darvi anotó en la libreta: “Suki. Cristales 55 Hz. Bestias radioactivas. Apremiar ≠ domesticar. La mujer me vio. 0,5 segundos.” Los datos cabían en tres líneas. La experiencia no cabía en ninguna libreta. La experiencia de ser vista vista de verdad. a 30 metros, a través de un límite barométrico, por una mujer que sabía que Darvi estaba ahí pesaba más que los datos. Pero Darvi no tenía formato para registrar el peso de ser vista. Darvi registraba frecuencias y temperaturas y distancias. El peso de ser vista no tenía unidad de medida.

primero como descender en un avión, como el cambio de altitud que comprime los tímpanos. La mujer y el joven y la bestia radioactiva se desdibujaron. Los 55 Hz bajaron a 50, a 40, a 30. A los

20 Hz Darvi dejó de verlos. A los 10 Hz solo quedaba la tierra roja. A los 5 Hz solo quedaba niebla.

Darvi regresó al bosque con tres datos nuevos: 55 Hz, cristales emisores, y una frase sobre galletas que no tenía explicación y que Darvi archivó sin etiqueta porque algunas cosas no se clasifican. Y con algo que no se trataba de dato: la certeza de que la mujer del bastón la había visto. A treinta metros. A través del límite barométrico. La mujer había mirado en dirección a Darvi durante medio segundo antes de mirar al gato. Medio segundo. Suficiente para ver. Insuficiente para confirmar.

Las cruces en la muralla: 33. # Capítulo 029 APARICIONES [D]
[O][K]

* * *

Los árboles se cerraban.

Darvi lo supo por la frecuencia. El tercer árbol, el de Pitágoras, el de Alejandría, el de Descartes bajó de 49 Hz a 43 en dos días. A los 40 Hz los escalones dejaban de funcionar. A los 38, la niebla sellaba la entrada. Darvi había visto el proceso tres veces: la frecuencia bajaba.

La niebla se espesaba, el tronco se enfriaba, y donde había habido un portal quedaba un árbol. Solo un árbol.

Los hemacronos. Darvi no los veía. Los hemacronos operaban en frecuencias que el generador de Toshiro no alcanzaba por debajo de 5 Hz, en el infrasonido, donde el cuerpo humano no escucha pero registra como presión en el pecho y ganas de irse. Darvi sentía las ganas de irse cuando se acercaba a un árbol sellado. Las ganas no eran emocionales. Las ganas eran infrasonido contra los órganos internos.

Quedaban cuatro árboles abiertos. Mañana quedarían tres. El proceso era lineal y predecible: un árbol por día. En cuatro días no quedaría ninguno.

Darvi bajó por el noveno árbol. El de Tesla. 22 escalones. A los 11 escalones la niebla cambió, no bajó a un lugar, la empujó horizontalmente. El portal se dividió. Darvi salió a tres lugares en sucesión rápida, la niebla la arrastraba de uno a otro sin darle tiempo a estabilizarse.

- ○

Primer lugar.

Noche. Luces de escenario. Un escenario pequeño con un micrófono y un hombre cantando algo que sonaba a cumbia procesada por un sintetizador roto. El público era joven, 200 personas, estimación de Darvi. Las luces eran rojas y azules y giraban. El suelo pegajoso de cerveza derramada. El aire olía a tabaco, sudor, cerveza y algo dulce que Darvi identificó como helado. El olor a helado era fuerte, como si alguien tuviera un helado muy cerca de donde Darvi estaba.

Darvi miró hacia la izquierda del escenario.

Una chica. 19 años. Pelo oscuro con mechones de un color que bajo las luces del escenario podía ser morado o rojo. Audífonos al cuello grandes, circumaurales, con el cable enrollado en la correa de la mochila. Pulseras en la muñeca izquierda, Darvi contó siete pulseras de hilo y metal que tintineaban cuando la chica movía el brazo. La chica tenía un helado en la mano derecha, pistacho. La chica lamía el helado mientras miraba al cantante con los ojos entrecerrados, no por el sol (era de noche) sino por concentración.

La chica era Darvi.

El dato entró sin procesamiento previo. Sin análisis. Sin comparación de rasgos. El dato fue instantáneo porque el cuerpo reconoce al cuerpo antes que el cerebro, la postura, la forma de sostener cosas con la mano derecha mientras la izquierda mide, la inclinación de la cabeza a 12 grados cuando algo es interesante. Darvi se vio desde afuera por primera vez.

La chica del helado habló con el cantante. Darvi no escuchó las palabras, la música era demasiado fuerte. Las pulseras tintinearón. La chica se giró. Se perdió entre el público. 200 personas la absorbieron en tres pasos.

Darvi se vio desaparecer.

La niebla tiró.

- ○

Segundo lugar.

Día. Sol. Un parque. Un banco de madera pintado de verde con la pintura descascarada. Dos personas sentadas en el banco. Una chica, la misma chica, los mismos audífonos, las mismas pulseras, el mismo ángulo de 12 grados. Más joven, 17 o 18 años. La chica tenía un helado de pistacho. Borde izquierdo, centro, borde derecho, la chica lamía el helado con un patrón rotacional que cubría la superficie uniformemente.

Junto a la chica, un hombre. Joven, 20 años. El hombre hojeaba un libro pequeño, un almanaque, un cuadernillo de tapas blandas con ilustraciones que Darvi no alcanzó a ver. El hombre hojeaba despacio. Las páginas pasaban con la regularidad de alguien que no lee sino que muestra.

Un Tiny Almanac. El hombre le estaba dando a la chica un Tiny Almanac. Darvi lo supo por el tamaño del cuadernillo, por las tapas, por la forma en que el hombre lo sostenía, no como un libro propio sino como un objeto que se entrega.

El hombre era Damian. Darvi lo supo. No por los rasgos, estaba a 15 metros y la resolución no era suficiente. Lo supo por el gesto: la forma de hojear sin leer. La forma de estar presente sin insistir. La forma de alguien que sirve café en un lugar que no existe y que entrega libros en un banco de parque a una chica que no sabe que el hombre que hojea es el narrador de todo.

Una tercera persona pasó junto al banco. Caminando. Darvi la reconoció por la espalda, la espalda ancha, los hombros tensos, el paso que medía 85 centímetros exactos. Columbo. Columbo pasó junto al banco sin verlos. Tres pasos. Cuatro. Desapareció en la esquina.

Darvi se vio a sí misma más joven, antes de todo esto, recibiendo algo de manos de alguien que ella ahora sabía era el que había registrado todo antes que ella. Y el hombre hojeaba un almanaque con la paciencia de quien sabe que la chica del helado necesitará ese libro en un bosque que todavía no existe.

La niebla tiró.

• ◦

Tercer lugar.

Oscuridad. Una habitación. Un hombre dormido. Darvi lo supo por la respiración: 10 ciclos por minuto, la respiración del sueño profundo. El hombre estaba en una cama. Darvi no vio la cara. La habitación tenía una ventana con cortinas parcialmente abiertas, una

mesa de noche, un vaso de agua. El vaso de agua la frecuencia Darvi midió: 3 Hz, la sacudida de un edificio grande transmitida al mobiliario.

Darvi estaba de pie junto a la cama. El hombre se movió en el sueño. Los ojos del hombre se abrieron parcialmente, REM, movimiento rápido, los ojos escaneando algo que no estaba en la habitación. El hombre murmuró algo. Darvi se acercó. El hombre manifestó:

No puedo ver su rostro.

El hombre hablaba de ella. El hombre soñaba con ella. El hombre veía a una mujer en su sueño y no podía verle el rostro y la mujer era Darvi y Darvi estaba ahí, no en el sueño, en la realidad que el hombre procesaba como sueño. Leonardo. El hombre era Leonardo.

Darvi no tenía nombre para el hombre.

No un nombre en el sentido de identificación personal, un nombre en el sentido de categoría. La figura que apareció a 80 metros de Darvi, entre los troncos del séptimo árbol y la muralla, no correspondía a ninguna categoría del archivo de Darvi. No era Tlanamicxin (demasiado alto). No era un hemacronos (no emitía frío). No parecía un fragmento (era completamente sólido). La figura emitía calor, 37 grados a 80 metros, detectable porque el generador de Toshiro marcó una anomalía térmica puntual en un bosque que mantenía 8 grados uniformes.

La figura vestía una sudadera. Las sudaderas no pertenecían al bosque. Las sudaderas pertenecían al mundo de Darvi, al Nivel -22, a los talleres, a los pasillos donde la gente caminaba con ropa que la protegía del frío industrial de los niveles subterráneos. La sudadera era un dato que conectaba la figura con el mundo de Darvi. La

sudadera era anacrónica en el bosque como el formón de Edi Edi era anacrónico en su taller.

La segunda anomalía: la frecuencia. El generador de Toshiro marcó 000 Hz en la posición de la figura. Cero. No silencio, absorción. La figura absorbía los 432 Hz del bosque como un agujero negro absorbe luz. El campo de frecuencia del bosque se curvaba alrededor de la figura, dejando un hueco de 2 metros de radio donde la frecuencia era nula.

El nombre vino de otra parte, de una parte del cerebro que procesaba datos de fuentes que Darvi no controlaba. El Voynich que Tlanamicxin le había mostrado parcialmente. Las notas del cuaderno de 843 siluetas. Una frecuencia o la ausencia de frecuencia que el generador de Toshiro había registrado como nulidad: cero Hz. No el calma de la ausencia de sonido, sino el silencio de la absorción de sonido. Un cuerpo que no emitía frecuencia en un bosque donde todo emitía 432 Hz era un dato que violaba la termodinámica local. Un cuerpo así no absorbía calor, absorbía la sacudida.

Darvi lo registró a 80 metros de distancia.

Darvi repitió la medición tres veces. Tres pasadas del generador en la misma dirección: 432, 432, 000, 432. La nulidad duraba entre 0.2 y 0.4 segundos y se movía. La segunda medición registró la nulidad 3 grados a la izquierda de la primera, la tercera 5 grados más. La fuente de nulidad se desplazaba. La fuente caminaba.

El gato se detuvo. El gato no maulló, no ronroneó, no se erizó. El gato se sentó y miró en la dirección de la nulidad con una expresión que Darvi no había catalogado en 530 días de observación felina. La expresión no era miedo ni curiosidad ni hambre ni sueño. La

expresión era reconocimiento. El gato reconocía algo en la niebla que Darvi no podía ver.

Darvi apuntó el generador al gato. Los 26 Hz del ronroneo no estaban. El gato estaba en calma total. Pero la frecuencia del gato no era cero. La frecuencia del gato era 432 Hz. Exactamente 432. El gato había adoptado la frecuencia del bosque. O el bosque había adoptado la frecuencia del gato. O las dos cosas eran la misma cosa y Darvi no tenía las páginas de libreta suficientes para resolver la equivalencia.

, a través de la niebla, con el generador de Toshiro apuntando en la dirección de la anomalía. El display del generador mostraba: 432, 432, 432, 000, 432, 432. Un pulso de nulidad de 0.3 segundos. Suficiente para que el campo se partiera. Suficiente para que el dato existiera.

Darvi se quedó de pie junto a la cama de un hombre que soñaba con una mujer sin rostro que era ella. La mujer sin rostro existía. La mujer sin rostro estaba a 60 centímetros de la cara del hombre. La mujer sin rostro tenía un rostro. El hombre no podía verlo porque el hombre estaba dormido y lo que veía era una traducción del sistema el Nexus procesando la presencia de Darvi como dato onírico.

La niebla arrancó. Fuerte. Darvi perdió el equilibrio. El frío llegó de golpe, de 22 a 8 grados en un segundo.

- ○

Secuencia rápida. La niebla se volvió inestable. Portal tras portal. Fragmentos. Darvi vio: Rafael caminando por una calle sin saber su nombre. Annie cocinando con las manos de alguien que no sabía por qué las manos sabían. Locke en un escritorio con la lámpara encendida y un formulario y una taza de café que Locke

sostenía con las dos manos. Los nudillos blancos. Fragmentos de 3 segundos. 5 segundos. 2 segundos. La niebla empujaba y tiraba.

- ◦

Edi Edi Visita 6.

La niebla paró. El portal se estabilizó. El aire cambió: 14 grados, humedad alta, piedra, metal oxidado, algo orgánico que Darvi identificó como sangre seca. La sangre seca tiene un olor que no se parece a la sangre fresca más ferroso, más mineral, como cobre viejo.

Una celda. Paredes de piedra. Sin ventana. Una antorcha en un soporte de hierro que iluminaba un espacio de 2 metros por 3. El suelo de piedra tenía manchas oscuras. Las manchas eran sangre. La sangre era vieja, semanas o meses.

Edi Edi estaba sentado contra la pared del fondo. Vivo. Las manos tenían los mismos callos. Las quemaduras de soldadura. La mandíbula apretada. Las cicatrices lineales. El pelo más largo que en las visitas anteriores, el pelo de alguien que no tiene acceso a herramientas de corte.

Edi Edi escribía. No con tinta. No con lápiz. Con el dedo. En la camisa. El dedo tenía sangre, la sangre salía de un corte en la muñeca izquierda que Edi Edi se había hecho con algo afilado, probablemente una piedra del suelo. El dedo mojado en su propia sangre escribía sobre la tela de la camisa. Las letras eran pequeñas, apretadas, legibles solo a 30 centímetros.

Edi Edi estaba escribiendo un almanaque. Con sangre. Sobre la camisa. En una celda.

Darvi no estaba adentro. Darvi estaba afuera, separada por algo que no era vidrio, no era cristal, no era pared. Algo que el Nexus

ponía entre ella y él. La barrera era transparente. La barrera tenía temperatura: 14 grados. Un segundo después, la misma temperatura que las plumas del dragón. Cerca de ahí, la misma temperatura de la barrera de la visita 4 con Wang Zhenyi. 14 grados era el precio de mirar sin tocar.

Darvi sabía lo que pasaría. Darvi sabía que Edi Edi había sido decapitado. Lo había leído. Lo había registrado como dato. Dato: Edi Edi, decapitado, Libro V, Temporada 19. El dato había sido abstracto. El dato era ahora un hombre sentado contra una pared escribiendo con su propia sangre en una camisa porque no tenía otra forma de dejar algo antes de que le cortaran la cabeza.

Edi Edi levantó la vista. Miró hacia donde Darvi estaba. Los ojos oscuros. Los ojos no la vieron. Los ojos miraron a través de la barrera sin registrar nada como mirar una pared y ver pared. Pero miró. El ángulo era correcto. La dirección era correcta. Los ojos de Edi Edi apuntaron a los ojos de Darvi durante 3 segundos.

Darvi puso la mano en la barrera. La barrera estaba fría. 14 grados. La palma de Darvi estaba a 33 grados. Más allá, la diferencia de 19 grados era la distancia entre ella y él. 19 grados medidos en temperatura. Sin aviso. La distancia no se medía en metros. La distancia se medía en grados y en capítulos, en el hecho irreversible de que Darvi podía verlo y él no podía verla, él iba a morir y ella lo sabía. No podía decirle y no podía tocarlo y no podía romper los 14 grados de barrera que separaban ver de hacer.

La niebla arrancó a Darvi del portal. Violenta. Física. Darvi cayó de rodillas en las hojas mojadas del bosque. Las rodillas contra el suelo: 8 grados. El gato estaba a su lado. Las manos de Darvi tenían

tierra. La tierra estaba a 6 grados. Las manos temblaban. No por el frío.

Detrás de ella, el noveno árbol se selló. La frecuencia bajó a 38 Hz y la niebla cubrió la entrada y el tronco se enfrió. No quedaban más árboles-portal. Los hemacronos habían cerrado todos los caminos.

Darvi se quedó de rodillas en las hojas mojadas durante un tiempo que no midió. El ave de madera estaba en la cueva. 47 gramos. El gato estaba a su lado. 3.2 kilogramos. Los 432 Hz seguían.

Las cruces en la muralla: 34. # Capítulo 030 WHEELER [D][O]
[K]

* * *

El décimo-segundo día sin portal. Darvi se sentaba junto a los árboles sellados y medía la capa de hielo que los cubría: -8 grados estables, 0,3 milímetros de grosor, textura opaca y uniforme. La medición era inútil, los datos no cambiaban.

La barrera no cedía, los portales no se abrían. Pero Darvi medía porque medir era lo que hacía y dejar de medir sería dejar de ser Darvi y dejar de ser Darvi no era una opción que el cerebro permitiera.

El gato se sentaba junto a Darvi durante las mediciones. El gato no medía. El gato esperaba. La espera del gato era diferente a la espera de Darvi: Darvi esperaba con instrumentos, el gato esperaba con paciencia. Las dos esperas producían el mismo resultado, nada, pero las dos esperas costaban diferente. Darvi gastaba baterías del generador. El gato gastaba calorías. Darvi no podía reponer baterías. El gato podía reponer calorías con nueces.

El portal se abrió en el primer árbol. No un portal de descenso, un portal lateral. La niebla se abrió horizontalmente y mostró un

campus universitario con árboles de hoja caduca y un edificio de ladrillo con ventanas altas. La temperatura del portal era 22 grados. La frecuencia era 7,83 Hz puros, sin los 432 del bosque. El portal más limpio que Darvi había visto. Sin interferencia. Sin residuo. Como si este portal fuera diferente a los otros, como si este portal no conectara con el pasado sino con algo más cercano.

No quedaban árboles. Los hemacronos los habían sellado todos. 36 cruces en la muralla. 36 puertas cerradas. Darvi llevaba cuatro días sin portal. Cuatro días de cueva y nueces, agua del arroyo y 432 Hz, 8 grados y el gato y nada más.

Al quinto día, el tercer árbol se abrió.

Darvi lo supo porque el generador de Toshiro fluctuó. De 432 a 430 a 425 a 419 a 432 otra vez. La fluctuación duró 3 segundos. Darvi caminó hasta el tercer árbol. La corteza estaba sellada, la superficie fundida, la cruz visible. Pero al tocar la corteza, la temperatura era diferente. No 2 grados como los otros árboles sellados. 14 grados.

14.

Darvi empujó. La corteza cedió. No se rompió, se abrió. La corteza se separó en dos mitades, las bisagras estarían debajo de la superficie sellada. Los escalones estaban ahí. 19 escalones descendiendo.

Darvi bajó. Sin medir. Sin contar. La última vez.

Temperatura: 21 grados. Aire: tiza, libros, algo que Darvi identificó como café institucional, el café que hacen las máquinas de los pasillos de las universidades, con un sabor que no es café sino la idea de café procesada por plástico y electricidad. El aire tenía historia: las partículas de tiza contenían carbonato de calcio y

silicato, tiza de pizarrón, no de cera. El café tenía la temperatura de algo preparado hace 20 minutos. Los libros olían a los años 90, el papel de los 90 tenía más dióxido de titanio que el de décadas anteriores, un blanqueador que Darvi podía distinguir.

Una oficina. Pequeña. Llena de libros. Los libros cubrían las paredes del suelo al techo. Los libros estaban sobre el escritorio, sobre la silla del visitante, sobre el suelo. Algunos estaban abiertos. Otros tenían marcadores, tiras de papel con ecuaciones escritas a mano que sobresalían como lenguas.

Un hombre estaba sentado detrás del escritorio. Viejo. Muy viejo. Darvi estimó: 90 años. La piel del rostro era papel. Las manos temblaban, no el temblor de Joplin, el temblor de los años. Pero los ojos. Los ojos estaban lúcidos. Los ojos tenían la claridad de alguien que ha visto el interior de las cosas y no ha olvidado lo que vio.

Frente al hombre, un estudiante. Joven. 25 años. Cuaderno abierto. Lápiz en la mano. La expresión del estudiante era la de alguien que quiere entender pero que no entiende y que sabe que no entiende y que sigue intentando.

Imagina - expresó el hombre viejo - que hay un solo electrón en el universo.

El estudiante asintió. El asentimiento era prematuro, el estudiante asentía antes de entender porque asentir era lo que se hacía frente a un hombre de 90 años con ojos lúcidos en una oficina llena de libros en Princeton.

Un solo electrón repitió el hombre. Que viaja hacia adelante en el tiempo. Y que cuando llega al final, se da vuelta. Y viaja hacia atrás. Ahí, y que cuando llega al principio, se da vuelta otra vez. Entonces, y otra vez. Y otra vez. Un solo electrón rebotando en el tiempo, yendo y

viniendo, creando con cada pasada la ilusión de que hay múltiples electrones. Pero no los hay. Hay uno. Solo uno. Yendo y viniendo. Para siempre.

El estudiante abrió la boca. La cerró. Escribió algo en el cuaderno. Lo tachó. Escribió otra cosa.

Entonces - dijo el estudiante, ¿cada electrón que vemos es el mismo electrón en un momento diferente de su viaje?

Sí.

¿Y los positrones?

Son el mismo electrón viajando hacia atrás. Cuando el electrón viaja hacia atrás en el tiempo, la carga se invierte. Lo que vemos como materia y antimateria es lo mismo visto desde dos direcciones temporales.

El estudiante escribió. El lápiz se rompió. El estudiante sacó otro lápiz. Darvi registró: el estudiante llevaba tres lápices. Preparación para el ritmo de la conversación.

Darvi estaba en la esquina de la oficina. El gato estaba en el regazo del hombre viejo. Darvi no supo cuándo el gato había llegado al regazo. El gato estaba ahí, acurrucado entre las manos temblorosas y el escritorio, los 3,2 kilogramos sobre las piernas de 90 años. El hombre acariciaba al gato sin dejar de hablar. La mano derecha acariciaba. La mano izquierda señalaba diagramas en un papel. Las dos manos hacían cosas diferentes con la misma naturalidad.

La razón por la que todos los electrones son idénticos continuó el hombre es que solo hay uno. No se parecen. Son. El mismo. En momentos diferentes.

Darvi escuchó. Los datos entraron y se alinearon con los datos que ya tenía. Si hay un solo electrón. Y ese electrón viaja en el tiempo. Y ese electrón crea la ilusión de materia cuando va hacia adelante y antimateria cuando va hacia atrás. Entonces.

Darvi sabía cosas que el hombre viejo no sabía. Darvi sabía que el electrón tenía un nombre. Willie. Y que Willie era Damian. Y que Damian era Huitzilopochtli. Cerca de ahí, y que Huitzilopochtli servía café en un jardín que dos personas en un laboratorio en México habían visto al sincronizar sus cerebros a 7,83 Hz. Con cuidado. Y que el electrón no viajaba solo, el electrón observaba. El electrón registraba. El electrón era el narrador.

El hombre viejo se inclinó hacia adelante. El gato ajustó la posición, el movimiento fue mínimo, un desplazamiento de 2 centímetros hacia la derecha para compensar el cambio de ángulo del regazo. El hombre y el gato se movían en coordinación sin haberse puesto de acuerdo.

It from bit - replicó el hombre.

El estudiante levantó la cabeza.

La realidad emerge de la observación - dijo el hombre. No hay realidad sin observador. El acto de medir crea lo que se mide. El acto de observar crea lo que se observa. No es que la realidad esté ahí esperando a ser descubierta. La realidad se construye con cada observación.

Darvi habló. La voz salió sin permiso, la voz salió porque el dato era demasiado grande para quedarse dentro.

Yo observo - declaró Darvi.

El hombre viejo la miró. Los ojos lúcidos la encontraron en la esquina de la oficina. Los ojos no se sorprendieron. Los ojos de 90

años que habían visto el interior de las cosas miraron a Darvi con la calma de quien recibe un dato esperado.

Entonces tú creas - expresó el hombre.

El dato entró. El dato se alineó. El dato ocupó un espacio que no existía antes. Darvi observaba. Darvi medía. Darvi registraba. Y al observar, al medir, al registrar Darvi creaba. La Constante no era constante porque resistiera. La Constante era constante porque medía. Y medir era crear. Y crear era mantener el electrón oscilando. Y mantener el electrón oscilando era mantener la realidad existiendo.

El hombre viejo siguió hablando. El estudiante siguió escribiendo. Afuera, el gato siguió durmiendo. En ese instante, el ronroneo era 26 Hz. La tiza era carbonato de calcio. El café era plástico y electricidad. Los libros eran dióxido de titanio. El hombre era 90 años de claridad en una oficina de Princeton explicando la mecánica del universo a un estudiante que no entendía y a una mujer de otro plano que sí entendía y a un gato que dormía.

El gato no hizo nada. Pavlov no volcó café. No rompió lentes. No asustó palomas. Despacio, no se sentó en un instrumento. Sin decir nada, no persiguió nada. Pavlov durmió en el regazo de un hombre de 90 años que acariciaba un gato mientras explicaba que la realidad emerge de la observación.

Ratio actualizado: 73 presas perseguidas, 0 consumidas, 2 portales sin incidente.

La niebla fue lenta. La más lenta de todas las transiciones. La oficina se diluyó gradualmente, primero los bordes, después los libros, después el estudiante, después el escritorio. El hombre viejo

fue lo último. La mano acariciando al gato fue lo último del hombre. El gato fue lo último del último.

Darvi salió al bosque. El tercer árbol se selló detrás de ella. La corteza subió a 45 grados. Bajó a 2. Se fundió. La cruz número 37.

37. Todos los árboles sellados. Todos los portales cerrados. Todas las puertas al pasado clausuradas por los hemacronos oscuros. Los escalones no existían. Las temperaturas de otros siglos no existían. Las personas que construyeron el mundo seguían ahí, en sus siglos, un gato con artritis había construido junto a ellas.

Darvi caminó hasta la cueva. Se sentó. Sacó la libreta. Página 39 de 40. Penúltima página. Escribió:

*It from bit.

Darvi repitió la frase en la libreta. La libreta tenía pocas páginas, página 37 de 40, y Darvi reservaba espacio para datos, no para filosofía. Pero “it from bit” ocupaba 3 palabras y 9 letras, Darvi las escribió porque las 3 palabras pesaban más que las 37 páginas anteriores de mediciones.

El viejo porque era viejo, 78 años estimados por las manchas en las manos y la curvatura torácica y la velocidad reducida del paso, había hablado durante 40 minutos. Darvi no entendió todo. Darvi entendió esto: el electrón existe porque alguien lo mide. No metafóricamente, literalmente. El acto de medición no revela la posición del electrón. El acto de medición CREA la posición del electrón. Sin observador, no hay electrón. Sin electrón, no hay materia. Sin materia, no hay nada. Darvi había medido el bosque durante 510 días. Darvi había medido cada temperatura, cada distancia, cada frecuencia, cada duración, cada peso, cada ángulo. Y

según Wheeler, según el viejo que caminaba despacio entre los árboles del campus,

un campus con bancas de madera y senderos de grava y edificios de ladrillo que tenían la solidez de instituciones que llevan décadas pensando. El viejo caminaba con un bastón de aluminio, funcional, sin frecuencia propia, un instrumento de equilibrio y nada más. Los pasos del viejo eran cortos, 40 centímetros, contra los 70 de un adulto sano. Darvi midió: 40 centímetros por paso, 0,8 pasos por segundo, velocidad de 0,32 metros por segundo. A esa velocidad el viejo tardaría 50 minutos en cruzar el campus. El viejo no tenía prisa. El viejo tenía 78 años y una idea sobre el universo que explicaba todo y que nadie le creía del todo y que él seguía explicando a quien quisiera escuchar con la misma paciencia con la que caminaba: despacio.

Con bastón, sin prisa.

El gato caminó junto al viejo durante 400 metros. El viejo no se sorprendió. Arriba, el viejo le habló al gato en inglés, con la cadencia de alguien que lleva décadas hablando a audiencias que asienten sin entender. Más allá, el gato asintió sin entender. La dinámica era perfecta.

Con un gato artrítico siguiéndolo, cada medición de Darvi había creado lo que medía. Darvi no observaba el bosque. Darvi generaba el bosque.

El viejo se detuvo frente al cuarto árbol. El cuarto árbol estaba sellado; la capa de hielo cubría el tronco. El viejo puso la mano en el hielo. La mano del viejo tenía manchas de edad, queratosis actínica, la marca de décadas bajo el sol de Princeton que este hombre había cambiado por el frío de un bosque imposible.

El viejo habló. Darvi no entendió todo el viejo hablaba en inglés, y el inglés de Darvi era funcional pero no fluido. Pero entendió esto: “The universe is not out there. There is no out there out there.” El universo no está ahí fuera. No hay ahí fuera ahí fuera.

Darvi anotó la frase en la libreta con la traducción al español debajo. La frase ocupó 2 líneas de la página 37. Le quedaban 3 páginas. Le quedaban 3 páginas y la frase más importante que había escuchado en 510 días.

El gato se acercó al viejo. El viejo se agachó; el movimiento le costó, las rodillas protestaron de una forma que Darvi reconoció porque las rodillas de Darvi protestaban igual después de 267 escalones en un día. Antes de que pudiera reaccionar, el viejo acarició al gato. Con cuidado, el gato ronroneó. Los 26 Hz. El viejo sonrió.

“Este uno mide de forma diferente”, dijo el viejo, mirando al gato. “Este uno mide con todo el cuerpo.”

El gato mide de forma diferente. El gato mide con todo el cuerpo.

Darvi lo anotó. Página 37. Última anotación que cabía en la línea. El generador de Toshiro registró la frecuencia del viejo: 7,83 Hz. Resonancia Schumann pura. El viejo estaba en sintonía con la Tierra. No con el bosque, con la Tierra. El viejo pertenecía al planeta, no al lugar entre los portales.

La niebla empezó a empujar. El viejo siguió acariciando al gato. La niebla se llevó al viejo con el gato en las manos. Darvi vio las manos del viejo en el pelo del gato y el pelo del gato en las manos del viejo, después la niebla y después los 432 Hz y después el bosque.

La realidad emerge de la observación. Yo observo. Yo creo. La Constante mide. Y medir es crear. Un electrón. Un solo electrón.

Yendo y viniendo. Para siempre. Willie. Damian. Huitzilopochtli. El que sirve café. El que narra. El que observa al que observa.

Cerró la libreta. Una página en blanco. La última.

El gato ronroneó a 26 Hz. La frecuencia del bosque siguió. La puerta de la muralla seguía cerrada. Las cruces sumaban 37. Los árboles sumaban cero.

La nuez de Tlanamicxin pesaba 12 gramos en el bolsillo izquierdo. El ave de Edi Edi pesaba 47 gramos en el bolsillo derecho. El generador de Toshio pesaba 47 gramos en la caja de Valeria. El reproductor pesaba 340 gramos. Sin batería. Sin música. Los audífonos pesaban 78 gramos. Sin señal.

Darvi cerró los ojos. El cerebro no paró. El cerebro no paraba nunca. Pero el cerebro tenía algo nuevo: una dirección. No un plan. Darvi no hacía planes. Una dirección. “It from bit”. La realidad emerge de la observación. La puerta se abriría cuando Darvi la midiera correctamente.

El dato fue el primero que Darvi archivó con etiqueta: “hipótesis operativa pendiente de verificación”. Pero la función era la misma. #
T E M P O R A D A 4

LA PUERTA SE ABRE

Capítulo 031 SOLA

* * *

Cuatro días sin portal. Cuatro días de cueva y nueces, agua del arroyo y 8 grados, el gato y nada más. La muralla tenía 37 cruces. Los árboles tenían 0 portales abiertos. El generador de Toshiro marcaba 432 Hz constante en todas las direcciones. El bosque era un cuarto cerrado con paredes de niebla y techo de copas y suelo de hojas mojadas.

El cuerpo de Darvi: 52 kilogramos. Estimación. Darvi no tenía báscula pero calculaba por el espacio entre los huesos de la muñeca y la piel el espacio había crecido medio centímetro desde los primeros días del bosque. Medio centímetro de distancia entre hueso y piel equivalía a una pérdida de entre 4 y 6 kilogramos según las tablas que Darvi había memorizado del manual de salud del Nivel -28. Los dientes dolían. No todos el segundo premolar inferior izquierdo, el que tenía la recesión de encía desde el taller. Las encías sangraban cada tercer día al masticar nueces. La sangre sabía a hierro y a nuez simultáneamente. El hierro indicaba hemoglobina liberada. La nuez indicaba que el desayuno estaba en curso.

Las manos de Darvi tenían callos nuevos. 540 días de fricciones que las manos del taller no habían conocido: abrir nueces con piedra producía callosidad en la base del pulgar, cargar el generador de Toshiro producía callosidad en el dedo índice de la mano derecha,

trepar los escalones de raíz de los árboles-portal producía callosidad en la parte interna de los dedos. Las manos de Darvi eran un mapa geológico del bosque escrito en queratina. Un dermatólogo podría reconstruir la rutina de Darvi con solo mirar los callos.

La cueva tenía un mapa térmico que Darvi había aprendido en los primeros 30 días. La esquina norte la más profunda, la más alejada de la entrada mantenía 11 grados constantes. La entrada fluctuaba entre 6 y 14 según la niebla. El centro, donde Darvi dormía, promediaba 9.5. El gato se acostaba siempre 40 centímetros más cerca de la entrada que Darvi. Antes de que pudiera reaccionar, el gato prefería 8.5 grados a 9.5. Cerca de ahí, el gato tenía criterio térmico propio que no coincidía con el sentido común de la termorregulación felina. Los libros del Nivel -28 decían que los gatos buscaban calor. El gato de Darvi buscaba 8.5 grados. Los libros del Nivel -28 no habían conocido al gato de Darvi.

El agua del arroyo llegaba a la cueva por un canal que Darvi había excavado con una piedra plana el día 87. El canal tenía 4 metros de largo, 8 centímetros de ancho y 3 de profundidad. La pendiente era de 2 grados suficiente para que el agua corriera por gravedad. El agua llegaba a un hueco de piedra natural que funcionaba como depósito. Capacidad: 1.2 litros. Darvi consumía 1.8 litros diarios. Rellenaba el depósito dos veces al día. El arroyo nunca se secaba. Darvi no sabía de dónde venía el agua. Darvi medía el caudal cada semana: 0.3 litros por minuto constante. Un arroyo que producía 432 litros al día de agua a 6 grados en un bosque donde no llovía era un dato que no cuadraba con ningún modelo hidrológico que Darvi conociera. Darvi lo anotó en la libreta como “anomalía hídrica #1” y

no volvió a pensar en ello porque pensar en anomalías irresolubles consumía energía que las nueces no reponían.

Darvi hizo inventario.

No inventario emocional, inventario de datos. Sacó la libreta. Página 40 de 40. La última página. Escribió pequeño.

Épocas visitadas: 23. Personas encontradas: 31. Desastres de Pavlov: 19. Portales sellados: todos. Animales en el claro: 8 (gato, mapache, 2 hurones, ardilla, oso, murciélago, colibrí). Días en el bosque: estimación 540. Temperatura promedio: 7.8 grados. Frecuencia constante: 432 Hz. Visitas a Edi Edi: 6 (4 con reconocimiento, 1 sin reconocimiento, 1 a través de barrera). Páginas restantes: 0.

El lápiz se detuvo. Darvi miró la lista. La lista era los datos de su vida en el bosque comprimidos en una página. La página estaba llena. La libreta de Valeria estaba llena.

Darvi arrancó la tapa de la libreta. El cartón interior era blanco. Espacio para 40 palabras más si escribía pequeño. Darvi escribió el patrón.

Cada desastre de Pavlov produjo algo.

Lo escribió como tabla. Dos columnas. Columna A: desastre. Columna B: consecuencia.

Gato persigue palomas → Biblioteca de Alejandría se quema → textos reconstruidos de memoria generan preguntas nuevas. Gato se sienta en mapa → tinta se corre → 500 años de debate cartográfico. Sin aviso, gato rompe lente → Galileo descubre imperfección → óptica mejorada. Ahí, gato apaga estufa → Descartes muere de frío → filosofía sobrevive intacta. Gato en teclado → Dick escribe VALIS. Gato pisa mandala → Jung inventa arquetipo felino. De golpe, gato

roba bobina → planos de Tesla desaparecen. Sin decir nada, gato se sienta en instrumento → instrumento afina por primera vez. Gato derrama café sobre mapa → pueblo se salva.

Ratio final: 73 presas perseguidas, 0 consumidas, 19 desastres causados, 19 consecuencias generadas. La termodinámica del gato era absurda. La termodinámica del gato funcionaba.

Darvi era el error. Darvi lo sabía desde Wheeler. La Constante. La medición que impide que el electrón deje de oscilar. Pero ahora Darvi veía la segunda capa: La Constante no era pasiva. La Constante no solo observaba. La Constante al estar presente durante los errores era lo que convertía los errores en motor. Sin observador, el error es ruido. Con observador, el error es dato. Y el dato genera.

No se trataba de consuelo. Era dato. Darvi no necesitaba consuelo. Darvi necesitaba datos. Los datos eran la forma en que Darvi construía suelo debajo de los pies.

El gato se subió a la libreta. 3.2 kilogramos sobre la tapa de cartón. Darvi esperó. El gato no se movió. Darvi sacó la libreta de debajo del gato. El cartón tenía una marca de pata, la almohadilla izquierda, impresa en la tinta fresca de la tabla. La marca cubría parcialmente la columna B. La marca del gato sobre las consecuencias de las marcas del gato. Recursividad.

El mapache apareció. Robó dos nueces. Darvi no lo detuvo. El mapache tenía sistema. El sistema llevaba 540 días funcionando.

La ardilla se erizó. 3 segundos. Nada visible. La ardilla se des-erizó. La ardilla se erizaba por cosas que Darvi no podía medir. Darvi había dejado de intentar medir lo que la ardilla medía. Algunos instrumentos son superiores a otros.

Darvi midió al murciélago: 18 gramos. Envergadura: 25 centímetros. Las orejas del murciélago eran desproporcionadas, 3 centímetros de largo en un cuerpo de 5, la ratio más alta que Darvi había visto en un mamífero. Las orejas rotaban independientemente, la izquierda hacia la cueva, la derecha hacia el exterior. El murciélago era un radar biológico que monitorizaba dos direcciones simultáneamente. Darvi lo envidiaba. Darvi solo podía monitorizar una dirección a la vez sin instrumentos.

La transferencia de punto de anclaje no fue inmediata. Los primeros tres días después de que Tlanamicxin se fuera, el murciélago siguió colgando del borde del refugio de piedra de Tlanamicxin. Al cuarto día, el murciélago se movió: recorrió los 200 metros entre el refugio y la cueva de Darvi durante la noche y al amanecer estaba colgando del borde de la cueva con las alas plegadas y los ojos cerrados. Darvi lo descubrió al salir: 18 gramos de murciélago a 30 centímetros de la cara de Darvi, cabeza abajo, con una expresión que en un humano habría sido indignación por haber sido despertado. En un murciélago era simplemente una cara de murciélago. Darvi no proyectaba emociones humanas en los animales del bosque. Darvi proyectaba mediciones.

El murciélago colgaba del borde de la cueva de Darvi. Cabeza abajo. Desde que Tlanamicxin se fue, el murciélago colgaba de la cueva de Darvi. Transferencia de punto de anclaje.

El oso no estaba. El oso nunca estaba cuando Darvi quería saber dónde dormía el oso. Cerca de ahí, el oso estaba cuando Darvi no lo buscaba. Al fondo, el oso tenía el comportamiento de un dato cuántico: existía cuando no se lo medía.

El murciélago desplegó las alas. Las alas del murciélago medían 28 centímetros de envergadura. Darvi lo había medido el día 134, cuando el murciélago se colgó por primera vez de la entrada de la cueva. Las alas se desplegaron y se replegaron 3 veces en 4 segundos. Darvi no había visto al murciélago hacer eso. El murciélago dormía de día. El murciélago era nocturno. Pero ahora era mediodía y el murciélago estaba despierto y las alas se movían y las orejas enormes, desproporcionadas, que eran el verdadero instrumento de medición del murciélago estaban orientadas hacia la muralla.

Todos los animales del claro estaban orientados hacia la muralla. 8 animales. 16 orejas (contando las 2 del gato como adicionales a las del murciélago). Todas hacia el mismo punto. Darvi calculó la convergencia: si trazaba líneas desde cada animal hacia el punto donde sus orejas apuntaban, las líneas se cruzarían en un punto de la muralla a 2.3 metros a la derecha de la puerta y a 4.5 metros de altura. Un punto específico. Un punto donde la madera de la muralla era más delgada. Darvi lo sabía porque había tocado cada metro cuadrado accesible de la muralla durante los primeros 200 días y en ese punto el grosor de la madera era de 8 centímetros contra los 15 del promedio.

El colibrí llegó. El colibrí normalmente llegaba al atardecer. Eran las 6 de la mañana. El colibrí estaba 12 horas adelantado. El colibrí se detuvo en el aire, alas a 80 batidos por segundo, cuerpo inmóvil, pico apuntando hacia la muralla y se quedó suspendido durante 14 segundos mirando el mismo punto que los demás animales. 14 segundos de un colibrí inmóvil era más dato que 14 páginas de la libreta de Darvi.

Los hurones pasaron. Sincrónicos.

Darvi había medido la sincronía de los hurones 412 veces en 540 días. La sincronía era perfecta: los dos animales se movían con un desfase de 0 milisegundos. Cero. No aproximadamente cero, cero. Darvi lo midió con el generador de Toshiro: las pulsaciones que los pasos de los hurones producían en el suelo eran indistinguibles. Dos fuentes de la frecuencia idéntica que producían una sola señal. Los hurones eran o el mismo animal repetido o dos animales con un sistema de coordinación que excedía cualquier mecanismo neuromuscular conocido. Darvi los había observado dormir: dormían enroscados uno sobre el otro, las cabezas en direcciones opuestas, las colas cruzadas. El nudo de hurones. La temperatura del nudo era 40 grados, 2 grados más que la temperatura individual de cada hurón. El nudo era más caliente que sus partes. Darvi los contó como uno. El colibrí llegó al atardecer. 14.000 kilómetros de vuelo por un insecto. El insecto estaba en el musgo del tercer árbol. El colibrí comió y se fue. Eficiencia energética: cuestionable. Compromiso: indiscutible.

La noche llegó. La temperatura bajó a 4 grados. Darvi se metió en la cueva. El gato se acostó en el pecho de Darvi. 3,2 kilogramos. 38 grados. 26 Hz.

Darvi cerró los ojos. El cerebro procesó los datos del inventario en bucle: destrucción → creación → destrucción → creación. El patrón no tenía fin. A lo lejos, el patrón era el electrón de Wheeler rebotando en el tiempo. Despacio, el patrón era el gato rompiendo cosas. El patrón era Darvi midiendo cosas. El patrón era el universo cometiendo errores y los errores siendo lo más interesante que le pasaba al universo.

El dato no era consuelo. El dato era dato.

Era suficiente.

La noche del día 540 fue igual a las 539 anteriores y diferente a todas. Igual: 4 grados, gato en el pecho, 26 Hz, cueva, piedra, oscuridad. Diferente: la libreta estaba llena. Las 40 páginas y la tapa de cartón contenían todo lo que Darvi había medido y todo lo medido era todo lo que Darvi tenía y todo lo que tenía era suficiente.

Darvi contó las nueces restantes: 23. A 6 nueces por día, las nueces duraban 3,8 días. El arroyo seguía produciendo 0,3 litros por minuto. El fuego duraba mientras hubiera hongos bioluminiscentes. Los hongos crecían en la base de los árboles-portal. Los árboles-portal estaban cerrados pero seguían creciendo hongos. Los hongos no dependían de los portales, sino de la madera. La madera era constante. La constante era Darvi. La recursividad no le molestó.

Era suficiente. # Capítulo 032 EL REPRODUCTOR

** ** *

El reproductor de cintas magnéticas había estado muerto desde el primer día. Darvi lo había examinado 14 veces. El diagnóstico era siempre el mismo: batería agotada, circuito de alimentación intacto, cabezal de lectura funcional, motor de arrastre operativo. El reproductor necesitaba electricidad. El bosque no tenía electricidad.

Darvi había documentado los 14 intentos. Intento 1, día 42: conectar el generador de Toshiro directamente al circuito de alimentación del reproductor. Resultado: el generador de Toshiro producía frecuencia, no corriente. Los 432 Hz no eran electricidad. Los 432 Hz eran el estremecimiento. El reproductor necesitaba electrones moviéndose por un cable. Darvi le ofreció ondas. El reproductor no las aceptó.

Intento 4, día 115: Darvi construyó un generador termoelectrico con dos piedras del arroyo y un trozo de cobre del interior del generador de Toshiro. La diferencia de temperatura entre las piedras una calentada al fuego, otra del arroyo era de 53 grados. Los 53 grados producían 0,02 voltios. El reproductor necesitaba 3. La relación entre lo que Darvi tenía y lo que necesitaba era de 1 a 150. Darvi habría necesitado 150 generadores termoelectricos en serie. Darvi tenía un trozo de cobre.

Intento 9, día 311: el gato se sentó sobre el reproductor durante la noche. Por la mañana, la pantalla del reproductor mostró un destello de 0,3 segundos un destello verde, el verde del LCD encendiéndose y apagándose antes de que Darvi pudiera leer nada. El gato pesaba 3,2 kilogramos. La temperatura corporal del gato era 38 grados. La presión del gato sobre el circuito del reproductor había producido algo no electricidad. algo. Darvi repitió el experimento: puso al gato sobre el reproductor. El gato se fue. Darvi puso al gato otra vez. El gato se fue otra vez. El gato tenía criterio propio con los experimentos. El destello no se repitió.

Intento 14, día 487: Darvi encontró hongos bioluminiscentes en la base del tercer árbol-portal. Los hongos emitían luz sin electricidad pero la luz era fotones, no electrones. Darvi necesitaba electrones. Los hongos le daban fotones. El bosque entero le daba frecuencias, fotones, la frecuencia, calor. El bosque le daba todo excepto lo que el reproductor necesitaba.

Darvi dejó de intentar. El reproductor se quedó en el bolsillo de la sudadera, junto a la nuez de Tlanamicxin y el ave de Edi Edi, como un dato sin función. Un dato muerto de 127 gramos que Darvi

cargaba porque cargar cosas muertas era una forma de recordar que alguna vez estuvieron vivas.

El día 503 fue diferente.

Darvi estaba en la cueva, organizando el inventario semanal nueces contadas, agua medida, leña clasificada por humedad relativa cuando el gato se subió al reproductor por tercera vez en el mes. 3,2 kilogramos sobre 127 gramos de aparato muerto. Darvi no le dio importancia. El gato se subía a todo. El gato se había subido a equipos de Tesla. a cuerdas de Pitágoras, a frijoles sagrados, a manuscritos de poetas. El gato se subía a las cosas porque las cosas existían para ser aplastadas por gatos.

Pero esta vez el gato se quedó más tiempo. 14 minutos. El gato normalmente se sentaba en una superficie entre 3 y 8 minutos antes de cambiar. 14 minutos era anomalía. Darvi lo registró en la libreta: “Día 503. Gato sobre reproductor. 14 min. Sin precedente.”

Al minuto 15, los hongos bioluminiscentes de la pared de la cueva se encendieron. No los hongos cercanos los hongos de la esquina noroeste, a 3 metros del gato y el reproductor. Los hongos producían 0,4 candelas normales. Los hongos pasaron a producir 1,2 candelas. Triple intensidad. La esquina de la cueva se iluminó con un verde que Darvi no había visto en meses.

Darvi midió la conexión: gato sobre reproductor + hongos bioluminiscentes a triple intensidad = ¿causalidad? ¿correlación? ¿coincidencia? Darvi necesitaba más datos. Darvi siempre necesitaba más datos. Los datos eran la droga de Darvi y la droga nunca era suficiente.

Darvi conectó los hongos al reproductor. No directamente no había cable. Darvi puso los hongos contra el reproductor. La

bioluminiscencia de los hongos producía fotones. Los fotones no eran electrones. Pero el generador de Toshiro registró algo: cuando los hongos a triple intensidad tocaban la carcasa del reproductor, el campo de 432 Hz del bosque producía una microinducción en el circuito muerto del aparato. No voltaje inducción. Una sombra de corriente. Un fantasma de electricidad. 0,003 voltios. Insuficiente para encender la pantalla. Insuficiente para girar el motor. Pero suficiente para que el circuito registrara: vivo.

El reproductor no estaba muerto. El reproductor estaba en un coma de 0,003 voltios del que los hongos bioluminiscentes y un gato de 3,2 kilogramos lo habían despertado parcialmente.

Darvi necesitaba más hongos. Darvi necesitaba más gato. Darvi tenía un gato y un bosque lleno de hongos. La ecuación era solucionable. La solución requería tiempo y paciencia y la disposición de un gato artrítico a sentarse sobre un reproductor de cintas magnéticas durante períodos superiores a 14 minutos.

El gato se fue a los 16 minutos. Los hongos bajaron a 0,4 candelas. El reproductor volvió a 0,000 voltios.

Darvi anotó: “Reproducibile. Requiere gato + hongos + tiempo > 14 min. Problema: gato no coopera.”

El gato se sentó en la entrada de la cueva y se lamió la pata izquierda. El gato no sabía que había resucitado parcialmente un aparato electrónico con su peso corporal y su calor. Entonces, el gato no sabía que era un desfibrilador felino. Detrás, el gato se lamía la pata.

Día 498. El quinto intento con los hongos. Darvi conectó 150 hongos bioluminiscentes en serie con cable de cobre del generador de Toshiro. 3,1 voltios. Suficiente. Darvi conectó el reproductor. La

pantalla LCD se encendió verde, nítida, con un display que mostraba: “PLAY >”. Darvi presionó play. La cinta giró. El cabezal de lectura tocó la cinta magnética. Sonido. Sonido real. no destello de 0,3 segundos. Sonido continuo.

Estática. Debajo de la estática: una voz. La voz era masculina, grave, con la cadencia de alguien que habla sin audiencia la cadencia de alguien que graba un mensaje para nadie específico, o para alguien que todavía no existe. Darvi no distinguió las palabras. La calidad de la cinta estaba degradada los hongos producían 3,1 voltios pero con fluctuaciones de $\pm 0,4$ que hacían que el motor de arrastre variara la velocidad y la velocidad variable distorsionaba el audio.

La voz habló durante 4 minutos y 23 segundos. Después la cinta se detuvo. Los hongos se apagaron los 150 hongos murieron simultáneamente, como si la energía que producían tuviera un límite de uso. 4 minutos y 23 segundos era el límite. Darvi tenía 4 minutos y 23 segundos de una voz que no entendió en una cinta que no podría volver a reproducir hasta que recolectara otros 150 hongos.

Darvi tenía los hongos bioluminiscentes.

Los hongos crecían en la base del tercer árbol el sellado, el de 19 escalones que ya no bajaban a ningún lado. Los hongos emitían luz verde a 520 nanómetros y una el temblor de 18 Hz medible con el generador de Toshiro. La oscilación era consistente 18 Hz. sin variación, 24 horas. Los hongos la oscilación como un reloj. 18 Hz era una frecuencia baja pero constante.

Darvi necesitaba convertir el temblor en corriente. Un conductor moviéndose en un campo magnético Darvi lo había hecho a los nueve años con un clavo y una bobina de cobre. Pero no tenía imanes. No tenía conductor de cobre. Tenía: las herramientas de Valeria. el

alambre del generador de Toshiro (que podía extraer parcialmente sin destruir el generador), y las propiedades magnéticas de una piedra negra que había encontrado en la base de la muralla una piedra con 2% de contenido ferroso que actuaba como imán débil.

Darvi construyó el resonador en tres días. El resonador era feo. El resonador era un trozo de piedra magnética pegado a un soporte de madera con resina de pino, conectado a 12 centímetros de alambre enrollado en 40 espiras, conectado al circuito de alimentación del reproductor mediante dos empalmes que Darvi hizo con la navaja de Valeria y saliva como aislante.

Darvi puso el resonador contra la base del tercer árbol. Los hongos pulsaban a 18 Hz. La el pulso se transmitía por la madera al soporte al alambre al circuito. La corriente generada era mínima: 0,3 voltios, estimación de Darvi basada en el brillo del LED indicador del reproductor.

0,3 voltios. El reproductor necesitaba 3. Darvi necesitaba 10 veces más corriente.

Darvi enrolló más alambre. 80 espiras. 0,6 voltios. 120 espiras. 0,9 voltios. A las 200 espiras el alambre del generador de Toshiro se acabó. 1,2 voltios. Insuficiente.

Darvi miró al gato. El gato estaba sentado sobre el reproductor. 3,2 kilogramos sobre la carcasa. La carcasa el temblor con el ronroneo del gato: 26 Hz. Los 26 Hz del gato se sumaban a los 18 Hz de los hongos. La interferencia constructiva entre las dos frecuencias producía picos de 44 Hz en el soporte. Los picos de 44 Hz movían el alambre con más amplitud. Más amplitud = más corriente.

Darvi puso el resonador entre los hongos y el gato. Hongos: 18 Hz por debajo. Gato: 26 Hz por arriba. Alambre en el medio. La suma

era irregular pero los picos eran suficientes. El LED del reproductor pasó de naranja a verde. Verde significaba: voltaje mínimo alcanzado.

Darvi insertó una cinta. La cinta estaba en la caja de Valeria una de las tres cintas que Valeria había empacado. La cinta tenía una etiqueta escrita a mano con la letra de Valeria. La etiqueta decía cosa que Darvi no leyó porque leer la letra de Valeria en ese momento habría producido datos que el cerebro no podría procesar junto con los datos técnicos del resonador.

Darvi presionó play.

El motor de arrastre giró. La cinta avanzó. El cabezal leyó la señal magnética. La señal pasó por el amplificador. El amplificador estaba alimentado por 1,2 voltios sostenidos por la interferencia constructiva entre hongos bioluminiscentes y ronroneo de gato.

Música.

La música salió por el altavoz del reproductor con la distorsión de un amplificador alimentado a voltaje insuficiente los graves se perdían, los agudos se comprimían, la frecuencia de muestreo era menor que la original. Pero era música. Sonido organizado con intención. Frecuencias que alguien había elegido y combinado para producir algo que no fue ruido ni silencio sino la cosa entre ambos que el cerebro humano reconoce como orden deliberado.

Darvi no identificó la canción. La canción no necesitaba ser identificada. La canción era la primera música que Darvi escuchaba en 540 días. Cerca de ahí, la canción era frecuencias. De golpe, la canción era dato. La canción era lo contrario de la frecuencia constante del bosque la canción cambiaba. Los audífonos estaban en la caja de Valeria. Darvi los conectó al reproductor. Se los puso. Los

audífonos tenían 78 gramos de peso y la almohadilla izquierda estaba más gastada que la derecha porque Darvi siempre se acostaba sobre el lado izquierdo. Los audífonos reflejaban los hábitos de Darvi.

La música entró directa. Sin eco del bosque. Sin 432 Hz de fondo. Solo la música y el ruido del motor de arrastre y la distorsión del voltaje insuficiente.

El gato ronroneó. 26 Hz. El ronroneo se superpuso a la música. Dos fuentes de frecuencia organizada: la cinta y el gato. Darvi escuchó las dos. La música era un dato. El ronroneo era un dato. Los dos datos coexistían.

La cinta tenía 45 minutos. A los 23 minutos el voltaje bajó, el gato se quedó dormido y el ronroneo pasó de 26 Hz a 22 Hz. La interferencia constructiva se debilitó. La música se distorsionó más. Darvi movió al gato, lo desplazó 3 centímetros hacia la izquierda. El gato se despertó. Ronroneó a 26 Hz. La música volvió.

El gato era la batería. El gato era el sustento energético de la música. La tecnología más avanzada del siglo XXI alimentada por un gato con artritis sentado sobre la carcasa de un reproductor de cintas.

La cinta terminó. Darvi rebobinó. Presionó play. La misma música otra vez. Sonaba exactamente igual y completamente diferente.

Darvi se sentó en la cueva con el reproductor encendido y los audífonos puestos. El sonido de la cinta era: estática, un zumbido de 60 Hz de fondo que indicaba grabación en un lugar con red eléctrica, y debajo del zumbido algo. Algo que no era ruido. Algo que el generador de Toshio registró como frecuencia modulada no constante, no aleatoria, sino modulada. Alguien hablaba en la cinta.

La voz era lejana, cubierta por la degradación de la cinta magnética y los años de almacenamiento y la tosquedad del reproductor. Darvi no distinguió palabras. Darvi distinguió cadencia: la cadencia de alguien que explica algo. La cadencia de alguien que mide y reporta lo medido. La cadencia de un científico.

El gato se acostó junto al reproductor. Los 26 Hz del ronroneo se sumaron a los 60 Hz del fondo de la cinta. La suma producía un batimiento a 34 Hz que Darvi sentía en los dientes como un cosquilleo rítmico.

Las cruces en la muralla: 38. # Capítulo 033 INDICIOS

** ** *

La ardilla se erizó y no se des-erizó.

Darvi lo notó a las 6 am. La ardilla estaba en la rama más baja del cuarto árbol, las púas extendidas, el cuerpo tenso, los ojos fijos en la dirección de la muralla. Las púas habían estado extendidas 3 segundos y bajaban. Las púas llevaban 4 minutos extendidas.

Darvi sacó la libreta. Página 38 de 40. Escribió: “Día ~537. Ardilla erizada >4 min. Sin precedente.” En 537 días de registro 843 observaciones de la ardilla, cada una con duración de erizado, dirección de orientación, hora del día, temperatura ambiente. La frecuencia base de la duración máxima de erizado había sido 11 segundos. Darvi lo tenía en las notas del día 203: “Ardilla erizada 11 seg, orientada NW, temperatura 7.2°, frecuencia 432 Hz estable.” 11 segundos era el récord. 4 minutos era 22 veces el récord.

Darvi se puso de pie. El gato se puso de pie. El gato se había puesto de pie antes que Darvi 0,8 segundos antes. Las orejas del gato estaban orientadas hacia la muralla. Las dos orejas. Normalmente el gato mantenía una oreja orientada hacia Darvi y otra hacia lo que

fuera que le interesara. Las dos orejas hacia el mismo punto significaba que lo que estaba en la muralla era más interesante que Darvi. Darvi midió la humillación en cero. La humillación requería autoconciencia y Darvi estaba en modo medición, no en modo autoconciencia.

Darvi caminó hacia la muralla. La temperatura del aire cambió a los 20 metros del claro: de 8 a 12 grados. A los 30 metros: 14 grados. A los 40 metros, donde la muralla empezaba a ser visible entre los troncos, 18 grados. Darvi nunca había medido 18 grados cerca de la muralla. La muralla era fría. La muralla siempre era fría.

Darvi puso la mano en la muralla.

La muralla era familiar. 537 días de tocar la muralla cada mañana habían calibrado las manos de Darvi: la textura normal era madera fría, seca, con una microvibración de 0,1 milímetros de amplitud que solo las yemas detectaban. La textura de hoy era diferente. Despacio, la madera estaba caliente. Sin aviso, la madera estremeció con una amplitud que las muñecas detectaban. Darvi no necesitaba el generador de Toshiro para saber que algo había cambiado. Los 537 días de datos táctiles acumulados en las terminaciones nerviosas de las manos eran un instrumento más sensible que cualquier generador para detectar cambios en la muralla. Las manos habían aprendido la muralla. Las manos sabían la muralla. Las manos decían: esto es nuevo.

La madera estremeció. No la oscilación mínima de siempre, una oscilación nueva, más fuerte, que Darvi percibió en la palma y en la muñeca y en el codo. El generador de Toshiro marcó: 432 Hz. La misma frecuencia de siempre. Pero la amplitud era diferente. Darvi

lo calculó por la oscilación en la piel: la amplitud había triplicado. Los 432 Hz estaban tres veces más fuertes.

El relieve hexagonal de la muralla pulsaba. Darvi lo vio en la superficie: los hexágonos se expandían y contraían 0,5 milímetros por ciclo. A 432 Hz, los hexágonos se movían 432 veces por segundo. Invisible al ojo humano. Visible para las yemas de los dedos de Darvi: el patrón de expansión seguía una secuencia. Los hexágonos del centro se expandían primero, los del borde después, como una onda concéntrica.

La puerta.

Darvi caminó hasta la puerta en la muralla. Los 20 metros de alto. Los 15 de ancho. La madera con los dragones emplumados tallados en relieve. Las alas plegadas. Los cuellos curvados. Las plumas de madera que siempre habían estado a 14 grados.

Darvi puso la mano en una pluma.

18 grados. Las plumas habían subido de 14 a 18. La diferencia de 4 grados era un dato que no necesitaba procesamiento adicional. Las plumas se calentaban. Las plumas se calentaban porque algo detrás de la puerta se calentaba. Algo vivo. Algo que emitía calor corporal.

El gato se acercó a la puerta. El gato olió la madera. Las vibrisas del gato, 24 bigotes de 8 centímetros cada uno, se orientaron hacia la puerta como antenas. El gato se quedó frente a la puerta durante 30 segundos. Después se sentó. Después ronroneó. El ronroneo era diferente.

Darvi lo supo antes de que el generador lo confirmara. El oído de Darvi había calibrado el ronroneo del gato en 537 días de exposición: 26 Hz, amplitud estable, duración promedio 45 minutos, frecuencia de activación vinculada a confort térmico y postural. Darvi conocía

cada variación del ronroneo. El de hambre (24 Hz, más agudo), el de sueño (26 Hz estable), el de irritación (26 Hz pero con interrupciones de 0,3 segundos cada 8 segundos), el de reconocimiento de Tlanamicxin (27 Hz, ligeramente más alto). Este ronroneo era 28 Hz. Darvi no había escuchado 28 Hz. 28 Hz era nuevo. 28 Hz significaba que el gato respondía a algo que no había ocurrido en 537 días.

Los bigotes del gato, las vibrisas, 24 filamentos de 8 centímetros que funcionaban como sensores piezoeléctricos de presión y el temblor, estaban orientados hacia la puerta en un ángulo de convergencia de 15 grados. Los bigotes del gato no convergían a 15 grados excepto cuando el gato detectaba una fuente de el temblor puntual a menos de 2 metros. La fuente de la sacudida era la puerta. La puerta de madera con los dragones emplumados que se calentaban.

El gato estaba ronroneando más alto. 2 Hz más alto. La diferencia era mínima para un oído humano. Darvi la midió con el generador de Toshio.

La ardilla seguía erizada en la rama del cuarto árbol. Los hurones pasaron frente a la muralla sincrónicos, idénticos y se detuvieron. Los hurones nunca se detenían. Los hurones pasaban. Esta vez los hurones se detuvieron frente a la muralla y miraron la madera durante 8 segundos y después siguieron.

El colibrí llegó. El colibrí nunca llegaba antes de las 3 pm. El insecto del que se alimentaba estaba activo por la tarde. Eran las 7 am. El colibrí no buscaba insectos. El colibrí se posó en la rama más alta del cuarto árbol y se quedó quieto. Un colibrí quieto era un dato que Darvi no había registrado en 537 días. Los colibríes no se

quedaban quietos. Los colibríes se movían, volaban, alimentaban, agitaban las alas a 80 batidos por segundo. Este colibrí estaba inmóvil. Las alas plegadas. El pico apuntando hacia la muralla.

Darvi contó los animales orientados hacia la muralla: ardilla, gato, hurones, colibrí, oso. 5 animales de 8 orientados en la misma dirección. El octavo, el mapache, estaba comiendo fresas del suministro de Darvi. El mapache era el único animal del bosque inmune a las señales de la muralla. El mapache tenía prioridades que ninguna anomalía electromagnética podía alterar.

El oso apareció. Darvi giró la cabeza: el oso estaba sentado a 20 metros de la muralla, mirándola. El oso que nadie sabía dónde dormía estaba sentado mirando una muralla que la sacudida con amplitud triple.

El claro entero había cambiado. Los 8 animales del claro, los 8 que Darvi había contado y documentado durante 537 días, estaban haciendo algo que nunca habían hecho: estaban juntos. No juntos por accidente, juntos en un semicírculo frente a la muralla, a 20 metros de la puerta, a distancias variables entre sí pero todas menores de 3 metros. La ardilla erizada en la rama. Los hurones detenidos. El oso sentado. El murciélago, el murciélago había salido de la cueva de Darvi. Darvi no había visto al murciélago fuera de una cueva en 537 días. El murciélago colgaba de una rama del segundo árbol, alas plegadas, orientado hacia la muralla.

El colibrí llegó a las 6:12 am. 14.000 kilómetros de vuelo para un insecto y el colibrí no fue al insecto. El colibrí se quedó suspendido frente a la muralla, a 2 metros de la puerta, las alas a 80 batidos por segundo produciendo un zumbido de 200 Hz que el generador de

Toshiro registró como un armónico menor de los 432 Hz base. El colibrí estaba en el temblor con la muralla.

El gato estaba sentado al lado de Darvi. El gato ronroneaba. 26 Hz. Pero el ronroneo tenía un patrón diferente: no constante sino pulsado. 26 Hz durante 3 segundos, mutismo de 1 segundo, 26 Hz durante 3 segundos. El gato estaba sincronizando el ronroneo con algo. Darvi midió: el patrón de 3-1-3-1 coincidía con las pulsaciones de los hexágonos de la muralla. Los hexágonos se expandían 3 segundos, pausaban 1, se expandían 3. El gato ronroneaba al ritmo de la muralla. El gato y la muralla estaban sincronizados. Darvi no sabía quién había empezado.

El mapache robó tres fresas del suministro de Darvi. Darvi no lo detuvo. El mapache era el único animal que no estaba mirando la muralla. El mapache tenía prioridades.

Darvi volvió a la cueva. Anotó en el cartón de la tapa de la libreta las últimas 15 palabras que el espacio permitía:

Plumas: 18°C. Amplitud $\times 3$. Animales alertas. Algo se acerca a la puerta desde adentro.

Darvi volvió a la cueva. La cueva estaba a 12 grados, 4 grados más que la temperatura exterior del bosque. La cueva se había calentado. La cueva nunca se había calentado por encima de 11. El calor venía de la dirección de la muralla. El calor se filtraba a través de la roca de granito como si la roca fuera un conductor térmico. La conductividad térmica del granito era de 2,5 watts por metro-kelvin, lo que normalmente era insuficiente para transmitir calor a distancia. Pero con una fuente a 18 grados al otro lado de una pared de 3 metros de espesor, producía exactamente la diferencia de 1 grado que Darvi registraba.

Las nueces sabían diferente. No en composición, en temperatura. Las nueces estaban a 10 grados en vez de 7. Todo en la cueva se había calentado. Darvi comió las 6 nueces del día sintiendo que algo estaba cambiando y que el cambio se medía en grados.

Las cruces en la muralla: 39. # Capítulo 034 RITUAL

** ** *

Las figuras aparecieron en la niebla al amanecer.

Darvi las vio desde la cueva. No con los ojos primero, sino con el generador de Toshiro. El generador registró una fluctuación en los 432 Hz: la frecuencia bajó a 420, subió a 445, bajó a 418, subió a 450. Oscilaciones. Interferencia de fuentes múltiples. Algo se movía en el bosque que producía frecuencias que distorsionaban la señal base.

Darvi salió de la cueva. El gato salió detrás. La niebla estaba más densa que de costumbre; la visibilidad era de 5 metros. Darvi caminó hacia la muralla. La temperatura subía con cada paso: 8, 10, 12, 16, 20. A los 40 metros de la muralla, el aire era de 22 grados.

Las figuras estaban frente a la puerta.

Darvi se detuvo a 30 metros. Se agachó detrás de un tronco. Las figuras eran: 7 formas oscuras de pie frente a la puerta. No humanas. Darvi lo supo por las proporciones: los brazos eran más largos que los brazos humanos, las piernas más cortas, y las cabezas más anchas. Las figuras emitían frío. No frío ambiental, sino frío localizado. El generador de Toshiro marcó la temperatura en la dirección de las figuras: 2 grados. El aire alrededor de las figuras era 20 grados más frío que el aire a 3 metros de ellas.

Hemacronos oscuros.

Las figuras formaban un semicírculo frente a la puerta. Los brazos largos estaban extendidos. Las manos, si eran manos, tocaban la superficie de la puerta. Donde las manos tocaban, las plumas del dragón se enfriaban. Darvi lo midió: las plumas habían subido a 22 grados. Donde las figuras tocaban, las plumas bajaban a 6. Las figuras estaban enfriando la puerta. Las figuras estaban forzando las plumas a contraerse. Las figuras estaban sellando.

No para abrir. Para cerrar. Para siempre.

Darvi registró el proceso durante 3 horas.

Primera hora: las plumas bajaron de 22 a 18 grados. La velocidad de enfriamiento era de 4 grados por hora. Darvi calculó: a esa velocidad, las plumas llegarían a 6 grados en 4 horas. Pero la velocidad no era lineal; los datos de los primeros 30 minutos mostraban una curva logarítmica. Los primeros 2 grados cayeron en 12 minutos. Los siguientes 2 tardaron 48. La resistencia aumentaba con cada grado perdido.

Segunda hora: las figuras cambiaron de posición. El semicírculo se apretó; los 7 cuerpos oscuros se acercaron entre sí 15 centímetros. Darvi lo midió por las sombras: la distancia entre sombras se comprimió. El frío se intensificó proporcionalmente. Los 2 grados bajaron a 0. A -1. El aire entre las figuras y la puerta era más frío que el punto de congelación del agua. Darvi vio cristales formarse en la superficie de la madera, hielo microscópico, visible solo porque las plumas tenían gotas de condensación que se congelaron en filamentos de 0.3 milímetros.

El gato no se movió durante las dos primeras horas. Darvi contó las respiraciones del gato: 12 por minuto. Frecuencia normal de reposo felino. El gato estaba en reposo. El gato estaba frente a 7

hemacronos oscuros que sellaban la puerta del bosque, y el gato estaba en reposo. Darvi envidiaba al gato. La envidia duró 0.4 segundos, porque Darvi la midió y la neutralizó.

Tercera hora: las plumas bajaron de 14 a 12. La velocidad había caído a 1 grado por hora. La resistencia era exponencial. Las figuras empujaban y la puerta resistía, y Darvi observaba. El acto de observar era, según Wheeler, un acto de mantener. De impedir el colapso. De ser La Constante. Las figuras no se movieron. Las manos no se despegaron de la puerta. Las plumas bajaron de 22 a 18 a 14 a 12. Los 432 Hz de la muralla bajaron de amplitud triple a amplitud doble a amplitud normal. El proceso era lento y constante y eficiente.

Los animales del claro habían desaparecido. Ni ardilla. Ni hurones. Despacio, ni murciélago. A lo lejos, ni oso. Ni mapache. El bosque estaba vacío. Solo Darvi y el gato y las 7 figuras frente a la puerta.

El gato miraba las figuras. Las orejas planas. La cola baja. El pelo no estaba erizado, sino algo peor. Quieto. El pelo del gato estaba tan quieto que Darvi podía ver la piel debajo. El gato no se movía. El gato estaba a la temperatura del tronco detrás del cual Darvi se escondía: 8 grados de superficie. Pero la temperatura interna del gato seguía siendo 38. El gato conservaba el calor adentro. El gato no emitía.

Darvi no podía hacer nada. No tenía poder. No tenía herramientas contra las figuras. Detrás, no tenía armas. Afuera, no tenía frecuencias que contrarrestaran las frecuencias de las figuras. Darvi tenía: un generador de Toshiro, una libreta llena, un reproductor de cintas alimentado por hongos y gato, y 540 días de datos sobre un bosque que se cerraba.

El inventario de herramientas contra los hemacronos oscuros era: cero. Darvi hizo la lista mental porque las listas mentales eran la forma en que el cerebro de Darvi procesaba la impotencia. Armas: cero. Frecuencias de contraataque: cero. Aliados presentes: un gato de 3.2 kilogramos con artritis. Ventaja estratégica: ninguna cuantificable. Ventaja teórica: presencia. Estar ahí. Observar.

Los datos del ritual eran precisos: las figuras habían estado frente a la puerta durante 3 horas y 12 minutos. Las plumas habían bajado 10 grados. La amplitud de los 432 Hz había pasado de triple a doble a normal. El bosque estaba perdiendo su oscilación. El bosque estaba siendo apagado como se apaga un instrumento cuerda por cuerda, nota por nota, hasta que solo quedara la quietud de la madera muerta.

Darvi tenía los datos. Los datos eran lo único que Darvi tenía. Y los datos, según Wheeler, según todo lo que el bosque le había enseñado en 540 días, no parecían pasivos. Los datos eran acción. Medir era actuar. Registrar era resistir. La libreta llena y el generador de Toshiro y los ojos abiertos de Darvi frente a las figuras oscuras eran la única fuerza que impedía que la puerta se cerrara completamente.

La niebla se espesó alrededor de la puerta. La niebla se sumó al ritual como refuerzo, como cemento, como la capa final que sellaría las plumas y el dragón y la puerta para siempre.

Darvi registró. Darvi midió. Darvi observó.

Y Darvi pensó en Wheeler. "It from bit." La realidad emerge de la observación.

Si la observación crea. Si medir es mantener. Si La Constante es lo que impide que el electrón deje de oscilar.

Entonces el ritual solo funcionaba si nadie lo observaba.

Y Darvi lo estaba observando.

Las plumas se estabilizaron en 10 grados. No bajaron más. Las figuras empujaban. La temperatura no bajaba.

Las figuras empujaban con frío. Darvi empujaba con datos. Los datos de Darvi decían: las plumas están a 10 grados y no bajan. Los datos de Darvi decían: la resistencia es exponencial. Casi sin pensarlo, los datos de Darvi no decían por qué. Despacio, los datos de Darvi no necesitaban decir por qué. Los datos bastaban.

Wheeler lo había dicho: “It from bit.” La realidad emerge de la observación. Si la observación crea. Si medir es mantener. Si La Constante es lo que impide que el electrón deje de oscilar. Entonces Darvi sentada detrás de un tronco a 30 metros de la puerta con el generador de Toshiro apuntando hacia las 7 figuras era un acto de creación. Darvi no intervenía. Darvi observaba. Y la observación impedía que el ritual se completara.

Los datos lo confirmaban: las plumas se habían estabilizado en 10 grados desde que Darvi empezó a observar. Antes de que Darvi saliera de la cueva, en los 11 segundos de fluctuación del generador que la despertaron las plumas habían bajado 4 grados. En las 3 horas de observación de Darvi, las plumas bajaron 2. La velocidad de enfriamiento se había reducido a un tercio. La presencia de Darvi frenaba el ritual. La presencia de Darvi, 52 kilogramos de materia orgánica con un generador de frecuencias y un cerebro que no paraba de medir, era más efectiva contra 7 hemacronos oscuros que cualquier arma que Darvi pudiera haber tenido.

El gato ronroneó. 26 Hz. Los 26 Hz se sumaron a los 432 Hz del bosque. Los 432 Hz se sumaron a la resistencia de las plumas. La

resistencia de las plumas se sumó a la observación de Darvi. Y la suma total gato + bosque + Darvi era mayor que la suma de las 7 figuras que empujaban desde el frío.

El gato ronroneó. 26 Hz. Constante.

Las cruces en la muralla: 40. # Capítulo 035 LEONARDO

* * *

Al tercer día del ritual, la niebla se abrió.

No se disipó, se abrió. Darvi lo midió: la niebla que cubría el espacio entre los árboles y la muralla se partió en dos masas simétricas que se retiraron 5 metros a cada lado. El corredor abierto medía 3 metros de ancho y 40 de largo y conducía directamente a la puerta donde las 7 figuras seguían empujando.

Del corredor salió un hombre.

Túnica oscura. Encima de la túnica: una sudadera con capucha. La capucha estaba puesta. De la capucha sobresalía pelo oscuro. Una mano sostenía una espada. La espada no parecía de metal; el brillo era diferente, un brillo que absorbía la luz en vez de reflejarla. El filo era visible por contraste: una línea más oscura que el aire oscuro.

El hombre caminó por el corredor. El paso medía 90 centímetros. La velocidad era constante. Darvi contó: 1.2 metros por segundo. Sin aceleración. Sin desaceleración. Sin pausa. El hombre caminaba hacia las 7 figuras con la constancia de alguien que camina hacia un trabajo.

Darvi estaba a 30 metros. Detrás del tronco. El generador de Toshiro registró la frecuencia del hombre: nula. El hombre no emitía frecuencia detectable. Afuera, el hombre era un agujero en el campo de 432 Hz donde el hombre estaba, los 432 Hz no estaban. A lo lejos, el hombre absorbía frecuencia.

Las figuras detectaron al hombre. Las 7 cabezas se giraron simultáneamente. Sin decir nada, las manos se despegaron de la puerta. Detrás, las plumas subieron de 10 a 14 grados en el instante en que las manos dejaron de tocarlas.

El hombre no se detuvo.

La primera figura extendió los brazos. El frío se intensificó. Darvi midió: -8 grados en el radio de 3 metros de la figura. El hombre entró en el radio de frío. La espada se movió. Darvi no vio el movimiento; vio la posición antes y la posición después. La espada estaba arriba. La espada estaba abajo. Despacio. La figura estaba de pie. Al fondo, la figura no estaba.

No hubo sonido. La figura no cayó; se dispersó. Las partículas de la figura se separaron como niebla que pierde cohesión. La niebla que era la figura se sumó a la niebla del bosque.

El hombre siguió caminando. 1.2 metros por segundo. La segunda figura. Mismo resultado. La tercera. Cuarta. Quinta. El hombre no cambió el paso. El hombre no aceleró. No esquivó. No se protegió. Cada movimiento de espada era un ángulo diferente. Darvi midió: 45 grados el primero, 120 el segundo, 90 el tercero, 30 el cuarto, 180 el quinto. Los ángulos no se repetían. Cada corte era una solución geométrica única al problema de la posición de la figura.

Darvi vio la mecánica. El hombre usaba su cuerpo como herramienta calibrada. No con fuerza, con precisión. Los músculos del hombre hacían lo mínimo necesario. La espada recorría la distancia mínima. La eficiencia era la de alguien que ha hecho esto mil veces en mil ciclos y ha eliminado todo movimiento que no sea esencial.

La sexta figura. La séptima. Las figuras se dispersaron en niebla. La puerta quedó libre. Las plumas del dragón estaban a 22 grados. La amplitud de la frecuencia era triple.

El hombre se detuvo frente a la puerta. Darvi vio la espalda. La túnica oscura con la sudadera encima. La espada en la mano derecha. La capucha puesta. El hombre no se giró. No miró a Darvi. No dijo nada.

Darvi quiso que se girara. Darvi quiso ver la cara. Darvi quiso que el hombre dijera algo: una explicación, un nombre, una instrucción. Con cuidado, Darvi no indicó nada. Despacio, Darvi observó.

El hombre metió la espada en la funda que llevaba en la espalda. Darvi no había visto la funda bajo la túnica. El hombre puso la mano en la puerta. La mano sobre una de las plumas del dragón.

Darvi midió la mano: temperatura 37 grados. La mano del hombre era 15 grados más caliente que las plumas antes del ritual. La mano del hombre era la temperatura exacta de la sangre humana. Justo entonces, la sangre del hombre y la pluma del dragón entraron en equilibrio térmico en 0.4 segundos. Darvi lo midió porque el generador de Toshiro registraba cambios de temperatura ambiental, y la pluma pasó de 22 a 37 grados en un parpadeo. Cerca de ahí, la madera absorbió el calor del hombre. La madera quería ese calor. La madera lo reconocía.

Las 7 figuras estaban dispersas. No muertas, dispersas. Darvi las midió: las 7 masas de frío se habían desplazado a un radio de 60 metros de la puerta. La temperatura de cada masa seguía siendo -3 grados, pero la intensidad había caído. El generador marcaba las figuras como puntos de frío difuso, no como los bloques concentrados de antes. Las había dispersado, no destruido. La

diferencia era importante: dispersar era empujar, destruir era eliminar. Empujaba. No eliminaba. Hacía tiempo.

El hombre se quedó frente a la puerta durante 4 minutos. Los 4 minutos más silenciosos de 540 días. Ni el gato ronroneó, ni los animales se movieron, ni el bosque crujió. Darvi midió el silencio: 0 dB relativos. Silencio absoluto. Como si el bosque contuviera la respiración.

La forma metálica, la segunda silueta, la que emitía la frecuencia que el generador marcaba como error, se posicionó a la izquierda del hombre. A 2 metros exactos. La distancia era constante: la forma metálica mantenía 2 metros de separación del hombre con la precisión de un objeto calibrado. No era un compañero. Era un instrumento. Un instrumento que acompañaba al hombre como el generador de Toshiro acompañaba a Darvi.

El hombre se fue por el corredor que la niebla había abierto. Pasos del hombre: lentos, pesados, 0.6 por segundo— fatiga extrema. Pasos de la forma metálica: silenciosos. Cero impacto sonoro. Se movía sin tocar el suelo o tocando el suelo sin producir vibración. Darvi lo midió: los pasos del hombre generaban ondas de 4 Hz en el suelo. La forma metálica, 0 Hz. Un fantasma termodinámico.

22 grados. La mano del hombre y la pluma del dragón a la misma temperatura.

Darvi tembló. El temblor no era frío. El temblor era dato: en los últimos 3 segundos, 7 hemacronos oscuros habían sido dispersados por un solo cuerpo humano que se movía a una velocidad que el generador de Toshiro registró como fluctuación de frecuencia. Cada golpe desplazaba el campo de 432 Hz como una piedra en agua

quieta. 7 ondas concéntricas. 7 interrupciones. El campo tardó 4 segundos en estabilizarse después del último impacto.

La espada del hombre no reflejaba luz. Darvi lo notó porque todo lo demás en el bosque reflejaba algo: los troncos húmedos, las hojas, las piedras, la muralla. La espada absorbía. El filo era una línea de negrura que cortaba el aire como una fisura en la imagen. Darvi estimó la longitud: 70 centímetros. El peso, por la velocidad de arco y la inercia del cuerpo del hombre al girar: entre 1.2 y 1.8 kilogramos. Ligera. Diseñada para velocidad, no para fuerza.

La forma metálica acompañante, la segunda silueta, más baja, más compacta, que se movía 2 metros detrás del hombre, emitía una frecuencia que el generador no podía clasificar. Tampoco era 432. No lucía como armónico de 432. Era un número que el display del generador mostraba como error: tres guiones. El generador no tenía rango para esa frecuencia. La forma metálica existía fuera del espectro que Toshiro había calibrado.

El hombre se giró hacia la niebla. Caminó. La niebla se cerró detrás de él. 1.2 metros por segundo. En 10 pasos la niebla lo cubrió. En 15 era sombra. En 20 era niebla.

Darvi estaba de pie. Ya no estaba detrás del tronco. Darvi estaba de pie a 15 metros de la puerta con el generador de Toshiro en la mano y el gato a sus pies y las piernas temblando. El temblor no era frío. El temblor era 7 figuras dispersadas en 12 segundos por un hombre con una sudadera y una espada que no reflejaba la luz.

Leonardo.

No le vio la cara. No necesitó verla. Lo supo por la inversión— por lo que NO emitía. Un agujero en el campo de frecuencia. Procesaba

el sonido como tacto y como color. Absorbía frecuencia. Era la quietud en el ruido.

Se sentó en el suelo. Las piernas no soportaban el peso— 52 kilogramos eran demasiado después de lo que habían visto. El temblor empezó en las manos y se extendió a los antebrazos y de los antebrazos a los hombros y de los hombros a la mandíbula. Castañeteo de dientes. Midió la frecuencia: 4 Hz. Estrés postraumático agudo según los estudios de neurofisiología del Nivel -28. El dato no ayudó. Nunca ayudaba cuando era sobre el propio cuerpo.

El gato se sentó en el regazo de Darvi. 3.2 kilogramos sobre los muslos temblorosos. El gato ronroneó: 26 Hz. Los 26 Hz del gato entraban por los muslos de Darvi y subían por el fémur y la pelvis y la columna vertebral. Los 26 Hz no eliminaron el temblor de 4 Hz. Los 26 Hz coexistieron con los 4 Hz durante 12 minutos. Después de 12 minutos, los 4 Hz bajaron a 3. Después a 2. Justo entonces, después a 1. A lo lejos, después el temblor se detuvo.

Respiró. La primera respiración completa en— no sabía cuánto. Había dejado de medir durante el evento. Dejar de medir era lo más aterrador que le había pasado en el bosque. Más que las 7 figuras. Más que el hombre con la espada. Dejar de medir significaba que el cerebro había encontrado algo que excedía su capacidad de procesamiento. Tenía un límite. El límite era un hombre que absorbía frecuencia.

Las cruces en la muralla: 43. # Capítulo 036 LA PUERTA SE ABRE

* * *

Las plumas estaban a 32 grados. Calor corporal. Calor de algo vivo.

Darvi lo midió con la palma de la mano porque el generador de Toshiro ya no registraba temperaturas; el generador registraba frecuencias y las frecuencias estaban fuera de escala. Los 432 Hz eran ahora 432 Hz en cada superficie del bosque simultáneamente. Los troncos temblaban. El suelo pulsaba. El aire tenía un pulso. Las hojas temblaban. Las piedras de la cueva estremecían. El agua del arroyo oscilaba. Todo el bosque vibraba a 432 Hz, y el generador de Toshiro marcaba 432 en todas las direcciones. Darvi no necesitaba el generador porque los 432 Hz eran visibles: las hojas se sacudían, el agua se rizaba, y las partículas de polvo formaban patrones concéntricos en el aire.

El cuerpo de Darvi vibró. No metafóricamente; los huesos se sacudieron. Los 432 Hz a amplitud máxima eran lo suficientemente fuertes para que el tejido óseo resonara. Las costillas primero, ya que las costillas tenían la frecuencia de resonancia más cercana a 432 Hz de todos los huesos del cuerpo, según los datos del manual de acústica biomédica del Nivel -28, que Darvi había memorizado por alguna razón y que ahora resultaba ser el dato más útil de los 540 días. Las costillas transmitían la frecuencia y la oscilación al esternón y del esternón a las clavículas y de las clavículas al cráneo.

Darvi escuchó el bosque con los huesos. No con los oídos, sino con los huesos. Los 432 Hz entraban por los pies a través del suelo y subían por la tibia, el fémur y la pelvis, la columna vertebral y llegaban al cráneo como una columna de estremecimiento que convertía el esqueleto de Darvi en una antena.

El gato maulló. Un maullido corto de 0.4 segundos, 680 Hz, irritación máxima. El gato no se movió. O el gato se movió y no le importaba. Darvi no podía distinguir entre un gato que se movía por el estremecimiento y un gato que no se movía. El gato era opaco a la medición emocional. El gato siempre era opaco a la medición emocional.

La puerta comenzó a abrirse. No con movimiento visible, ni con cambio de temperatura. Las plumas del dragón subieron de 32 a 35 a 38 a 40 grados. A 40 grados, la madera de la puerta emitió un sonido: un crujido profundo, subterráneo, que Darvi sintió en los dientes antes de escucharlo con los oídos. Los dientes de Darvi: 19 piezas funcionales, 3 con empastes del Nivel -28, el segundo premolar con la recesión. Los dientes registraron el crujido como la frecuencia táctil 0.3 segundos antes de que el sonido llegara por vía aérea. Los dientes eran más rápidos que los oídos. Darvi no necesitaba que nadie le dijera que la puerta se abría. Los dientes ya se lo habían dicho.

La puerta se abrió en tres fases. Fase 1: las plumas del dragón subieron de 40 a 50 grados. A 50 grados, la madera crujió con un sonido que el bosque entero registró. Los pájaros que Darvi no había escuchado en 540 días salieron de entre las copas de los árboles. Había pájaros en el bosque. Darvi nunca los había visto. Los pájaros estaban escondidos sobre la niebla. La puerta al abrirse los reveló.

Fase 2: las plumas se separaron de la madera. Darvi lo vio: los relieves tallados en la puerta se despegaron de la superficie 0.5 milímetros de separación, después 1, después 3. Las plumas se levantaron como escamas erizadas. Cada pluma se separó independientemente, siguiendo una secuencia que empezaba en el

centro de la puerta y avanzaba hacia los bordes. La secuencia tardó 4 minutos en completarse. Cuando las 200 plumas estuvieron levantadas, Darvi las contó: 200 plumas de dragón talladas en una puerta de 20 metros por 15. La puerta dejó de ser una superficie plana y se convirtió en una estructura tridimensional que respiraba.

Fase 3: los espacios entre las plumas se iluminaron. No con luz visible, ni con calor. El generador de Toshiro registró 73 Hz entre las plumas. 73 Hz era la frecuencia de Le Jardin. 73 Hz era la frecuencia que las plumas del dragón habían tenido en el inicio, antes de que los hemacronos las enfriaran. 73 Hz volvió.

La puerta se abrió hacia adentro. Sin bisagras. Sin mecanismo. La puerta se deslizó hacia atrás como si la puerta fuera líquida. La madera se convirtió en fluido y el fluido se retiró dejando una abertura de 4 metros de ancho y 5 de alto. Detrás de la abertura: una estructura de piedra con techo de vigas de madera y paredes cubiertas de enredaderas que emitían luz verde.

La puerta vibró.

Darvi estaba a 5 metros. El gato estaba a 4. La oscilación de la puerta era diferente a la pulsación del bosque. La puerta tenía una frecuencia con un armónico adicional. Darvi lo sintió en los dientes: un segundo tono, más grave, que se superponía a los 432. El segundo tono era 73 Hz. La frecuencia de la paloma de Tesla. La frecuencia del interior del tercer árbol. La frecuencia del dragón emplumado.

73 Hz y 432 Hz. Darvi calculó: 432 entre 73 es 5.918. No un número entero. Pero la diferencia 432 menos 73 es 359. Y 359 es primo. Darvi no supo qué significaba el primo. Darvi registró el primo.

La puerta se movió.

No se abrió, sino que se movió. 1 milímetro. Darvi lo midió por la línea de sombra entre las dos hojas de la puerta. La línea se ensanchó. De 0 a 1 milímetro. De 1 a 3. De 3 a 8.

La madera se movió con un peso que Darvi estimó en toneladas. 20 metros de alto. 15 de ancho. Madera de una densidad que Darvi no podía calcular porque la madera no existía en ningún catálogo de maderas terrestres. Las bisagras, si eran bisagras, no producían sonido. La puerta se abría en calma. El silencio era más pesado que el sonido.

La línea de sombra se convirtió en brecha. La brecha se convirtió en espacio. El espacio se llenó de luz.

Del interior de la puerta: luz. No luz de sol. No luz de fuego. Luz que tenía temperatura, según el generador de Toshiro, apuntando al interior, marcó 22 grados de radiación térmica. Luz tibia. Luz que calentaba la cara de Darvi a 5 metros de distancia.

La puerta se abrió más. Los dragones emplumados tallados en la madera se separaron. El dragón del lado derecho y el dragón del lado izquierdo se alejaron uno del otro como si los hubieran dividido por la mitad.

Y del escudo central del relieve, donde las dos cabezas de dragón convergían, el relieve se movió.

Las plumas de madera se extendieron. Las alas plegadas se desplegaron. El cuello curvado se enderezó. Darvi registró el movimiento: la madera se movía con la fluidez de algo orgánico. La madera no crujió. La madera se extendió como músculo.

Quetzalcoatl.

El dragón emplumado se desprendió de la puerta. Las plumas de madera, que siempre habían sido madera, dejaron de ser madera.

Darvi lo vio: la textura cambió de sólido a translúcido a algo que el ojo no podía clasificar. Las plumas eran visibles e invisibles al mismo tiempo. Las plumas estaban ahí y no estaban. Las plumas eran superposición.

Quetzalcoatl se elevó. No voló, sino que se elevó. La diferencia es que volar requiere alas y aire y sustentación, y Quetzalcoatl se elevaba sin relación visible con la física del aire. Quetzalcoatl se elevaba porque Quetzalcoatl era la frecuencia y la frecuencia subía.

432 Hz. 864 Hz. 1,728 Hz. La frecuencia se duplicaba con cada metro de ascenso. A los 20 metros, la altura de la puerta, la frecuencia era inaudible para Darvi. Pero visible. Las hojas de los árboles se curvaban hacia arriba. El polvo del aire formaba espirales. El agua del arroyo, a 40 metros de distancia, subía 2 centímetros sobre su nivel.

Quetzalcoatl se desvaneció mientras ascendía. Las plumas que no eran plumas se superpusieron con el aire que no era aire y el cielo que no era cielo. Darvi lo vio irse, cada segundo menos visible, cada segundo más frecuencia y menos materia, cada segundo más bit y menos it.

Desapareció.

El bosque tembló una última vez. 432 Hz. Después, silencio.

No quietud total. No existe el silencio total. Pero el silencio más profundo que Darvi había escuchado en 540 días. Los 432 Hz bajaron a 400. A 350. A 300. Bajaron y siguieron bajando, y Darvi los midió mientras bajaban: 200, 100, 50, 20.

A los 20 Hz, el generador de Toshiro dejó de registrar.

La puerta se abrió completamente en 12 minutos. Los 12 minutos fueron los minutos más largos de 540 días. Darvi los midió segundo

a segundo: minuto 1, la grieta entre las dos hojas de la puerta se amplió de 0 a 5 centímetros. Del interior salió aire a 22 grados, el primer aire a 22 grados que Darvi sentía en el bosque. El contraste con los 7 grados del exterior produjo una corriente de convección visible: el aire caliente del interior subió y el aire frío del bosque entró por la parte baja de la grieta.

Minuto 4: la grieta era de 30 centímetros. Suficiente para que el gato entrara. El gato no entró. El gato se sentó a 2 metros de la puerta y miró. El gato esperaba. Darvi nunca había visto al gato esperar en una puerta. El gato caminaba a través de las puertas. El gato no esperaba. Esta puerta era diferente. Esta puerta merecía espera.

Minuto 8: la grieta era de un metro. Darvi vio el interior por primera vez: baldosas hexagonales, mesas de madera, una luz cálida que no tenía fuente visible. El olor fue lo que entró primero: café. Café recién hecho. El olor a café entró por la puerta abierta del bosque y golpeó a Darvi con una fuerza que ninguna medición podía capturar. 540 días sin café. 540 días de nueces y agua y fresas robadas por el mapache. Y ahora café. A 22 grados. Detrás de una puerta con dragones emplumados que se había calentado de 6 a 42 grados porque un hombre con espada dispersó 7 hemacronos y Darvi observó y el gato ronroneó.

Minuto 12: la puerta estaba completamente abierta. Los 15 metros de ancho. Los 20 de alto. Abierta como una boca. Darvi dio un paso. El gato se levantó y caminó delante de ella. El gato primero, siempre primero, y los dos cruzaron el umbral. El bosque estaba en calma. La puerta estaba abierta. Y del otro lado de la puerta, detrás de la muralla de madera de 20 metros de alto y 15 de ancho, donde ya no

había dragones, había Darvi, que no podía medir su tamaño porque Darvi nunca había visto algo así. # Capítulo 037 EL BOSQUE SE DESPEJA [D][N][K]

** ** *

La niebla se fue en 61 minutos. Darvi lo cronometró con el generador de Toshio: minuto 0, visibilidad 5 metros. Minuto 10, visibilidad 12. Minuto 20, visibilidad 30. Con cuidado, minuto 35, visibilidad 80. Cerca de ahí, minuto 47, visibilidad total. El proceso no fue gradual, sino logarítmico. Los primeros 7 metros de visibilidad tardaron 10 minutos. Los últimos 120 tardaron 12.

El bosque sin niebla era un bosque diferente. 540 días de niebla habían condicionado la percepción de Darvi: el bosque era gris, húmedo, cercano, con un techo de vapor que comprimía el espacio en un cilindro de 5 a 15 metros de radio. Sin la niebla, el bosque se expandió. Los árboles se extendían en todas las direcciones hasta donde el ojo alcanzaba. El suelo de hojas mojadas reflejaba la luz de luna con un brillo que Darvi no había visto en 540 días. Las hojas no parecían grises. Las hojas eran de 7 colores: verde oscuro, verde claro, amarillo, naranja, rojo, marrón, negro. 7 colores que la niebla había comprimido en gris.

Darvi se agachó. Tocó una hoja. La hoja estaba a 12 grados 4 grados más caliente que la temperatura base del bosque. Sin la niebla, el suelo retenía más calor. La niebla había sido un refrigerante.

El gato olía cosas. Cosas que la niebla había ocultado al olfato durante 540 días. El gato caminaba entre los troncos con la nariz pegada al suelo, las orejas hacia adelante, las vibrisas extendidas. El

gato descubría el bosque por primera vez. 540 días viviendo en un lugar y el gato lo descubría por primera vez.

Los árboles tenían cortezas que Darvi no había visto. 540 días mirando troncos a 5 metros de distancia a través de niebla, y ahora sin niebla, con luna, las cortezas tenían texturas que la distancia y la humedad habían borrado. El primer árbol-portal tenía marcas talladas en la corteza que Darvi nunca había notado: líneas concéntricas, 47 anillos, cada anillo separado del siguiente por exactamente 0,8 centímetros. Los anillos no fueron anillos de crecimiento, sino que estaban tallados en la superficie, no en la madera interior. Alguien había marcado el árbol. Alguien con un instrumento fino y mucho tiempo.

El segundo árbol-portal tenía las mismas marcas pero con un patrón diferente: líneas rectas, paralelas, las mismas que Darvi había visto en el portal de Pitágoras. Los intervalos eran de 2,3 centímetros, el mismo intervalo. El árbol que llevaba a Pitágoras tenía las proporciones pitagóricas talladas en la corteza. El árbol recordaba sus destinos.

Darvi caminó de árbol en árbol. Cada árbol-portal tenía marcas diferentes. Cada conjunto de marcas correspondía a una época a la que el árbol conectaba. Darvi lo verificó con la libreta de Valeria, comparando los datos registrados de cada visita a la época a la que el árbol conectaba. El quinto árbol, el de Edi Edi, tenía marcas que parecían plumas talladas. El séptimo, el de Suki, tenía marcas hexagonales como las escamas de las bestias radioactivas. El octavo, el de Tesla, tenía espirales.

Los 12 árboles-portal eran un catálogo. Los 12 árboles-portal habían estado etiquetados desde el primer día y Darvi no los había

visto porque la niebla ocultaba las cortezas, porque Darvi medía frecuencias y temperaturas, distancias, pero no había medido las superficies que estaban frente a ella porque las superficies estaban a 5 metros y 5 metros en niebla era como 500 metros sin ella.

El gato se subió a las raíces del tercer árbol y olió la corteza durante 12 segundos. El gato había olido la corteza de ese árbol todos los días durante 540 días. El gato había tenido 540 oportunidades de oler lo que Darvi no podía ver. Justo entonces, el gato olía las marcas. Despacio, el gato siempre supo que los árboles estaban etiquetados. El gato no se lo expresó a Darvi porque el gato era un gato y los gatos no comparten inteligencia operativa con los humanos.

Darvi entendió al gato. Darvi entendía al gato mejor que a cualquier persona que había conocido porque el gato y Darvi tenían la misma relación con los datos: los datos nuevos eran siempre más interesantes que las emociones viejas.

Las estrellas eran visibles. Darvi no había visto estrellas en 540 días. Orión en el sector oeste, Sirio en el sursuroeste, la Osa Mayor girando alrededor de Polaris. Las estrellas confirmaban: el bosque estaba en la Tierra. El bosque siempre había estado en la Tierra. La niebla no cubría otro planeta. La niebla cubría un fragmento del mismo planeta donde Darvi había nacido y donde Darvi había medido componentes electrónicos en un taller y donde Darvi había comido helado de pistacho en un banco.

El aire sin niebla tenía olores que la niebla había filtrado: resina de pino, hongo húmedo, musgo, un componente dulce que Darvi identificó como fermentación de fruta caída. 540 días comiendo nueces y fresas y tubérculos y a 400 metros había un árbol con fruta

fermentada. Darvi no procesó la injusticia. La injusticia requería emoción y Darvi estaba en modo medición.

Darvi miró a través de la puerta abierta. Los datos entraron: escala, materiales, distancias, temperaturas.

Detrás de la muralla: una ciudad. Las dimensiones excedían lo que Darvi podía calcular. Las estructuras se extendían hasta donde la vista alcanzaba y la vista alcanzaba más de lo que debería porque la atmósfera del otro lado era más transparente que la del bosque. La luz no venía de un sol, sino que venía de las superficies. Los materiales de las estructuras emitían luz propia. La temperatura era 22 grados uniformes. Darvi midió: 22 grados a 1 metro de la puerta, 22 grados a 5 metros, 22 grados en el aire que salía del interior. No había gradiente. La temperatura era constante en todas las direcciones.

Darvi no describió la ciudad. Darvi midió la ciudad. La altura de la estructura más cercana: 40 metros. El ancho de la avenida principal: 12 metros. La frecuencia de la luz emitida: 540 nanómetros, verde-amarillo, el pico de sensibilidad del ojo humano. La ciudad estaba construida en la frecuencia que el ojo humano percibe mejor. La ciudad estaba construida para ser vista.

Pero eso no fue lo importante.

Darvi se giró. Miró hacia atrás. Hacia el bosque. Hacia los árboles y la niebla y la cueva y los 540 días.

La niebla se iba.

La puerta abierta absorbía la niebla. La niebla fluía no se disipaba, fluía hacia la puerta como agua hacia un desagüe. En ese instante, la niebla pasaba junto a Darvi y entraba por la puerta y desaparecía del otro lado. Un segundo después, la ciudad absorbía la

niebla. La ciudad que emitía luz a 540 nanómetros se tragaba los 432 Hz de niebla que habían cubierto el bosque durante los 540 días que Darvi llevaba ahí y durante los años y siglos y milenios que el bosque llevaba siendo bosque.

La niebla se fue en 20 minutos.

Darvi contó: 20 minutos desde que la puerta se abrió hasta que la última partícula de niebla pasó por la puerta. 540 días de niebla eliminados en 20 minutos.

El bosque estaba despejado.

Darvi miró.

Árboles. Troncos. Copas. Ramas. Hojas. Y entre las hojas: cielo. Cielo real. Cielo con luna. La luna estaba en cuarto creciente 23 grados sobre el horizonte este. Los rayos de luna entraban por las copas y llegaban al suelo en hilos plateados inclinados que atravesaban los cuerpos de los árboles y producían sombras nítidas. Darvi no había visto sombras en el bosque. Las sombras requieren contraste entre luz y oscuridad. La niebla eliminaba el contraste. Sin niebla, las sombras existían.

Darvi caminó. Sin dirección. Sin objetivo. Caminó entre los árboles despejados y las sombras plateadas y el suelo de hojas que ahora se veía: las hojas eran de 7 colores que la niebla había ocultado. Las hojas eran verdes y marrones, amarillas y rojas y algunas tenían un color que Darvi midió como 480 nanómetros azul. Hojas azules. Darvi no había visto hojas azules.

A 200 metros de la muralla, entre los árboles, a lo lejos: una luz.

No la luz de la ciudad detrás de la puerta. Otra luz. Una luz más pequeña. Una luz cálida. Cerca de ahí, una luz del color del fuego

pero más estable que el fuego sin parpadeo, sin oscilación. Justo entonces, una luz constante.

Darvi caminó hacia la luz. El gato caminó junto a ella. El suelo de hojas crujía bajo las botas de seguridad el crujido era diferente sin niebla, más seco, más nítido. Los pasos de Darvi medían 70 centímetros. Los pasos del gato medían 30. Por cada paso de Darvi el gato daba 2,3 pasos.

La luz se acercó. La luz tenía forma: cuadrada, enmarcada, a la altura de los ojos. Una ventana. La luz venía de una ventana. La ventana estaba en una estructura entre los árboles.

Darvi se detuvo a 10 metros.

La estructura era pequeña. Un piso. Paredes que Darvi no podía identificar como material no madera, no piedra, no metal. Las paredes emitían calor: 22 grados. La misma temperatura que la ciudad detrás de la puerta. La ventana mostraba un interior iluminado. Del interior venía un olor que Darvi identificó instantáneamente y que no necesitó el generador de Toshiro para registrar.

Café.

El olor a café que no debería existir en ningún plano que Darvi hubiera visitado. El olor a café recién hecho, caliente, con crema, con azúcar, con la complejidad de 800 compuestos volátiles que el grano produce al tostarse entre 180 y 240 grados.

Darvi caminó hacia la puerta de la estructura. La puerta no era especial. Era una puerta. Madera oscura. Manija de metal. Sin cerradura.

La estructura era de madera vieja, con vetas que el generador de Toshiro registró como activas los 73 Hz emanaban de ella con la

misma constancia con la que los 432 Hz emanaban de la muralla. La puerta era de roble. Darvi tocó el roble: 26 grados, 14 más que el exterior. La madera tenía un pulso 1,2 Hz, frecuencia cardíaca en reposo. Le Jardin tenía pulso.

El picaporte de bronce tenía la pátina del uso acumulado de generaciones la superficie pulida en los puntos de contacto por miles de manos. La altura del picaporte: 1,05 metros. La altura de la mano de Darvi con el brazo relajado: 1,05 metros. Le Jardin conocía la altura de Darvi.

Darvi abrió la puerta.

Le Jardin. # Capítulo 038 LE JARDIN [D][N][K][A]

** ** *

El interior de Le Jardin era más grande que su exterior. Darvi lo midió: la estructura vista desde afuera era de 6 metros por 8. El interior medía al menos 15 por 20. La discrepancia era de 250%. Darvi registró la discrepancia sin intentar resolverla. La discrepancia era dato. El dato era Le Jardin.

Mesas de madera. Sillas de madera. Un piso de baldosas hexagonales con un patrón idéntico al de la muralla. Una barra al fondo. Detrás de la barra: estantes con tazas, vasos, botellas. Una máquina de café que Darvi no reconoció, con componentes de bronce y tubos de cobre, y un manómetro que marcaba 9 bares de presión. La máquina emitía 73 Hz, la frecuencia de Tesla. Casi sin pensarlo, la frecuencia de las plumas. Casi sin pensarlo, la frecuencia constante.

El aire era de 22 grados. La humedad era del 55%. La luz venía de lámparas que no tenían fuente visible de energía. Las lámparas estaban encendidas, pero no había cables, baterías ni fuego. Las

lámparas emitían a 540 nanómetros, la frecuencia óptima para el ojo humano.

En las mesas: personas. No personas enteras, sino fragmentos. Darvi lo vio: una mujer sentada en una mesa tenía la mitad izquierda del cuerpo nítida y la mitad derecha translúcida. Un hombre en otra mesa existía de la cintura para arriba. Una tercera figura era solo manos, dos manos sosteniendo una taza de café sin cuerpo al que pertenecieran. Los fragmentos no interactuaban. Los fragmentos bebían café.

Darvi contó los fragmentos: 12 presencias en 8 mesas. Ninguna completa. La mujer de la mitad izquierda nítida tenía una taza de café en la mano izquierda, la mano nítida. La taza estaba a 63 grados. El vapor subía desde la taza y desaparecía en el punto exacto donde la mitad derecha de la mujer se volvía translúcida. El vapor no cruzaba la línea de fragmentación.

Las manos sin cuerpo en la mesa del fondo, junto a la pared, sostenían la taza con la presión exacta de manos acostumbradas a la taza. Los dedos tenían callosidades en los índices. Las uñas estaban cortas. Las manos eran las manos de alguien que trabajaba con herramientas pequeñas. Darvi registró: las manos no flotaban, las manos estaban apoyadas en la mesa como si el cuerpo existiera debajo de ellas. La mesa soportaba el peso de brazos invisibles. El peso estimado de los brazos por la presión en la madera era de 6,4 kilogramos. El peso de dos brazos humanos adultos.

El aire de Le Jardin tenía zonas de temperatura. Darvi las mapeó caminando: 22 grados en el centro, 24 en la barra donde estaba la máquina de café, 20 cerca de las ventanas, 18 en el rincón donde estaba el Voynich. El rincón del Voynich era el punto más frío, 4

grados más frío que el centro. Como si el manuscrito absorbiera calor. Como si las páginas que pulsaban a 432 Hz necesitaran energía para la frecuencia y la tomaran del aire circundante.

El piso hexagonal era cálido bajo las botas, más cálido que cualquier superficie que Darvi hubiera pisado en 540 días. Las botas de Darvi, desgastadas en 4 milímetros en el talón derecho, registraban la diferencia: el granito de la cueva era de 9 grados, el suelo del bosque era de 7. El piso de Le Jardin era de 26 grados. La diferencia se transmitía a través de la suela como un mensaje: estás en casa. Darvi no tenía casa. Darvi tenía datos. Pero los datos de este piso hexágonos de 8 centímetros de lado, piedra ámbar pulida, 26 grados, o vibración, eran los datos más parecidos a casa que Darvi había medido.

Darvi caminó entre las mesas. Nadie la miró. Los fragmentos estaban ocupados con sus cafés y sus ausencias.

En un rincón: un libro abierto. El libro estaba sobre un atril de madera. Las páginas estaban abiertas en una sección central. Las páginas tenían ilustraciones de plantas que no existían, texto en un idioma que nadie podía leer, diagramas astronómicos que no correspondían a ningún cielo conocido. El Voynich. El manuscrito Voynich estaba en Le Jardin.

Darvi se acercó al Voynich.

El atril estaba a 14 grados, el punto más frío de Le Jardin. Darvi se acercó con el generador de Toshiro encendido. Los datos entraron: las páginas vibraban a 432 Hz. Las páginas eran pergamino, no papel, pergamino de piel animal tratada con un proceso que Darvi no identificó porque el proceso no era medieval ni moderno. Las páginas tenían un grosor irregular: entre 0,15 y 0,22 milímetros,

consistente con fabricación artesanal. Las ilustraciones tenían pigmentos que emitían frecuencias propias: los verdes a 540 nanómetros, los azules a 480, los rojos a 620. Los pigmentos eran activos. Los pigmentos no reflejaban luz, emitían. Las ilustraciones brillaban con luz propia.

Darvi pasó una página. La página resistió, pero resistió. Como si la página supiera que había un orden de lectura y Darvi estaba saltando. Darvi pasó la siguiente. La resistencia aumentó. Darvi volvió a la página original. La resistencia desapareció.

Las páginas vibraban a 432 Hz. Las ilustraciones se movían, no con movimiento visible, sino con la sensación de movimiento, como las imágenes que cambian cuando se miran desde ángulos diferentes. Darvi inclinó la cabeza 5 grados a la derecha. Las plantas del dibujo se inclinaron 5 grados a la izquierda. Compensación.

Dentro del manuscrito: una presencia. No una persona, un eco. Darvi lo sintió como frecuencia: la misma nulidad que había medido en Leonardo. El agujero en el campo de 432 Hz. Leonardo estaba en el Voynich. No como cuerpo, como registro.

El eco de Leonardo, la nulidad, el agujero en los 432 Hz vibraba dentro de las páginas como una nota sostenida en una cámara de resonancia. Darvi puso la mano sobre una página. La página estaba a 18 grados, el punto más frío de Le Jardin. La tinta de las ilustraciones estaba a 16. Detrás, la tinta era más fría que el papel. En ese instante, la tinta absorbía calor del entorno como un sumidero térmico. La tinta estaba viva o la tinta contenía algo que se comportaba como vida: metabolismo de energía, intercambio con el medio, respuesta a estímulos.

Darvi pasó una página. La siguiente tenía un diagrama astronómico con estrellas que no correspondían a ninguna constelación del hemisferio norte ni del sur. Las estrellas formaban patrones hexagonales, el mismo patrón que los hexágonos de la muralla y del piso de Le Jardin. Las estrellas estaban conectadas por líneas que pulsaban. Darvi vio el pulso como variación de brillo, 0,5 Hz, un latido lento que el ojo humano apenas registraba pero que el cerebro de Darvi contaba automáticamente.

El manuscrito tenía 234 páginas. Darvi las contó por el grosor del lomo: 23 milímetros de papel grueso de 0,1 milímetros por hoja, estimación 230 hojas. Corregido a 234 por las hojas dobladas que Darvi vio en la sección central. 234 páginas de un idioma que nadie podía leer porque el idioma no era un idioma sino una frecuencia codificada en tinta que absorbía calor y pulsaba a 0,5 Hz y contenía el eco de un hombre que Darvi había medido a 80 metros de distancia como un agujero en los 432 Hz del bosque. Como dato almacenado en páginas que nadie podía leer porque las páginas no estaban escritas en un idioma sino en una frecuencia.

El gato entró a Le Jardin. El gato caminó entre las mesas con la naturalidad de quien conoce un lugar. Sin aviso, el gato saltó a la barra. Sin aviso, el gato se sentó junto a la máquina de café. La máquina de café emitía 73 Hz. El gato emitía 26 Hz. Las dos frecuencias coexistieron.

La máquina de café hizo un sonido. Vapor. Presión. El manómetro subió de 9 a 12 bares. Café líquido salió por el dispensador y cayó en una taza que estaba debajo. La taza se llenó. La máquina se detuvo.

Darvi miró al gato. El gato miró a Darvi. El gato empujó la taza con la cabeza 3 centímetros hacia el borde de la barra. Hacia Darvi.

Darvi tomó la taza. El café estaba a 65 grados. La taza estaba a 45 grados. La diferencia era cómoda para las manos.

Darvi bebió.

El café era la cosa más compleja que había probado en 540 días. 800 compuestos volátiles. Ácidos. Azúcares. Amargura. Dulzura. Calor. El café era dato. El café era más dato del que una nuez o una fresa o agua de arroyo podían ser. El café era un universo comprimido en 200 mililitros.

El gato se acostó en la barra. Junto a la máquina. Los 26 Hz y los 73 Hz. El gato cerró los ojos.

El gato empujó la taza hacia Darvi con la precisión de 540 días de convivencia. El gato sabía que Darvi tomaba café. El gato no sabía qué era el café, el gato sabía que la taza caliente pertenecía a Darvi y que Darvi pertenecía a la taza caliente y que la función del gato era empujar la taza 3 centímetros hacia el borde de la barra donde la mano de Darvi la atrapaba. La función era simple. La función era perfecta. La función era Le Jardin.

Pavlov estaba en casa. # Capítulo 039 LA CONSTANTE LLEGA
[D][K][A][R]

** ** *

Darvi se sentó en una mesa. La mesa estaba junto a la ventana, que daba al bosque despejado, con hilos de luna plateados entre los troncos, sombras nítidas y hojas de siete colores. Darvi vio el bosque por primera vez después de 540 días de niebla que lo había ocultado.

La silla era cómoda. Darvi se sorprendió al registrarlo: la silla era cómoda. 540 días de piedra y suelo, troncos y la silla de Le Jardin,

una silla con almohadón de cuero que olía a uso, a manos anteriores, a 10,000 sentadas de personas que se habían sentado en esa misma silla con la misma fatiga y el mismo alivio. La silla crujió bajo los 52 kilogramos de Darvi, y el crujido fue de madera vieja que se ajustaba. La silla aceptó a Darvi. Darvi no recordaba la última vez que algo la había aceptado sin condiciones.

Los músculos de la espalda baja de Darvi se relajaron por primera vez en meses. Los músculos habían estado en contracción constante porque dormir en piedra exigía contracción constante, caminar en bosque exigía contracción constante y esconderse detrás de troncos durante 3 horas mientras 7 hemacronos sellaban una puerta exigía contracción constante. La relajación fue dolorosa. Los músculos que se relajan después de meses de tensión duelen más que los músculos tensos. Darvi midió el dolor: 6 de 10 en la escala que el manual médico del Nivel -28 llamaba “escala visual analógica del dolor.” Un 6 que era alivio. La paradoja no le molestó. Las paradojas no le molestaban a Darvi. Las paradojas eran datos con estructura interesante.

Los pies de Darvi estaban descalzos sobre los hexágonos de piedra. Las botas estaban debajo de la mesa, que Darvi se había quitado sin decidir quitárselas. Los pies habían decidido. Los pies llevaban 540 días dentro de unas botas del taller del Nivel -22, que habían sido diseñadas para superficies industriales, no para bosques, y que tenían un desgaste de suela de 4 milímetros en el talón derecho y 3.5 en el izquierdo. La diferencia indicaba que Darvi apoyaba más peso en el pie derecho al caminar. Dato que confirmaba una asimetría postural que ningún médico le había diagnosticado porque

ningún médico la había examinado. La silla conocía la espalda de Darvi.

Darvi no procesó la imposibilidad. Darvi se sentó.

El gato trajo otra taza. No el gato empujó otra taza desde la barra. La taza recorrió la barra, cayó al borde, y Darvi la atrapó con la mano izquierda sin pensarlo. Reflejos de 540 días de atrapar cosas que el gato tiraba. El gato había entrenado los reflejos de Darvi durante 540 días sin que ninguno de los dos lo supiera.

La taza contenía café. Y junto a la taza, en un plato pequeño: helado. Pistacho.

Darvi miró el helado. El helado era verde. El helado estaba a -12 grados. Cerca de ahí, el helado era pistacho. Antes de que pudiera reaccionar, el helado era el mismo helado que la chica de los audífonos comía en el concierto de Los Pollos. El helado era el mismo helado que la chica del banco comía mientras Damian hojeaba el Tiny Almanac. El helado era pistacho y el pistacho era memoria y la memoria estaba a -12 grados en un plato junto a una taza de café a 65 grados.

Darvi comió el helado. Borde izquierdo, centro, borde derecho. El patrón rotacional de siempre. El patrón que cubría la superficie uniformemente. El patrón que Darvi había tenido toda la vida y que ahora aplicaba en Le Jardin como lo aplicaba en el banco del parque, como lo aplicaba en el concierto y como lo aplicaría siempre porque el patrón era Darvi y Darvi era el patrón.

Los fragmentos en las mesas seguían bebiendo café.

Darvi midió el espacio total de Le Jardin: 15 metros por 20 metros en el interior, contra 6 por 8 en el exterior. La discrepancia de 250% era constante. Darvi la verificó caminando el perímetro

interior y contando pasos. 38 pasos de largo por 28 de ancho. Los pasos de Darvi medían 0.55 metros en interiores (más cortos que sus pasos de 0.65 en exterior porque el suelo de baldosa hexagonal era más regular que el suelo de hojas mojadas y los pasos en superficies regulares son más cortos). $38 \text{ por } 0.55 = 20.9$ metros. La medición confirmaba la discrepancia. Le Jardin era más grande por dentro que por fuera y la diferencia no era una ilusión, era un dato, medible, reproducible, verificable.

La barra tenía 7 taburetes de madera. Los taburetes estaban a la altura exacta para una persona de 1.65 metros, la altura de Darvi. Las barras de los bares del mundo estaban diseñadas para personas de 1.75 metros. Esta barra estaba diseñada para Darvi. O esta barra se ajustaba. Darvi no descartó ninguna opción.

La máquina de café era el objeto más complejo de Le Jardin. Darvi la estudió: cuerpo de bronce con pátina verde en las juntas que indicaba exposición al vapor durante décadas, tubos de cobre de 8 milímetros de diámetro interno, un manómetro con escala de 0 a 15 bares con la aguja en 9. Una caldera que emitía los 73 Hz que el generador de Toshio registraba como la frecuencia constante de Le Jardin. La máquina no tenía fuente de energía visible. No había enchufe. No había cable. No había combustible. La máquina existía y la máquina funcionaba y la máquina producía café y el cómo no se trataba de un dato que Le Jardin ofreciera.

Las manos sin cuerpo seguían sosteniendo tazas. El hombre de media cintura seguía existiendo de la cintura para arriba. El Voynich seguía abierto en el rincón.

Darvi sacó la libreta. La libreta estaba llena. No quedaban páginas. No quedaba cartón. No quedaba espacio. Darvi la puso

sobre la mesa. La libreta de Valeria con 40 páginas de datos y una tapa de cartón con la tabla de desastres y consecuencias y la marca de pata del gato. La libreta pesaba 120 gramos. Los 120 gramos contenían 540 días.

Darvi sacó cada objeto del bolsillo y los puso sobre la mesa de Le Jardin. La mesa tenía marcas de uso círculos de taza, manchas de café, rayas de lápiz. Miles de personas habían puesto objetos sobre esta mesa. Miles de personas habían inventariado sus vidas en esta mesa. La mesa era un altar de inventarios.

El generador de Toshiro: 340 gramos. Batería al 12%. La batería que empezó al 73% y que había durado 540 días porque Darvi lo encendía solo para mediciones activas. 540 días de datos contenidos en 12% de batería. Cuando la batería llegara a 0%, Darvi perdería el instrumento. Darvi no perdería la capacidad de medir la capacidad estaba en las manos, en los oídos, en la piel. Pero perdería la precisión. La diferencia entre “aproximadamente 432 Hz” y “432.0 Hz” era la diferencia entre narración y dato. Darvi necesitaba dato.

Las pulseras: 7 en la muñeca izquierda. Darvi se las quitó por primera vez en 540 días. La piel debajo estaba más clara, protegida del sol que no existía en el bosque, pero afectada por la humedad constante. Las pulseras tenían un olor propio: metal, sudor, niebla. Las pulseras olían a Darvi. Darvi puso las pulseras en la mesa. Las pulseras tintinearón contra la madera: un acorde de frecuencias que Darvi podría haber medido pero que eligió no medir. Algunas cosas no se miden. Algunas cosas se escuchan.

Los audífonos: 78 gramos. La almohadilla izquierda más gastada porque Darvi se los ponía empezando por el lado izquierdo siempre.

El lado izquierdo del mundo de Darvi estaba más gastado que el derecho. La asimetría era dato. La asimetría era Darvi.

El reproductor de cintas estaba en el bolsillo de la sudadera. La sudadera tenía: ceniza de Alejandría, laterita africana, aceite de linterna, tinta de Al-Ma'arri, sal marina, hollín de estufa, maquillaje de teatro, café de Dick. La sudadera era un corte geológico de portales. Un geólogo podría fechar cada capa.

La nuez de Tlanamicxin: bolsillo izquierdo. 12 gramos. 23 marcas talladas. El ave de Edi Edi: bolsillo derecho. 47 gramos. Madera de un taller que olía a metal y a serrín. Los audífonos: al cuello. 78 gramos. Almohadilla izquierda más gastada. Las pulseras: muñeca izquierda. 7 pulseras. Tintineaban al mover el brazo.

Darvi tenía todo lo que tenía. Todo lo que tenía estaba en Le Jardin. Y Le Jardin era donde todo lo que tenía servía.

No porque Le Jardin aliviara. No porque Le Jardin consolara. No porque Le Jardin explicara.

Porque Le Jardin era donde la memoria no pesaba. Le Jardin era donde los datos no parecían carga sino función. Le Jardin era la estación de medición donde La Constante se sienta y mide y el acto de medir es el acto de crear y el acto de crear es el acto de mantener el electrón oscilando.

La Constante llegó a su puesto.

Darvi bebió café. Comió helado de pistacho.

El café era diferente a cualquier café que Darvi hubiera tomado y Darvi había tomado café en el departamento de Dick y en el laboratorio de Grinberg y en el sótano de 1942. Este café tenía una complejidad que el generador de Toshiro registró como espectro de frecuencias: las moléculas aromáticas del café vibraban a frecuencias

que iban desde los 20 Hz de los ácidos clorogénicos hasta los 800 Hz de los compuestos volátiles más ligeros. El café era una sinfonía en una taza. 800 compuestos volátiles. 800 frecuencias. 800 datos en 200 mililitros a 65 grados.

Darvi sostuvo la taza con las dos manos. Las manos con callos de 540 días alrededor de una taza de cerámica a 45 grados. La cerámica era suave. Las manos de Darvi habían olvidado las superficies suaves. Las manos de Darvi conocían: piedra, corteza, tierra, nueces, pelo de gato, hojas mojadas, metal del generador de Toshiro. Ninguna de esas superficies era suave. La taza era suave. La taza era un dato nuevo para las manos.

Borde izquierdo. Centro. Borde derecho.

• ◦ **Capítulo 040 EL DIARIO [D] [K][O][R]**

* * *

Detrás de la barra de Le Jardin, Darvi encontró una libreta nueva. 80 páginas. Espiral. Papel de 90 gramos más grueso que el papel de la libreta de Valeria. La libreta estaba junto a un lápiz afilado. Darvi no preguntó de dónde venían. Las cosas en Le Jardin estaban donde debían estar.

Darvi abrió la libreta. Página 1 de 80. Empezó a escribir.

No un diario emocional. Un registro. Fecha estimada, lugar, evento, participantes, desastre de Pavlov, consecuencia documentada.

Darvi escribió cada época visitada. 23 entradas. Cada entrada con los datos que el cerebro había archivado durante 540 días. El cerebro no había perdido nada. Los datos estaban ahí intactos, con la precisión de la primera medición, con las frecuencias y temperaturas y distancias y tiempos exactos.

Entrada 1: Prehistoria. Hoguera apagada. Darvi enciende fuego con hongos bioluminiscentes. Pavlov: persigue ardilla, vuelca cuenco de agua sobre las brasas. Consecuencia: el clan descubre que el vapor de agua caliente ablanda las raíces y se puede comer raíces que antes eran incomedibles.

Darvi se detuvo.

Leyó la entrada. Algo no cuadraba. Darvi había registrado sin procesar en el momento, sin darle importancia un detalle: al regresar al bosque, el generador de Toshiro había marcado una fluctuación en la frecuencia del portal de la prehistoria. Una fluctuación posterior a la salida de Darvi. Alguien había usado el portal después de ella.

Y en la escena: huellas. Huellas frescas junto a la hoguera apagada. Humanas. Las huellas no eran de Darvi eran más grandes, más profundas, de alguien más pesado. Las huellas no estaban cuando Darvi llegó. Las huellas aparecieron después de que el fuego se encendió.

Darvi revisó la siguiente entrada.

Entrada 2: Pitágoras. El gato en los frijoles. Darvi recordó la secuencia completa. Pero el dato secundario: huellas de sandalia en el polvo del patio, cerca del lugar donde el discípulo escupió el frijol. Las huellas no fueron de Darvi más anchas. Tenían un patrón de suela diferente. Las huellas aparecieron después de que Darvi y el gato se fueran. Alguien estuvo en el patio de Pitágoras después. Alguien vio al discípulo expulsado. Alguien quizás le dio algo al discípulo. Porque Hippiasus, después de la expulsión, descubrió los números irracionales. Y los números irracionales cambiaron la matemática para siempre. Y para descubrir los irracionales hacía falta una herramienta que los pitagóricos no tenían. ¿De dónde sacó Hippiasus la herramienta?

Entrada 4: Epicteto. El esclavo con la pierna rota. Darvi había registrado el hueso visible, la falta de grito. Pero el dato secundario: un vendaje limpio junto a la cama del esclavo a la mañana siguiente. El vendaje no era de la época. El material era diferente, más blanco y más uniforme que las telas romanas. Darvi lo había visto de reojo al

salir por el portal. No lo procesó porque el portal se cerraba y el cerebro priorizó la supervivencia sobre la observación. Pero el dato estaba ahí: un vendaje anacrónico junto a la pierna de un esclavo que no podía haberse vendido solo.

Entrada 9: Wang Zhenyi. Los cálculos astronómicos. Darvi recordó a la mujer explicando el eclipse con holgura y método. Pero el dato secundario: una hoja de papel entre los instrumentos de la mujer que tenía números que no correspondían al sistema numérico chino del siglo XVIII. Los números estaban en notación arábica moderna. Darvi los vio durante 2 segundos antes de que la niebla los cubriera. Los números eran coordenadas.

Entrada 5: Biblioteca de Alejandría. Incendio. Darvi sale del portal con ceniza en el pelo. Consecuencia registrada: destrucción de los rollos de la sección este. Pero: tres rollos de la sección norte estaban junto a la puerta cuando Darvi salía. Los rollos no estaban ahí cuando el fuego empezó. Alguien los sacó. Alguien los puso junto a la puerta entre el momento en que el fuego alcanzó la sección norte y el momento en que Darvi salió.

Entrada 8: Piri Reis. Mapa manchado por el gato. Consecuencia: tinta corrida. Pero: una nota al margen del mapa que no estaba cuando Darvi lo vio. La nota estaba escrita con tinta diferente a la de Piri Reis. La nota corregía parcialmente la costa deformada.

Entrada 12: Tesla. Bobina desaparecida. Pavlov como sospechoso. Pero: la recepción del hotel registró que Darvi había visto en un papel en el mostrador al salir que una bobina pequeña de cobre había sido devuelta a la habitación del señor Tesla dos días después por un joven que no dejó nombre.

Entrada 14: 1942. Café sobre mapa. Línea de avance redibujada 3 kilómetros al este. Pueblo salvado. Pero: el pueblo tenía un refugio preparado. Un refugio no se prepara en horas. Alguien avisó al pueblo antes de que el gato derramara el café.

En cada entrada. En cada época. En cada portal. Un segundo dato. Un dato que Darvi había archivado sin procesar porque el dato principal era más urgente y el cerebro priorizaba por urgencia. El dato secundario se quedó en cola. El dato secundario llevaba 540 días en cola.

En cada época, alguien estuvo después de Darvi.

El patrón era inconfundible. 23 épocas. 23 presencias secundarias. No en todas Darvi verificó: en 19 de las 23 épocas, había un dato secundario que indicaba intervención posterior. En las 4 restantes, Darvi no había encontrado datos secundarios, pero la ausencia de datos no era ausencia de presencia era ausencia de detección. Darvi lo sabía porque el cerebro de Darvi priorizaba por urgencia y en 4 épocas la urgencia fue tan alta que el cerebro descartó datos secundarios para concentrarse en la supervivencia.

Las intervenciones seguían un patrón: reparar, devolver, avisar, proteger. Nunca prevenir. La persona que seguía los portales no evitaba los desastres los reparaba después. La persona dejaba que el gato rompiera y después arreglaba lo roto. Como si los desastres fueran necesarios. Como si la función del gato romper y la función de la persona reparar fueran dos mitades de un proceso que solo funcionaba junto.

Darvi revisó la entrada de Tesla. La bobina de cobre devuelta a la habitación del hotel dos días después. Las manos que devolvieron la bobina eran las manos de alguien que sabía dónde iba la bobina. Las

manos conocían los planos de Tesla. Las manos habían trabajado con cobre antes. La recepcionista del hotel describió al joven como alguien con manos de artesano. Manos de alguien que repara.

Darvi revisó Edi Edi. Las 6 visitas. En la quinta visita, la del ave de madera, la del reconocimiento, Darvi había notado un detalle que no procesó: una herramienta nueva en el taller de Edi Edi. Un formón de metal que no correspondía a la época. El formón tenía una hoja de acero templado que los talladores de la época no producían. Alguien le había dado una herramienta mejor a un hombre que reparaba cosas. Alguien equipó al reparador para que pudiera reparar mejor.

Darvi releyó las 12 entradas. 12 de 23 revisadas. 12 de 12 con dato secundario. El patrón era absoluto: 100% de las entradas revisadas contenían evidencia de una presencia posterior. Darvi calculó la probabilidad de coincidencia: 0.5 elevado a la 12 = 0.00024 . Una probabilidad de 0.024% de que las 12 evidencias fueran casualidad. El dato era estadísticamente significativo por encima de cualquier umbral razonable.

Darvi siguió revisando.

Entrada 15: Serling. El apartamento oscuro. Darvi había visto al hombre fumando y escribiendo en la oscuridad. Dato secundario: una nota adhesiva en la máquina de escribir que no estaba cuando Darvi llegó. La nota decía una fecha en una letra que no era la del hombre del apartamento. La fecha correspondía a la emisión del episodio más famoso del hombre. Alguien le dejó la fecha. Alguien sabía qué episodio sería el más famoso antes de que se emitiera.

Entrada 17: Dick. El apartamento desordenado. 840 caracteres por minuto. Dato secundario: la hoja de la poetisa que el gato llevó al

departamento de Dick se quedó junto a la máquina de escribir. Pero la hoja no estaba ahí cuando Darvi regresó al bosque. La niebla se la llevó. Sin embargo: en el texto que Dick escribía, Darvi vio en los 2 segundos antes de la transición una línea que contenía una imagen de “vestido azul.” La poetisa escribió “vestido azul.” Dick escribió “vestido azul.” La hoja no llegó. La imagen llegó. ¿Cómo? Alguien Rafael llevó la imagen de un departamento a otro por una vía que no era el gato.

Alguien siguió los portales. Alguien limpió los destrozos. Sin aviso, alguien devolvió bobinas. Más allá, alguien salvó rollos. Alguien avisó pueblos. Alguien corrigió mapas. Alguien pasó por cada portal después de que Darvi y Pavlov pasaran y reparó silenciosamente, sin ser visto, sin dejar nombre lo que el gato había roto.

Rafael.

Darvi no lo vio nunca. Darvi no vio a Rafael en ningún portal. Pero el patrón era inconfundible. Darvi conocía el patrón de memoria. El patrón de alguien que arregla las cosas sin que nadie lo note. Sin quejarse. Sin decirlo. Sin saber por qué las manos saben lo que saben aunque la mente fue borrada. Rafael no sabía su nombre. Rafael no sabía por qué seguía los portales. En ese instante, Rafael no sabía por qué reparaba cosas. Sin decir nada, Rafael reparaba porque las manos de Rafael habían reparado cosas durante tantos ciclos que el cuerpo conservaba la función aunque la memoria la hubiera perdido.

Darvi cerró la libreta. Página 12 de 80. Quedaban 68 páginas. Quedaba tiempo.

El gato estaba en la barra. Junto a la máquina de café. Los 26 Hz del ronroneo y los 73 Hz de la máquina. Le Jardin olía a café. Le Jardin siempre olía a café.

Darvi siguió escribiendo. La libreta nueva tenía 80 páginas y Darvi escribía con la caligrafía comprimida de alguien que ha llenado 40 páginas, una tapa de cartón y que sabe que el espacio es finito y que los datos son infinitos. La caligrafía de Darvi: altura de letra 2 milímetros, interlineado 3, margen cero. Cada página contenía aproximadamente 400 palabras. Las 80 páginas contendrían 32,000 palabras. 32,000 palabras para documentar 540 días de bosque y 23 épocas, 19 desastres y 1 gato y 1 Constante.

El gato dormía en la barra. La máquina de café emitía 73 Hz. El Voynich vibraba a 432 Hz en el rincón. Los fragmentos de personas bebían café en las mesas. Le Jardin era lo que Darvi había buscado lo buscaba: un lugar donde medir no era sobrevivir sino vivir. Un lugar donde los datos no fueron defensa sino función. Darvi escribió la última línea de la entrada de Edi Edi: “El hombre que repara cosas. Las manos que saben lo que la mente olvidó. Rafael.”

Nota: verificar en portales futuros si el patrón de reparación continúa. Hipótesis: continúa. No hay hipótesis alternativa.

Darvi comió helado de pistacho. Se sentó en el borde izquierdo, luego se movió al centro y finalmente se acomodó en el borde derecho.

Pavlov ronroneó en la barra. El ratio final: 73 presas perseguidas, o consumidas. 19 desastres causados, 19 consecuencias generadas, 19 reparaciones invisibles de un hombre que no sabía su nombre.

Le Jardin olía a café. ## GLOSARIO

432 Hz Frecuencia constante del bosque de Le Jardin. La frecuencia a la que vibra la muralla, los árboles, el aire. No cambia. Todo lo demás sí.

Árboles-portal Siete árboles en el claro junto a la muralla. Cada uno contiene escalones que descienden a una época diferente. Los hemacronos oscuros los sellan después de cada uso.

ARCHON Sistema de corrección. No piensa. No decide. Detecta anomalías y las corrige. La niebla, los hemacronos oscuros, el sellado de portales: herramientas de corrección.

Cruces de sellado Marcas en la muralla. Aparecen después de cada descenso a un portal. Temperatura: 4 grados. Dos grados menos que la muralla circundante.

Darvi Narradora principal. 1,895 menciones. Mide todo: distancias, temperaturas, duraciones. Escribe RESISTIR (psicología post-colapso). Fórmula: $O = (A \times S) / (R + 1)$.

Dragón emplumado Relieve tallado en la puerta de la muralla. Plumas a 14 grados cuando todo lo demás está a 8. Contiene a Quetzalcoatl.

Edi Edi Hombre en el espacio del quinto árbol. Talla madera. Tiene las mismas manos que Darvi. No la reconoce hasta la cuarta visita.

Generador de Toshiro Instrumento de medición de frecuencias. 47 gramos. Bolsillo izquierdo.

Hemacronos oscuros Figuras que sellan los árboles-portal y mantienen la puerta cerrada. Brazos largos. Piernas cortas. Emiten frío.

La Constante Función: observar. Medir. Mantener el electrón oscilando. Definida por Wheeler como el factor que impide el

colapso.

Le Jardin Café al final del bosque. Detrás de la puerta de la muralla. Interior más grande que exterior. Mesas, sillas, baldosas hexagonales. Máquina de café de bronce que emite 73 Hz. Huele a café.

Niebla Cubre el bosque. Densidad variable. Empuja a Darvi lejos de los portales. Se intensifica con cada descenso. La ciudad detrás de la puerta la absorbe.

Pavlov Gato de Darvi. 3.2 kg. Artritis. Detecta anomalías antes que los humanos.

Quetzalcoatl Entidad contenida detrás de la puerta. Se libera cuando la puerta se abre. Frecuencia que se duplica con cada metro de ascenso. Más bit, menos it.

Rafael Hombre que no sabe su nombre. Siguió cada portal después de Darvi. Reparó cada desastre de Pavlov. Silenciosamente. Sin ser visto. Sin dejar nombre.

Reproductor de cintas 340 gramos. Sin batería. Darvi lo alimenta con hongos bioluminiscentes y ronroneo de gato.

Schrödinger El perro. De Tlanamicxin. Distancia con Pavlov: 1.8 metros constantes durante 518 días.

Tlanamicxin Deidad astral. 9 años aparentes. Movimiento de guerrera entrenada. Habla poco, actúa mucho. Frases cortas, imperativas: “Camina.” “Come.” “Mide.” Es la misma entidad que fue Maku → Sentella → Tlanamicxin. NO revela su identidad.

Voynich Manuscrito. Aparece en Le Jardin. Las páginas vibran a 432 Hz. Las ilustraciones se mueven con el ángulo de visión.

Nota: Este glosario contiene información disponible para quien haya llegado a Le Jardin. Información adicional requiere haber

contado los pasos. ## ÍNDICE DE PERSONAJES

Darvi (Damiana Ramona Viridiana) La Constante. Ingeniera. Cuenta todo. Mide todo. No por decisión. Por función. Presente en los 40 capítulos.

Pavlov Gato. 3,2 kilogramos. Ronroneo: 26 Hz. Rodilla izquierda trasera: artritis. 73 presas perseguidas, 0 consumidas. 19 desastres causados. Presente en los 40 capítulos.

Tlanamicxin Mujer del bosque. Náhuatl. Morral, bastón, ardilla en el hombro, perro. Ocho idiomas. 40 centímetros de cuerda por minuto. Compañera de Darvi durante 518 días. Caps 003027.

Schrödinger Perro de Tlanamicxin. Distancia con Pavlov: 1,8 metros constantes. Cap 003027.

Edi Edi Hombre en el espacio del quinto árbol. Tallador de madera. Manos con callosidades y cicatrices lineales. No reconoce a Darvi hasta la cuarta visita. Caps 017, 019, 028.

Rafael Hombre que no sabe su nombre. Siguió cada portal después de Darvi. Reparó cada desastre. Sin ser visto. Sin dejar nombre. Cap 040.

Leonardo Figura en la niebla. Túnica y hoodie. Forma metálica acompañante. 3 segundos de visibilidad. Cap 035.

Wheeler John Archibald Wheeler. Princeton. 90 años. “Solo una pregunta.” Cap 030.

Reymus Desaparecido. Dueño anterior del generador de Toshiro. Mencionado en Caps 001, 009.

Valeria Ausente. Dueña de la caja de herramientas. 2,3 kilogramos. Mencionada en Caps 001, 040.

Toshiro Constructor del generador de frecuencias. 47 gramos. No aparece. Su instrumento sí. ## REGISTRO TÉCNICO

Frecuencias registradas: 432 Hz bosque, muralla, aire (constante) 73 Hz máquina de café de Le Jardin, paloma blanca de Tesla, interior del tercer árbol, dragón emplumado 55 Hz árboles-portal (superpuesta a 432) 37 Hz quinto árbol (espacio de Edi Edi) 26 Hz ronroneo de Pavlov 18 Hz hongos bioluminiscentes 7,83 Hz frecuencia Schumann (portales abiertos a épocas históricas)

Temperaturas constantes: 8 grados suelo del bosque (condición base) 14 grados plumas del dragón emplumado, manos de Edi Edi 6 grados cruces de sellado en la muralla 4 grados cruces recientes

Pesos registrados: 3,2 kg Pavlov 2,3 kg caja de herramientas de Valeria 340 g reproductor de cintas magnéticas 47 g generador de Toshiro 47 g ave de madera de Edi Edi

Inventario de portales: 7 árboles-portal. 23 épocas visitadas. 31 personas encontradas. 19 desastres de Pavlov. 36 portales sellados.

Tiempo en el bosque: 540+ días. 3 400+ nueces consumidas. 0 canciones escuchadas (hasta Cap 032). ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: LE JARDÍN es el décimo libro de una saga de trece volúmenes.

Ciclo 3 Ciencia ficción:

Libro I: DESPERTAR

Libro II: DERIVA

Libro III: FRAGMENTOS

Libro IV: CALIBRACIÓN

Libro V: TRANSICIÓN

Libro VI: UMBRAL

Ciclo 4 Fantasía:

Libro VII: BABEL

Libro VIII: POST-BABEL

Ciclo 5 Ocultismo:

Libro IX: NOSOTROS, USTEDES, LOS OTROS

Libro X: LE JARDÍN ← Estás aquí.

Trilogía final:

Libro XI: FRONTERA

Libro XII: DON HUMO

Libro XIII: NEXUS

La historia continúa en: Libro XI: FRONTERA ## NOTA FINAL

Este libro surgió del duelo y de la curiosidad de un autista por comprender el mundo.

No encontré las respuestas que buscaba. Encontré otras preguntas.

Encontré a una chica que contaba todo porque contar era la única forma que conocía de estar presente. Encontré a un gato que rompía cosas y a un hombre sin nombre que las reparaba. Encontré que el error es el motor y que medir es crear, y que la observación no es pasiva.

Aquí les ofrezco el mundo sin ruido, tal como lo veo.

Las partes que faltan son las partes que todavía no mido.

Las partes que pesan son las partes que sí.

- ○

Luis René González López

2026 ## INFORMACIÓN LEGAL

MEDIOEVO: LE JARDIN

Libro X

2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados.

Esta obra de ficción fue creada íntegramente por un ser humano.

Primera edición: 2026

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin la autorización previa por escrito del autor.

Los personajes y eventos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

$e^{\chi} = 1$ ## FIN DEL LIBRO X

La historia continúa en:

Libro XI: FRONTERA

- ○

ÍNDICE

TEMPORADA 1 EL BOSQUE

001 La Muralla 002 Refugio 003 Schrödinger y Tlanamicxin 004 El Fuego 005 La Cueva 006 El Primer Árbol: Prehistoria 007 Pitágoras 008 Epicteto, Al-Ma'arri 009 Rutina 010 Lal Ded y Van Eyck

TEMPORADA 2 LA CULPA DE LOS ERRORES

011 Piri Reis 012 La Biblioteca de Alejandría 013 Gracia Mendes Nasi, Jeanne Barret 014 Copérnico + Servet + Galileo 015 Descartes

+ Tupaia 016 Wang Zhenyi 017 Edi Edi 018 Yaa Asantewaa y Qiu Jin
019 El Error 020 Wagner y Rabinovich

TEMPORADA 3 EL PESO

021 Tesla 022 Grinberg 023 1942 024 Serling + Dick 025 Borges
+ Pizarnik + Asimov 026 Joplin + Jung 027 Tlanamicxin Se Va 028
Suki 029 Apariciones 030 Wheeler

TEMPORADA 4 LA PUERTA SE ABRE

031 Sola 032 El Reproductor 033 Indicios 034 Ritual 035
Leonardo 036 La Puerta Se Abre 037 El Bosque Se Despeja 038 Le
Jardin 039 La Constante Llega 040 El Diario

•